

PAIDÓS ESTADO Y SOCIEDAD

Últimos títulos publicados:

94. J. B. Thompson, *El escándalo político*
95. M. Hardt y A. Negri, *Imperio*
96. A. Touraine y F. Khosrokhavar, *A la búsqueda de sí mismo*
97. J. Rawls, *La justicia como equidad*
98. F. Ovejero, *La libertad inhóspita*
99. M. Caminal, *El federalismo pluralista*
100. U. Beck, *Libertad o capitalismo*
101. C. R. Sunstein, *República.com*
102. J. Rifkin, *La economía del hidrógeno*
103. Ch. Arnsperger y Ph. Van Parijs, *Ética económica y social*
104. P. L. Berger y S. P. Huntington (comps.), *Globalizaciones múltiples*
105. N. García Canelini, *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*
106. W. Kymlicka, *La política vernácula*
107. V. Shiva, *Cosecha robada*
108. M. Ignatieff, *Los derechos humanos como política e idolatría*
109. D. Held y A. McGrew, *Globalización/Antiglobalización*
110. R. Dworkin, *Virtud soberana*
111. T. M. Scanlon, *Lo que nos debemos unos a otros*
112. D. Osborne y P. Plastrik, *Herramientas para transformar el gobierno*
113. P. Singer, *Un solo mundo*
114. U. Beck y E. Beck-Gernsheim, *Individualización*
115. F. Ovejero, J. L. Martí y R. Gargarella (comps.), *Nuevas ideas republicanas*
116. J. Gray, *Al Qaeda y lo que significa ser moderno*
117. L. Tsoukalis, *¿Qué Europa queremos?*
118. A. Negri, *Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio*
119. V. Fisas, *Procesos de paz y negociación en conflictos armados*
120. B. R. Barber, *El imperio del miedo*
121. M. Walzer, *Reflexiones sobre la guerra*
122. S. P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*
123. J. Rifkin, *El sueño europeo. Cómo la visión europea del futuro está eclipsando el sueño americano*
124. U. Beck, *Poder y contrapoder en la era global*
125. Cl. Bébéar y Ph. Manière, *Acabarán con el capitalismo*
126. Z. Bauman, *Vidas desperdiciadas*
127. Z. Brzezinski, *El dilema de EE.UU.*
128. N. Chomsky, *Sobre democracia y educación, vol. 1*
129. N. Chomsky, *Sobre democracia y educación, vol. 2*
130. H. Joas, *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*
131. R. Dahrendorf, *En busca de un nuevo orden. Una política de la libertad para el siglo XXI*
132. U. Beck, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*
133. H. Schmidt, *Las grandes potencias del futuro. Ganadores y perdedores en el mundo del mañana*
134. T. Pogge, *La pobreza en el mundo y los derechos humanos*
135. A. Touraine, *Un nuevo paradigma*
137. M. Yunus, *El banquero de los pobres*
138. V. Beck y F. Grande, *La Europa cosmopolita*
139. P. Arrojo, *El reto ético de la nueva cultura del agua*
141. Y. Vanderborght y Ph. Van Parijs, *La renta básica*
142. A. Negri, *Movimientos en el imperio*
143. Z. Bauman, *Vida líquida*
144. V. Shiva, *Manifiesto para una Democracia de la Tierra*

Vandana Shiva

Manifiesto para una Democracia de la Tierra

Justicia, sostenibilidad y paz

Ti Título original: *Earth Democracy. Justice, Sustainability, &*
Or Originalmente publicado en inglés, en 2005, por South
Ca Cambridge, MA., EE UU.

Tr Traducción de Albino Santos Mosquera

Cu Cubierta de Mario Eskenazi

Est Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dir
Arc Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura.

Qu Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de l
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o par
las medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamie
med distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo p
dist

© 2005 by Vandana Shiva
© 2006 de la traducción, Albino Santos Mosquera
© 2006 de todas las ediciones en castellano.
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
<http://www.paidos.com>

ISBN-13: 978-84-493-1946-4
ISBN-10: 84-493-1946-3
Depósito legal: B-31.359/2006

Impreso en A & M Gràfic, S.L.
Im 08130 Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
081

Impreso en España - Printed in Spain

Título original: *Earth Democracy. Justice, Sustainability, and Peace*
Originalmente publicado en inglés, en 2005, por South End Press,
Cambridge, MA., EE.UU.

Traducción de Albino Santos Mosquera

Cubierta de Mario Eskenazi

SUMARIO

Introducción. Los principios de la Democracia de la Tierra	9
1. Economías vivas	21
2. Democracias vivas	93
3. Culturas vivas.	133
4. La Democracia de la Tierra en acción	173
Índice analítico y de nombres.	221

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro,
Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la
distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2005 by Vandana Shiva
© 2006 de la traducción, Albino Santos Mosquera
© 2006 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
<http://www.paidos.com>

ISBN-13: 978-84-493-1946-4
ISBN-10: 84-493-1946-3
Depósito legal: B-31.359/2006

Impreso en A & M Gràfic, S.L.
08130 Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Introducción

LOS PRINCIPIOS DE LA DEMOCRACIA DE LA TIERRA

Al tiempo que una antigua visión del mundo, la Democracia de la Tierra constituye hoy en día un movimiento político emergente de defensa de la paz, la justicia y la sostenibilidad. La Democracia de la Tierra vincula lo particular con lo universal, lo diverso con lo común y lo local con lo global. Incorpora lo que en la India llamamos *vasudhaiva kutumbakam* (la familia de la Tierra): la comunidad de todos los seres que tienen la tierra por sustento. Los nativos americanos y las culturas indígenas de todo el mundo han entendido y han experimentado siempre la vida como un continuo entre especies (humanas y no humanas) y entre generaciones (presentes, pasadas y futuras). El siguiente discurso de 1848, atribuido al jefe Seattle, de la tribu de los suquamish, capta claramente dicha interrupción:

¿Cómo se puede comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Ésa es una idea que nos resulta extraña.

Si no somos dueños del frescor del aire ni del fulgor del agua, ¿cómo podrán ustedes comprarlos?

Hasta el último rincón de este terreno es sagrado para mi pueblo. Cada aguja que resplandece en los pinos, cada pedazo de litoral arenoso, cada gota de la bruma de los sombríos bosques y cada claro que se abre en ellos, y hasta el más pequeño insecto zumbador son sagrados en la memoria y la experiencia de mi pueblo. La savia que recorre los árboles transporta los recuerdos del piel roja.

Si algo sabemos, es esto: la Tierra no le pertenece al hombre; es el hombre el que pertenece a la Tierra. Eso lo sabemos bien. Todas las cosas están conectadas entre sí, como la sangre que une a nuestra familia. Todo está conectado.

La Democracia de la Tierra supone la toma de conciencia de esas conexiones y de los derechos y las responsabilidades que emanan de ellas. La protesta que formulaba el jefe Seattle en el sentido de que «la Tierra no le pertenece al hombre» encuentra hoy eco en todo el planeta: «Nuestro

tro mundo no está en venta», «Nuestra agua no está en venta», «Nuestras semillas y nuestra biodiversidad no están en venta». Sobre esta respuesta a la privatización que obedece a la descabellada ideología de la globalización empresarial se construye la Democracia de la Tierra. Para la globalización empresarial, el mundo solamente es algo que debe poseerse y el mercado únicamente se mueve por el negocio y la rentabilidad. Pero desde la convocatoria de 1993 de medio millón de agricultores indios en Bangalore, que se comprometieron a hacer frente a la catalogación de las semillas como propiedad privada dictada por el Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (APDIC) de la Organización Mundial del Comercio (OMC), hasta las protestas de Seattle en 1999 y de Cancún en 2003, que paralizaron las cumbres interministeriales de la OMC, el programa de la globalización empresarial no ha dejado de topar con la respuesta creativa, imaginativa y valiente de millones de personas que ven y viven la Tierra como una familia y una comunidad formada por la totalidad de seres y personas de todos los colores, creencias, clases y países.

Frente a quienes ven el planeta como una propiedad privada, los movimientos defienden —tanto a nivel local como global— que nuestro mundo es un bien común. Frente a quienes viven el mundo como si de un supermercado global se tratase, donde se producen bienes y servicios a unos elevados costes ecológicos, sociales y económicos que luego se venden a precios abismalmente bajos, culturas y comunidades de todos los rincones se resisten a la destrucción de su diversidad biológica y cultural, de sus vidas y de sus formas de sustento. Como alternativas a la suicida economía globalizada de libre mercado, basada en el saqueo y la contaminación de los recursos vitales de la Tierra y que desplaza a millones de agricultores, artesanos y trabajadores, son muchas las comunidades que defienden y desarrollan resueltamente economías vivas que, además de proteger la vida sobre la Tierra, promueven la creatividad.

La globalización empresarial se fundamenta sobre un nuevo proceso de «cercamiento de los ejidos»;* los nuevos cotos privados así creados resultan excluyentes y se basan en la violencia. En vez de una cultura de la

* Expresión con la que se hace referencia al proceso histórico que en inglés se conoce como *enclosure of the commons* y que la autora describe con mayor detalle más adelante. A lo largo del libro, se utiliza también a veces la expresión *ejido* o *ejidos* en sentido figurado (en otras ocasiones, se emplea el adjetivo *comunal* o *comunales* acompañando al sustantivo correspondiente) como traducción del vocablo inglés *common* o *commons*. (N. del t.)

abundancia, la globalización que se guía por la rentabilidad financiera genera culturas de exclusión, desposeimiento y escasez. De hecho, la transformación en mercancías que la globalización hace de todos los seres y recursos despoja a las especies diversas y a las personas de su parte legítima correspondiente del espacio ecológico, cultural, económico y político. La «propiedad» de los ricos se fundamenta sobre el «desposeimiento» de los pobres: los que se privatizan son los recursos públicos comunes de los pobres, y es a estos últimos a quienes se deshereda económica, política y culturalmente.

Las patentes sobre la vida y la retórica de la «sociedad de la propiedad» en la que todo —el agua, la biodiversidad, las células, los genes, los animales, las plantas— es susceptible de convertirse en una posesión expresan una cosmovisión en la que las formas de vida carecen de valor intrínseco, de integridad y de reconocimiento como sujetos. Es una visión de la vida en la que los derechos de los agricultores a sembrar, de los pacientes a disponer de medicinas asequibles y de los productores a gozar de su cuota justa de los recursos de la naturaleza pueden ser vulnerados gratuitamente. Esa retórica de la «sociedad de la propiedad» oculta la filosofía antivida de quienes, aun profiriendo eslóganes pro vida, buscan controlar, monopolizar y apropiarse de todos los dones de la tierra y toda la creatividad humana. El cercamiento de los terrenos comunales que se inició en su momento en Inglaterra convirtió en prescindibles a millones de personas. Pero aquellos primeros cercados sólo robaban terreno; hoy, sin embargo, son todos los aspectos de la vida los que se cercan: el conocimiento, la cultura, el agua, la biodiversidad y hasta servicios públicos como la sanidad y la educación. Y conviene no olvidar que los bienes comunales son la más elevada manifestación de democracia económica.

La privatización de los bienes y los servicios públicos, así como la mercantilización de los sistemas de sustento vital de las personas pobres, son un doble robo que desprovee a las personas de su seguridad económica y cultural. Millones de ellas, privadas de una vida y una identidad seguras, se ven impulsadas a integrarse en movimientos extremistas, terroristas y fundamentalistas. Éstos identifican al «otro» como el enemigo y, simultáneamente, construyen identidades de carácter excluyente para separarse de quienes, en realidad, guardan una conexión ecológica, cultural y económica con ellos. Esta falsa separación provoca una conducta caracterizada por el antagonismo y el canibalismo. El auge del extremismo y del terrorismo constituye una respuesta más a los cercamientos y a la colonización económica de la globalización. De igual manera que el caniba-

lismo entre animales criados en granjas industriales desaparece cuando a los pollos y a los cerdos se les permite moverse con libertad, el terrorismo, el extremismo, la limpieza étnica y la intolerancia religiosa son condiciones antinaturales causadas por la globalización y no tienen cabida en la Democracia de la Tierra.

Los cercamientos crean exclusiones, que son el coste oculto de la globalización empresarial. Nuestros movimientos contra la biopiratería del cinamomo, del busmatí o del trigo han procurado (y han logrado) reivindicar nuestro patrimonio biológico e intelectual colectivo como bien comunal. Movimientos como el de la victoriosa lucha emprendida por las mujeres tribales de un pequeño poblado llamado Plachimada en el Estado indio de Kerala contra una de las mayores compañías del mundo, Coca-Cola, es un ejemplo central de la emergente Democracia de la Tierra.

Los nuevos derechos de propiedad intelectual ponen coto a las áreas públicas de los terrenos biológico, intelectual y digital. La privatización impone cercamientos del agua comunal. Cada «vallado» de uno de esos ejidos desplaza y priva de derechos a una serie de personas, lo cual acaba generando escasez para muchos y «crecimiento» sólo para unos pocos. Quien es desplazado acaba siendo también prescindible hasta el punto de que, en su manifestación más extrema, esa escasez inducida pasa a ser una negación del derecho mismo a la vida. A medida que se extienden el empleo de semillas modificadas genéticamente y los abortos selectivos en función del sexo, desaparecen grupos numerosos de personas (mujeres y pequeños agricultores, concretamente). La escala y el ritmo de esta desaparición son proporcionales al «crecimiento económico» que impulsan las fuerzas de la globalización empresarial neoliberal. De todos modos, esas brutales extinciones no son la única tendencia que da forma actualmente a la historia humana.

En las calles de Seattle y de Cancún, en hogares y granjas de todo el mundo, está naciendo otro futuro humano: un futuro basado en la inclusión, no en la exclusión; en la no violencia, no en la violencia; en la recuperación de los ejidos, no en su cercamiento; en compartir libremente los recursos de la Tierra, no en monopolizarlos y privatizarlos. Lejos de ser confeccionado por mentes cerradas y a puerta cerrada, como fue el ultraconservador Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense, este otro proyecto del pueblo se está desarrollando en una atmósfera de diálogo y diversidad, de pluralismo y colaboración y de participación compartida y solidaridad. Yo llamo a este proyecto Democracia de la Tierra. Basado en nuestra capacidad de autoorganización, en nuestra identi-

dad con la Tierra y en nuestra multiplicidad y diversidad, el éxito de la Democracia de la Tierra concierne al destino y al bienestar no sólo de todos los humanos, sino también al de todos los seres sobre del planeta. La Democracia de la Tierra no son las manifestaciones de protesta o las sesiones del Foro Social Mundial, sino lo que hacemos entretanto. Aborda lo que de global hay en nuestra vida cotidiana, en nuestra realidad diaria, y provoca un cambio mundial a través de la generación de cambios locales. Por pequeños que éstos parezcan, su impacto siempre es de largo alcance porque hacen referencia a la evolución de la naturaleza y de nuestro potencial como humanos; significan apartarse de los círculos viciosos de violencia en los que unas culturas suicidas, unas economías suicidas y una política del suicidio se alimentan mutuamente, para pasar a círculos virtuosos de no violencia creativa en los que unas democracias y unas economías vivas se nutren de unas culturas igual de vivas.

La Democracia de la Tierra no es únicamente un concepto, sino que está conformada por las prácticas múltiples y diversas de personas que reivindican sus bienes y espacios comunales, sus recursos, sus medios de vida, sus libertades, su dignidad, sus identidades y su paz. Aunque todas esas prácticas, movimientos y acciones son polifacéticos y múltiples, yo he tratado de encuadrarlos en grupos que expongan las ideas y los ejemplos respectivos de las democracias vivas, las culturas vivas y las economías vivas que constituyen, conjuntamente, la Democracia de la Tierra. La economía, la política y la cultura no están aisladas entre sí. Las economías mediante las que producimos e intercambiamos bienes y servicios están influidas por los valores culturales y por la manera en la que está dispuesto el poder en la sociedad. El surgimiento de economías, culturas y democracias vivas es, por consiguiente, un proceso sinérgico.

Las economías vivas son procesos y espacios en los que se comparten equitativamente los recursos de la Tierra para satisfacer nuestras necesidades de comida y agua y para crear medios significativos de vida. La Democracia de la Tierra se desarrolla a partir de la concienciación de que, aunque estamos arraigados localmente, también estamos conectados con el mundo en su conjunto y, de hecho, con todo el universo. Nosotros y nosotras basamos nuestra globalización en procesos ecológicos y en lazos de compasión y solidaridad, no en el movimiento de capitales y finanzas ni en el movimiento innecesario de bienes y servicios. Toda economía global que tenga en cuenta la existencia de unos límites ecológicos debe necesariamente localizar la producción para reducir el despilfarro de recursos naturales y de personas. Y sólo las economías construidas sobre ci-

mientos ecológicos pueden llegar a ser economías vivas que garanticen la sostenibilidad y la prosperidad para todos y todas. Nuestras economías no están calculadas sobre el corto plazo de los beneficios trimestrales de las sociedades anónimas ni sobre la perspectiva a cuatro o cinco años de los políticos. Nosotros y nosotras tenemos en consideración el potencial evolutivo de toda la vida sobre la Tierra y hacemos que el bienestar humano vuelva a radicar en nuestro hogar, en nuestra comunidad y en la familia planetaria. La seguridad ecológica es nuestra seguridad más básica; las identidades ecológicas son nuestra identidad más fundamental. *Somos* el alimento que comemos, el agua que bebemos, el aire que respiramos. Y reivindicar el control democrático de nuestra comida y de nuestra agua, así como de nuestra supervivencia ecológica, es un proyecto indispensable para nuestra libertad.

La democracia viva es un espacio para la reclamación de nuestras libertades más fundamentales, para la defensa de nuestros derechos más básicos y para el ejercicio de nuestras responsabilidades y deberes comunes con respecto a la protección de la vida sobre la Tierra, la defensa de la paz y la promoción de la justicia. La globalización empresarial prometía que los mercados libres favorecerían la democracia. Ha sucedido todo lo contrario. Los mercados libres de las grandes compañías globales han destruido la democracia en todos los niveles. Así ocurre, por ejemplo, en el más elemental, donde la globalización empresarial destruye la democracia de base a través del cercamiento de los recursos comunales. Las reglas mismas de la globalización, tanto las impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) como por la OMC, no han sido redactadas democráticamente, puesto que no han contado con la participación de los países ni de las comunidades más afectadas. La globalización empresarial socava y subvierte los procesos democráticos nacionales situando la toma de decisiones económicas fuera del alcance de los parlamentos y los ciudadanos. Sea cual sea el gobierno elegido, éste se halla atrapado entre una serie de políticas de reforma de corte neoliberal. La globalización empresarial significa, en la práctica, la muerte de la democracia económica. Favorece la dictadura económica y el hecho de que sean las grandes compañías las que asuman el control.

Cuando la dictadura económica se injerta en la democracia electoral representativa, surge en ésta, como resultado, un brote tóxico de fundamentalismo religioso y de extremismo derechista. Por consiguiente, la globalización empresarial no sólo conduce a la muerte de la democracia, sino también a una democracia de la muerte, en la que la exclusión, el

odio y el miedo se convierten en los medios políticos para movilizar votos y poder.

La Democracia de la Tierra nos capacita para imaginar y crear democracias vivas. La democracia viva hace posible la participación democrática en todos los aspectos de la vida y de la muerte: podemos, así, decidir tanto sobre los alimentos que comemos como sobre aquellos a los que actualmente no tenemos acceso; tanto sobre el agua que bebemos como sobre la que se nos niega por culpa de la privatización o de la contaminación; tanto sobre el aire que respiramos como sobre el que hoy nos envenena. Las democracias vivas se basan en el valor intrínseco de todas las especies, de todos los pueblos y de todas las culturas, en el reparto justo y equitativo de los recursos vitales de la Tierra y en la toma compartida de decisiones acerca del uso de los recursos planetarios.

Las culturas vivas son espacios en los que vivimos y damos forma a nuestros diversos valores, creencias, prácticas y tradiciones, al tiempo que abrazamos plenamente nuestra humanidad universal compartida y lo que nos une con otras especies a través del suelo, el agua y el aire. Las culturas vivas están basadas en la no violencia y la compasión, en la diversidad y el pluralismo, en la igualdad y la justicia, y en el respeto a la vida en toda su diversidad.

En las culturas vivas que nacen de las economías vivas tienen cabida especies, credos, géneros y etnias diversas. Las culturas vivas surgen de la tierra y emergen de lugares y espacios particulares al tiempo que conectan a toda la humanidad a través de una conciencia de alcance planetario: la de ser miembros de nuestra familia de la Tierra. Las culturas vivas se basan en identidades múltiples y diversas. Se basan en la identidad de la Tierra por cuanto constituyen tanto la realidad concreta de nuestras vidas cotidianas —donde trabajamos, jugamos, dormimos, comemos, reímos o lloramos— como los procesos que nos conectan a escala global.

«Todas las cosas están conectadas entre sí», nos dice el jefe Seattle. Estamos conectados con la tierra (con minúscula y con mayúscula) tanto local como globalmente. Las culturas vivas basadas en la recuperación de nuestra identidad terrestre generan el potencial para la reintegración de las actividades humanas en los procesos y los límites ecológicos de la Tierra. Recordar que somos ciudadanos e hijos de la Tierra puede ayudarnos a recuperar nuestra humanidad común y a trascender las horribles divisiones de intolerancia, odio y miedo creadas por las rupturas, la polu- rización y los cercamientos de la globalización empresarial.

Surcan nuestra interconectada familia planetaria (e inspiran la Democracia de la Tierra) antiguos conceptos relacionados con la convivencia pacífica de todos como uno solo conciliada con la evolución en trayectorias biológicas y culturales diversas. La sabiduría y la tradición ancestrales de la inseparabilidad y de la interconexión que nosotros y nosotras revivimos resultan evidentes en la teoría cuántica, en el continuo espacio-tiempo de la relatividad general y en la complejidad autoorganizada de los mecanismos vivos.

La Democracia de la Tierra, en el contexto contemporáneo, refleja los valores, las visiones del mundo y las acciones de diversos movimientos que trabajan por la paz, la justicia y la sostenibilidad. Vivimos momentos en los que la combinación de democracia representativa y globalización económica ha generado nuevos temores, inseguridades, integristas y violencia. Las elecciones de 2004 en la India y en Estados Unidos muestran cómo el vacío creado por una situación de pérdida de empleos y de destrucción de medios de vida puede ser ocupado por un discurso religioso fundamentalista. Este discurso polariza la sociedad y permite la utilización de las diferencias culturales como cuña para dividir a las personas y apartarlas de las cuestiones que las vinculan: sus trabajos, el medio ambiente, los derechos humanos y su humanidad común.

La Democracia de la Tierra nos permite reclamar nuestra humanidad común y nuestra unión con la vida en su conjunto. La Democracia de la Tierra reimpone la inviolabilidad de la vida en todos los seres y personas con independencia de su clase, su género, su religión o su casta. Y redefine la «defensa de los valores familiares» bajo la forma del respeto de los límites que la pertenencia a la familia de la Tierra impone a la codicia y la violencia. Los valores familiares de la familia de la Tierra no permiten la privatización del agua ni el patentado de la vida, ya que todos los seres tienen derecho a la vida y al bienestar. En la familia de la Tierra en la que se reconoce, como ya hiciera el jefe Seattle, que «todas las cosas comparten el mismo aliento, la bestia, el árbol, el hombre [...] [y] el aire comparte su espíritu con toda la vida a la que da sustento», una parte de la comunidad internacional no puede desestabilizar el clima, cercar los «ejidos» atmosféricos ni ignorar los derechos de otras especies y de otros países generando el 36% de la contaminación mundial por CO₂.

La Democracia de la Tierra protege los procesos ecológicos que mantienen la vida y los derechos humanos fundamentales que constituyen la base del derecho a la vida, incluidos el derecho al agua, el derecho a la comida, el derecho a la salud, el derecho a la educación y el derecho a un

puesto de trabajo y a un medio de vida. La Democracia de la Tierra se basa en el reconocimiento y el respeto de la vida de todas las especies y de todas las personas.

A lo largo de los últimos tres decenios y gracias a mi participación en diversos movimientos, he podido ir concretando mi concepción de la Democracia de la Tierra. Los movimientos ecologistas, conservacionistas y de defensa de los derechos de los animales han fundado sus luchas respectivas sobre la valía y el valor intrínsecos de todas las especies. Los movimientos de defensa de los derechos humanos han partido del reconocimiento de los derechos humanos universales de todas las personas. En la Democracia de la Tierra, la preocupación por la especie humana y por todas las demás en general se combina en un todo coherente y no contradictorio que supone una alternativa a la cosmovisión de la globalización empresarial, que sólo atribuye derechos a las grandes compañías y que considera a los seres humanos y de otras clases como simples materias primas aprovechables, en el mejor de los casos, o como residuos desechables, en el peor.

La Democracia de la Tierra nos conecta recíprocamente a través de la renovación y la regeneración perennes de la vida: desde nuestra vida diaria hasta la del universo en su conjunto. La Democracia de la Tierra es el relato universal de nuestro tiempo en cada uno de los distintos lugares que ocupamos. Palpita al ritmo del potencial ilimitado de un universo en plena expansión, abordando, al mismo tiempo, las amenazas reales planteadas a nuestra supervivencia como especie. Supone esperanza en un momento de desesperanza, suscita paz en un momento de guerras sin fin y nos anima a amar la vida apasionadamente en un momento en el que los dirigentes mundiales y los medios de comunicación engendran tanto odio y tanto miedo.

PRINCIPIOS DE LA DEMOCRACIA DE LA TIERRA

1. *Todas las especies, pueblos y culturas tienen un valor intrínseco:* todos los seres son sujetos dotados de integridad, inteligencia e identidad, y no objetos susceptibles de convertirse en propiedad de otros, de ser manipulados, de ser explotados o de ser desechados. Ningún ser humano tiene derecho a ser dueño de otras especies, de otras personas o de los conocimientos de otras culturas por medio de patentes y otros derechos de propiedad intelectual.

2. *La comunidad de la Tierra es una democracia de toda la vida en su conjunto*: todos somos miembros de la familia de la Tierra y estamos interconectados a través de la frágil red de la vida del planeta. Todos tenemos el deber de vivir de un modo que proteja tanto los procesos ecológicos de la Tierra como los derechos y el bienestar de todas las especies y de todas las personas. Ningún ser humano tiene derecho a inmiscuirse en el espacio ecológico de otras especies y de otras personas ni a tratarlas con crueldad y violencia.

3. *Debe defenderse la diversidad en la naturaleza y en la cultura*: la diversidad biológica y cultural constituye un fin en sí misma. La diversidad biológica es un valor y una fuente de riqueza (tanto material como cultural) que crea condiciones para la sostenibilidad. La diversidad cultural genera condiciones para la paz. Todas las personas tienen la obligación de defender la diversidad biológica y cultural.

4. *Todos los seres tienen un derecho natural a su sustento*: todos los miembros de la comunidad de la Tierra, entre los que se incluyen todos los seres humanos, tienen derecho a su propio sustento, es decir, a la comida y al agua, a un hábitat seguro y limpio, a la seguridad del espacio ecológico general. Los recursos vitales para tal sustento deben seguir siendo comunales. El derecho al sustento es un derecho natural porque es el derecho a la vida. Son derechos no otorgados por los Estados ni por ninguna gran empresa, y tampoco pueden ser anulados por acción estatal o empresarial alguna. Ningún Estado y ninguna compañía empresarial tienen derecho a cercenar ni a debilitar estos derechos naturales, ni a cercar los ejidos que sostienen la vida.

5. *La Democracia de la Tierra está basada en las economías vivas y en la democracia económica*: la Democracia de la Tierra se basa en la democracia económica. En la Democracia de la Tierra, los sistemas económicos protegen los ecosistemas y su integridad; protegen los medios de vida de las personas y satisfacen sus necesidades básicas. En la economía de la Tierra, no hay personas ni especies ni culturas prescindibles. La economía de la Tierra es una economía viva. Está basada en sistemas sostenibles, diversos y pluralistas que protegen la naturaleza y las personas, que son elegidos por éstas y que obran por el bien común.

6. *Las economías vivas están levantadas sobre economías locales*: es en el nivel local donde más cuidadosa, creativa, eficiente y equitativamente se consigue la conservación de los recursos de la Tierra y la creación de medios de vida sostenibles y satisfactorios. La localización de las economías es un imperativo social y ecológico. Sólo deberían ser producidos de

forma no local y comerciados a larga distancia aquellos bienes y servicios que no pueden ser producidos localmente —es decir, empleando recursos y conocimientos locales—. La Democracia de la Tierra está basada en unas economías locales vibrantes que sostienen, a su vez, economías de alcance nacional y global. En la Democracia de la Tierra, la economía global no destruye ni aplasta las economías locales; tampoco genera personas prescindibles. Las economías vivas reconocen la creatividad de todos los seres humanos y crean espacios para que las diversas creatividades alcancen la plenitud de su potencial. Las economías vivas son economías diversas y descentralizadas.

7. *La Democracia de la Tierra es una democracia viva*: la democracia viva se basa en la democracia tanto de toda la vida en su conjunto como de la vida cotidiana en particular. En las democracias vivas, las personas pueden influir en las decisiones que se toman sobre los alimentos que consumimos, el agua que bebemos y la sanidad y la educación de las que disponemos. La democracia viva crece como un árbol, de abajo arriba. La Democracia de la Tierra se basa en la democracia local; en ella, son las comunidades locales —organizadas sobre los principios de inclusión, diversidad y responsabilidad ecológica y social— las que gozan de la máxima autoridad en aquellas decisiones relacionadas con el medio ambiente y los recursos naturales, así como con el sustento y los medios de vida de las personas. La delegación de autoridad en niveles de gobierno más distantes se realiza conforme al principio de subsidiariedad. La autonomía y el autogobierno son los cimientos de la Democracia de la Tierra.

8. *La Democracia de la Tierra está basada en unas culturas vivas*: las culturas vivas promueven la paz y crean espacios libres para la práctica de religiones diferentes y la adopción de credos e identidades distintas. Las culturas vivas permiten el florecimiento de la diversidad cultural partiendo del terreno de nuestra humanidad común y de nuestros derechos compartidos como miembros de una comunidad de la Tierra.

9. *Las culturas vivas nutren la vida*: las culturas vivas se basan en la dignidad de (y el respeto por) la vida en su conjunto (humana y no humana), las personas de todos los géneros y culturas y las generaciones presentes y futuras. Las culturas vivas son, pues, culturas ecológicas que no favorecen estilos de vida ni pautas de consumo y producción que sean destructivas para la vida, ni la sobreutilización y la explotación de los recursos. Las culturas vivas son diversas y están basadas en la veneración por la vida. Las culturas vivas reconocen la multiplicidad de identidades basadas en el lugar y en la comunidad local, pero, al mismo tiempo, re-

conocen también una conciencia planetaria que vincula al individuo con la Tierra y con la vida en su conjunto.

10. *La Democracia de la Tierra globaliza la paz, la atención y la compasión:* la Democracia de la Tierra conecta a las personas mediante círculos de asistencia, cooperación y compasión, en lugar de dividirlos mediante la competencia, el conflicto, el temor y el odio. Frente a un mundo de codicia, desigualdad y consumo excesivo, la Democracia de la Tierra globaliza la compasión, la justicia y la sostenibilidad.

Capítulo 1

ECONOMÍAS VIVAS

La Tierra proporciona recursos suficientes para las necesidades de todos, pero no para la codicia de algunos.

MAHATMA GANDHI¹

La palabra *economía* deriva del vocablo griego *oikos*, que significa «casa u hogar familiar». Nuestro hogar es el lugar en el que nacemos y crecemos y donde se nos cuida. Matthew Fox escribió: «Nuestro auténtico hogar es el universo».² Y Robert Frost añade: «El hogar es allí donde tienen que dejarte entrar».³ El hogar es donde siempre te aguarda un sitio a la mesa y donde puedes dar por seguro que compartirán contigo lo que haya en ella. Formar parte de una casa, de un hogar familiar, significa tener acceso a la vida. ¿Por qué, entonces, resultan tan inhóspitos los sistemas económicos de hoy en día? ¿Cómo han llegado a convertirse en lugares que, más que aceptarnos, suelen prohibirnos la entrada? ¿Cómo es que actualmente no sólo se nos niega un hogar, sino también el derecho al sustento, a la estabilidad y, en última instancia, a la vida?

La economía predominante en nuestros días responde a numerosos nombres —economía de mercado, economía globalizada, globalización empresarial y capitalismo serían sólo unos pocos de ellos—, pero ninguno de ellos logra captar el hecho de que ésta no es más que una de las tres principales economías que operan actualmente en el mundo. En la Democracia de la Tierra, todos los seres disponen de un acceso igualitario a los recursos de la Tierra que hacen posible la vida; este acceso queda garantizado porque se reconoce la importancia de las otras dos economías: la economía de la naturaleza y la del sustento.

La economía globalizada de libre mercado que domina nuestras vidas se basa en reglas que anulan y niegan el acceso a la vida y a los medios

1. Mahatma K. Gandhi, citado en Vandana Shiva, *Tomorrow's Biodiversity*, Londres, Thames & Hudson, 2000, pág. 131.

2. Matthew Fox, *The Reinvention of Work: A New Vision for Livelihood in Our Time*, Nueva York, Harper Collins, 1994, pág. 141.

3. Robert Frost, *Robert Frost's Poems*, Nueva York, St. Martin's, 2002, pág. 163.

de vida y que generan escasez. Esta escasez viene provocada por la destrucción de las economías de la naturaleza y del sustento, de las que la vida se nutre y en las que se mantiene y se renueva. La globalización y el libre comercio merman las condiciones en las que se pueden dar unos empleos creativos y productivos, debido a que cercan los espacios y los recursos comunales, imprescindibles para el sustento de la vida. Las dimensiones «antivida» de la globalización económica radican en el hecho de que el intercambio de capitales está ocupando el lugar de los procesos vivos, al tiempo que los derechos de las grandes empresas están reemplazando a los de las personas vivas.

El conflicto económico de nuestra época no es solamente el de la fractura Norte-Sur, por bien que las desigualdades creadas por el colonialismo, el modelo de desarrollo defectuoso impuesto por el FMI y el Banco Mundial (basado en un régimen de esclavitud de la deuda), y las propias normas de la OMC, compartan esa dimensión. La confrontación es entre una economía global de muerte y destrucción y unas economías diversas favorables a la vida y a la creación. En nuestro tiempo, la dicotomía «tener o no tener» se ha transfigurado en la dicotomía «vivir o no vivir».

LAS TRES ECONOMÍAS

¿Por qué no satisface el modelo económico dominante las necesidades de tantas sociedades y comunidades? ¿Por qué está el éxito (medido en crecimiento económico) tan estrechamente relacionado con el aumento de la pobreza, el hambre y la sed? Existen dos motivos por los que los desastres ecológicos y el número de personas desplazadas, desamparadas y prescindibles aumentan en proporción directa a como lo hace el crecimiento económico. El primero es la reducción de la economía visible al mercado y a las actividades controladas por el capital. El segundo es que los derechos legales de las grandes compañías han crecido a costa de los derechos de las personas reales.

Centrándose en el funcionamiento del mercado, la economía dominante —además de demostrar su escasa visión de futuro— ignora tanto la economía de la naturaleza como la del sustento, de las que depende. Al concentrarse en la rentabilidad financiera, el mercado resta toda visibilidad a la economía de la naturaleza y las economías de sustento de las personas.

Si bien el intercambio de bienes y servicios siempre ha constituido una característica de las sociedades humanas, la elevación del mercado a

la categoría de máximo principio organizador de la sociedad ha provocado el abandono de las otras dos economías vitales. Cuando se dedica una atención exclusiva al crecimiento del mercado, los procesos vivos pasan a ser externalidades invisibles. Al no venir respaldados por el poder adquisitivo apropiado, los requisitos de la naturaleza no pueden ser registrados ni satisfechos por la economía de mercado. La conversión del mercado en centro de atención principal no sólo ha ocultado la existencia de las economías de la naturaleza y del sustento, sino que también ha silenciado el daño ocasionado por el crecimiento de ese mercado. Como resultado de ello y, sobre todo, en el contexto de los países del Tercer Mundo, se ha acabado ignorando la necesidad que la propia naturaleza tiene de unos recursos determinados. También se ignoran hoy en día los menesteres de la economía del sustento, que asegura la supervivencia biológica de las personas pobres marginadas y la reproducción de la sociedad. El daño oculto causado por el desarrollo basado en el mercado y por los procesos de globalización ha creado nuevas formas de pobreza y subdesarrollo. No es posible entender la economía política de los movimientos de la Democracia de la Tierra sin una comprensión clara del lugar que ocupan los recursos naturales en cada una de esas tres distintas economías.

Por otra parte, el crecimiento económico desapodera y convierte en prescindible a un elevado y creciente número de personas a medida que un volumen cada vez mayor de derechos destinados a protegerlas (y que tanto costó conseguir en su momento) es transferido a las grandes empresas. Las reglas sobre la libertad de empresa dentro del libre mercado son, cada vez más, normas que excluyen a las personas reales de los asuntos económicos y políticos de la sociedad y que las privan de sus derechos en la naturaleza. El estatus legal de las grandes corporaciones empresariales cumple con la función de liberar a las personas que dirigen esas sociedades de toda responsabilidad por el daño que éstas causan. Y de igual modo que las compañías han obtenido la posición legal de una persona, el propio mercado se ha personificado. Los medios dedican más páginas a hablar de la «salud del mercado» que de la salud del planeta o del bienestar de las personas.

LA ECONOMÍA DE LA NATURALEZA

Al igual que la palabra *economía*, *ecología* también proviene del vocablo griego referido a casa u hogar familiar. Pero en el contexto del desarro-

lio orientado al mercado, el de la economía y el de la ecología han sido vistos como terrenos enfrentados. La economía de mercado separa la naturaleza de las personas y la ecología de la economía. La naturaleza pasa entonces a definirse como un espacio libre de seres humanos. La conservación se reduce a la gestión de las «áreas salvajes». El desarrollo pasa a considerarse dominio exclusivo de la producción. Ni la naturaleza ni las economías de mutuo sostentamiento de las personas tienen reservado papel productivo alguno a criterio del mercado.

Y, sin embargo, la economía de la naturaleza es la economía primera y primaria sobre las que descansan todas las demás. La economía de la naturaleza consiste precisamente en la producción que la propia naturaleza realiza de bienes y servicios: el agua reciclada y distribuida a través del ciclo hidrológico, la fertilidad del terreno producida por los microorganismos, las plantas fertilizadas por los agentes polinizadores, etc. La producción y la creatividad humanas resultan insignificantes comparadas con las de la naturaleza.

Los recursos naturales se producen y reproducen por medio de una compleja red de procesos ecológicos. La naturaleza es el productor dominante a escala mundial, pero sus productos no son (ni pueden ser) reconocidos como tales en la economía de mercado, donde sólo la producción y la productividad reflejadas en el contexto de la economía mercantil han sido consideradas producción propiamente dicha. Desde esa misma visión limitada, tampoco la productividad orgánica de la actividad forestal o agrícola ha sido considerada parte de los productos comerciales que constituyen el rendimiento productivo total. Esto ha provocado que amplias áreas de labor productiva —la producción de humus por parte de los bosques, la regeneración de los recursos hídricos, la evolución natural de los productos genéticos, la creación de suelo fértil a partir de la erosión de las rocas— se hayan quedado fuera del alcance de la economía como disciplina de estudio. Muchos de estos procesos productivos dependen, además, de diversos procesos ecológicos adicionales que no han llegado a ser plenamente comprendidos, ni siquiera en el ámbito de las ciencias naturales.

En la actualidad, los movimientos ecologistas suponen la principal voz que llama la atención sobre el valor ecológico íntegro de todos esos procesos naturales. La presente escala del desarrollo económico inconsciente en cuanto al uso y abuso de los recursos hace que el conjunto del sistema natural de estos últimos corra un serio riesgo de pérdida de productividad. El proceso de desarrollo orientado al mercado amenaza con destruir la economía de la naturaleza por culpa de la sobreexplotación de

recursos y de la ignorada (por mal comprendida) destrucción de procesos ecológicos. Éstas son consecuencias que no se manifiestan necesariamente durante el período específico de un proyecto de desarrollo determinado. La contribución positiva a corto plazo que, en materia de crecimiento económico, puede suponer ese proyecto puede acabar resultando a todas luces insuficiente para equilibrar el daño invisible o diferido que inflige a la economía de los procesos ecológicos naturales. Tomado en un contexto más amplio, pues, el crecimiento económico puede convertirse en fuente de subdesarrollo. La destrucción ecológica relacionada con la explotación incontrolada de los recursos naturales para un beneficio comercial es sintomática de la contradicción existente entre el modo en que se genera riqueza en el mercado y en la naturaleza.

LA ECONOMÍA DEL SUSTENTO O CÓMO VOLVER A CENTRAR LA ATENCIÓN EN LAS PERSONAS

En la economía del sustento,* las personas trabajan con el fin de proporcionarse directamente a sí mismas las condiciones necesarias para mantener sus vidas. Se trata de la clase de economía en la que la producción y la reproducción humanas son primeramente posibles. En concreto, es en la economía de las mujeres donde, debido a la división patriarcal del trabajo, tiene lugar la reproducción de la sociedad. La labor de las mujeres proporciona sustento y apoyo a todas las actividades humanas, incluidas las más visibles de la economía dominada por el mercado. La economía del sustento es la economía de los dos tercios de la humanidad que se dedican a la producción artesanal, la agricultura campesina, la pesca también artesanal y las economías forestales autóctonas. La economía del sustento incluye todos aquellos ámbitos en los que los seres humanos producen en equilibrio con la naturaleza y reproducen la sociedad a través de la colaboración, la mutualidad y la reciprocidad.

Sin la economía del sustento no habría economía de mercado. Las economías del sustento existen incluso allí donde no existen mercados de

* Nótese la diferencia entre «economía del sustento» (*sustenance economy*) y «economía de subsistencia» (*subsistence economy*). Podría decirse que la economía del sustento es un intento de retorno a la economía de subsistencia pero sin renunciar al dinero como medio de intercambio, procurando la supervivencia de la vida en general (no sólo la humana) y buscando la colaboración igualitaria entre todas las personas y de éstas con la naturaleza. (N. del t.)

capital, pero éstos no pueden existir sin la economía del sustento. El mercado tampoco puede interiorizar plenamente la economía del sustento dado que la externalización de la carga social es la base misma de la rentabilidad financiera y de la acumulación de capital. A medida que los ajustes estructurales y la globalización destruyen medios de vida diversos, las mujeres se ven obligadas a trabajar más horas en múltiples empleos a tiempo parcial para dar de comer a sus familias. A medida que la privatización de la sanidad desmantela los sistemas públicos de salud, las familias se ven obligadas a asumir la responsabilidad de cuidar de las personas enfermas. Cuanto más dependen los mercados del trabajo que se realiza fuera del mercado, más invisible se vuelve la economía del sustento y menos recursos le quedan.

La pobreza del Tercer Mundo ha sido el resultado de siglos de sangría de recursos hurtados a la economía del sustento. La globalización ha acelerado y ampliado los métodos utilizados para diezmar esa economía: privatización del agua, patentado de semillas y de la biodiversidad e industrialización empresarial de la agricultura. Este estrangulamiento deliberado de la economía del sustento es uno de los motivos centrales de la violencia de la globalización.

La ciencia económica moderna, el concepto de «desarrollo» y el de «progreso» y, actualmente, el paradigma de la globalización apenas cubren una porción minúscula de la historia de la producción económica humana. La economía del sustento ha proveído a las sociedades humanas de medios materiales de supervivencia obtenidos directamente de la naturaleza. En el contexto de una base de recursos limitada, desviar recursos naturales del sostenimiento directo de la existencia humana hacia la generación de crecimiento en la economía de mercado significa destruir la economía del sustento. En ésta, la satisfacción de necesidades básicas y la garantía de una sostenibilidad a largo plazo son los principios organizadores del uso de recursos naturales; la explotación de recursos para la obtención de ganancias financieras y la acumulación de capital son, por el contrario, los principios organizadores del mercado.

LOS MERCADOS Y «EL MERCADO»

Los mercados son lugares de intercambio. El bazar, que incluso hoy florece en la India, es un espacio en el que las personas intercambian productos que han cultivado y que han producido. El mercado concreto y

contextualizado en un momento y lugar nace de la sociedad. Basado en relaciones directas y en transacciones cara a cara, constituye, de hecho, una prolongación de la sociedad. Cuando los mercados son sustituidos por *el mercado*, la sociedad es reemplazada a su vez por el capital y este mercado se convierte en el rostro anónimo de las grandes empresas. La gente real que intercambia lo que crea y lo que necesita es también sustituida por la mano invisible y abstracta del mercado.

Existen dos tipos de mercados. Los arraigados en la naturaleza y la sociedad son lugares de intercambio, de reunión, de cultura. Algunos son, simultáneamente, festivales culturales y espacios para las transacciones económicas, en los que personas reales compran y venden artículos reales que han producido o que necesitan directamente. Esos mercados son diversos y directos. Están al servicio de las personas y son éstas quienes les dan forma.

El mercado configurado por el capital, sin embargo, excluye a las personas como productores. Los espacios culturales de intercambio son sustituidos por procesos invisibles. La codicia, la rentabilidad y el consumismo pasan a ocupar el lugar de las necesidades de las personas. El mercado se convierte en una mistificación de procesos de acumulación burda de capital: la máscara tras la que se ocultan quienes manejan el poder empresarial.

Este mercado incorpóreo y descontextualizado es el que destruye el medio ambiente y las vidas de las personas.

EL DOMINIO DEL MERCADO

Una de las claves de la dominación de la economía de mercado es su capacidad para reclamar recursos que caen fuera de su ámbito. El traspaso de terreno de propiedad pública a propiedad privada fue imprescindible para que la economía de mercado se convirtiera en la economía dominante. Aquella transformación, conocida como «cercamiento de los ejidos», fue debida, por lo general, a la codicia y al poder de los corsarios.⁴ La palabra *cercamiento* describe la exclusión física de la comunidad de sus pro-

4. Por *corsario* (*privateer*, en inglés) se entiende tradicionalmente aquel pirata que actúa respaldado por el Estado en mar abierto. Yo utilizo el término para referirme a la persona que cerca o valla un espacio comunal porque lo «privatiza» y ejerce un acto de *piratería* contra otras personas.

pios campos comunales por medio del «cierre de un espacio de terreno con setos, zanjas u otras barreras al libre paso de hombres y animales».⁵

Los terrenos llamados «ejidos» eran propiedad formal del señor o terrateniente, pero los derechos de su uso correspondían a los comuneros. La eliminación de esos derechos de propiedad común fue la que hizo posible el cercamiento. En Inglaterra, donde el movimiento se inició ya en el siglo XVI, los cercamientos fueron impulsados en primera instancia porque la maquinaria estaba hambrienta de materia prima: la demanda de lana requerida por la industria textil no dejaba de aumentar. Los terratenientes, con el apoyo de industriales, comerciantes y banqueros, expulsaron a los campesinos de las tierras y los reemplazaron por ovejas. «Las ovejas se comen a los hombres»: así describía Tomás Moro el fenómeno del cercamiento de los ejidos.

Vuestras ovejas, de costumbre mansas y dóciles y no muy comedoras, son ahora, por lo que he oído, devoradoras y montaraces en tal medida que ellas solas se comen y se tragan a un hombre entero. Consumen, destruyen y devoran por completo campos, casas y hasta ciudades.⁶

La economía del cercamiento obró a favor de los terratenientes, pero en contra del campesinado. Mientras que un acre de terreno comunal cultivable podía producir 670 libras de pan, apenas podía mantener a unas pocas ovejas.⁷ Desde el punto de vista de la alimentación y de la economía del sustento, aquello era una pérdida evidente, pues las ovejas sólo podían producir 176 libras de carne. Sin embargo, en términos monetarios, los terratenientes salían ganando. El pastor que cuidaba en solitario de las ovejas reportaba beneficios mucho más elevados para el terrateniente que los arrendamientos que le pudieran pagar docenas de campesinos. El hecho de que éstos destinaran aquellos ejidos al cultivo de alimentos, al forraje, al combustible y a otros productos esenciales para su supervivencia no era de la incumbencia del propietario. Para éste, como para los demás corsarios, la expansión de la economía de mercado estaba sobradamente justificada por los beneficios financieros que de ella obtenía, a pesar de su coste para las economías de la naturaleza y del sustento.

5. G. Elliot Smith, citado en Jeremy Rifkin, *Biosphere Politics: A New Consciousness for a New Century*, Nueva York, Crown, 1991, pág. 39.

6. Tomás Moro, citado en *ibid.*, pág. 41.

7. *Ibid.*

El cercamiento de los ejidos consta, en general, de cinco procesos diferenciados:

1. La exclusión de las personas del acceso a recursos que, hasta entonces, habían sido de su común propiedad o uso.
2. La creación de personas «excedentarias» o «prescindibles» al negarles el derecho de acceso a los recursos comunales que las sustentaban.
3. La creación de propiedades privadas por medio del cercamiento de propiedades comunales.
4. La sustitución de la diversidad que abastece y satisface necesidades y funciones múltiples por monocultivos que proporcionan materias primas y mercancías para el mercado.
5. El cercamiento paralelo de las mentes y de la imaginación, que provoca que esos otros cercamientos sean definidos y percibidos como una forma de progreso humano universal y no de crecimiento de los privilegios y de los derechos excluyentes de unos pocos a costa del despojo y el empobrecimiento de muchos.

Los cercamientos tuvieron una gran acogida entre algunos por permitir «una expansión sin parangón de las posibilidades productivas».⁸ La productividad se definía así desde la perspectiva del rico y del poderoso, no desde la del plebeyo, y para ella se valoraba únicamente la rentabilidad y los beneficios para el mercado, no la sostenibilidad de la naturaleza ni el sustento de las personas. Los ricos «deploraban la insubordinación de los comuneros, la imposibilidad de introducir mejoras en sus pastos y el freno a la producción representado por la propiedad compartida».⁹ Pero, a pesar de esa opinión de los hacendados, los ejidos distaban mucho de haber estado desaprovechados; en realidad, constituían un rico recurso que proporcionaba a la comunidad un elevado grado de autonomía y autogobierno.

El mercado creó su propio efecto multiplicador que desplazó aún más a la economía del sustento del espectro visible. Cuanto más poder político y económico obtenían los poderosos de la creciente economía de mercado, más desposeían a los pobres y más cercaban la propiedad común de éstos. Y cuanto más se veían desposeídos los pobres de los medios

8. Boyle, citado en Anthony McCann, *Beyond the Commons: The Expansion of the Irish Music Rights Organisation, the Elimination of Uncertainty and the Politics of Enclosure*, tesis doctoral, Universidad de Limerick, 2002, pág. 236.

9. Neeson, citado en *ibid.*

para procurarse su propio sustento, más tenían que recurrir al mercado para comprar aquello que hasta entonces habían producido por sí mismos.

Quando el labrador se veía aislado de sus recursos [...] poco más podía seguir haciendo a la vieja usanza. Le resultaba imposible obtener la mayoría de sus provisiones directamente de su propio trabajo: tenía que abastecerse de ellas, listas para consumir, de otra fuente. Esa fuente, sobra decirlo, era una tienda.¹⁰

Lo acaecido antaño con los ejidos se repite hogaño con la biodiversidad y la propiedad comunal de las semillas por culpa de los derechos de propiedad intelectual y con la propiedad comunal del agua por culpa de la privatización. Hoy en día, las semillas, la medicina y el agua, que históricamente han sido propiedad compartida de comunidades enteras, tienen que ser adquiridas por un coste muy elevado a gigantes de la genética como Monsanto, que es dueña de las patentes, y a gigantes del agua como Suez, Bechtel y Vivendi, que son dueñas de las concesiones. La transformación de los derechos de propiedad común en derechos de propiedad privada niega implícitamente el derecho a la supervivencia de amplios sectores de la sociedad.

¿A QUÉ LLAMAMOS «COMUNAL»?

La noción misma de *comunal* implica un recurso poseído, administrado y utilizado por la comunidad. Un bien o un espacio comunal encarna una serie de relaciones sociales basadas en la interdependencia y la cooperación. Existen unas reglas y unos principios claros; existen unos sistemas de toma de decisiones. Los cultivos que hay que sembrar, las cabezas de ganado que pueden pastar, los árboles que hay que talar, los turnos y las horas de riego son, todas ellas, decisiones que deben ser tomadas conjunta y democráticamente por los miembros de la comunidad. La forma democrática de gobierno es lo que hacía (y hace) que un ejido o un recurso comunal fuese (y sea) precisamente comunal. Esto era así en la Inglaterra de finales del siglo xviii y es igualmente así en las regiones don-

10. George Sturt, citado en Kirkpatrick Sale, *Rebels Against the Future: The Luddites and Their War on the Industrial Revolution: Lessons for the Computer Age*, Boston, Addison Wesley, 1995, pág. 35.

de, actualmente, el control comunitario de los ejidos y los recursos comunales continúa siendo el método de gobierno y de propiedad.

En la India, la distribución equitativa de la tierra se basaba habitualmente en un sistema denominado *bhatachara* o costumbre (*achara*) de los hermanos (*bhai*). En su libro dedicado a los regímenes de tenencia de tierras, lord Baden-Powell señalaba:

Aquí, toda el área disponible era estudiada y clasificada por el Panchayat [el consejo local o de la comunidad] en buena o mala, mejor que otras, la mejor de todas, etc. A continuación, se establecía un número apropiado de lotes, cada uno de los cuales contenía una franja representativa de cada uno de los tipos de suelo clasificados, dispersas por toda el área en cuestión. Cada uno de los lotes así confeccionados recibía el nombre de *kauva-di-bigba* o *tauzi-bigba* (una unidad artificial de terreno que no guardaba relación alguna con ninguna medida ordinaria o estándar). Luego, según las necesidades de las familias por su número de miembros, se entregaba una cierta cantidad de tales unidades a cada sección y subsección. [...] Fuere como fuese, siempre se procedía conforme a un principio de igualdad, ajustando la cuota asignada a la carga que debía ser soportada.¹¹

Aunque no todos los pueblos que seguían el *bhatachara* practicaban el cultivo de franjas, éste era más evidente en regiones donde el tiempo y el medio ambiente resultaban más crudos e impredecibles. La dispersión facilitaba la cooperación y la acción colectiva.

La dispersión era un mecanismo institucional que proporcionaba a los individuos un seguro frente a la incertidumbre, siempre que cooperasen. [...] La propensión a actuar de forma colectiva aumentaba si se podía compartir el riesgo y si se podía igualar el acceso a recursos variados. La dispersión de la tierra arable solía ir acompañada del pastoreo pactado y de la gestión colectiva de las acequias, los pozos y las albercas de riego.¹²

Chakravarty-Kaul, profesora de la Universidad de Delhi, ha escrito que el término *bhatachara* también se aplicaba a pueblos en los que la

11. Baden H. Baden-Powell, *Land Systems of British India: Being a Manual of the Land-Tenures and of the Systems of Land Revenue Administration Prevalent in the Several Provinces*, Londres, Oxford, 1907.

12. The Famine Inquiry Commission (Comisión de Investigación sobre la Hambre), *The Famine Inquiry Commission Report on Bengal*, Calcuta, 1944, reimpresso en Nueva Delhi, Usha, 1984, pág. 27.

tierra se dividía en función de cuánta había sido arada previamente o según su uso ancestral, o, incluso, a localidades en las que era costumbre dejar que cada familia cultivara tanto terreno comunal como pudiera sin llegar a ejercer presión sobre otros miembros de la comunidad. El elemento común de todos estos sistemas *bhaiachara* era que en ellos sólo se pagaban tributos sobre lo que la familia cultivaba realmente.¹³

TERRA NULLIUS

A pesar de su diversidad, la mayoría de culturas sostenibles consideran la tierra como una *terra mater* (madre tierra). Reciben agradecidas los dones de la naturaleza y devuelven la deuda así contraída llevando unos estilos de vida sostenibles y adoptando unas cosmologías centradas en la propia tierra. El constructo colonial de la pasividad de la tierra y la consiguiente creación de una categoría (igualmente colonial) por la que esa tierra es vista como *terra nullius* (tierra vacía) tuvieron dos claros efectos: negaron la existencia y los derechos previos de los habitantes originales y ocultaron la capacidad y los procesos regenerativos de la tierra. Con ello, hicieron posible la aparición de la propiedad privada a partir de los cercamientos y permitieron que el uso no sostenible de recursos fuese considerado «desarrollo» y «progreso». Para el corsario y para el colonizador, el cercamiento era una mejora.

En Australia, los colonizadores justificaron la apropiación total del terreno y de sus recursos naturales declarando *terra nullius* (o, lo que es lo mismo, deshabitado) todo el continente. Aquella declaración fijó un camino muy simple hacia la privatización de los recursos comunales, ya que, en lo que a los colonizadores respectaba, éstos no existían. En las colonias americanas, la conquista de los recursos nativos se justificó sobre la base de un argumento similar: la población indígena no «mejoraba» sus tierras. Así lo escribió John Winthrop, primer gobernador de la Colonia de la Bahía de Massachusetts, en 1669:

Los nativos de Nueva Inglaterra no tienen terrenos cercados, ni asentamiento de población estable, ni ganado domesticado para mejorar el terreno, por lo que no disponen más que de un Derecho Natural sobre

13. J. N. Uppal, *Bengal Famine of 1943: A Man-Made Tragedy*, Delhi, Lucknow, 1984, pág. 60.

esos campos. Así pues, siempre que les dejemos suficiente para su uso, estamos perfectamente legitimados para tomar el resto.¹⁴

Como escribí en mi libro *Biopiratería*, la lógica de las tierras vacías se está extendiendo actualmente a la de la «vida vacía». El principio de *terra nullius* se emplea hoy en día para apropiarse de la biodiversidad arrebatándosela a sus dueños e innovadores originales por el procedimiento de definir sus semillas, sus plantas medicinales y sus conocimientos médicos como naturaleza, y de tratar las herramientas de la ingeniería genética como único camino que puede conducir a su «mejora». ¹⁵ Al hacer caso omiso del uso que también se hace del agua fuera del mercado, las autoridades se otorgan a sí mismas la libertad de cercar ríos por medio de grandes proyectos de conexión fluvial como el previsto en la India (el River Linking Project), así como de cercar el agua de manantial para que sea embotellada y comercializada (como agua mineral o como ingrediente de refrescos diversos) por grandes compañías como Coca-Cola y Pepsi.

LOS CERCAMIENTOS INGLESES

Los ejidos, que la Corona de Inglaterra declaró desaprovechados, eran, en realidad, campos productivos que proporcionaban amplios espacios comunes de pasto para los animales de las comunidades campesinas establecidas, además de madera y piedra para la construcción, juncos para los tejados y la cestería, leña para combustible y animales salvajes, aves, pescado, bayas y frutos secos para alimento. Estas áreas constituían el sustento de un gran número de pequeños agricultores gracias a la existencia de unos derechos de acceso común a sus recursos. También proporcionaban un lugar donde establecerse a campesinos más pobres y sin tierras que emigraban a ellos desde los pueblos de campos abiertos característicos de las zonas ce-realistas.¹⁶

14. John Winthrop, citado en Djelal Kadir, *Columbus and the Ends of the Earth*, Berkeley, University of California Press, 1992, pág. 171.

15. Vandana Shiva, *Biopiracy: The Plunder of Nature and Knowledge*, Boston, South End Press, 1997 (trad. cast.: *Biopiratería: el saqueo de la naturaleza y del conocimiento*, Barcelona, Icaria, 2001).

16. Los bienes y espacios comunales han acogido muchas veces a las personas desposeídas por cercamientos de diversos tipos. Cuando los campesinos se ven desposeídos y desplazados por culpa de las presas y sus embalses, recurren generalmente a los bosques

Los bosques corrieron una suerte similar. La Corona era su propietaria, pero los campesinos tenían derechos comunales sobre su producto. Con el auge de la demanda de recursos con los que alimentar el crecimiento capitalista, la Corona adoptó una política de deforestación, cuyo resultado fue que el campesinado perdió sus derechos comunales y la Corona y los señores feudales cercaron el terreno deforestado y lo parcelaron en explotaciones de grandes dimensiones para arrendarlas a precios competitivos.

La lucha por el control de los ejidos motivó entonces choques frontales en numerosos rincones del país entre los señores y el campesinado. Entre 1628 y 1631, nutridas multitudes se dedicaron reiteradamente a asaltar y derribar los cercamientos. Amplias zonas de Inglaterra se hallaban en estado de rebelión.

Según el derecho consuetudinario inglés, el cercamiento de un ejido requería del consentimiento unánime de toda la comunidad. Ninguna autoridad tenía el derecho de enajenar y cercar los *commons*. Bastaba una sola persona para bloquear tal decisión. Ese derecho era fundamental e inalienable y, por ello, fue defendido con uñas y dientes.

Os desafío a cercar una sola yarda cuadrada; os desafío uno por uno; os desafío colectivamente; podéis reuniros en vuestro tribunal, podéis aprobar las resoluciones que os plazcan, que yo las condenaré; porque me asiste el derecho a llevar a mi bestia a estas tierras, hasta a su más recóndito rincón; la ley me otorga ese derecho y el Rey lo protege.¹⁷

Sin embargo, tanto la democracia local como estos derechos inalienables fueron debilitándose a medida que el poder del dinero subvirtió la administración y la propiedad de los ejidos. Los intereses comerciales ejercieron presión para que el Parlamento dictara una legislación que ratificara el cercamiento de los terrenos comunales.

Entre 1770 y 1830, el Parlamento de Londres llegó a aprobar hasta 3.280 textos legales promulgando el cercamiento de los ejidos y las áreas comunales. Como consecuencia de toda esta legislación,

6 millones de acres de terrenos de posesión comunal, de campos abiertos, de prados, de pantanos, de bosques y de tierras «baldías» desocupadas,

como recurso comunal para su supervivencia. Incluso las barriadas periféricas marginales actúan en la práctica como «ejidos» donde la población desplazada de otras regiones intenta sobrevivir sin necesidad de derechos formales de propiedad.

17. Citado en Rifkin, *op. cit.*, pág. 45.

que hasta entonces habían pertenecido al dominio público general, fueron traspasados a manos privadas y, subsiguientemente, cercados, vallados, cultivados y explotados para el pastoreo y la caza, en aras de la obtención de un beneficio privado.¹⁸

Otros cercamientos, realizados sin la previa aprobación parlamentaria, ascendían a una extensión casi igual de amplia. Al finalizar ese período, más de la mitad de la tierra de Inglaterra estaba en manos privadas.

DE EJIDOS A MERCANCÍAS: EL COLONIALISMO COMO FORMA DE CERCAMIENTO

Los cercamientos no se corresponden exclusivamente con un episodio histórico acaecido en Inglaterra. También han sido un aspecto central de los continuos procesos de colonización. El colonialismo creó propiedad privada cercando igualmente áreas y recursos comunales y desplazando y desarraigando a los pueblos originales de América, África y Asia.

La política inglesa de deforestación y cercamiento fue reproducida en las colonias de la India. La primera Ley Forestal India, promulgada en 1865 por el Consejo Legislativo Supremo, autorizaba al gobierno a declarar los bosques y los *benap* (terrenos no delimitados) como reservas forestales. Esa ley marcó el inicio de lo que se denominó la «gestión científica» de los bosques y provocó la erosión tanto de la fertilidad de esas tierras como de los derechos de acceso de la población local a la producción forestal. Aunque, técnicamente, los bosques se convertían así en propiedad estatal, las reservas forestales constituían, en realidad, un cercamiento porque transformaban un recurso comunal en otro de carácter comercial. El Estado sólo intermediaba en la privatización.

Cuando los británicos establecieron su dominio sobre la India, se calcula que entre un tercio y la mitad de la superficie total de la provincia de Bengala eran tierras baldías. La definición colonial de «baldío» no se basaba en una valoración de la productividad biológica del terreno, sino de su capacidad para generar renta. Las tierras baldías eran aquellas que no producían ingresos porque no eran terrenos cultivados, sino bosques. El gobierno británico se apropió entonces de esas tierras y las arrendó a los cultivadores para convertirlas en terrenos generadores de ingresos. No

18. Sale, *op. cit.*, pág. 35.

fue, pues, hasta finales del siglo XIX —cuando los bosques se convirtieron también en fuente de rentas— cuando los terrenos forestales del Estado dejaron de ser considerados baldíos. No obstante, los bosques rurales y los pastos siguieron siendo clasificados dentro de la categoría de terrenos desaprovechados, aun cuando procuraran recursos —en forma de combustible y de forraje— para la economía agrícola.

Esa categoría colonial de las tierras baldías constituía, pues, una categoría de índole económica, pero la política colonial también creó la categoría de las tierras ecológicamente desaprovechadas —terreno que había perdido su productividad biológica por culpa tanto de la actividad como de la inactividad social y gubernamental—. Estos terrenos desaprovechados se hallan aún hoy en día en áreas designadas como reservas forestales (es decir, como propiedad privada de unos individuos que los dedican a un uso agrícola), así como en otras tierras comunales (compartidas por comunidades enteras para proveerse de combustible y forraje).

En la época colonial, se obligó a los campesinos a cultivar índigo en lugar de alimentos, se gravó la sal con un impuesto destinado a financiar el ejército británico y se cercaron bosques con el fin de transformarlos en monopolios estatales para su aprovechamiento comercial. En las zonas rurales, estas medidas minaron paulatinamente los derechos de usufructo (o *nistar*) de los campesinos, es decir, sus derechos a la comida, al combustible y al pastoreo de su ganado en los ejidos de la comunidad. El deterioro de los derechos de las comunidades campesinas sobre sus bosques, sus arboledas sagradas y sus «tierras baldías» ha sido la causa principal de su empobrecimiento a la larga.

Usurpada su tierra, la India vio cómo la recaudación de ingresos públicos se convertía en la nueva preocupación central de las potencias colonizadoras. Había que gravar a alguien. Antes de la llegada de los británicos a la India, lo que se gravaba era la producción de la tierra, pero no la tierra en sí. Para recaudar el tributo, los británicos necesitaban unos propietarios de los terrenos que cobraran rentas a sus cultivadores y se las transfirieran luego a ellos. ¿Cómo lograron algo así?

La respuesta es de una simplicidad extrema: creando terratenientes. La tarea de encontrarlos no fue demasiado difícil: ¿quién mejor que quienes ya estaban acostumbrados a recaudar dinero de los campesinos para el Estado? Fue así como los *zamindares* acabaron conformando la mayoría de la nueva clase latifundista.

El término *zamindar* englobaba convenientemente y engañosamente a un grupo heterogéneo de caciques rurales de la Bengala de finales del siglo XVIII.

La confusión se veía agravada por el hecho de que estos elementos variados del campo bengalí no guardaban relación alguna con los zamindares de las localidades rurales. Entre los zamindares de Bengala se incluían, al menos, cuatro categorías identificables por separado: los antiguos jefes territoriales de los principados, como los rajás de Tippera y de Cooch Behar; las grandes familias terratenientes que pagaban un tributo fijo por sus tierras y se comportaban como jefes feudales, como los rajás de Burdwan, Dínajpur, Rajshahi, Jessore y Nadia; las numerosas familias que habían ocupado cargos como recaudadoras de impuestos sobre la tierra a lo largo de diversas generaciones, y los recolectores de rentas establecidos por la concesión de Diwani en 1765. En un desafortunado «caso de confusión de identidad», lord Cornwallis, a la sazón, gobernador general, otorgó el preciado derecho de propiedad privada de la tierra —mediante una proclamación solemne del 22 de marzo de 1793 seguida de un aluvión de regulaciones— a este diverso colectivo de caciques rurales unidos solamente por el nombre.¹⁹

La extracción colonial de recursos transformó radicalmente la capacidad de desarrollo de infraestructuras locales en la India. El destacado historiador indio Dharampal ha mostrado que, en la India prebritánica, entre el 80 y el 95% de los recursos se utilizaban en los niveles local e intermedio para el mantenimiento de la infraestructura socio-cultural-económica. Sólo una proporción de entre el 5 y el 20% iba destinada a una autoridad central; el resto permanecía en la economía local para sostener el ejercicio de las diversas artes, a los *vaidyas* (practicantes autóctonos de la medicina), al profesorado de las escuelas, a los sacerdotes, a los contables, a los herreros, a los carpinteros, a los alfareros, a los lavaderos, a los administradores del agua y el mantenimiento de las obras de riego. El colonialismo invirtió esa relación de gasto: Gran Bretaña dejaba sólo el 10% de los ingresos en manos de las infraestructuras locales para el sostenimiento de la población y se llevaba el 90% para la administración del imperio.²⁰

19. Vandana Shiva y Radha Holla Bhar, *Sharing the Earth's Harvest: An Ecological History of Food and Farming in India*, vol. 2, Delhi, RFFSTE, 2001, pág. 15.

20. Dharampal, *Despoliation and Defaming of India*, Goa, Other India Press, 1999, pág. 24.

EL NACIMIENTO DE LAS GRANDES COMPAÑÍAS

La aparición de grandes sociedades comerciales como la Compañía de las Indias Orientales generó nuevos instrumentos de extracción de riqueza al servicio de los inversores y nuevos grados de empobrecimiento y de desposeimiento de los productores. Ni éstos ni la producción eran los que dirigían el comercio, sino que era el comercio el que dirigía la producción. Al final, las grandes compañías se hicieron con el control de la producción misma (tanto la de los gremios en Inglaterra como la de las futuras colonias, como la India).

La Compañía de las Indias Orientales, una de las primeras en crearse, fue fundada por hombres que controlaban capital con el que financiar viajes destinados a la colonización. Estaba regida por un gobernador y veinticuatro ayudantes y disfrutaba del monopolio sobre el comercio con todas las islas y puertos de Asia, África y América desde el cabo de Buena Esperanza hasta el estrecho de Magallanes.

En 1600 (año de nacimiento de la Compañía), la India no sólo abastecía a Asia de arroz, trigo, azúcar y algodón crudo, sino que también era el taller industrial del mundo, ya que producía una cantidad prodigiosa de algodón para su venta en mercados que se extendían desde los rincones más apartados de las Indias Orientales y del sur de Asia, por el este, hasta Europa, por el oeste, y desde las costas del mar Caspio hasta las de Mozambique y Madagascar.²¹ La Compañía de las Indias Orientales conquistó esas rutas del comercio internacional y estableció los fundamentos iniciales de un imperio. En 1717, la Compañía obtuvo en Delhi una *firmán*, o concesión, del emperador Farrukhsiyar que, a cambio de un tributo anual de 3.000 rupias, la autorizaba, entre otras cosas, a comerciar sin aranceles por todos los territorios imperiales. En palabras del historiador Radha Kamal Mukherjee:

Todo aquel siglo de actividades de piratas, empresas, soldados, factores y comerciantes holandeses y británicos no sólo les reportó a éstos el monopolio absoluto sobre el comercio entre lugares distantes de la propia Asia y entre este continente y Europa, sino que también sirvió para establecer los cimientos del imperio.²²

21. Radha Kamal (Radhakamal) Mukherjee, *Economic History of India*, Allahabad (India), Kitab Mahal, 1967, pág. 183.

22. *Ibid.*, pág. xvii.

Aquel edicto se convertiría en el documento fundacional del régimen comercial y político británico en la India. Bengala cayó en enero de 1757. Los comerciantes de la Compañía de las Indias Orientales dejaron entonces de ser «meros mercaderes»: se habían convertido en los gobernantes de la India. La recompensa que el victorioso Robert Clive, miembro de la Compañía, recibió por ello ascendió a 234.000 libras.²³

Al principio, la Compañía de las Indias Orientales importó textiles indios terminados. Pero, más tarde, prohibió la importación de productos textiles de la India y limitó sus importaciones al material no terminado. En 1750, las regiones chinas e indias producían el 73% de los textiles mundiales. India era el telar del mundo. Los británicos destruyeron la industria textil india y, a continuación, crearon la suya. El mito industrial atribuye a la tecnología la causa del crecimiento de los productos textiles británicos. Sin embargo, fueron los aranceles y las prohibiciones (lo que, en el lenguaje de la OMC, se conoce como «restricciones cuantitativas») los que desencadenaron el auge de la industria en Inglaterra. Las innovaciones tecnológicas siguieron a ese auge. Como escribió H. H. Wilson, profesor de historia en Oxford:

Existen documentos datados en 1813 que afirmaban que, hasta ese momento, los productos de algodón y seda de la India podían venderse en el mercado británico a un precio entre un 50 y un 60% inferior a los de los fabricados en Inglaterra. Se consideró necesario, pues, proteger estos últimos aplicando sobre los primeros unos impuestos de entre el 70 y el 80% de su valor o sometiénolos a prohibiciones positivas. De no haber sido así, sin semejantes cargas y decretos prohibitivos, la maquinaria de las fábricas de tejidos de Parsley y de Manchester habría tenido que parar nada más iniciar su marcha y difícilmente podría haber vuelto a funcionar, ni siquiera con el impulso del vapor. Su creación se debió al sacrificio de los manufactureros indios.²⁴

Anteriormente a 1771, la producción inglesa de tejido de algodón era totalmente inexistente; en Inglaterra, ni se cultivaba algodón ni se poseían hilanderas capaces de preparar hilo de esa tela suficientemente fuerte para su urdimbre. La industria textil inglesa empezó a desarrollarse gracias a la importación de percales o calicoes lisos blancos. Fue a partir de

23. *Report of the Indian Irrigation Commission, 1901-03*, Calcuta, Government Printing, 1904, reimpresso en Calcuta, F. K. L. Mukhopadhyay, 1984.

24. Mukherjee, *op. cit.*, pág. 172.

ahí cuando, mediante la utilización de métodos, procesos y estampados procedentes de la India, la industria del calicó fue avanzando en Inglaterra. Hacia 1845, las tornas se habían girado y los ingleses dominaban el comercio textil. Olvidándose de la historia, Sidney Smith pudo entonces escribir: «El gran objetivo para el que la raza anglosajona parece haber sido creada es la fabricación del calicó».²⁵

Con la desaparición de la India del ámbito de la producción, también desaparecieron sus contribuciones anteriores de la historia. Las pérdidas ocasionadas por el comercio «libre» (las exportaciones procedentes de la India estaban sometidas a un arancel del 80%, mientras que los aranceles sobre las importaciones que entraban en aquel país sólo eran del 2,5%) provocaron la destrucción de los mercados interior y exterior de la India. En 1846, la anteriormente exportadora India ya importaba más de 200 millones de yardas de tejido procedentes de Inglaterra, frente a los 51 millones de yardas de 1835 y las escasas 800.000 yardas de 1814.²⁶

GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA/GLOBALIZACIÓN EMPRESARIAL

En las fases iniciales de la industrialización, el movimiento inglés de los cercamientos declaró prescindible al campesinado y lo expulsó de sus anteriores tierras. La industrialización fue luego llevada como elemento de «desarrollo» a los países del Sur. El dominio que hoy ejercen las grandes empresas a través de la globalización continúa sosteniéndose sobre los cimientos creados en su momento por el colonialismo y continúa dejando una estela de devastación y destrucción.

La economía de mercado produce inevitablemente un gran cambio en la percepción de los derechos de acceso a los recursos existentes. La transformación de las áreas y bienes comunales en mercancías tiene dos implicaciones: priva a los grupos políticamente más débiles de su derecho a la supervivencia (que ejercían mediante su acceso a tales recursos comunales) y hurta a la naturaleza su derecho a la autorrenovación y a la sostenibilidad al eliminar las limitaciones sociales al uso de los recursos (limitaciones que suponen la base de la gestión de la propiedad común).

En los países del Tercer Mundo, la transformación de los recursos naturales en mercancías ha contado, en gran medida, con la intermedia-

25. *Ibid.*, pág. xix.

26. *Ibid.*, pág. xxiii.

ción del Estado. Aunque a menudo se arrope con el vocabulario de la promoción del interés público colectivo, el Estado suele erigirse en un poderoso instrumento para la privatización de los recursos. La transformación de los bosques comunales de las comunidades rurales en reservas forestales estatales se acomoda muy bien a los intereses de la industria privada del papel y de la celulosa, ya que le garantiza un suministro barato e ininterrumpido de materia prima. De manera parecida, los embalses también se construyen con fondos públicos, pero están destinados a satisfacer las necesidades energéticas e hídricas de la industria privada o las necesidades de irrigación de los cultivos comerciales. El crédito de los bancos del sector público se emplea en la financiación de los pozos o de las embarcaciones de pesca de poderosos grupos privados. Los conflictos desatados en torno a los recursos naturales son, en esencia, conflictos sobre la titularidad de derechos.

La globalización empresarial nos ha sido impuesta. Ésta se representa a sí misma como el mar en el que todos y todas debemos nadar, como un proceso del que, inevitablemente, tenemos que formar parte. La globalización empresarial, habitualmente asociada al comercio internacional, es algo que muchas personas creen que pueden ignorar perfectamente. Pero la globalización empresarial no se limita a la circulación transfronteriza de productos. De hecho, siempre hemos tenido un comercio internacional. El comercio de bienes de un lado a otro de las fronteras ya existía antes del colonialismo. En realidad, fue el deseo de controlar ese comercio el que provocó la aparición del colonialismo europeo; mucho antes de eso, ya se comerciaba con especias. La globalización empresarial atraviesa hoy en día las fronteras con consecuencias mucho más graves para el planeta y para la humanidad que las que pudieran tener esas líneas geográficas artificiales que delimitan las naciones. Y, aun así, comparado con las fronteras éticas que se están traspasando en la actualidad, el del comercio internacional es un problema mucho más fácil de abordar. Los credos, las culturas y las sociedades diversas que han creado dichos límites éticos a lo largo de los siglos declararon ciertas cosas no susceptibles de comercialización. Hay cosas que no son comerciables y que no han de regirse por valores distintos a los mercantiles.

La globalización constituye, en la práctica, el cercamiento definitivo (de nuestras mentes, de nuestros corazones, de nuestras imaginaciones y de nuestros recursos). Hasta que la globalización empresarial reivindicó la conversión de los recursos de este planeta (y, en especial, el agua y la biodiversidad) en mercancías comerciables, era de todos conocido que el

agua no podía pertenecer a nadie en concreto. La lluvia cae, fluye por las cuencas fluviales y los acuíferos subterráneos, alcanza el mar y se evapora en un asombroso ciclo hidrológico que nos trae el agua. A veces, el ciclo resulta lento y nos depara sequías, pero somos perfectamente capaces de afrontar las sequías provocadas por el propio ciclo del agua. Las que no podemos afrontar son las sequías diseñadas por el hombre y que dictan que el agua sólo debe fluir en un sentido: en sentido ascendente hacia la acumulación dineraria.

Se nos prometió que la globalización nos brindaría paz gracias a la construcción de una aldea global en la que todo el mundo estaría interconectado. Pero el número de guerras ocurridas desde 1995, año en el que la globalización empresarial se convirtió, literalmente, en la constitución legal del mundo, desmiente esa pretensión. Fijémonos, si no, en los malentendidos entre culturas que se han producido desde entonces. En el capítulo 3 hago una referencia más extensa a los vínculos entre la globalización empresarial y el auge del terrorismo, del extremismo y de la derecha política. Una segunda promesa de la globalización era la prosperidad: «Cuando las aguas se eleven, todos los barcos se elevarán». Pues bien, no sólo no ha ascendido el nivel de las aguas, sino que ha descendido, víctima de los procesos mismos derivados de la cesión a las grandes empresas del control sobre esos recursos.

Aunque en Estados Unidos hay quien ha llamado «capitalismo compasivo» a la codicia capitalista desbordada, es precisamente la economía compasiva del sustento y de la naturaleza la que se destruye como consecuencia del dominio de las grandes compañías y del capital. Toda protección de la naturaleza y de los derechos de las personas es calificada de proteccionismo y de barrera al comercio y a la inversión. Las normas del comercio y la reforma neoliberal instauran leyes que ilegalizan la compasión propiamente dicha. Las patentes sobre la vida ilegalizan culturas de la compasión que tratan toda vida como algo sagrado. La privatización de servicios públicos esenciales como el agua, la sanidad y la educación ilegalizan culturas de la compasión y de la justicia social en las que tanto la riqueza social como la natural se comparten. Se desmantelan economías pensadas para garantizar y proteger los medios de vida, los puestos de trabajo y la seguridad social de las personas, y se deja a éstas sin sitio ni en la sociedad ni en la economía. No son éstos, precisamente, ejemplos de economías compasivas, sino de una economía violenta que adopta tintes cada vez más bélicos, tanto en sus métodos como en sus resultados.

Podemos encontrar un ejemplo típico del paradigma neoliberal que domina la actual política económica y social en un libro publicado por el FMI y titulado *Who Will Pay? Coping with Aging Societies, Climate Change, and Other Long-Term Fiscal Challenges*. El título del libro redefine de un tirón los desafíos planteados de cara a la reproducción social y ecológica como retos fiscales. Se hace desaparecer a los seres humanos y a la naturaleza y se los sustituye por dinero. Los economistas de mercado que sólo son capaces de ver mercados y dinero son insensibles a la naturaleza y a la sociedad. No pueden ver que las personas ricas acumulan su riqueza a costa de la explotación de la naturaleza y de la sociedad. No saben valorar lo que la naturaleza y las personas ya han aportado y que supone un préstamo ecológico y social muy superior a cualquiera de los otorgados por el FMI.

Las culturas india y nativa americana conservan una lógica tradicional llamada «de la séptima generación», según la cual, antes de actuar, siempre deberían tenerse en cuenta las posibles repercusiones de ese acto en la séptima generación por venir desde ese momento. La receta neoliberal de desmantelamiento de la Seguridad Social en el momento presente en aras de la seguridad de la próxima generación no se basa realmente en una consideración del bienestar de las generaciones futuras, sino que consiste, simplemente, en una forma de desviar recursos financieros de la economía del sustento a la del mercado, dejando con ello sin seguridad alguna a las generaciones presentes y futuras.

CRECIMIENTO Y EFICIENCIA EN EL MERCADO

Otro de los mitos relacionados con la economía de mercado es el de que se trata del método de producción más eficiente. Pero la «eficiente» economía de mercado resulta sumamente ineficiente cuando se tiene también en cuenta la destrucción de la economía de la naturaleza. Tras la eficiencia y la productividad de la agricultura industrial se ocultan los costes asociados al agotamiento de los terrenos, a la explotación de las aguas subterráneas, a la erosión y a la extinción de la biodiversidad. La agricultura industrial utiliza diez veces más energía de la que produce. Utiliza también diez veces más agua que la actividad agrícola biodiversa en la que se cultiva con un uso prudente del agua y en la que se recurre a prácticas orgánicas. En realidad, cuando son valoradas desde el punto de

vista de la economía de la naturaleza, las explotaciones agrícolas biodiversas y ecológicas ofrecen una productividad mucho más elevada que la de las explotaciones de monocultivos industriales y a gran escala. La ilusión de la eficiencia resulta de una externalización de los costes ecológicos.²⁷

Es habitual, por ejemplo, que se genere crecimiento convirtiendo recursos de la economía de la naturaleza en productos de mercado. El crecimiento económico tiene lugar, entonces, a través de la explotación de los recursos naturales. De ese modo, la deforestación genera crecimiento; la extracción del agua del subsuelo genera crecimiento; la sobte explotación pesquera genera crecimiento. Pero todo ese crecimiento económico adicional no puede ayudar a regenerar los ámbitos mismos que deben destruirse para que se produzca. La naturaleza merma al mismo ritmo al que crece el capital. El crecimiento del mercado no puede solucionar la crisis que él mismo provoca. Por otra parte, aunque siempre es posible convertir recursos naturales en efectivo monetario, el dinero no puede convertirse luego en riqueza natural. Los economistas de mercado que intentan abordar la cuestión de la crisis ecológica se circunscriben precisamente al mercado y buscan sustitutos que realicen la función comercial de mercancías y materias primas que han realizado hasta ahora los recursos naturales. El aumento de recursos financieros disponibles no puede regenerar la vida perdida en la naturaleza por culpa de la destrucción ecológica. Un campesino africano supo captar muy bien esa idea esencial: «No se puede hacer crecer una ternera añadiéndole barro y modelándola para que se convierta en una vaca».²⁸ En la economía de la naturaleza y en la del sustento, la moneda de uso corriente no es el dinero, sino la vida.

27. Ernst Von Weizsacker, Amory Lovins y Hunter Lovins, *Factor Four: Doubling Wealth, Halving Resource Use*, Londres, Earthscan, 1997, pág. 50 (trad. cast.: *Factor 4: duplicar el bienestar con la mitad de los recursos naturales*, Barcelona, Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 1997); Vandana Shiva y otros, *Principles of Organic Farming*, Delhi, Navdnyan, 2004, págs. 156-163.

28. Lloyd Timberlake, *Africa in Crisis: The Causes, the Cures of Environmental Bankruptcy*, Londres, Earthscan, 1985, pág. 154 (trad. cast.: *África en crisis: las causas, los remedios de la crisis ambiental*, Madrid, Cruz Roja Española, 1987).

AGRICULTURA GLOBALIZADA

La producción de cultivos comerciales y de alimentos procesados desvía terrenos y recursos hídricos de la función de provisión de sustento y excluye a un número creciente de personas de su derecho al alimento:

Los inexorables procesos de la agricultura —la industrialización y la internacionalización— son probablemente responsables del hambre de un mayor número de personas que la crueldad de las guerras y de los caprichos de la naturaleza combinados. Son varios los motivos por los que el modelo de cultivo de alta tecnología para la exportación hace que aumente el hambre. Tierras, créditos, agua y tecnología escasas de por sí son reservadas para el mercado exterior. La mayoría de personas hambrientas no sufren siquiera la influencia directa del mercado. [...] Los beneficios van a parar a grandes compañías a las que no interesa en absoluto alimentar a población hambrienta y sin dinero.²⁹

En ningún momento se ha valorado el comercio global de productos agrícolas a la luz de las nuevas condiciones de escasez y pobreza que ha inducido. Esta nueva pobreza ya no es cultural y relativa, sino que es absoluta y amenaza la mera supervivencia de millones de personas de este planeta. En la raíz de esta nueva pobreza material nos encontramos con el paradigma económico del mercado, incapaz como es de valorar el alcance de sus propias exigencias de recursos naturales o el impacto de esa demanda sobre la estabilidad y la supervivencia ecológicas. De ahí que actividades económicas que parecen eficientes y productivas dentro del limitado contexto de la economía de mercado se demuestren ineficientes y destructivas en el contexto de las otras dos economías (la de la naturaleza y la del sustento).

En la India, se prometió que el algodón genéticamente modificado alcanzaría un rendimiento de 1.500 kilogramos por acre. En cuatro Estados del país, el rendimiento medio fue de solamente 200 kilogramos. También se preveía que los ingresos de los agricultores se incrementarían en torno a las 10.000 rupias por acre y, sin embargo, lo que obtuvieron fueron pérdidas de 6.000 rupias por acre. El rendimiento de esos cultivos ha demostrado no ser en absoluto fiable. Las semillas de maíz híbrido

29. Richard Barnett, *The Lean Years: Politics in the Age of Scarcity*, Londres, Abacus, 1980, pág. 171 (trad. cast.: *Años de penuria: el mundo en la antesala de la guerra*, Barcelona, Gedisa, 1981).

que Monsanto vendió a los agricultores de los Estados más pobres de la India, como el de Bihar, les reportaron el malogramiento total de la cosecha y unas pérdidas combinadas que ascendieron a 4.000 millones de rupias. En el caso del fracaso del algodón Bt en Andhra Pradesh, las pérdidas fueron de 1.000 millones. El agricultor o la agricultora que se pasa a la simiente que ha sido modificada genéticamente (MG) se encuentra, un año más tarde, con una deuda de 200.000 a 300.000 rupias. Cuando una misma compañía controla el comercio, los productos químicos y el mercado, vende semillas caras y convierte a los agricultores en sus principales compradores. Pero eso sólo puede conseguirse gracias a una publicidad engañosa y a previsiones falsas. A la larga, lo único que les queda a los granjeros y a los campesinos son unos niveles elevadísimos de endeudamiento.³⁰

Lo que para las grandes empresas del sector es la libertad de las semillas para los agricultores se traduce en la esclavitud de las semillas. Monsanto vende simiente en la India al mismo precio que en Estados Unidos. Los costes de producción se han multiplicado por diez al tiempo que los precios de los productos agrícolas se han desplomado un 50% por culpa de la liberalización del comercio. Sólo en cultivos para el consumo alimentario los agricultores indios están perdiendo 24.000 millones de dólares estadounidenses al año. ¡Al año! Los pobres que, supuestamente, iban a hacerse ricos gracias a esto se hallan, en realidad, más enterrados en la pobreza que antes. El desplome de las rentas rurales merma el poder adquisitivo y los derechos y, en última instancia, las agricultoras y los agricultores empobrecidos pasan a engrosar las filas de la población hambrienta. Muchos de los más cargados de deudas acaban incluso suicidándose, como les sucede en un número cada vez mayor en la India. La pobreza se nos muestra, así, con toda su crudeza tanto en esos suicidios de los agricultores como en la reaparición del hambre en la India (por primera vez desde su independencia).

La India no había padecido una hambruna desde 1942, pero, actualmente, en una región tras otra se están empezando a observar cifras significativas de fallecimientos atribuidos al hambre. El gobierno encargó en 1991 un estudio de una región donde habían muerto de hambre 8.000

30. Vandana Shiva y otros, *Corporate Hijack of Biodiversity: How WTO-TRIPS Rules Promote Corporate Hijack of People's Biodiversity and Knowledge*, Delhi, Navdanya, 2002; actas de las conversaciones UE-India sobre bioseguridad y biotecnología, 1-2 de abril de 2005, Nueva Delhi.

niños y niñas en el que se mostraba que, con anterioridad a la liberalización comercial y a la globalización, ningún niño ni ninguna niña de edades comprendidas entre los 0 y los 6 años había fallecido como consecuencia de la falta de alimento.³¹ Pues bien, en 2002, el 47% de las muertes infantiles de la India fue atribuido a una alimentación insuficiente. Y no es porque no haya comida para alimentarse: 65 millones de toneladas se pudren en los *godowns* (o contenedores de almacenaje). Destabilizados ambos platos de la balanza (el de la producción de alimentos y el de su consumo), tenemos ante nosotros un panorama en el que los gigantes del grano se llevan nuestro alimento por la mitad del precio que nuestros pobres pagan por él para inundar con él el mercado de otros países en forma de productos agrícolas a bajo precio. Al mismo tiempo, importan alimentos desde otros países gracias a una subvención de 400.000 millones de dólares que no va a parar a agricultores y agricultoras de otras zonas del mundo, sino a un puñado de grandes compañías, e inundan con ellos el mercado indio. Las promesas de paz y prosperidad se han revelado muy difíciles de alcanzar.

El Acuerdo sobre la Agricultura de la OMC, que allanó el camino para la imposición de los cultivos comerciales, debería llamarse Acuerdo Cargill. Fue, de hecho, el anterior vicepresidente de Cargill, Dan Amstutz, quien redactó el texto original del acuerdo durante la Ronda Uruguay. Las normas de la OMC no se ciñen exclusivamente al comercio. También determinan de qué modo se tienen que producir los alimentos y quién controla su producción. El objetivo principal de Cargill (y, por tanto, del propio Acuerdo sobre la Agricultura) es abrir los mercados del Sur y transformar la agricultura de los pequeños productores rurales en una agricultura industrial de las grandes empresas. Pero la apertura de mercados significa, en el lenguaje de Cargill, el cierre de los medios de vida autónomos de los granjeros. Asia es la mayor economía agrícola del mundo; un sector mayoritario de su población se dedica a la agricultura. Para Cargill, la clave es hacerse con los mercados asiáticos. El proyecto de futuro de Cargill (y la estrategia de la OMC) pasa por convertir economías dotadas de autosuficiencia alimentaria en economías dependientes de alimento.

Puesto que el Acuerdo sobre la Agricultura no es más que un tratado agroindustrial, aporta una visión distorsionada de la producción y del co-

31. Tribal Research and Training Institute, *Malnutrition-Related Deaths of Tribal Children*, Pune, India, Tribal Research and Training Institute, 2002, pág. 4.

mercio. Nos aboca a la destrucción ecológica, a la devastación de las granjas familiares y a la quiebra de la salud de la población. Bajo la aparente neutralidad de las reglas sobre «apoyo doméstico», acceso a los mercados y competencia en las exportaciones, subyacen opiniones y mitos sesgados acerca de la producción y la distribución de alimentos.

Uno de los mitos que Cargill perpetúa y consagra en el Acuerdo sobre la Agricultura de la OMC es la idea de que Estados Unidos es la mejor región del mundo para el cultivo de alimentos y donde actualmente se cultivan los mejores. Lo cierto es que Estados Unidos constituye todo un modelo de cómo no se deben cultivar y producir los alimentos. En 1990, casi el 22% de las familias estadounidenses dedicadas a la agricultura disponía de ingresos inferiores a los que delimitaban el umbral oficial de pobreza, el doble de la proporción observada para el conjunto de familias de Estados Unidos. En 1993, más del 88% de los ingresos medios de las familias que regentaban algún tipo de granja o explotación agrícola procedían de fuentes no relacionadas con ésta. De 1982 a 1993 se triplicaron los costes de los factores de producción adquiridos por los granjeros, lo cual impulsó a la baja los ingresos medios de las explotaciones agrícolas familiares. Como consecuencia, al tiempo que 67.000 personas entraron anualmente en el sector agrícola de 1982 a 1992, 99.000 lo abandonaron, arrojando una pérdida neta de 32.000 agricultores y agricultoras al año.³² ¿Sorprende acaso que, durante el período comprendido entre 1990 y 1994, los agricultores y las agricultoras de la India obtuvieran una escasísima rentabilidad del 1,98% por su inversión?

Hay quien ha justificado el desplazamiento de los pequeños agricultores aludiendo a la supuesta productividad de las grandes explotaciones. La realidad es que, como el ex primer ministro indio Charan Singh ha declarado en alguna ocasión, las pequeñas explotaciones agrícolas son más productivas que las de grandes dimensiones:

Siendo la agricultura —como es— un proceso vital, en la práctica real y a igualdad de otras condiciones, los rendimientos por acre descienden en la misma proporción en que aumenta el tamaño de la explotación agrícola (o, dicho de otro modo, a medida que decrece el trabajo y la supervisión humanos medias dedicadas a cada acre). Los mencionados resultados

32. A. V. Krebs, «The Corporate Reapers: Towards Total Globalization of our Food Supply», en Vandana Shiva y Gitanjali Bedi (comps.), *Sustainable Agriculture and Food Security: The Impact of Globalisation*, Thousand Oaks (California), Sage, 2002, pág. 187.

son prácticamente universales: el rendimiento de una misma cantidad de inversión por acre es mayor en las explotaciones pequeñas que en las grandes. Así pues, si un país densamente poblado y de capital escaso, como la India, puede elegir entre una sola explotación de 100 acres y cuarenta granjas de 2,5 acres, debe saber que el coste en capital para la economía nacional será menor si opta por las explotaciones pequeñas.³³

Sin embargo, son precisamente los pequeños agricultores y sus pequeñas explotaciones los que están siendo destruidos por la globalización y las reformas económicas impulsadas por el comercio. Cinco millones de empleos agrícolas han desaparecido en la India desde que se introdujeron tales «reformas».

Otro mito es el que asegura que el libre comercio permite un reparto eficiente de los alimentos. La realidad, sin embargo, es que de no mediar subsidios masivos y prácticas de *dumping*, las grandes compañías estadounidenses jamás se habrían podido hacer con los mercados del Sur. El libre comercio de productos agrícolas es, básicamente, un intercambio de comida: los países importan las mismas mercancías que exportan en lugar de exportar aquello que pueden producir como nadie e importar lo que no. El mundo entero se está viendo arrastrado a comerciar con un número limitado de mercancías controladas por los gigantes agroindustriales.

Por otra parte, la idea según la cual la agricultura globalizada y el *dumping* liberarán ingresos de los agricultores para la adquisición de «motocicletas, teléfonos móviles y ordenadores» es un mito bajo el que se oculta una realidad mucho más dura: el *dumping* destruye los mercados interiores y, con ello, destruye también los medios de vida y los ingresos de los agricultores.³⁴

El desplazamiento de los pequeños agricultores y agricultoras, y la destrucción del suelo, del agua y de la biodiversidad constituyen dos dimensiones negativas del sistema alimentario estadounidense. El riesgo para la salud pública es otro aspecto fatídico de un sistema alimentario industrializado y controlado por grandes empresas. La cultura alimenta-

33. Charan Singh, *Economic Nightmare in India*. Nueva Delhi, National Publishing House, 1984, pág. 119.

34. Citado en Oxfam, *Boxing Match in Agricultural Trade: Will WTO Negotiations Knock Out the World's Poorest Farmers?*, Oxfam Briefing Paper n° 32, 19 de noviembre de 2002.

ria estadounidense difunde riesgos sanitarios a medida que se va extendiendo por mor de la globalización. La encendida polémica sobre el elevado nivel de residuos de pesticidas hallados en las bebidas de Coca-Cola y Pepsi en la India es un buen ejemplo de los peligros que la cultura alimentaria industrial de corte estadounidense plantea para la salud. Otro es la actual epidemia de obesidad: Cerca del 70% de los niños y las niñas de Estados Unidos padecen obesidad y disfunciones metabólicas que, hasta fecha reciente, sólo eran apreciables en personas adultas, como la diabetes, un elevado nivel de colesterol en sangre e hipertensión arterial.³⁵ Actualmente, 44 millones de adultos estadounidenses son obesos y otros 6 millones son «superobesos». La obesidad es ya la segunda causa de mortalidad (por detrás del tabaco) en Estados Unidos. Según estimaciones del Centro de Control de Enfermedades de aquel país, unos 280.000 estadounidenses mueren anualmente como consecuencia directa de su sobrepeso.³⁶ Los costes sanitarios anuales ligados a la obesidad en Estados Unidos ascienden a 240.000 millones de dólares, sin olvidar los 33.000 millones adicionales que se gastan en productos dietéticos y programas de pérdida de peso.

Con la globalización, esta negativa cultura alimentaria dominada por la rentabilidad financiera se ha extendido a todo el mundo. A medida que McDonald's, Coca-Cola y Pepsi expanden sus mercados, destruyen hábitos culinarios locales saludables. La epidemia de obesidad que padece Estados Unidos está empezando a difundirse a escala global de la mano de la comida basura industrial. En China, se le diagnosticó obesidad al 30% de los niños y las niñas estudiados en doce centros educativos. En la India, casi el 7,5% del total de la población infantil es obesa. En Chennai, es el 18% el que padece sobrepeso. Dos de cada cinco estudiantes de Delhi tienen niveles altos de colesterol y diabetes. Pero además de por los riesgos para la salud de los alimentos industriales y de la comida basura, Estados Unidos se está erigiendo en una fuente de nuevos riesgos por culpa de los organismos modificados genéticamente (OMG). Los europeos se han negado a consumir alimentos MG. India y Zambia rehusaron recibir maíz MG como ayuda alimentaria. Existe un tratado global, el Protocolo de la Biosfera, para la regulación del comercio de OMG. Sin embargo, Estados Unidos, bajo el impulso del sector biotec-

35. Eric Schlosser, *Fast Food Nation: What the All-American Meal Is Doing to the World*, Londres, Penguin, 2002, pág. 240.

36. *Ibid.*, pág. 241.

nológico y de la agroindustria, aboga por la desregulación del comercio de OMG y por la negación del derecho de los ciudadanos y las ciudadanas a conocer y a elegir. Los falsos rostros con los que se nos presentan las grandes empresas de la alimentación orgánica —el zumo Odwalla, por ejemplo, es propiedad de Coca-Cola, y el té Celestial Seasonings es de Hain, compañía entre cuyos inversores principales se incluyen Phillip Morris, Monsanto y Exxon-Mobil— evidencian las arteras intenciones de los gigantes de la alimentación.³⁷ Las amenazas estadounidenses de iniciar una disputa con la UE por los OMG son un ejemplo de cómo permiten las normas de la OMC la imposición de unos alimentos malos y de hasta qué punto niegan a los países y a sus ciudadanos el derecho a la seguridad alimentaria y a unos buenos alimentos.

Resultados recientes procedentes de unas pruebas sobre el terreno de tres años de duración realizadas en Inglaterra por el Ministerio de Medio Ambiente muestran que, en el caso, al menos, de los cultivos de canola (una variedad de la colza) y de remolacha, el nivel de extinción de otras especies en las explotaciones agrícolas que utilizan organismos modificados genéticamente es cinco veces superior al observado en las granjas que utilizan productos químicos convencionales. Estos estudios dan claramente a entender que, a pesar de la acusación que Estados Unidos lanzara en mayo de 2003 contra los europeos, culpándolos de impedir que los africanos solucionaran sus problemas de hambre con su negativa a consumir alimentos modificados genéticamente, va a costar mucho que los europeos levanten su moratoria *de facto* a la comida MG en general.

Los europeos se están hartando de este acoso. Recientemente, la comisaria europea de medio ambiente, Margot Wallström, afirmó:

Tratan de engañar a la gente y tratan de imponerle cosas. Ésa no es la manera. No se puede ir imponiendo cosas a Europa. Así que espero que hayan aprendido una lección con todo esto y no empiecen a decir lo de que con esto solucionarán los problemas del hambre en el mundo y otros por el estilo. ¡Venga ya! Pero si de lo que se trataba era de saciar el hambre de los accionistas, no la del mundo en vías de desarrollo.³⁸

Otro mito es el de que la globalización crea una sociedad del conocimiento. Sin embargo, no podemos vivir en una sociedad así sin disponer antes de las posibilidades básicas de elección que nos habilitan para lle-

37. <<http://www.organicconsumers.org/organic/corporate120604.cfm>>.

38. <http://news.independent.co.uk/world/science_medical/story.jsp?story=453124>.

var una vida realmente humana, una vida digna: las que nos permiten conocer cómo se produce nuestra comida, las que nos permiten conocer con qué clase de bosques se fabrican nuestras mesas y nuestras sillas, las que nos permiten conocer si los salarios de las personas que cultivaron los alimentos son justos o no, las que nos permiten conocer qué hay en nuestra comida. Sin eso, no estamos en una sociedad del conocimiento. El conocimiento no son los datos manipulados de Monsanto. El conocimiento son unas ciudadanas y unos ciudadanos informados que eligen libremente. Eso sí sería una sociedad del conocimiento. Pero ese marco democrático es, precisamente, el que la globalización empresarial trata de aniquilar.

En la India, existían unos veinte estudios independientes sobre el fracaso del algodón modificado genéticamente. La Research Foundation for Science, Technology, and Ecology (Fundación para la Investigación en Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, o RFSTE) realizó sus estudios, el Departamento de Agricultura del gobierno llevó a cabo los suyos y todos los datos apuntaban en una misma dirección, puesto que no hacían más que reflejar lo que estaba ocurriendo realmente en los campos de los agricultores. Sin embargo, el único estudio sobre el que ustedes leerán en un foro internacional es el incluido en un artículo de la revista *Science*, escrito por Mutin Qaim y David Zilberman, dos científicos (de Bonn y de Berkeley, respectivamente) que revelan la existencia de un incremento del 80% en el rendimiento, cuando, en realidad, la producción había bajado un 10%.³⁹ Y es que los mencionados científicos jamás habían ido a la India durante la estación de la siembra. Monsanto les facilitó los datos y ellos los publicaron. Desgraciadamente, el suyo no es un caso excepcional. Exactamente lo mismo sucedió cuando se promocionó la hormona del crecimiento recombinante. Los autodenominados científicos de la EDA estadounidense que publicaron los artículos en *Science* utilizaron unos datos que no habían generado ellos. Nunca habían examinado los datos en bruto. Monsanto les había facilitado un documento ya preparado de antemano al que ellos simplemente añadieron su rúbrica para su publicación.⁴⁰

39. Mutin Qaim y David Zilberman, «Yield Effects of Genetically Modified Crops in Developing Countries», *Science*, vol. 299, n.º 5.608, 7 de febrero de 2003, págs. 900-902.

40. Jeffrey M. Smith, *Seeds of Deception: Exposing Industry and Government Lies About the Genetically Engineered Food You Are Eating*, Fairfield (Iowa), Yes! Books, 2003, págs. 90-93.

El conocimiento independiente (el poco que actualmente existe) es el resultado de la colaboración entre científicos públicos, intelectuales también públicos y activistas. Lo que está acaeciendo en el terreno del conocimiento y de la investigación bajo la influencia de la ciencia de inspiración empresarial (poseedora del monopolio actual del conocimiento) es peligroso para la condición humana en general. No nos lo podemos permitir, sobre todo, en un momento como el presente, en el que el trabajo científico —del que se ha apropiado el comercio— no deja de generar nuevas amenazas para el medio ambiente y la salud. Necesitamos más conocimiento independiente, no menos. Y, en lugar de ello, se nos induce a engaño. Se está censurando el conocimiento en aras de la creación de mercados libres.

LOS CERCAMIENTOS CONTEMPORÁNEOS

Los cercamientos de «ejidos» diversos de los que somos actualmente testigos (como la privatización del agua y las patentes sobre las formas de vida y la biodiversidad) tienen sus raíces en aquel primer movimiento de cercamientos, el mismo que alguien ha acertado en llamar la «revolución de los ricos contra los pobres».⁴¹ El cercamiento de la biodiversidad y del conocimiento no es más que el paso más reciente de una serie de cercamientos que se iniciaron coincidiendo con el ascenso del colonialismo. La tierra y los bosques fueron los primeros recursos cercados y transformados de comunales en comerciales. Más tarde, lo fueron también los recursos hídricos gracias a las presas y los embalses, a las perforaciones del subsuelo y a los programas de privatización. Ahora le ha llegado el turno a la biodiversidad y al conocimiento, «cercados» por medio de los derechos de propiedad intelectual (DPI).

Los cercamientos contemporáneos acotan tanto recursos como culturas. Un informe reciente del Foro Internacional sobre la Globalización amplía el uso del término *commons* («ejidos») incluyendo también en él servicios públicos como la salud, los sistemas de aguas, la educación y la información.⁴² La gestión y la propiedad de los recursos comunales pue-

41. Arthur Hocart, citado en Rifkin, *op. cit.*, pág. 39.

42. John Cavanagh y Jerry Mander (comps.), *Alternatives to Economic Globalisation*, San Francisco, Berrett-Koehler, 2004, pág. 45. (trad. cast.: *Alternativas a la globalización económica*, Barcelona, Gedisa, 2003).

den estructurarse de modos diversos; lo que importa es garantizar el bien y el interés comunes de todas las personas, y no sólo de unas pocas privilegiadas. El Estado puede facilitar los cercamientos y la privatización de los *commons* o puede conservar los ámbitos colectivos que están al servicio del bien común mediante la creación de sistemas públicos y estructuras de bienestar social. Ese ambivalente papel del Estado es el que lo convierte en campo de batalla de los conflictos entre los cercamientos y la reivindicación de los espacios comunales.

LAS LEYES DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

Los ejidos y demás bienes y recursos comunales son los activos económicos colectivos de las personas pobres. Su cercamiento supone, pues, un hurto de los recursos de los que éstas dependen para ganarse el sustento. Todavía hoy, la supervivencia humana en la India depende en buena medida de la utilización directa de los recursos naturales comunes.⁴³ Los movimientos ecologistas expresan en voz alta su oposición a la destrucción de estos «ejidos» vitales, tan imprescindibles para la supervivencia humana. Sin agua limpia, suelo fértil y diversidad genética de plantas y cultivos, resultará imposible el desarrollo económico. Por omisión, a veces, y por comisión, otras, las actividades del desarrollo económico formal han perjudicado la productividad de los recursos naturales comunes, lo cual ha agrandado aún más la contradicción entre las economías del mercado y del sustento. Los recursos de propiedad comunal conllevan un conjunto de derechos y de deberes para sus usuarios y usuarias, un equilibrio apropiado entre uso y conservación, y un ánimo de colaborar en sociedad con la naturaleza y de compartir con otras comunidades diversas.

En el seno de las comunidades indígenas, la innovación se considera un fenómeno social y colectivo cuyos resultados están libre y gratuitamente disponibles para todos. Por consiguiente, no sólo la biodiversidad, sino también su utilización se han mantenido en la esfera comunal y se han intercambiado libremente tanto dentro de cada comunidad como entre unas y otras. Las innovaciones se han ido transmitiendo con los siglos a las nuevas generaciones y han sido adaptadas a nuevos usos. Con el

43. N. S. Jodha, *Market Forces and the Erosion of Common Property Resources*, Hyderabad (India), ICRISAT, 1986, mimeografía.

tiempo, estas innovaciones se han ido acumulando en el acervo común de conocimientos. Este saber colectivo ha contribuido enormemente a la amplísima diversidad de plantas agrícolas y medicinales que existe en la actualidad. Quienes utilizan y aportan su grano de arena a este patrimonio heredado no lo consideran un bien que tenga un dueño que pretenda obtener de él unos beneficios económicos. De hecho, esta herencia no constituye propiedad alguna, sino que se entiende como un conjunto de relaciones (más que como un paquete de derechos económicos) representativas de una serie de responsabilidades comunitarias e individuales. El concepto mismo de unos derechos de «propiedad» individual sobre los biorrecursos o sobre el conocimiento resulta ajeno a la comunidad local, lo que hace sin duda aún más grave la usurpación de conocimientos a la que se ve sometida la población autóctona, para la cual (además de para la conservación de la biodiversidad) ese proceso comporta consecuencias muy negativas.

Cuando la OMC instauró los derechos de propiedad intelectual y les añadió la C de «relacionados con el Comercio», vinculó estrechamente la propiedad intelectual con el comercio y transformó radicalmente su concepto. Hasta entonces, la legislación de patentes era fijada separadamente por cada país en función de su situación particular y tenía por objeto recompensar la inventiva y la creatividad. Cada comunidad decidía, según la situación social de la población, los límites de recompensa de la creatividad: cuál era la propiedad común del pueblo y qué podía ser tratado —durante un breve período de tiempo— como un derecho exclusivo. Nunca antes de 1995 llegó la propiedad intelectual a abarcar también las formas de la vida misma sobre este planeta. Tras ese año, cuando entró en vigor la legislación sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC), no sólo pasó a ser posible adueñarse de las células, los genes, las plantas, las ovejas y las vacas en forma de propiedad intelectual, sino que tal apropiación de la vida se convirtió en una *obligación*. Eso fue lo que impuso al mundo el artículo 27.3(b) del acuerdo sobre propiedad intelectual de la OMC. Huelga decir que las consecuencias de esta legislación son descomunales. Nuestra relación con el resto del mundo vivo ha dejado de ser la de socios para convertirse en la de consumidores y, en el caso de las grandes compañías, la de creadores.

Por medio del sistema de los zamindares, los británicos crearon terratenientes para recaudar rentas con las que hacer funcionar el imperio. La hambruna resultante de 1942, que mató a 2 millones de personas, y la ex-

tracción y apropiación de renta de aquel periodo no son nada comparadas con la recaudación anual de ingresos que acompaña a la transformación de las semillas en objetos de propiedad intelectual. La OMC ha creado «vidlatenientes» y ha usitado a las grandes empresas la labor de gravar al agricultor que necesita reservar simiente y a la víctima de sida en África que necesita obtener medicamentos. El campesino que guarda semillas o las intercambia con un vecino es ahora considerado un delinvente.

Ésta es una transformación que niega la historia. El único motivo por el que seguimos teniendo semillas en el mundo es porque las personas las fueron guardando de cosecha en cosecha. No sólo las reservaban, sino que además se consideraba poco ético no hacerlo. Los antiguos textos sánscritos proclaman que «el mayor pecado es dejar que se extinga la simiente». En mi región del Himalaya, durante la guerra de los gurkas* se pasó hambre, pero en ninguna de aquellas chozas se comieron las semillas reservadas para la simiente. Éstas quedaron intactas. La población estaba hambrienta, pero sabía que aquellas semillas tenían que pervivir para las generaciones futuras. Actualmente, sin embargo, no sólo diseñamos tecnologías que eliminan la fertilidad y la capacidad de reproducción de la simiente (la famosa tecnología *terminator*), sino que promulgamos legislación en materia de derechos de propiedad que básicamente afirma que «las cosas vivas que se reproducen no deberían reproducirse». Todo tiene que convertirse en mercancía.

LA PRIVATIZACIÓN DEL AGUA

En la declaración final de la cumbre interministerial de la OMC en Doha, se coló subrepticamente una cláusula que hacía referencia a la «supresión de todas las barreras arancelarias y no arancelarias al comercio» de servicios medioambientales. Por «comercio de servicios medioambientales» se entendía, fundamentalmente, la compraventa de agua. En Cancún, la propuesta llamaba a la «supresión de todas las barreras arancelarias y no arancelarias al comercio de bienes medioambientales». Por éstos seguía entendiéndose el agua. Tanto si se habla de un bien como de un servicio, de lo que se trata en cualquier caso es de tener de-

* O guerra anglo-nepalí (1814-1816), tras la cual los británicos se apoderaron de Nepal. (N. del t.)

rechos de libre comercio sobre el agua. Los derechos de libre comercio sobre el agua crean situaciones como la que hizo posible que una empresa californiana, Sunbelt, presentara una demanda judicial contra Canadá amparándose en el TLCAN simplemente porque los canadienses se habían negado a sus peticiones: «No, no queremos vender nuestra agua».

Estos tratados suponen algo más que la liberalización del movimiento transfronterizo de bienes. Significan la mercantilización de todo el planeta y la transformación de la base misma de la vida (la del planeta y la humana) en propiedad empresarial. Las normas de la OMC cercan ámbitos y recursos comunales y los ponen en manos de un reducido número de compañías. Cinco son, por ejemplo, los grandes gigantes del agua: Suez, Vivendi, Bechtel, Thames y RWE. Y Halliburton acaba de incorporarse al sector introduciéndose en una zona rica en petróleo como es la India nororiental. Puede que les suene Bechtel porque fue una de las primeras empresas en obtener grandes contratos de reconstrucción en Irak. Bechtel también fue la compañía que trató de hacerse con el contrato de explotación del agua en Cochabamba, Bolivia, pero que acabó siendo expulsada por la acción colectiva de la población. Según la interpretación que hacía la propia Bechtel, la concesión del agua significaba que hasta la última gota de agua de la región era propiedad suya y que cualquier mujer del ámbito rural que realizara el sencillo acto de extraer agua con un balde de su propio pozo doméstico se convertía automáticamente en una ladrona. En Estados Unidos, Bechtel es la gran beneficiaria del macroproyecto de construcción de infraestructuras viales en Boston conocido como «Big Dig» (o la «Gran Excavación»). También en ese caso el agua parece haber escapado al control de Bechtel, dado que el macrotúnel allí abierto está «plagado de filtraciones». ⁴⁴ Como ya ocurriera con los primeros cercamientos, la actual privatización sirve para beneficiar a unos pocos a costa de muchos.

El argumento con el que se intenta justificar la privatización del agua es que, dado que el recurso en cuestión requiere de cierta inversión de trabajo o de capital empresarial, debería redefinirse, pues, como una propiedad privada. Los defensores de la privatización del agua sostienen que «depurar el agua desde su estado inicial, tratarla, hacerla llegar hasta la población, recogerla una vez utilizada, etc., supone tal cantidad de trabajo que la convierte en un producto industrial». Pero de lo que no se per-

44. Sean P. Murphy y Raphael Lewis. «Big Dig Found Riddled with Leaks: Engineers Say Fixes Could Take a Decade», *Boston Globe*, 10 de noviembre de 2004.

catan esas mismas personas es del trabajo que aporta la naturaleza llevando el agua desde las montañas, transportándola miles de kilómetros hasta el mar, evaporándola y haciéndola regresar de nuevo a la tierra.

Si reclasificamos el agua como propiedad privada, creamos la posibilidad de excluir a terceros del acceso a algo imprescindible para vivir. Un sistema capaz de afirmar que, en este planeta, el agua será asignada en función de cómo el capital pueda controlarla y acceder a ella nos está diciendo también que pueden extinguirse la mayoría de especies. Ninguna especie trata de obtener su derecho a su parte del agua a través del mercado; el acceso de sus individuos al agua proviene de su condición de miembros de unas comunidades y unos ecosistemas determinados.

A pesar de la gran belleza que aporta a su entorno originario, Australia, el eucalipto ha generado un gran desorden en la India, donde despoja a otras especies de su cuota correspondiente de agua. El eucalipto se introdujo de manera inadecuada en forma de monocultivo comercial y actúa como una especie ajena en un medio ambiente en el que no encaja. Los tratados comerciales y la mercantilización del agua actúan en ese mismo sentido.

En el terreno de la privatización del agua —como en todos en los que se procede directamente a la privatización de la vida (es decir, en el de la biodiversidad y en el de los alimentos)—, ni uno solo de los proyectos emprendidos está cumpliendo en la realidad con sus promesas iniciales de mejora de la condición humana. Sin embargo, aunque fracase en la práctica, la privatización sí funciona para las grandes empresas. Para la población general, supone la pérdida del acceso a unos servicios públicos y el aumento paralelo de su nivel de endeudamiento. En Manila, se privatizó el agua, pero Suez no fue capaz de hacer funcionar el sistema. Así que se retiró, dejando a la empresa local encargada del servicio toda la responsabilidad del suministro, además de unas cargas adicionales en forma de deudas con el Banco Mundial y en concepto de pagos garantizados pendientes a la propia Suez. En Sudáfrica, se cortó el servicio de abastecimiento de aguas a 10 millones de personas por impago de éstas. De resultas de esa medida, 300.000 enfermaron de cólera y 300 murieron por dicha enfermedad. En la India (como en todas partes donde se argumenta que «necesitamos la privatización porque, sin ese dinero, nuestros sistemas no funcionan»), la situación es tal que es el dinero público el que hace que la privatización funcione... a un coste diez veces superior al que supondría que el sistema operase de forma exclusivamente pública. Así ha sucedido con la privatización llevada a cabo en Delhi,

donde las tarifas del agua se han decuplicado y, sin embargo, todas las inversiones tienen que hacerse con fondos públicos.⁴⁵ Tanto si se trata de una universidad como de un sistema sanitario o de suministro de agua, con dinero exclusivamente público, el mismo sistema podría gestionarse por una décima parte de su coste. La privatización está evidenciando una ineficacia y una ineficiencia extremas para la población. Pero, al mismo tiempo, se está demostrando sumamente efectiva para las grandes compañías que no sólo desmantelan así el ámbito público, sino que además se retiran con ingresos garantizados hasta mucho después de que se haya demostrado su fracaso a la hora de proveer sanidad, agua o energía.

Enron, por ejemplo, fracasó rotundamente en la India, pero, aun así, continúa reclamando pagos pendientes. Bechtel, General Electric y la propia Enron reclaman actualmente 1.200 millones de dólares de un proyecto que no pudieron finalizar y como retribución de una energía de precio tan elevado que no fueron capaces de venderla. Pero, tanto si suministran esa energía como si no, tienen garantizados los pagos para un período de veinte años. Todos los contratos de privatización contienen esa clase de garantías. Y, aun así, lo siguen llamando «libre mercado». Pues bien, el mercado no provee servicios. El mercado bloquea riqueza y recursos públicos a fin de generar ingresos y beneficios para las grandes empresas.

«EXPROPIACIONES» Y CERCAMIENTOS

La de los cercamientos y la recuperación de los *commons* no es sólo una cuestión histórica inglesa o de importancia fundamental para entender el conflicto económico y político de la India contemporánea. Se halla, además, en el centro de los conflictos políticos en Estados Unidos y de los debates sobre la globalización en todo el mundo.

El desmantelamiento de todo un ámbito público de seguridad y bien común, laboriosamente ganado por medio de la legislación en materia de protección medioambiental, derechos laborales, seguridad social y salud y educación públicas, constituye una forma de cercamiento contemporáneo de los ejidos que descansa sobre los cercamientos de antaño. La polémica que levantan los nombramientos de los jueces del Tribunal Supremo de Estados Unidos viene provocada, en la práctica, por los inten-

45. Véase el capítulo 4 («La Democracia de la Tierra en acción»).

tos que se promueven posteriormente desde este organismo judicial dirigidos a cercar ámbitos comunales que habían sido previamente recuperados por medio de la doctrina del fideicomiso público.

El primer cercamiento del «Nuevo Mundo» tuvo lugar cuando la tierra y los recursos de las comunidades indígenas (los habitantes originales de América) fueron tomados por medio de la violencia y del peor genocidio de la historia humana. La religión, la visión mecanicista del mundo, el racismo y el capitalismo salvaje se combinaron para justificar la apropiación y la toma de tierras y territorios que pertenecían a los habitantes originales. La economía basada en cercamientos era la economía de los capitalistas salvajes, los comerciantes aventureros y piratas y los colonizadores sin escrúpulos. Los nuevos ocupantes se atribuyeron luego «derechos naturales» de propiedad siguiendo la línea manifestada con anterioridad por el filósofo John Locke. La creación de propiedad privada mediante el cercamiento de los ejidos se justificaba así sobre la base de que aquéllos eran recursos tomados de la naturaleza que luego se habían mezclado con el trabajo humano. La labor previa de las culturas indígenas se entendía como una parte más de la naturaleza, por lo que toda aquella tierra se consideraba desprovista de aportación humana anterior alguna. *Terra mater* fue así transformada en *terra nullis*, un terreno baldío del que los capitalistas sin escrúpulos podían ir desgajando pedazos de propiedad privada.

Esta violenta economía del desposeimiento y del capitalismo no regulado fue domesticada por el New Deal, que permitió recuperar parte de los *commons* mediante la aplicación de la doctrina del fideicomiso público. Los parques nacionales, las playas y las vías fluviales quedaban protegidos como espacios comunales de los que el Estado se erigía en fideicomisario.

El ataque contra la legislación medioambiental en Estados Unidos supone un intento de deshacer el camino andado en la recuperación de los *commons* desde los tiempos del New Deal con el fin de cercar todos los bienes y los recursos públicos en parcelas de propiedad privada. La teoría en la que tal ataque se basa trata de definir estos nuevos cercamientos y arrebatamientos como un derecho natural al tiempo que tacha la recuperación de los ámbitos comunales de «expropiación» y de robo.

El libro de Richard Epstein, *Takings: Private Property and the Power of the Eminent Domain*, es la biblia de la «sociedad de la propiedad» propugnada por los capitalistas salvajes del siglo XXI. También es el libro de cabecera de jueces como Clarence Thomas y Antonin Scalia, que han

empleado la filosofía de las expropiaciones de Epstein para revocar la Ley del Agua Limpia, la Ley de Especies en Peligro de Extinción y otros documentos legislativos basados en la doctrina del fideicomiso público. El problema de Locke y de Epstein es que no saben ver las expropiaciones realizadas en su momento por los colonizadores, los vaqueros y las grandes empresas, y elevan esa propiedad generada por medio del robo del espacio comunal a la categoría de elemento sagrado, por lo que definen todo intento de proteger el bien común como expropiación por la que el «expropiado» original debe ser indemnizado. Como el propio Epstein escribe en *Takings* a propósito de las regulaciones protectoras del Estado dirigidas a impedir el cercamiento de las playas y la contaminación de las corrientes de agua, el gobierno debe «procurar beneficios para los individuos a quienes se ha coaccionado que los dejen en una situación al menos igual de buena que aquella en la que estaban antes de que se produjera la coerción en cuestión».⁴⁶

Si se aplicara esta lógica honestamente y hasta sus últimas consecuencias, los nativos americanos deberían recibir compensación por las expropiaciones coactivas de tierras de las que fueron objeto. Pero, en realidad, se pasan por alto las apropiaciones indebidas de los bienes de las comunidades locales al tiempo que se definen (esta vez sí) como expropiaciones los intentos de protección por parte del Estado de las playas y los cauces hídricos entendidos como bienes públicos. En el caso de *Nollan vs. California Coastal Commission* («Nollan contra la Comisión Costera de California»), de 1987, por ejemplo, el juez Scalia dictaminó que el intento del gobierno de protección de la playa para garantizar el acceso público común a la misma constituía una «expropiación» (injusta y desmesurada). En *Lucas*, un caso parecido, el fallo de Scalia siguió la misma línea. En *Dolan*, también fueron calificadas de «expropiación» (y, por consiguiente, juzgadas ilegales) las limitaciones a la construcción para evitar inundaciones.⁴⁷

Los cimientos de la «sociedad de la propiedad» se basan íntegramente en estos nuevos cercamientos. Y la artificiosa jurisprudencia que justifica cercamientos contemporáneos como los propugnados por Epstein está basada en tres falsificaciones.

46. Steve Chapman, «Takings Exception: Maverick Legal Scholar Richard Epstein on Property, Discrimination and the Limits of State Action», *Reasononline* (<<http://reason.com/9504/epstein.apr.shtml>>).

47. *Ibid.*

La primera es la supresión de toda referencia histórica a la colonización como una forma de expropiación y la negación de la experiencia de los habitantes que fueron víctimas de la ocupación y de sus previos derechos y reivindicaciones.

La segunda consiste en calificar la doctrina del fideicomiso público (*public trust*) que guió la conducta de los Estados de equivalente a la del derecho de expropiación (*eminent domain*). El fideicomiso público reconoce la preeminencia de los derechos comunitarios de las personas sobre la propiedad, los bienes y los recursos comunes, y delega en el gobierno como fideicomisario la protección de esa riqueza común. El principio del derecho de expropiación se basa, por el contrario, en la negación de la soberanía comunitaria, ya que permite al propio gobierno actuar contra los intereses del público (y contra el bien común).

Los Estados que protegen los bosques, las playas, los ríos y la atmósfera entendiéndolos como ejidos modernos actúan conforme a la doctrina del fideicomiso público. Los gobiernos que cercan ámbitos comunales y desplazan a las personas que de ellos viven actúan de conformidad con el derecho de expropiación, como cuando desalojan a poblaciones enteras para construir embalses, autopistas y centros comerciales. El bien público se sacrifica en aras del beneficio privado, aunque esto se haga siempre invocando lo primero y no lo segundo.

La tercera distorsión deliberada de la realidad es la reducción de lo público a lo individual. El adjetivo público se emplea para referirse tanto al Estado como a los intereses colectivos y a las organizaciones comunitarias. Pues bien, el capitalismo salvaje reduce la sociedad a los individuos que la componen y hace desaparecer la comunidad. Margaret Thatcher decía que la sociedad no existía y que únicamente había individuos. Ayn Rand llegó a negar la existencia del público como entidad, ya que lo concebía como una mera suma de individuos.

Richard Epstein sostiene que el supuesto derecho de expropiación del Estado también hace desaparecer el ámbito público y el bienestar comunitario, ya que, según él lo entiende, el interés público es la suma de todos los intereses privados. De ahí que, para él, el de la privatización de los bienes públicos sea un sistema que hace avanzar el bienestar de la comunidad. Para sustentar ese falso argumento tiene que recurrir a datos inventados. Así, según él mismo explica, por cada dólar de beneficio público que las leyes medioambientales hacen posible, el propietario privado pierde diez; por consiguiente, y dado que el interés público está formado por la suma de los intereses privados, la población general sale per-

diendo con la legislación medioambiental. Pero, según nuestro estudio de los costes de la cría piscícola de langostinos, por cada dólar de beneficios para dicha industria repercutían diez sobre las comunidades locales. Sin la ley de la Zona de Regulación Costera promulgada para proteger los ecosistemas frágiles, el Tribunal Supremo de la India no habría podido ordenar la clausura de esas piscifactorías. Por ello, en la India, como en Estados Unidos, las grandes empresas que extraen superbeneficios de la destrucción de las economías de la naturaleza y del sustento local continúan empeñadas en dismantelar la legislación medioambiental. Denunciando las leyes que protegen la naturaleza y la sociedad y tildándolas de expropiaciones practicadas por el Estado, estas compañías ocultan las que ellas mismas brutalmente efectúan sobre esa misma naturaleza y esa misma sociedad.

Ése es el proyecto de privatizaciones y cercamientos a través de la desregulación que el capitalista salvaje tiene en su agenda.

PÉRDIDA DE SEGURIDAD DE LOS TRABAJADORES

Para el pueblo llano y para la comunidad en general, el cercamiento de recursos genera nueva pobreza e inseguridad. El terreno, la biodiversidad y el agua dejan de ser la fuente de los medios de vida y la seguridad económica de las personas pobres, a quienes, desde ese momento, sólo les queda el «recurso» de su propio trabajo. El auge del capitalismo reemplazó las economías dirigidas por los productores por las economías dirigidas por el capital. En la Inglaterra preindustrial, los gremios garantizaban un modo de vida aceptable para sus miembros y una elevada destreza en el desempeño de su oficio. La ayuda mutua en caso de enfermedad y pobreza era un elemento esencial del sistema gremial.

La esencia del sistema gremial radicaba en que la industria era controlada por los trabajadores de la misma a través de una autoridad elegida y nombrada por ellos. En el sistema capitalista, sin embargo, ese control se transfiere a unos hombres no encuadrados en las filas de los trabajadores de la industria en cuestión, con los que, además, se hallan frecuentemente en conflicto.⁴⁸

48. Charlotte Waters, *An Economic History of England, 1066-1874*, Londres, Oxford University Press, 1928.

Tras años y años de organización y de presión en las diversas luchas por los derechos de los trabajadores, se lograron estabilizar los empleos en los países industrializados y en el sector «organizado» de los países del Sur. En la actualidad, sin embargo, y como resultado de la globalización, se están desmantelando los derechos de los trabajadores y estamos siendo testigos de un crecimiento que, lejos de generar empleo como antaño, provoca paro. Según Jeremy Rifkin, las grandes empresas eliminan anualmente más de 2 millones de puestos de trabajo en Estados Unidos.⁴⁹

Una de las victorias que los trabajadores y las trabajadoras habían obtenido era la promesa por parte de sus empresas de proporcionarles seguridad para su jubilación. La globalización empresarial está ayudando a las propias compañías a eludir esas obligaciones. Externalizando empleos, las grandes empresas rehúyen las obligaciones contraídas con sus empleados con el único propósito de maximizar sus márgenes de beneficio. Según la consultoría McKinsey, por culpa de las diferencias salariales a nivel mundial, atribuibles, entre otras causas, a la existencia paralela de un diferencial de beneficios, las grandes compañías se ahorran, al menos, entre un 45 y un 55% de sus costes totales gracias a la externalización. El diferencial de salarios entre una operadora o un operador telefónico de Estados Unidos y otra u otro de la India es de 12 a 1. Según un estudio realizado en 2003 por la Universidad de California en Berkeley, las grandes empresas podrían reducir sus gastos en, aproximadamente, 300.000 millones de dólares anuales si externalizaran unos 14 millones de empleos estadounidenses del sector servicios.⁵⁰

Las empresas también eluden sus obligaciones con la Seguridad Social y, con ello, vulneran flagrantemente sus contratos. Las compañías han llegado incluso —citando el titular de una noticia aparecida en el *Wall Street Journal* el 10 de noviembre de 2004— a «demandar a antiguos empleados suyos para recortarles las prestaciones sanitarias prometidas». El diario informaba de la citación judicial recibida por un jubilado, George Kneifel, porque su antigua empresa, Rexam Inc., dedicada a la fabricación de latas de bebidas, se había propuesto suprimir las prestaciones sa-

49. Jeremy Rifkin, *End of Work: The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*, Nueva York, Putnam Books, 1995, pág. 3 (trad. cast.: *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Barcelona, Paidós, 1996).

50. Sarah Anderson y John Cavanagh, en John Cavanagh y Jerry Mander (comps.), *op. cit.*, pág. 45.

nitarias a las que se había comprometido por convenio firmado con el sindicato al que él estaba afiliado.

Por otra parte, la privatización de la Seguridad Social —un punto prioritario de la agenda del presidente Bush para su segunda legislatura— concede a las empresas «libertad» para explotar a los trabajadores jóvenes y reclasifica como carga social a las personas mayores (es decir, como una nueva categoría de población prescindible). La realidad es que esas personas de más edad ya contribuyeron su parte a la sociedad durante su vida laboral y necesitan cuidado y atención en su vejez, tanto de sus familias y de su comunidad como de sus antiguas empresas y del Estado.

LA CEGUEBRA DEL MERCADO

Los principios organizadores del desarrollo basado en el crecimiento económico desvalorizan todos aquellos recursos y procesos que no tengan un precio en el mercado y no constituyan insumos para la producción de artículos comerciales. Esta premisa suele derivar muy a menudo en programas de desarrollo económico que desvían o destruyen la base de recursos destinados a la supervivencia. Aunque en los programas de desarrollo económico en un contexto de economía de mercado se propone a menudo la distracción de recursos —por ejemplo, de suelo (que de estar destinado a bosques comunitarios para usos diversos pasa a dedicarse a plantaciones de monocultivo de especies arbóreas industriales) o de agua (que de estar destinada a la producción de alimentos cultivados de primera necesidad y al consumo humano pasa a dedicarse a la producción de cultivos comerciales)—, lo único que tal desviación genera es subdesarrollo económico en las economías de la naturaleza y del sustento. Los movimientos de la Democracia de la Tierra se proponen, precisamente, hacer frente a estas amenazas a la supervivencia planteadas desde el desarrollo económico basado en el mercado. En el Tercer Mundo, los movimientos ecologistas no son un lujo de los ricos, sino un imperativo para la supervivencia de la mayoría de la población, cuya vida corre peligro y se ve amenazada por la economía de mercado y por la expansión de ésta.

Para la economía de mercado, los conflictos generados por la pugna por los recursos naturales y la destrucción ecológica son perfectamente separables de la crisis económica propiamente dicha. De ahí que proponga su propia expansión como solución a la crisis ecológica y social

que ella misma ha generado. En vez de programas de regeneración ecológica gradual de la naturaleza para restablecer la economía del sustento, se receta su explotación inmediata y más efectiva a partir de una mayor inversión de capital y de recursos naturales. La privatización y la mercantilización del agua se ofrecen como remedio del agotamiento y la contaminación de los recursos hídricos (un agotamiento y una contaminación que, en realidad, no dejan de ser «externalidades» del mercado causantes de la crisis del agua, tal y como expliqué en *Las guerras del agua*). Y, asimismo, se propone la comercialización de la biodiversidad por medio de patentes sobre la vida como solución a la crisis de la extinción de especies provocada por los monocultivos que constituyen la base de los mercados comerciales globales. Así pues, y en definitiva, lo que se ofrece como remedio es la propia enfermedad.

SOSTENIBILIDAD

Nosotros y nosotras compartimos este planeta —nuestro hogar— con millones de otras especies. La justicia y la sostenibilidad nos exigen no utilizar más recursos de los que necesitamos. La contención en el uso de los recursos y vivir dentro de los límites marcados por la naturaleza son precondiciones de la justicia social. En los *commons* es donde convergen la justicia y la sostenibilidad, donde se unen la ecología y la equidad. La supervivencia de propiedades comunitarias o bienes comunes como los pastos, los bosques o un ecosistema estable es solamente posible mediante formas de organización social que incorporen entre sus principios frenos y controles al mal uso de los recursos. La descomposición de una comunidad, asociada al deterioro de las nociones de propiedad y responsabilidad compartidas, puede desencadenar la degradación de los recursos comunes.

En cada época de cercamientos y de desplazamientos, se ha invocado el progreso para promover un proyecto consistente en la usurpación por parte de la élite de los recursos y los medios de vida de los pobres, y que se ha vendido, a su vez, como el siguiente paso inevitable de la evolución humana. Se presenta así una determinada trayectoria caracterizada por la exclusión como una forma de mejora de la vida de los más desfavorecidos, aun cuando sus resultados acostumbren a ser traumáticos y a comportar desplazamientos masivos de esas mismas personas. Al universalizar la medida del progreso y del desarrollo, se ocultan los cercamientos

efectuados, y las ganancias acumuladas por los poderosos aparecen falsamente representadas como beneficios también para las personas desplazadas y/o convertidas en prescindibles. Este desarrollo de lo desechable se vende como desarrollo generador de bienestar y protección. Así sucedió cuando los embalses provocaron el desalojo de poblaciones enteras. Así sucede cuando las autopistas y las desviaciones fluviales —las infraestructuras de la globalización— hacen aumentar el número de personas prescindibles. «El resplandor de la India» fue el eslogan escogido para las grandes campañas publicitarias que, en 2004, se llevaron a cabo con el fin de promocionar proyectos favorables a la globalización; sin embargo, tanto en el plano ecológico como en el económico y en el cultural, su resultado está siendo más bien «el desarraigo de la India».

ESTABILIDAD

Las sociedades sostenibles se mueven a un ritmo estable, acompasado (y nunca contrario) al de los ciclos de la vida. «Estable» no significa inmóvil, sino todo lo contrario: que se mueve y progresa dentro de una órbita, como la del electrón alrededor del átomo o la de la Luna en torno a la Tierra. La conciencia ecológica de las antiguas civilizaciones les permitió progresar de un modo ecológicamente estable. Pero de la misma manera que la física clásica es incapaz de explicar o entender el movimiento del electrón, los teóricos convencionales de la economía de mercado interpretan la mencionada estabilidad como si de una forma de estancamiento y de inmovilidad se tratara. Las culturas indígenas de la Amazonia, de los Andes o del Himalaya son ejemplos de culturas vivas que han conseguido ser sostenibles a lo largo de milenios hasta nuestros días (allí donde no han sido ya destruidas por la economía globalizada). Gandhi captó ese conflicto a la perfección y afirmó que la civilización moderna:

Trata de aumentar las comodidades del cuerpo, pero incluso en ese intento fracasa estrepitosamente. [...] Si tenemos un poco de paciencia, seremos testigos de su autodestrucción. [...] La consumición de víctimas en el fuego de [esta] civilización no tiene fin. Su efecto letal es tal que la gente acude a sus abrasadoras llamas creyendo que en ella todo es bueno.

Al pueblo de la India se le acusa de ser poco civilizado, ignorante e inpasible, además de reacio a la adopción de cualquier clase de cambio. En realidad, se nos acusa por nuestra fortaleza. No osamos cambiar aquello que hemos probado y que la experiencia ha confirmado. Muchos son los

que se atreven a dar consejos a la India, pero ésta se mantiene firme. Ésa es su belleza; ésa es el ancla misma de nuestra esperanza.⁵¹

Los movimientos ecologistas contemporáneos representan un renovado intento de dejar bien claro que esa firmeza y esa estabilidad no suponen un estancamiento y que el equilibrio con los procesos ecológicos esenciales de la naturaleza no constituye un arraso científico y tecnológico, sino, más bien, un modelo de sofisticación que el mundo debería esforzarse por alcanzar si se pretende que sobrevivan la Tierra y sus hijos e hijas. En un momento como el actual, en el que una cuarta parte de la población mundial se arriesga a morir de hambre por culpa de la erosión de la fertilidad del terreno, del agua y de la diversidad genética, perseguir el espejismo de un crecimiento infinito supone una de las grandes fuentes de genocidio en nuestro planeta. Asesinar a personas por medio de la destrucción de la naturaleza es una forma invisible de violencia que pone en peligro la justicia, la paz y la supervivencia. El escritor y periodista Claude Alvares llama a esta destrucción la Tercera Guerra Mundial: «Una guerra que, aun siendo librada en época de paz, es la que, sin punto de comparación, ha ocasionado un mayor número de muertos y ha movilizad a un mayor número de soldados no uniformados».⁵²

En una constelación estable de la organización económica, la economía de la naturaleza es reconocida como la más fundamental porque proporciona los cimientos de las economías del sustento y del mercado, y porque goza de derechos prioritarios sobre los recursos naturales. Sin embargo, las fuerzas pro desarrollo y pro crecimiento económico tratan la economía del mercado como primaria y las de la naturaleza y del sustento como secundarias y marginales. La acumulación de capital acaba produciendo crecimiento económico, sí, pero socava la base de recursos naturales común a las tres economías. El resultado es un elevado nivel de inestabilidad ecológica, como ilustra la crisis medioambiental creada por la silvicultura industrial y por el regadío y la pesca comerciales. Para que se resuelvan los conflictos ecológicos y se regenere la naturaleza debe reservarse a estas economías su lugar debido en los cimientos estables de una naturaleza saludable. La estabilidad de una economía que valora la naturaleza frente a otra que valora el capital queda expuesta en la figura 1.

51. M. K. Gandhi, *Hind Swaraj*, Ahmedabad, Navjivan Press, 1938, pág. 61.

52. Claude Alvares, «Deadly Developments», *Development Forum*, vol. 11, n° 7, 1973, pág. 3.

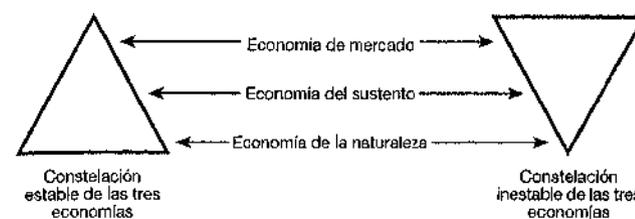


FIGURA 1

Hoy en día, el desarrollo y el crecimiento económico se entienden exclusivamente en términos de procesos de acumulación de capital. No obstante, el aumento de los recursos financieros en el plano de la economía de mercado suele producirse a costa de distraer recursos naturales de la economía de supervivencia de las personas y de la economía de la naturaleza. Esto genera conflictos por los recursos naturales, además de una constelación inestable (ecológica, social y políticamente) de naturaleza, personas y capital.

El apetito insaciable de crecimiento y la ideología del desarrollo que en él se basa son los factores primordiales que subyacen a las crisis ecológicas y a la destrucción de recursos naturales. La introducción de cultivos comerciales insostenibles en amplias áreas de África es una de las principales causas del desastre ecológico de ese continente. La destrucción del equilibrio medioambiental de las selvas ecuatoriales de América del Sur es consecuencia del crecimiento de la agroindustria y de la cría de ganado en los terrenos que se van despejando. Sin obligación alguna de rehabilitar ecológicamente el suelo devastado, la agroindustria no cesa nunca de avanzar, consumiendo nuevos recursos y extendiéndose a nuevos sectores con los que mantener e incrementar el negocio cuando desciende la productividad del terreno. Los costes de la destrucción de los terrenos de pastoreo y de labranza en África, y de los bosques de América Latina, no han repercutido sobre las grandes empresas multinacionales de la alimentación, sino sobre los campesinos y las tribus locales. Los costes de la destrucción y el daño ecológico infligidos a la economía del sustento recaen exclusivamente sobre la población local.

LA FALSA TRAGEDIA DE LOS BIENES COMUNALES

La maquinaria y los procesos de industrialización intensivos en capital se han convertido en la medida del progreso humano, el cual, a su vez,

ha sido utilizado como justificación de los cercamientos y de las privatizaciones desde la primera Revolución industrial hasta la actual Revolución biotecnológica. Desde la perspectiva de los poderosos, el cercamiento de los espacios comunales trae progreso, desarrollo y crecimiento. Desde la perspectiva del pueblo llano, los cercamientos acarrearán más pobreza e impotencia hasta el punto de convertir en prescindibles a muchas personas.

Los cercamientos polarizan el interés común de la población hasta fragmentarlo en dos extremos: el de las personas ricas y poderosas y el de las pobres y marginadas. La concesión del derecho a privar los bienes comunales y a crear propiedad privada por medio de cercamientos inflige privaciones a millones de personas. La historia del procomún siempre será distorsionada por quienes persiguen su parcelación. La codicia, la dominación y la exclusión no son cualidades humanas «esenciales». Las áreas comunales que funcionan demuestran que las personas pueden gobernarse a sí mismas, que la autoorganización y el autogobierno democráticos también funcionan y que las personas pueden cooperar, compartir y tomar conjuntamente decisiones democráticas por el bien común. Quienes pretenden que se recompense la codicia procediendo a la incautación privada de propiedad común niegan la posibilidad de que los de cooperar, compartir y autorregularse sean procesos capaces de funcionar en la sociedad humana.

Para el filósofo del cercamiento, Thomas Hobbes, la vida era «desagradable, brutal y corta». Según él, el hombre vive en un constante estado de guerra de todos contra todos. Esta visión inherentemente competitiva de la humanidad niega la sostenibilidad del procomún.

En el siglo xx, Garrett Hardin revivió la llamada «tragedia del procomún» (o de los bienes comunales) y la convirtió en ciencia. Hardin dibuja un escenario en el que cada usuario del ejido se ve con la posibilidad de obtener un gran beneficio individual a un coste colectivo relativamente reducido: el impacto relativo que para él supone añadir una vaca a su rebaño es mucho mayor que el que el consumo adicional de ese animal supone para el conjunto común. De ahí que, según sostiene dicho autor, cualquier pasto comunal acabe inevitablemente deteriorándose, ya que cada pastor actuará en función de su propio interés particular y llevará hasta allí a un número cada vez mayor de reses. Ésa es, según Hardin, la tragedia de los bienes comunales.

Lo que Hardin no sabe apreciar es que la existencia misma de esos recursos comunes implica que su gestión y su propiedad cooperativas son reales. Es importante reconocer, pues, que la competencia no ha sido

siempre la fuerza impulsora de las sociedades humanas. El científico y filósofo Peter Kropotkin escribe:

Si [...] le preguntamos a la Naturaleza «¿quiénes son los más fuertes: los que están continuamente en guerra unos contra otros o los que se apoyan mutuamente?», vemos enseguida que, sin duda, los animales que adquieren hábitos de ayuda mutua son los más fuertes. Tienen más posibilidades de sobrevivir y alcanzan, en sus respectivas clases, el más elevado desarrollo de inteligencia y organización corporal.⁵³

El principio de cooperación continúa imperando en amplios sectores de las sociedades rurales del Tercer Mundo. Los pobres no podrían sobrevivir si no fueran participantes de economías de cooperación y mutualidad. Del mismo modo, la producción para el consumo propio, más que para el intercambio, ha sido el modo productivo predominante en las economías de subsistencia. En una organización social fundada sobre la cooperación entre sus miembros y la producción basada en las necesidades, la lógica del beneficio es completamente distinta de la de las sociedades basadas en la competencia y en el negocio. En esas condiciones, la lógica general que subyace a la tragedia del procomún apuntada por Hardin no es válida.

Hardin tampoco supo reconocer que la comunidad decide conjuntamente a cuántas reses se permitirá pastar en el prado colectivo y en qué época. Por la propia naturaleza de los espacios comunales, ni los pobres pueden ser excluidos de ellos ni los ejidos pueden ser privatizados por los poderosos mientras sean administrados colectivamente por la comunidad. Un bien comunal privatizado deja de ser común y se convierte en propiedad privada, tanto si se privatiza *de facto* como *de iure*. La que se llamó en su momento «tragedia de los bienes comunales» es, en realidad, la tragedia de la privatización. La degradación de los ejidos prevista por Hardin es consecuencia directa de la capacidad que los poderosos tienen de explotar recursos más allá de los límites ecológicos de lo renovable. Daniel Fife, científico e investigador, señala lo siguiente al respecto:

Por bien que parezca que existe una tragedia de lo comunal, lo cierto es que lo que realmente se produce es algo muy distinto. Se aniquilan los ejidos, sí, pero alguien se enriquece a su costa. En el fondo, se sacri-

53. Peter Kropotkin, *Mutual Aid: A Factor of Evolution* (<www.calresco.org/txt1/mutaid1.htm>).

fica a la gallina de los huevos de oro a cambio de rentabilidad y beneficios.

Esa situación es perfectamente posible en el mundo empresarial. Un negocio responsable puede tener garantizada una duración indefinida. Sólo la empresa irresponsable que adopta una política de «aumento de beneficios a corto plazo» como objetivo central puede desencadenar la destrucción de sus propios recursos.⁵⁴

El deterioro de los sistemas de control social producido por la modernización y el desarrollo ha provocado que se cumpla el modelo de degradación comunal de Hardin en la mayoría de regiones. También sería de prever dicha tragedia, no obstante, en circunstancias en las que los terrenos comunales no puedan siquiera satisfacer las necesidades básicas de la población, aun en ausencia de competencia.

Los ejidos de las localidades rurales han constituido un fenómeno histórico apreciable en buena parte de la India. Todavía es fácil encontrar vestigios de fincas arboladas o de plantaciones a pie de carretera que pertenecen colectivamente a una comunidad determinada. En el pueblo tradicional, coexistían las posesiones privadas y desiguales de tierras con los recursos comunes y equitativamente compartidos. Pero por mucho que el interés particular guiase el uso que un propietario de tierras hacía de su propio terreno, existían unos controles sobre el uso de los recursos comunales, incluso para el terrateniente privado.

Las regulaciones sociales y culturales han constituido los principales mecanismos de prevención de la explotación de la naturaleza. Las comunidades se basan en normas y valores aceptados colectivamente que proporcionan a sus miembros unos principios organizadores y unos mecanismos de control. Un recurso compartido puede ser gestionado comunalmente gracias a la aceptación implícita por parte de todos los miembros de la comunidad de una norma colectivamente compartida.

El carácter autosuficiente de la economía de la localidad rural tradicional preservaba la existencia de los ejidos a pesar de las desigualdades socioeconómicas. La autosuficiencia proporcionaba un grado de igualdad que impedía que los individuos debilitaran la acción de la comunidad. Así, por ejemplo, en un pueblo pesquero tradicional de la costa dotado de sus propias jerarquías socioeconómicas, el aprovechamiento de los recursos

54. Daniel Fife, «Killing the Goose», *Environment*, vol. 13, n° 3, abril de 1971, págs. 20-22.

comunes (el pescado del mar) se regía por controles estrictos a los que todos y todas estaban sometidos. No es que no se produjera una cierta explotación de los sectores de población más pobres de la localidad: de hecho, ésta se producía en la propia playa, donde las capturas se repartían siguiendo criterios de propiedad privada. Pero, de todos modos, las regulaciones comunitarias impedían que los grupos más poderosos sobreexplotaran los recursos marinos. Entre dichas regulaciones se podía incluir la de no pescar durante las estaciones de desove de los peces o la de no utilizar redes de pesca de malla fina. Esas políticas han sido la razón principal de que el ecosistema marino de la India se haya mantenido a lo largo de los siglos. La conservación de los bosques de las comunidades rurales también se garantizaba por medio de mecanismos similares. La regulación comunitaria de la propiedad común no empezó a verse amenazada hasta que la adhesión simultánea a las regulaciones individuales y comunitarias dejó de ser imprescindible debido a la intrusión de los grandes mercados urbanos e industriales en la economía rural.

El acceso a esos mercados más amplios sólo fue (y, en general, continúa siendo) posible para los miembros más privilegiados de la comunidad. La facilidad de acceso a las instituciones educativas, administrativas y financieras puso en marcha un proceso que liberó a los más ricos de su anterior sometimiento a las normas sociales tradicionales. Esto, a su vez, provocó el desmoronamiento de la comunidad. En el caso de los recursos marinos, la introducción de los arrastreros mecanizados (gracias a la financiación internacional y local) supuso la vulneración de las normas comunitarias tradicionales e influyó en la manera de explotar los océanos. Igualmente, la introducción de nuevas técnicas agrícolas adoptadas únicamente por los agricultores más adinerados redujo la dependencia que de los recursos locales habían tenido hasta ese momento las élites rurales (los fertilizantes químicos de fabricación extranjera, por ejemplo, reemplazaron al abono verde de producción local). Todas esas circunstancias causaron finalmente el lento deterioro de los recursos locales y de las normas comunitarias que habían regido su uso.

MITOS Y MOTIVOS DE LA SUPERPOBLACIÓN

No han cesado de aumentar los libros y artículos especializados que tratan de culpar a la población del Tercer Mundo (y, en concreto, a su crecimiento demográfico) de nuestra actual crisis ecológica. Una de las fi-

guras que más aboga por centrarse en la población pobre para solucionar la crisis medioambiental de la población rica es el propio Garrett Hardin. En su artículo «Lifeboat Ethics: The Case Against Helping the Poor», los pobres y los más débiles son considerados como población excedente que supone una carga innecesaria sobre los recursos del planeta. Lejos de operar conforme a la filosofía de «las mujeres y los niños primero», el bote salvavidas de Hardin se guía por un criterio de selección muy determinado: en tiempos de crisis, se sacrifican los débiles.⁵⁵ Según este paradigma de seguridad, es el control y la demanda de recursos de los poderosos lo que debe protegerse. Ése fue el mensaje que transmitió la administración estadounidense cuando, con motivo de la Cumbre de la Tierra de 1992, el entonces presidente George H. W. Bush proclamó que «el estilo de vida norteamericano es innegociable», palabras que Dick Cheney repetiría nueve años más tarde, poco después del 11-S. Y para que esos estilos de vida destructores de recursos puedan ser protegidos, debe prescindirse de ciertas personas.

Desde el punto de vista de la política estadounidense, las actividades de control de la población constituyen una cuestión de seguridad. Así se evidenciaba en un resumen de la postura del Departamento de Defensa en materia de población:

Por difícil e incierta que parezca la tarea, los políticos y los planificadores estratégicos de este país no tendrán más remedio en las próximas décadas que prestar especial atención a las tendencias demográficas, a sus causas y a sus efectos. [...] Deben emplear todos los instrumentos gubernamentales que tienen a su alcance (como la ayuda al desarrollo y la planificación demográfica) con la misma profusión que los nuevos sistemas armamentísticos.⁵⁶

Según un informe sobre política de seguridad nacional, el crecimiento de las poblaciones generará crecientes necesidades internas en cada uno de sus respectivos países. Como consecuencia, «es probable que las concesiones que allí tienen las empresas extranjeras sean expropiadas o se vean sometidas a intervenciones arbitrarias. La acción de los gobiernos, los conflictos laborales, los sabotajes o los desórdenes públicos pue-

55. Garrett Hardin, «Lifeboat Ethics: The Case Against Helping the Poor», *Bioscience*, n.º 24, 1974, pág. 561.

56. Citado en Vandana Shiva y Mira Shiva, *Women, Population and Environment: A Report for the International Conference on Population and Development in Cairo*, Delhi, RFSI, 1994, pág. 13.

den poner en peligro la circulación fluida de materias necesarias».⁵⁷ Las especiales exigencias de la economía estadounidense acentúan el interés de Estados Unidos por la estabilidad política, económica y social de los países suministradores. Dada la probabilidad, según un informe del Center for Strategic and International Studies, de que en los próximos años predominen los conflictos regionales en los que se haga un uso intensivo de efectivos humanos, el gobierno estadounidense ha decidido centrar su atención en el medio ambiente, en el crecimiento demográfico y en los derechos de la mujer como fuerzas impulsoras de su política exterior en una nueva política global. Las poblaciones de los países del Tercer Mundo deben ser controladas a fin de garantizar los recursos naturales necesarios para el crecimiento de las grandes empresas norteamericanas.

Esa visión imperialista de la relación entre recursos y crecimiento poblacional no capta el hecho de que el aumento de la población viene ocasionado por la incautación de recursos que se practica a la población normal y corriente. Esa misma apropiación contribuye también a crear un entorno en el que pueden abrirse paso los movimientos de resistencia, como bien muestra la simultaneidad con que, el mismo día de Año Nuevo de 1994, se produjeron la entrada en vigor del TLCAN y el levantamiento zapatista en México.

Controlar las poblaciones sin controlar los modelos de producción y consumo no soluciona la crisis medioambiental. La mayor presión que se ejerce hoy en día sobre los recursos no procede de las elevadas cifras de población pobre, sino de los sistemas productivos despilfarradores, del comercio a larga distancia y del excesivo consumo del Primer Mundo. La solución propuesta —culpar a las víctimas sin abordar el papel que la inseguridad económica y la negación de derechos de supervivencia desempeñan en el crecimiento demográfico— agrava aún más el problema.

Reducir la población de las comunidades locales ignorando, al mismo tiempo, la carga que supone el mercado global no sirve para proteger los ecosistemas del Sur. Además, la mayoría de los análisis de la relación entre población y medio ambiente ignoran la demanda no local de recursos. Dan por sentado que la presión de la población local es la única presión medioambiental que se ejerce sobre los ecosistemas. La «capacidad de carga» en el caso de las sociedades humanas no es únicamente una flu-

57. «New Shift in Depopulating Strategy», 1991. en UBINIC, *Depopulating Bangladesh: Essays on the Politics of Fertility* (<<http://www.hsph.harvard.edu/Organizations/healthnet/SAsia/depop/Chap8.html>>).

ción biológica del tamaño de la población local y de los sistemas locales de apoyo biológico, sino que es el resultado de una relación más compleja que vincula a las poblaciones del Norte con las poblaciones y los ecosistemas del Sur.

La demanda desde el Norte de recursos del Tercer Mundo reduce en la práctica el umbral de recursos disponibles para el sustento de la población local. Dicho de otro modo, lo que sería una población «sostenible» a la vista de las pautas locales de producción, de consumo y de estilo de vida, resulta no sostenible por culpa de la demanda no local.

La mayoría de ecosistemas del Tercer Mundo soportan no sólo a las poblaciones locales, sino que, al satisfacer la demanda de materias primas industriales, también sostienen al Norte. Holanda, por ejemplo, utiliza un área de terreno siete veces superior a la superficie de su territorio nacional para abastecer su demanda de recursos naturales. El concepto de «huella ecológica» nos proporciona un modo de evaluar el impacto ecológico no local de las pautas de producción y consumo. Como escriben Wackernagel y Rees, miembros (del) grupo de trabajo sobre Planning Healthy and Sustainable Communities (Planificación de Comunidades Saludables y Sostenibles), «la huella ecológica es un indicador de la "carga" ejercida por una determinada población sobre la naturaleza. Representa la superficie de terreno necesaria para sostener los niveles actuales de consumo de recursos y de producción de residuos de dicha población».⁵⁸

Amory Lovins, un experto en cuestiones energéticas, emplea la metáfora de los «esclavos» de la energía para cuantificar la demanda de recursos naturales. «Medida en términos de fuerza de trabajo —escribe—, la población mundial no es de 4.000 millones de personas, sino de 200.000 millones, de los que el 98% no se alimenta de comida convencional.» Según Lovins, la demanda media de recursos que cada habitante humano de la Tierra genera sobre el planeta equivale a la de las necesidades reales de, aproximadamente, cincuenta personas. Lovins también señala la desigual demanda de recursos del «habitante estadounidense medio» con respecto a la del «nigeriano "medio"», ya que el primero usa 250 veces más recursos que el segundo.⁵⁹ Si se apli-

cara un enfoque medioambiental racional, las medidas políticas irían encaminadas a quienes «demandan» la mayor parte de la energía.

Cuando se tienen falsas percepciones del problema, se formulan soluciones igualmente engañosas. Aunque se exterminara al 80% de la población mundial —la más pobre— por medio de medidas de control poblacional, sólo se estaría «solucionando» un mínimo porcentaje del problema medioambiental existente. El bote salvavidas acabaría hundándose igualmente debido a la «presión demográfica» ejercida por los ricos y sus «esclavos energéticos».

El espacio medioambiental es la cuota de recursos disponible para cada ser humano teniendo en cuenta los recursos totales existentes y la capacidad de tratamiento de la contaminación que tiene el ecosistema terrestre. El concepto de «espacio medioambiental» nos permite concebir como una forma de cercamiento el hecho de que se genere más contaminación de la que la biosfera es capaz de asimilar, ya que con ello se priva a otras personas de su cuota legítima correspondiente. De ese modo, por ejemplo, puede considerarse que Estados Unidos, que produce el 36% de la polución por CO₂ teniendo menos del 5% de la población mundial, está «cercando» la atmósfera para su propio uso y disfrute.

El reto conceptual que se plantea en el plano teórico es el de no limitar el uso no sostenible al que es visible en la demanda local, sino hacerlo también extensivo a la invisible demanda no local de recursos. Sin esta panorámica más amplia, la campaña a favor de unas «poblaciones sostenibles» acabará convirtiéndose en una guerra ideológica contra las víctimas de la degradación medioambiental en el Tercer Mundo y, muy en especial, contra las mujeres pobres. Sería ésta una guerra que no afrontaría las presiones reales de que es objeto el medio ambiente y que proceden más bien de los sistemas económicos globales y de los estilos de vida de los ricos.

Lo que no alcanzan a entender de la degradación del procomún quienes, como Hardin, proponen soluciones de mercado para las crisis de sostenibilidad ecológica y humana es que el cercamiento de los ejidos, el desplazamiento de la población y la explotación de esos recursos para el beneficio privado no hacen más que acelerar dicha degradación. En Inglaterra, el vallado de los terrenos comunales expulsó a los campesinos que trabajaban la tierra y la transformó en pastos para el ganado ovino, con lo que «las bestias engordaron y las personas enflaquecieron». La población desposeída no tuvo otro recurso que vender su fuerza de trabajo.

El crecimiento demográfico no es una de las causas de la crisis medioambiental, sino uno de sus aspectos. Ambos (crecimiento y crisis) es-

58. Mathis Wackernagel y William Rees, *Our Ecological Footprint: Reducing Human Impact on the Earth*, Gabriola Island (Columbia Británica, Canadá), New Society Publishers, 1996, pág. 9.

59. Amory Lovins, *World Energy Strategies: Facts, Issues, and Options*, Londres, Friends of the Earth, 1975, pág. 133.

tán relacionados con la enajenación de recursos y la destrucción de medios de vida. El cercamiento de los *commons* en Inglaterra también fue acompañado de un aumento de la población. Inglaterra (y Gales) duplicó su número de habitantes desde los 7,5 millones de 1781 hasta los 16,5 millones de 1831.⁶⁰ En 1600, la población de la India estaba entre los 100 y los 125 millones de habitantes, y esa cifra se mantuvo estable hasta 1800. A partir de entonces, coincidiendo exactamente con la expansión del dominio británico en el país y con la reducción de recursos, derechos y medios de vida a disposición de la población, empezó el aumento: 130 millones en 1845, 175 millones en 1855, 194 millones en 1867, 255 millones en 1871. La conclusión que de ello extrajo Radhakamal Mukherjee era clara: «La *Pax Britannica* estimuló un crecimiento demográfico sin precedentes en siglos anteriores».⁶¹

Hacia 1900, la disparidad entre población y recursos, unida al hacinamiento agrícola, estaba produciendo ya desempleo y pobreza a una escala sin igual en ninguna otra comunidad civilizada moderna. Mahmood Mamdani supo describir muy bien la situación generada: «Hay que encontrar otra fuente de ingresos y la única solución, como me dijo un sastre, es “tener suficiente descendencia como para que queden, al menos, tres o cuatro hijos varones en la familia”». Cuando las personas pierden todas las demás fuentes de seguridad (sin que exista, por ejemplo, un sistema de seguridad social garantizado), los hijos son la única seguridad económica posible. Dada la inadecuación de los recursos y la inaccesibilidad y la mala calidad de los servicios sanitarios, una mujer india debe tener seis descendientes para asegurar que al menos un hijo varón sobreviva para cuidar de ella y de su marido cuando alcance los 60 años.⁶²

Tras muchas décadas de «control demográfico» fallido, deberíamos estar convencidos de que resultaría bastante más fructífero abordar directamente la raíz del problema: la inseguridad económica de la población. La concesión a las personas de derechos y de capacidad de acceso a los recursos para que puedan recuperar una seguridad y generar unos medios de vida sostenibles es la única solución posible a la destrucción medioambiental y al crecimiento poblacional que la acompaña.

60. Sale, *op. cit.*, pág. 39.

61. Mukherjee, *op. cit.*, pág. 95.

62. Mahmood Mamdani, *The Myth of Population Control*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972; Jean Drèze y Mamta Murthi, *Fertility Education and Development*, Londres, Sumitry Center, ISE, enero de 2000.

LAS ECONOMÍAS VIVAS

Los peligros ecológicos que amenazan el sustento exigen un cambio de paradigma. A lo largo de la historia, las sociedades que han descuidado el mantenimiento de su base de recursos para el sustento han acabado desmoronándose tras un período inicial de crecimiento. El colapso de las civilizaciones mesopotámica y romana, por ejemplo, estuvo relacionado con la descomposición de sus sistemas de sustento vital. La amenaza a la que se enfrenta el sustento de los países subsaharianos arranca, precisamente, de la destrucción de sus sistemas de manutención vital. Las sociedades nunca han pervivido siguiendo un camino de crecimiento sin final basado en la sobreexplotación de recursos.

Los movimientos de la Democracia de la Tierra son formas de lucha de los desfavorecidos y los excluidos por la conservación del equilibrio de la naturaleza para, de ese modo, preservar su propia supervivencia. Los movimientos ecologistas y de defensa de la justicia ofrecen un futuro al mundo mediante su esfuerzo por asegurar la pervivencia de los recursos de la tierra y la protección de los derechos fundamentales de acceso a dichos recursos. Son movimientos de comunidades marginales que se han visto privadas de los beneficios de la globalización guiada por el mercado y por el comercio, pero que, no obstante, cargan con todos sus costes. Invienten así la tendencia de tratar a las personas desarraigadas como si fueran prescindibles.

La Democracia de la Tierra es una respuesta no violenta a una guerra que amenaza con destruirnos a todos, incluso a los vencedores. Las tácticas empleadas en los movimientos ecologistas emergentes representan intentos incipientes de una reestructuración fundamental en busca de la justicia, la sostenibilidad y la Democracia de la Tierra. Son movimientos todavía reducidos, pero no dejan de crecer. Son locales, pero su éxito radica en su repercusión no local. No exigen más que el derecho a la supervivencia, pero asociado a esa mínima reivindicación se encuentra el derecho a vivir en un mundo pacífico y justo. Si no reestructuramos nuestras visiones del mundo y nuestros estilos de vida en una dirección más ecológica, continuarán vulnerándose la paz y la justicia y, en última instancia, la supervivencia misma de la humanidad se verá amenazada.

Nuestros destinos están fuera de nuestro control. La Democracia de la Tierra supone un modo de enfrentarse al desafío real de devolverlos a la senda de la autorregulación. Los principios de la Democracia de la Tierra evolucionaron a partir de la confluencia del trabajo de base en sus

propias comunidades con los debates sobre el paradigma dominante. La Democracia de la Tierra aspira a unas democracias ecológicas, es decir, a la democracia de la vida en su conjunto. Son demasiadas las personas que piensan que la democracia no consiste más que en votar periódicamente por unos dirigentes que, llegado el momento, les dan la espalda y dicen: «¡Qué más da si no queréis una guerra! Yo voy a ir igualmente a la guerra. ¡Qué más da si no queréis OMG! Os alimentaremos con ellos por la fuerza. ¡Qué más da si no queréis privatizar vuestro sistema educativo! Lo privatizaremos de todos modos». Esta «democracia» no representa ni inspira al pueblo.

Nuestra democracia, sin embargo, tiene siempre en cuenta de quiénes son los intereses y las preocupaciones a las que debemos atender cuando damos forma a nuestras economías y decidimos qué hacer con nuestra comida, nuestra agua, nuestra biodiversidad y nuestra tierra. La democracia de la vida en su conjunto es una democracia viva: reconoce el valor intrínseco de todas las especies y de todas las personas. Puesto que tanto las unas como las otras son diversas por naturaleza, reconoce también la diversidad no como un aspecto que deba ser simplemente tolerado, sino como un motivo de celebración y de potenciación en cuanto condición esencial de nuestra existencia. Sin ella, no somos. Y toda vida, incluida la de todos los seres humanos, tiene un derecho natural a participar de la riqueza de la naturaleza, a asegurarse un sustento (en forma de alimento y agua, de espacio ecológico y de libertad evolutiva). Éste no es un derecho promulgado por ningún Estado. Tampoco es un derecho que pueda ser negado por las grandes empresas ni por su codicia.

JUSTICIA Y ESTABILIDAD

En la Constitución económica que en su día propuso Gandhi se puede leer lo siguiente:

Para mí, la Constitución económica de la India y, por ende, del mundo debería ser de tal modo que nadie que estuviera bajo su jurisdicción sufriera escasez en la comida ni en el vestir. Dicho de otro modo, todo el mundo debería tener la posibilidad de desempeñar el trabajo suficiente que le permita llegar a fin de mes. Y este ideal sólo podrá hacerse realidad a escala mundial si los medios de producción de lo elementalmente necesario para la vida se mantienen bajo el control de las masas. Deberían es-

tar a libre disposición de todos, como están (o deberían estar) el aire y el agua de Dios. No deberían ser transformados en objeto de tráfico para la explotación de terceras personas. Sería injusta su monopolización por parte de un país, de una nación o de unos grupos determinados de personas. La desatención de este simple principio es la causa de la miseria que contemplamos hoy, no sólo en esta infeliz tierra nuestra, sino también en otras partes del mundo.⁶³

La suicida economía de mercado destruye la economía de la naturaleza y la economía del sustento de las personas, lo que provoca una crisis tanto ecológica como económica e impide un crecimiento sostenible y equitativo. Las economías vivas rejuvenecen los procesos ecológicos reactivando, al mismo tiempo, la creatividad, la solidaridad y la interdependencia de las personas. Las economías vivas sólidas están centradas en las personas, pero, a la vez, son descentralizadas y sostenibles y generan medios de vida. Se basan en la copropiedad y la coproducción, en el uso compartido y en la participación. Las economías vivas son más que simples conceptos: existen y continúan surgiendo en nuestros días. Son las personas normales y corrientes las que, en su vida cotidiana, les van dando forma.

Las economías vivas están basadas en las economías de la naturaleza (exuberantes y con una gran capacidad de recuperación y de renovación) y en las ricas economías de las personas (diversas y sostenibles). Las economías vivas son, pues, sostenibles y justas a la vez. Respetan los límites renovables de los recursos naturales y comparten dichos recursos para garantizar que se satisfacen las necesidades de todo el mundo. Ése es el motivo por el que la biodiversidad y el agua deben mantenerse en el ámbito de lo común. Y por eso, también, la defensa de los bienes comunales es la base de muchos de los movimientos encuadrados en la constelación de la Democracia de la Tierra.

LOCALIZACIÓN

A la mayoría de estadounidenses no les importa lo que ocurre en Irak. Exceptuando las familias de los soldados allí enviados, no supone

63. M. K. Gandhi, «Economic Constitution», *Young India*, 15 de noviembre de 1928.

un motivo de dolor con el que la mayoría de personas se enfrenten a diario. La distancia las aísla. Por ese aislamiento es por lo que la localización (la potenciación de los asuntos y las regulaciones de índole local) es un principio clave de la Democracia de la Tierra. La localización supone una prueba de justicia. La localización es también un test de sostenibilidad. Eso no quiere decir que todas las decisiones tengan que tomarse a nivel local. Habrá, lógicamente, decisiones y políticas que se tomen en los niveles nacional y global, pero antes de alcanzar esos niveles, tendrán que pasar constantemente la criba de la democracia viva. La autoridad se delega en niveles de gobierno más distantes siguiendo el principio de subsidiariedad: las cosas se hacen con mayor eficacia en aquel nivel que se corresponde más de cerca con el ámbito en el que se dejan sentir sus repercusiones. Este principio constituye un imperativo ecológico.

La devaluación del papel de los recursos naturales (tanto en los procesos ecológicos como en la economía del sustento de las personas) y la desviación y la destrucción de dichos recursos cuando son destinados a la producción de mercancías y a la acumulación de capital son los principales motivos de la crisis ecológica y de supervivencia en el Tercer Mundo. La solución pasa por ceder a las comunidades locales el control de los recursos locales a fin de que tengan el derecho, la responsabilidad y la capacidad de reconstruir la economía de la naturaleza y, con ello, su propia sostenibilidad. Eso es lo que las economías vivas están acometiendo.

Las economías vivas se basan en la creatividad y la autoorganización de las personas. Las economías vivas crecen hacia fuera: del individuo a la comunidad, a la región, al país y al nivel global. Las relaciones más intensas son las que se dan a nivel local, mientras que las más tenues son las internacionales. De ahí que las economías vivas sean primordialmente locales y descentralizadas, a diferencia del modelo dominante, que es global y centralizado. La localización y la descentralización no implican aislamiento ni incapacidad para coordinarse con un nivel superior de organización. En las economías vivas, los pequeños sistemas autoorganizados pueden establecer redes hasta alcanzar un grado sumamente complejo de organización. En la India, las mujeres de Lijjat Papad y los repartidores de *tiffin* de Bombay (que han llegado incluso a servir de inspiración a los gigantes del mercado global) son una convincente demostración de ello.*

* Véase el significado de *papad* y de *tiffin* en los apartados dedicados a Lijjat Papad (pág. 87) y a los *dabbawalas* (pág. 89). (N. del t.)

REGULAR EL MERCADO

Las economías vivas se cimientan sobre dos principios ecológicos necesarios para proteger y restaurar la naturaleza y la sociedad, pero que los economistas del libre mercado se han resistido repetidamente a llevar a la práctica. Se trata del «principio de prevención» y del «principio de que quien contamina paga», consagrados en la Agenda 21 de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (1992), conocida como Cumbre de la Tierra. El principio de prevención exige que no se emprendan actividades que puedan causar un daño ecológico. El principio de que quien contamina paga obliga al contaminante a pagar por todo perjuicio infligido a la naturaleza y a la sociedad, y a sufragar los costes de su limpieza.

Según el principio de que quien contamina paga, quienes venden combustibles fósiles y energía y sistemas de transporte basados en ellos deben pagar los efectos del cambio climático y los procesos necesarios para reducir las emisiones de CO₂, así como el desarrollo de alternativas energéticas sostenibles y renovables. Hoy se reconoce de forma ya generalizada que, a lo largo del próximo siglo, el clima cambiará debido al uso de combustibles fósiles y a las emisiones de gases invernadero (especialmente, de CO₂). La concentración de gases invernadero que se aprecia ya en la atmósfera terrestre actual hará que ésta se caliente entre 1,9 y 5,8° C durante los próximos cien años. Y aunque la mayoría de emisiones de CO₂ provienen del mundo industrializado, será el Sur el que sufra más directamente su impacto, ya que, en primer lugar, los cambios de temperatura y de precipitaciones dejarán sentir sus efectos de forma más ostensible en la viabilidad de la agricultura tropical y, en segundo lugar, la población del Sur es más dependiente de la agricultura local; además, la elevación del nivel del mar tendrá una mayor repercusión en las comunidades costeras y en los pequeños Estados insulares.

Ha habido diversos intentos de elaborar un acuerdo sobre cambio climático que aborde los problemas compartidos (aunque con diferentes grados de responsabilidad) derivados de la polución atmosférica. El Protocolo de Kioto trata de atribuir a los países la responsabilidad de reducir los gases invernadero. En la Democracia de la Tierra, la responsabilidad de la solución de los problemas del cambio climático recaería sobre las empresas (y sus directores generales). La responsabilidad que competiría a los gobiernos y a los acuerdos intergubernamentales sería la de ga-

rantizar que las pautas de producción y consumo se circunscriban a ciclos sostenibles.

ECONOMÍAS VIVAS PARA EL REJUVENECIMIENTO DE LOS MEDIOS DE VIDA

Los medios de vida constituyen la fuente humana de sustento, significado y sentido; proporcionan una conciencia de nuestro yo y de nuestra comunidad. Los medios de vida son tanto modos como medios de vida propiamente dichos. No son «empleos» en los que una persona vende su fuerza de trabajo a alguien que le paga un salario. El agricultor que cultiva alimentos no tiene un empleo, pero sí un medio de vida. Los medios de vida se autogeneran. La producción creativa por medio del «autoempleo» precisa de un acceso a los recursos y eso es, precisamente, lo que aseguran los bienes comunales. Para desarrollar sus respectivos medios de vida, las comunidades pesqueras necesitan acceder a los mares, las comunidades forestales a los bosques comunales y las comunidades agrícolas a los recursos biológicos e hídricos comunes. El cercamiento de esos diversos «ejidos» no sólo hurta recursos a las personas, sino también autosostenibilidad y medios de vida.

En la India, cada año son 5 millones de agricultores y agricultoras los que se ven desplazados de sus recursos vitales. El 75% de los 1.000 millones de habitantes del país basan su medio de vida en la agricultura. Pero, a pesar del 6% de crecimiento anual del PNB durante la pasada década, han descendido las cifras de población empleada en los sectores agrícola e industrial. Incluso en el sector servicios se observa un crecimiento no traducido en generación de empleo. La tan cacareada externalización de empleos del sector de la tecnología de la información que recalán en la India aporta actualmente menos del 1% del PIB del país y da trabajo a menos de 1 millón de personas (apenas el 0,01% de la población total). Además, se trata de empleos restringidos a ese porcentaje de indios (inferior al 5% del total) que han recibido formación universitaria. Por lo tanto, la agricultura y la industria continuarán siendo la principal fuente de sustento de la mayoría de los indios y las indias.⁶⁴

Mientras la globalización desemboca en un crecimiento que no genera empleo, pero sí personas prescindibles, las economías de la vida ga-

64. Vijay Joshi, «Myth of India's Outsourcing Boon», *Financial Times*, 15 de noviembre de 2004.

rantizan trabajo para todos y todas. Las economías de la vida se basan en el trabajo para la obtención del sustento. Reservan un lugar central a los seres humanos y a la naturaleza. En las economías vivas, la teoría económica y la ecología no se contradicen, sino que se sostienen mutuamente.

ECONOMÍAS VIVAS PUESTAS EN PRÁCTICA

Las primeras lecciones que aprendí sobre el valor de la economía de la naturaleza me las enseñaron las mujeres del movimiento *chipko*. Para las habitantes locales, los bosques eran madres que las proveían de todo lo necesario para su sustento: agua, comida, combustible, forraje y medicinas. El principal detonante de sus protestas en aquel momento fueron los desprendimientos de tierras provocados por la deforestación. Pero la industria maderera también estaba haciendo desaparecer los arroyos y estaba agravando las inundaciones y las sequías, lo que repercutía en una mayor escasez de combustible y de alimento para el ganado. La tala de árboles ha sido una de las mayores fuentes de ingresos en la India desde que las políticas coloniales convirtieron los bosques comunales administrados y utilizados para satisfacer las necesidades locales en minas de madera destinadas a suministrar materia prima para el imperio. La economía viva de la comunidad de la tierra se vio así enfrentada a la economía asesina del mercado. Durante la década de 1970, de un poblado tras otro empezaron a surgir grupos de mujeres que se abrazaban a los árboles —*chipko* significa precisamente «abrazo»— para impedir que las empresas madereras destrozaran sus bosques. Las grandes inundaciones de 1978 hicieron que el gobierno recapacitara y se diera cuenta de que aquellas mujeres tenían razón al decir que los bosques no eran minas de madera, sino fuente de seguridad ecológica. En 1981, el gobierno impuso una prohibición a la tala de árboles en el alto Himalaya. Con aquel acto de abrazarse a los árboles como miembros de su propia familia, unas mujeres normales y corrientes lograron movilizar unas energías más poderosas que las de la policía y la fuerza bruta de los intereses madereros juntas.

NAVADANYA: LA ECONOMÍA VIVA DE LOS ALIMENTOS

Navdanya es una red que trata de conseguir el abandono de la economía suicida/genocida de la agroindustria, impuesta por la OMC y el

Banco Mundial, y la adopción de economías alimentarias vivas. Más de 200.000 agricultores trabajan con la intención de enriquecer la tierra, crear prosperidad para los productores rurales y suministrar alimentos de calidad a los consumidores. La reconstrucción de la economía de la naturaleza pasa también por la reconstrucción de la fertilidad del suelo y de la biodiversidad de los microorganismos. El objetivo es reintroducir una agricultura biodivetsa que lleve al abandono del empleo de fertilizantes químicos y al aumento de la productividad y del valor nutricional de los cultivos.

Los agricultores y las agricultoras de Navdanya son capaces de reducir sus gastos en un 90% (que es el porcentaje que antes dedicaban a la adquisición de productos químicos y, por ende, a la generación de beneficios empresariales). Esa renta ahorrada sirve ahora para financiar la educación y la sanidad. Los ingresos de los agricultores de Navdanya son el triple de los de los agricultores químicos, porque derrochan menos toxinas y biodiversidad, y porque el comercio justo reduce la vulnerabilidad del campesino a la volatilidad de los mercados y a las injustas reglas del comercio.

Navdanya ha construido unas economías vivas tanto en el plano de la producción como en el del procesado y en el de la distribución. La producción orgánica biodiversa combinada con el comercio justo ayuda a incrementar la seguridad de los medios de vida, de los alimentos y la nutrición, y de la salud. Los beneficiados por este enriquecimiento son el medio ambiente, los agricultores y la salud pública.

La creación de una economía alimentaria viva no está separada de la creación de democracias y culturas vivas. Las alternativas a la dictadura de las grandes empresas y al fascismo alimentario profundizan la democracia y reclaman nuevos espacios culturales. Las economías vivas de los alimentos están creando una auténtica cultura de la vida al constituirse como alternativas a la cultura de la muerte difundida por la agroindustria global y por la industria de la alimentación. Las economías alimentarias vivas también ponen en cuestión el mito de la comida «barata». El bajo precio de los alimentos producidos industrialmente, modificados genéticamente y comercializados globalmente reside en una sucesión de subvenciones (al petróleo, a los productos químicos, a las exportaciones y a los impuestos, en forma de «vacaciones fiscales») y en la explotación de los agricultores y de los trabajadores de toda la cadena alimentaria. Si se interiorizaran de verdad todos los costes del alimento producido bajo control empresarial, su precio sería demasiado elevado para competir en

el mercado. Debemos huir de lo «barato y malo» para pasar a lo «justo y sano».

LIJJAT PAPAD: UNA ECONOMÍA DE MUJERES

Diversas comunidades de la India están creando ejemplos palpables de economías vivas aprovechando los resquicios del mercado. Uno de esos casos es el de Lijjat Papad, un típico tentempié indio. En marzo de 1959, un grupo inicial de siete mujeres puso en marcha una organización que hoy cuenta con 40.000 miembros, todas ellas mujeres. El grupo original se reunía en Gurgaum (Bombay) para amasar *papads* y obtener así una fuente de ingresos. Las ventas, que alcanzaron un volumen total de 6.196 rupias aquel primer año, ascienden en la actualidad a 3.000 millones de rupias. La organización cuenta con sesenta y tres delegaciones locales y cuarenta divisiones distribuidas por toda la India. El éxito de Lijjat Papad y su vinculación con las economías vivas radica en su filosofía y en su estructura organizativa. En el folleto de presentación de la organización se puede leer lo siguiente:

El mayor activo de nuestra organización es su filosofía. No tenemos la fuerza del Poder. Tampoco disponemos de mucho dinero ni de gente influyente. Y, aun así, nuestra organización ha sobrevivido y funciona muy bien, a pesar de que no hay nadie en concreto encargado de dirigirla. Pero lo cierto es que no deja de crecer.

Muchos se preguntarán cómo es posible. ¿Cómo puede dirigirse una organización así sin jefe, sin nadie que dé órdenes y donde todas sus componentes gozan de iguales derechos? La verdad es que no hay nada de qué sorprenderse. La clave del éxito de nuestra organización estriba en las ideas básicas que atesoramos.⁶⁵

En ese mismo folleto, se explica también la filosofía en la que se fundamenta la organización y que le ha permitido crecer siguiendo modelos sostenibles y garantizando, al mismo tiempo, medios de vida a las mujeres que trabajan en ella. Algunos de los puntos clave de dicha filosofía son los siguientes:

65. Shri Manila Graham Dog Dijet Papa, «Basic Philosophy and Practices of Our Organization».

La propiedad común: todas nuestras hermanas miembros son sus propietarias. Todos los beneficios y todas las pérdidas, sean cuales sean, son compartidas o poseídas colectivamente por sus miembros. En su promesa solemne de admisión, las miembros se comprometen a lo siguiente: «Adoptaré la propiedad común en su sentido más amplio. [...] En vez de pensar que debo conseguir más que las demás, aspiraré a que nadie consiga menos que yo».

La no discriminación: nuestra organización pertenece a todas las hermanas. Éstas pueden ser de cualquier religión o casta, de nivel educativo alto o bajo, ricas o pobres.

La voluntariedad: la nuestra es una organización voluntaria de hermanas, lo cual significa que éstas pueden entrar a formar parte de ella voluntariamente si la filosofía y las prácticas de la organización son de su agrado y que también pueden abandonarla por su propia voluntad si tienen algún motivo particular para hacerlo. [...] Ninguna tarea es considerada inferior o superior a otras. Para la organización, toda clase de trabajo es igualmente importante y las hermanas son libres de escoger el que más les guste.

La autonomía y la independencia: nuestra organización no acepta ayudas externas ni de beneficencia. Ésta es nuestra filosofía básica. Desde la puesta en marcha inicial de nuestra organización, jamás hemos aceptado limosnas, donativos ni subvenciones de nadie, ni lo haremos en el futuro.

El negocio ético y el compromiso con la calidad, no con la rentabilidad: el objetivo básico de nuestra organización es ganarse el dinero a pulso y trabajando duro, y vivir honradamente. Si no ganamos dinero, la organización no funcionará, pero para ganar dinero es imprescindible llevar el negocio con una gran capacidad de comprensión, sensatez y habilidad.

Nuestra organización es como una familia: íntimamente unido a la filosofía de conducir sabiamente el negocio, nuestro principal objetivo es que las hermanas miembros de nuestra organización trabajen contentas, de un modo organizado y con un sentimiento de confianza mutua y amistad. [...] Todas las hermanas son iguales. Ninguna es jefa de otra ni subordinada suya. En lo que atañe al estatus, nadie es superior ni inferior. Disfrutan de igualdad de derechos en la organización. [...] No importa si reciben una mayor o una menor remuneración. Eso no hace a ninguna superior/inferior a otra. Si alguna diferencia existe entre ellas, es en lo que se refiere a las responsabilidades. Algunas hermanas cargan con una mayor responsabilidad y otras con menos. La *shanchaliku* del centro local [la directora de la delegación, elegida por consenso] ha de asumir las mayores responsabilidades y ha de cuidar de las otras hermanas como la madre cuida de los miembros de la familia.

Nuestra organización es un lugar de culto: nosotras tratamos nuestra organización como si fuera un lugar venerado de culto (como un templo, una mezquita, un *gurudwara* o una iglesia). [...] Creemos que la sociedad es la manifestación de Dios. Así que toda actividad económica que se desarrolle en la sociedad debe aspirar a la generación del bienestar de todos y todas, incluidas tú y yo. La actividad económica que no tenga esta finalidad y que se realice siguiendo unas actitudes estrechas y egoístas está condenada a resultar desastrosa para la sociedad.⁶⁶

LOS DABBAWALAS Y LA DIGNIDAD DEL TRABAJO

Todos los días, en el sur de Bombay, más de 3 millones de personas se desplazan a sus lugares de trabajo. Muchas de ellas, sin embargo, pueden comer comida preparada en casa gracias a los 5.000 *dabbawalas* que reparten por los despachos y oficinas de la ciudad fiambreras preparadas en los propios domicilios de los trabajadores con algún tipo de pequeño almuerzo caliente (o *tiffin*). Sin documentación, sin albaranes ni órdenes, sin jefes, esta red autoorganizada (la de la Asociación de Repartidores de *Tiffin* de Bombay) distribuye diariamente 175.000 fiambreras. Todas estas entregas se producen en un período de tres horas, durante el que los repartidores transitan por los 45 kilómetros de red de transportes públicos. Sin embargo, la proporción de errores en las entregas es asombrosamente baja: sólo un fallo por cada 16 millones.

Los *dabbawalas* son considerados descendientes de los soldados del gran *maharaj* Chatrapathi Shivaji, fundador del imperio Maratha. Tal y como asegura Raghunath Megde, presidente de la asociación, «ninguno de sus miembros es empleado ni empleador: todos somos socios y todos somos copropietarios». Han desarrollado su propia logística de reparto y entrega y su propio sistema de codificación. Cada fiambarrera lleva una serie de códigos escritos que identifican dónde se recogió, cuáles son sus puestos de origen y de destino y en qué dirección tiene que entregarse.

Toda la red funciona a través de unidades descentralizadas de quince a veinticinco *dabbawalas* cada una. Cada grupo es independiente de los demás en lo que al dinero respecta, pero se coordinan mutuamente para la entrega de las *dabbas* (fiambreras). Esa independencia no supone aislamiento ni fragmentación, sino, más bien, interdependencia y mutualidad. Cada *dabbawala* aporta 10 rupias mensuales al fondo común y cada grupo admi-

66. *Ibid.*

nistra su dinero y su funcionamiento diario. Esta red de 5.000 personas que realiza millones de entregas está autoorganizada y no depende de mecanismos de control externo, estructuras organizativas dirigidas desde fuera ni estratos jerárquicos de gestión. El día 15 de cada mes, la asociación celebra una reunión para solucionar posibles disputas y resolver problemas.

La red no se limita a proporcionar oportunidades de autoempleo a sus miembros. El mantenimiento del vínculo entre casa y trabajo, entre cocina y oficina, que sus servicios hacen posible significa que los *dabbawalas* dan continuidad a la diversidad y a las culturas alimentarias previas y ofrecen una alternativa funcional viable al monocultivo de la comida rápida y a la «macdonalización» de los sistemas alimentarios en una gran metrópolis.

En estos ejemplos de economías sostenibles y autoorganizadas se logra invertir la lógica de la globalización económica (basada en la destrucción de empleos y medios de vida y en la imposición de la gestión económica desde el Banco Mundial y el FMI, o desde las sedes centrales de las grandes empresas siguiendo las reglas comerciales de la OMC).

CONCLUSIÓN

Los sistemas económicos centrados en las personas se basan en la creatividad, la inteligencia y las actividades autoorganizadas de éstas. Los ingresos se derivan de los rendimientos obtenidos de la inversión en trabajo y no de la inversión en capital. La propiedad se fundamenta también en el trabajo y no en el capital. La toma de decisiones está descentralizada. Las redes a gran escala surgen de la interconexión de actividades autoorganizadas a pequeña escala. La localización no supone un aislamiento del resto del mundo, sino un ejercicio de autodeterminación interdependiente.

Las economías vivas, en las que la creatividad humana desempeña un papel nuclear, imitan, pues, la diversidad, la autoorganización y la complejidad de la naturaleza. Cada persona, cada grupo, cada comunidad es su propio centro, conectado con otros en una relación de mutualidad y apoyo. Gandhi supo captar la esencia de las estructuras de las economías vivas:

La vida no puede ser una pirámide cuya cúspide esté sostenida por su base, sino un círculo oceánico cuyo centro es el individuo, siempre dis-

puesto a perecer por su pueblo, del mismo modo que éste estará dispuesto a perecer por su círculo de pueblos y así hasta que, al final, el todo se convierte en una vida compuesta de individuos, exentos de arrogancia y (por consiguiente) de agresividad, siempre humildes y prestos a compartir la majestad del círculo oceánico del que constituyen unidades integrales. Por lo tanto, la circunferencia más externa jamás se servirá del poder para aplastar al círculo interno en ella contenido, sino que dará fuerzas a todos sus componentes y, de ello, derivará las suyas propias.⁶⁷

67. R. Kothari, citado en Vandana Shiva y otros, *Ecology and the Politics of Survival*, Nueva Delhi, United Nations University y Sage Publishers, 1991, pág. 341.

Capítulo 2

DEMOCRACIAS VIVAS

Hoy en día, se abusa reiteradamente del término «democracia». La Operación Libertad Iraquí prometió llevar la democracia a los iraquíes, pero, en su lugar, les llevó la tortura, los abusos y la privación de necesidades básicas. La globalización prometió extender la democracia suponiendo la validez de la ecuación entre comercio y mercados libres, por un lado, y entre éstos y las sociedades abiertas, por otro. Pero se trata de ecuaciones desmentidas por la práctica. Los mercados de la globalización empresarial no son abiertos: las reglas del comercio traspasan el control a los gigantes empresariales. Y las sociedades resultantes tampoco son abiertas. La globalización empresarial está dando lugar a una dictadura que controla los alimentos y el agua, los dos aspectos más vitales de nuestra vida. Nos está robando las libertades del más fundamental de los niveles: el de la supervivencia. La democracia representativa se demuestra cada vez más inadecuada para defender nuestras libertades fundamentales.

LA GLOBALIZACIÓN Y LOS LÍMITES DE LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA

La globalización empresarial y las normas del comercio libre confieren inmunidad a las grandes sociedades anónimas y al capital frente a las regulaciones sociales y políticas de los ciudadanos y los gobiernos nacionales. Al desregular el comercio, la globalización empresarial traslada las decisiones sobre nuestra vida cotidiana fuera del ámbito de la democracia y las transfiere a la OMC, al FMI, al Banco Mundial, a Wall Street y a los consejos de administración de las grandes empresas. En la práctica, esto significa la muerte de la democracia económica.

La globalización empresarial destruye las economías locales y nacionales, así como los medios de vida y los puestos de trabajo generados por las economías domésticas, en beneficio del negocio empresarial y del crecimiento financiero. Esto genera inseguridad, que se traduce en miedo y exclusión, y abona el terreno para la aparición tanto de una política de

identidades estrechas como de unas ideologías excluyentes. En este contexto, la democracia representativa resulta cada vez más determinada y movida por el nacionalismo cultural. Éste surge, pues, como elemento inseparable de la globalización económica.

Los ciudadanos y las ciudadanas cambian los gobiernos a través de los mecanismos de la democracia representativa. Sin embargo, el control ejercido por las grandes sociedades anónimas y las coercitivas reglas de la globalización desvirtúan ese cambio porque garantizan que no implique variaciones en las políticas económicas. Sea cual sea el partido en el poder —republicanos o demócratas en Estados Unidos, laboristas o conservadores en el Reino Unido, el Partido del Congreso o el BJP en la India—, en realidad, son las grandes empresas las que gobiernan.

Si queremos que la ciudadanía recupere sus libertades, tenemos que reinventar la democracia. Debemos profundizarla y ampliarla. Nuestra idea de la democracia no es la de que unos gobiernos sean elegidos para el cargo sin que el pueblo controle el poder que ejercen o ceden a las grandes compañías. La democracia viva reclama la recuperación de nuestros poderes y de nuestras capacidades de toma de decisiones. Presupone autoorganización y autogobierno (el *swaraj* de Gandhi). Debemos ampliar la democracia para incluir a los excluidos —a las comunidades privadas de derechos, a los niños, a los prisioneros, a las personas mayores y a las diversas especies de la Tierra—. Yo llamo a esa forma de democracia la Democracia de la Tierra. Necesitamos esta Democracia de la Tierra para proteger nuestras libertades, para mantener los sistemas de sustento vital del planeta, para garantizar justicia y sostenibilidad, para acabar con los conflictos y crear la paz.

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

En la actualidad, somos testigos del crecimiento simultáneo de dos fuerzas: una de carácter globalizador y otra de tendencia localizadora; una impulsada por las grandes empresas globales y la otra impulsada por las comunidades locales y los movimientos de base; una que traslada el poder hacia arriba y la otra, hacia abajo. La globalización significa, en la práctica, el fin de la democracia económica. Sus normas de libre comercio están pensadas para garantizar la inmunidad de las sociedades anónimas frente a todo intento de influencia o de regulación por parte del Estado.

Pero, en una democracia, la política económica debe guiarse por la voluntad y las aspiraciones del pueblo llano. Cuando quienes la diseñan son la OMC o el Banco Mundial y el FMI, aislados de toda influencia popular, lo que tenemos no es democracia económica, sino dictadura económica. Por eso, cada vez cuesta más apreciar diferencias entre el Partido del Congreso y el BJP en la India, o entre los demócratas y los republicanos en Estados Unidos, en lo que a su compromiso con unas políticas de predominio de las grandes empresas se refiere. Con la globalización empresarial, las elecciones no cambian las políticas económicas: sólo cambian los partidos en el gobierno y los jefes de Estado nominales. Pero los verdaderos jefes de Estado son las sociedades anónimas globales cuyos intereses pesan más que los de los ciudadanos, cuyos derechos son antepuestos a los de los humanos y los de los demás seres y cuyos beneficios son considerados el valor máximo, por encima de la vida y la libertad.

Ningún ejemplo representa mejor la limitación que tiene la democracia representativa para defender las libertades de las personas que el de la mayor y más vibrante de todas ellas: la India. Las elecciones de 2004 significaron el rechazo al poder conjunto del fundamentalismo del mercado y del integrismo religioso. El voto popular fue un voto contra la globalización empresarial, más conocida en la India como reforma económica. Sin embargo, lo primero que el nuevo Primer ministro y las nuevas autoridades anunciaron fue que no se daría «marcha atrás» en las reformas, sino que simplemente se las dotaría de un rostro más humano. Lo que el pueblo de la India pedía era un corazón más humano para su economía (un corazón que se preocupara por los campesinos y las personas pobres, por los desempleados y los hambrientos), no una máscara con la apariencia de un rostro humano. La democracia económica pasa inevitablemente por revocar algunos de los aspectos más inhumanos de la globalización económica y que son precisamente aquellos que, con tal de asegurar beneficios para las grandes empresas, abocan a los agricultores al suicidio, a los pobres al hambre y a la sed y a los jóvenes al desempleo.

VICTORIA EN CANCÚN

El resultado de la cumbre interministerial de la OMC en Cancún representa un triunfo de la democracia sobre la dictadura, de la justicia sobre la injusticia, del Sur sobre el Norte, de los pobres sobre los ricos, de las personas sobre la rentabilidad económica, de la vida sobre la muerte.

Cancún, con sus playas blancas bañadas por las aguas azul turquesa de la costa oriental de México, fue diseñada para convertirse en centro turístico y vacacional de primer orden, no en escenario de algunas de las más imensas confrontaciones y arduos debates de nuestro tiempo. Pero entre el 10 y el 14 de septiembre de 2003 no fueron los turistas, sino las delegaciones gubernamentales asistentes a la cumbre de la OMC quienes llenaron los hoteles de Cancún. Y fueron los participantes en las protestas (no los turistas) los que llenaron las calles de la zona hotelera, manifestándose y tratando de atravesar las barricadas que habían sido erigidas con la intención de mantener a los disconformes a 10 kilómetros de distancia de donde la quinta cumbre interministerial de la OMC estaba teniendo lugar.

- ¡ Como ya ocurriera en Seattle, la cumbre de Cancún fue un fracaso. La resistencia a las políticas y las normas genocidas de la OMC frustró las negociaciones sobre la expansión de la organización, que preveía ampliar sus competencias a todas y cada una de las dimensiones de nuestras economías y de nuestras vidas. Una evidencia trágica, aunque heroica, del hecho de que las reglas de la OMC no regulan el comercio justo, sino la vida y la muerte, fue el suicidio del agricultor coreano Lee Kyung Hae el primer día de la cumbre. Lee y otros pequeños agricultores y campesinos de todo el mundo estaban acampados en los jardines de la Casa de la Cultura, situada fuera de la zona hotelera. Ese primer día, por la mañana, los agricultores se dirigieron en manifestación hacia la cumbre interministerial. Al llegar a la altura de las barricadas levantadas para mantener al pueblo alejado de las conversaciones comerciales y portando una gran pancarta en la que se podía leer «La OMC mata a los agricultores», Lee Kyung Hae escaló la barricada y se clavó un puñal. Llevaba consigo una nota: «Me quito la vida para que otros puedan vivir».

Aquella no era la primera vez que Lee intentaba llamar la atención de la OMC. En un artículo del número de abril de la revista *Korea Agrofood*, Lee escribió:

Poco después de que se cerrara el Acuerdo de la Ronda Uruguay, mis compañeros agricultores coreanos y yo mismo nos dimos cuenta de que nuestros destinos habían dejado de estar en nuestras manos. [...] Pronuncié a gritos ante ustedes estas palabras que tanto tiempo llevan bullendo en mi interior:

¿Para quién negocian ahora? ¿Para el pueblo o para ustedes mismos?
Abandonen ya sus negociaciones en la OMC, con toda esa lógica falaz
y esas palabras que no son más que gestos diplomáticos.
Excluyan la agricultura del sistema de la OMC.¹

Un decenio antes de lo de Cancún —antes de la creación de la propia OMC—, un grupo de miembros de la Federación Coreana de Pequeños Agricultores, de la que Lee había sido presidente, se manifestaron en la India exigiendo que la agricultura se mantuviera al margen de los acuerdos de «libre comercio». En los años transcurridos desde entonces, se han hecho evidentes la coacción y el fraude ocultos tras la libertad de comercio. El comercio libre es, en realidad, forzado, ya que es impuesto a los pequeños agricultores y a los países pobres. También es un comercio fraudulento porque, por mucho que se canten las bondades de su mayor eficiencia y de su contribución a igualar las condiciones competitivas para todos, lo que se produce, en realidad, es un *dumping* de productos fuertemente subvencionados con el que se inundan los mercados mundiales y que destruye a pequeños productores más eficientes.

La normativa de la OMC que obligaba a Corea a abrir sus mercados arroceros al *dumping* de gigantes agroindustriales estadounidenses como Cargill y ConAgra sustrajo a los agricultores como Lee su derecho a vivir. En 2001, el coste de producción del arroz era de 18,66 dólares por bushel en Estados Unidos, pero su precio de venta internacional era de 14,55 dólares por bushel.* Este proceso de *dumping* (de venta de productos a un precio inferior a su coste de producción) es legal según la OMC; lo que se ha ilegalizado ha sido la oposición al mismo. Los precios agrícolas han entrado en un proceso de caída libre impulsado por las subvenciones a las exportaciones (que generan un comercio injusto), la obligación de suprimir las restricciones a las importaciones (las RC) y la reducción de los aranceles. Antes incluso de la cumbre de Cancún, Pascal Lamy, entonces comisario de comercio de la UE, anunció que la Unión Europea no recortaría las subvenciones a la exportación. Estados Unidos también anunció que no rebajaría las ayudas internas. En realidad, tanto Estados Unidos como la UE han incrementado los subsidios agrícolas desde la entrada en vigor de los acuerdos de la OMC, pese a las prome-

1. Lee Kyung Hae, *Korea Agrofood*, abril de 2003.

* Un bushel estadounidense es una medida de volumen en seco equivalente, aproximadamente, a unos 35,2 litros. (N. del t.)

sas de reducción de los subsidios agrícolas del Norte y de creación de un contexto de igualdad de condiciones surgidas de Marraquech. La OMC ha legalizado el aumento de subvenciones mediante la creación de cajas azules y verdes, invenciones con las que la organización permite que aquéllas se continúen incrementando. Los de la «caja verde» son aquellos subsidios relacionados con programas medioambientales y los de la «caja azul» son aquellos otros cuyo efecto se estima que no distorsiona el comercio porque están vinculados a la producción. Pero, en realidad, sí que distorsionan el comercio porque, para empezar, desfiguran los precios. A través de este mecanismo, las subvenciones explícitas al cereal en la UE descendieron un 60% (de 2.200 millones de ecus en 1992 a 883 millones de euros en 1999), pero los pagos directos se incrementaron (de 0 a 12.800 millones de euros). Si se incluyen los reembolsos por exportaciones, las subvenciones cerealistas totales alcanzaron los 2.985 millones de euros en 1999. Esto supone, en realidad, un aumento de 785 millones de euros en subsidios desde 1992.²

Las subvenciones estadounidenses a la producción y la exportación de algodón han aumentado hasta alcanzar los casi 4.000 millones de dólares tras la aprobación en el Congreso de la Farm Act (o «Ley Agrícola») de 2002. En 2001, el coste de la producción de algodón en Estados Unidos era de 0,93 dólares por bushel, mientras que su precio de exportación era de 0,40 dólares por bushel (un *dumping* del 57%, netamente superior al 17% de 1995). La confluencia de una política agrícola estadounidense encaminada a subvencionar el *dumping* con unas normas de la OMC que obligan a los países a eliminar restricciones a las importaciones impidiendo, al mismo tiempo, que los países pobres puedan protegerse de los efectos devastadores del mencionado *dumping* está provocando la destrucción de la agricultura del Tercer Mundo. La legislación agrícola estadounidense ha ampliado las subvenciones en 82.000 millones de dólares. Con ello, el gobierno norteamericano puede abonar a los productores de algodón la diferencia entre su precio en el mercado mundial (1,23 dólares por kilo) y un precio ideal inventado de 1,57 dólares por kilo. A consecuencia de ello, los agricultores productores de algodón en Estados Unidos recibieron 3.900 millones de dólares, la mayor parte de los cuales fueron a parar a las arcas de los

2. Jacques Berthelot, «The Basic Concepts Used for Agricultural Policies Are Tricky: Import Protection is the Least Protectionist Way of Supporting Farmers (1st part)», *Solidarité*, II Foro Social Mundial, Porto Alegre, 31 de enero-5 de febrero de 2002 (<http://www.abcburkina.net/english/eng_pol-agri/eng_protection.htm>).

gigantes empresariales de la producción. Con todos estos subsidios, Estados Unidos ha duplicado sus exportaciones de algodón y ha acabado con los medios de vida y las fuentes de ingresos de 250 millones de agricultores africanos del algodón desde la fundación de la OMC en 1995.

Este fraude legalizado en nombre del libre comercio agrícola fue el motivo principal del fracaso de las conversaciones de la OMC en Cancún. Al mismo tiempo que el martirio del agricultor Lee enviaba un contundente mensaje de resistencia desde las barricadas del exterior, en el interior del centro de convenciones se estaba fraguando una rebelión en toda regla.

Antes de reunirse en Cancún, Estados Unidos y la UE habían alcanzado un acuerdo en materia agrícola que, en la práctica, obligaría al Sur a desmantelar aún más barreras comerciales, a pesar de la negativa de los gigantes del Norte a reducir las subvenciones a la exportación a las agroindustrias estadounidense y europea. Un grupo de veintidós países en vías de desarrollo realizó una contrapropuesta que insistía en la supresión de subsidios a la exportación —como los que estaban acabando con la vida de los agricultores del Tercer Mundo— como paso previo a cualquier reducción arancelaria adicional. La coincidencia de ambos textos produjo una situación de punto muerto. En la tercera jornada de la cumbre interministerial, la OMC emitió un borrador de declaración en el que no se reflejaba ninguno de los temas que preocupaban a los países del Sur. Peor aún: la petición de protección frente al *dumping* estadounidense realizada por los países africanos productores de algodón fue banalizada hasta tal punto que apenas se mencionaba de pasada en un párrafo en el que se sugería que África abandonara la producción de algodón. Tras la publicación de aquel borrador, un representante de las naciones africanas declaró: «Si los africanos se van de Cancún sin resultados prácticos, puede que ya no vuelvan más, porque habrá sido demasiado esfuerzo para nada».

La retirada de diversas delegaciones de aquella cumbre (encabezada por las de los países africanos) supuso un rechazo explícito a la imposición de nuevos temas, como la inversión, el gasto público y las políticas de competencia y de facilitación del comercio. Pero el fracaso de Cancún, justo después del fiasco de Seattle, indica también la necesidad de eliminar ciertos puntos de los tratados de libre comercio, como la agricultura y la propiedad intelectual, que conviene reservar para los sistemas nacionales y que deben ser tratados como necesidades básicas y como cuestiones que afectan a los medios de vida de las personas, más que como meras cuestiones comerciales.

Lo que Estados Unidos y la UE pretendían asegurarse en Cancún era el derecho a continuar con sus prácticas de *dumping* y de comercio injusto aplicando las reglas de la OMC sobre la accesibilidad de los mercados con el fin de hacerse con los mercados mundiales en apoyo de los intereses de su agroindustria. Ahora que toda esa intimidación ha sido puesta en evidencia por más de una década de persistente organización de movimientos ciudadanos y de nuevas alianzas entre países, el comisario europeo de comercio, Lamy, tacha a la OMC de «institución medieval» y Robert Zoellick, representante de comercio de Estados Unidos, descalifica a los delegados del Tercer Mundo tildándolos de grupo «del no». Los países ricos han dado a entender muy a las claras que no reformarán la OMC y tampoco permitirán que se reforme. En el momento actual, resulta perentorio frenar la liberalización tendenciosa que está destruyendo nuestra agricultura y a nuestros agricultores. Ha llegado la hora de priorizar nuestros intereses nacionales y domésticos por encima de la codicia y las mentiras de las poderosas sociedades anónimas de países igualmente poderosos. Ahora es el momento de reimplantar restricciones a las importaciones, tal y como ha reivindicado la Indian People's Campaign Against the WTO (Campaña del Pueblo Indio contra la OMC). El paradigma de la liberalización comercial recibió un duro golpe en Cancún. Ha llegado el momento de dar forma concreta a un paradigma del comercio justo que se erija sobre unas economías locales y nacionales sólidas. Ha llegado la hora de anteponer las personas al negocio y a los beneficios. Es el momento de dar prioridad a la producción interior sobre el comercio internacional.

Ningún nuevo tema ni ninguna ampliación de la agenda comercial pueden ser legítimamente negociados en Ginebra visto el fracaso de la OMC en Cancún y la ausencia de acuerdos en el nivel interministerial. La pérdida de legitimidad de la OMC en Cancún debería convertirse en una oportunidad para la recuperación de espacio democrático y para el enderezamiento de nuestras economías, poniéndolas al servicio de la vida, y no de los beneficios empresariales. En Cancún triunfó la democracia. Ahora debemos sostener esa victoria asegurándonos de que las decisiones económicas y comerciales no vulneren nuestras constituciones ni nuestros derechos humanos fundamentales. Debemos asegurarnos de que el comercio mundial impulsado por los beneficios empresariales no debilita los medios de vida ni las economías locales. La democracia económica no puede crecer más que hacia arriba, como un árbol: arraigada en los ecosistemas, las culturas y las economías locales, entroncada con unas

economías nacionales fuertes y prósperas, y enramada con un comercio internacional basado en los principios de la sostenibilidad, la justicia y la imparcialidad, al que alimente y del que se nutra al mismo tiempo. El fracaso de Cancún puede ser una victoria para todas esas opciones alternativas que nos hemos esforzado en construir para proteger la Tierra y a su población.

En Seattle y en Cancún, el pueblo y los gobiernos de los países del Sur afirmaron sus derechos democráticos y se pudo paralizar momentáneamente el proceso dictatorial en marcha. Pero también se están utilizando otros procesos para hacer que la democracia descarrile. El más importante es la política del «divide y vencerás» del integrismo religioso y de las ideologías de la exclusión, factores ambos de desviación y de dilapidación de las energías democráticas populares.

LA DEMOCRACIA DEL LIBRE MERCADO Y EL FUNDAMENTALISMO

Los tratados de libre comercio como el que administra la OMC y los programas de ajuste estructural del Banco Mundial y el FMI se imponen contra la voluntad popular de la población. En la OMC, el Banco Mundial y el FMI, las decisiones se toman de una forma nada democrática. Las políticas impuestas por estas instituciones transfieren los recursos de los pobres hacia los ricos y las grandes empresas globales. El libre mercado no promueve la democracia económica, entendida como la participación de todas las personas en las decisiones referidas a la economía y la propiedad de los activos productivos (especialmente, de los recursos naturales). Las democracias económicas tienen un espacio para la aportación productiva creativa de todas las personas, con independencia de su clase, su género, su raza o su etnia. A diferencia de lo que sucede en el inundo de la globalización, en las democracias económicas no existen personas prescindibles. De hecho, la humillación de ser tratadas como tales es lo que impulsa a muchas personas hacia el fundamentalismo religioso en busca de la recuperación de una conciencia del yo, de un sentido, de una significación. En consecuencia, la globalización genera integrismo religioso y la libertad de mercado produce terrorismo y extremismo, no democracia. Tal y como Amy Chua apunta en *El mundo en llamas*:

La expansión global de los mercados y de la democracia es una causa principal y avivadora del odio entre grupos y de la violencia étnica pre-

sentes en todo el mundo no occidental. En estas sociedades, la búsqueda del objetivo de la democracia de libre mercado produce condiciones sumamente inestables y volátiles porque los mercados y la democracia benefician a distintos grupos étnicos presentes en su seno. Los mercados concentran una riqueza inmensa en manos de una minoría «foránea», lo que fomenta la envidia y el odio étnicos entre mayorías que suelen ser crónicamente pobres.³

Al deteriorar la igualdad, la justicia y la democracia, la globalización alimenta una cultura del miedo que, a su vez, exagera el fundamentalismo religioso. Ninguna sociedad es inmune a esa desintegración por las líneas de división cultural interna. No es de extrañar que la religión surgiese como fuerza motivadora del voto en las elecciones indias tras el proceso de liberalización comercial/reformas de libre mercado impuesto por el Banco Mundial y el FMI en 1991. Y tampoco sorprende que el factor decisivo en las elecciones estadounidenses de 2004 fuese el de los valores religiosos y culturales, por encima de la guerra en Irak o de la economía.

Al mutar identidades de carácter positivo en otras de signo negativo, la globalización está creando e intensificando guerras culturales. La globalización económica destruye culturas e identidades culturales positivas porque arruina los trabajos y la seguridad laboral de los que la mayoría de personas derivan su conciencia de quiénes son. Las identidades ecológicas y económicas están ligadas al arraigamiento en un determinado lugar y en una determinada comunidad. Cuando se destruyen ocupaciones y medios de vida seguros, lo que ocupa el vacío de la pérdida del sentido de uno mismo (o de una misma) es una identidad negativa, es decir, una identidad que responde a la pregunta de «¿Quién soy?» con un «No de los otros». Muchos agricultores estadounidenses y de otros países ya no pueden basar su identidad en la tierra porque las deudas y los embargos los han expulsado de ella.

Estas comunidades desarraigadas son luego manipuladas sobre la base de unas identidades negativas con el fin de crear bancos de votos y un soporte de poder. La democracia se desvía así de la democracia económica debido a una guerra cultural fundada sobre unas identidades ne-

3. Amy Chua, *World on Fire: How Exporting Free Market Democracy Breeds Ethnic Hatred and Global Instability*, Nueva York, Anchor Books, 2004, pág. 9 (trad. cast.: *El mundo en llamas: Los males de la globalización*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003).

gativas. Se genera, de ese modo, un círculo vicioso en el que unas culturas y una democracia negativas (una democracia, por cierto, que no es «del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», sino «de las grandes empresas, por las grandes empresas y para las grandes empresas») impulsan unas políticas económicas no sostenibles y contrarias a las personas. Los políticos deben ganar las elecciones pero no pueden intervenir en los procesos económicos en nombre de la población que les vota. De ahí que, en lugar de la justicia económica, sean la identidad y la inseguridad culturales y religiosas su principal capital político. Sin democracia económica, la democracia política se convierte en una fuerza de división popular, no de unión. La diversidad cultural y el pluralismo, tejido constitutivo de la democracia, quedan desgarrados por el asalto directo del mercado y la manipulación de los políticos.

REINVENTAR LO LOCAL, REINVENTAR LO GLOBAL

La globalización empresarial se basa en unas artificiosas reglas del comercio que invaden nuestros espacios autónomos y soberanos (el ecológico, el económico, el cultural, el social, el político, el ético o el espiritual). Por una parte, la globalización redefine la vida y el mundo concibiéndolos como comercio y como un cúmulo de mercancías, respectivamente. Por otra parte, limita nuestra experiencia global a los mercados y las instituciones de ámbito mundial. Pero por «global» también podemos entender algo muy distinto. Ese adjetivo puede referirse igualmente a los valores universales de los seres humanos: aquellos que experimentamos en nuestras vidas, que están incorporados en los diversos credos o que han sido consagrados en la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU. Puede hacer referencia a la especie humana como una entre muchas, tanto diferenciándonos de las demás como conectándonos con ellas. Podemos experimentar una pertenencia global a la familia de la tierra. Y como miembros de dicha familia, nuestra conciencia nos obliga a respetar y a proteger la soberanía, la integridad y los espacios ecológicos de otras especies. Esto crea, a su vez, el imperativo de reducir nuestra huella ecológica en los recursos terrestres.

La localización interioriza en nuestros sistemas de producción y consumo los costes sociales y ecológicos, que, de ese modo, dejan de ser una simple consideración *a posteriori* o el objeto externo de un «comercio de cuotas de emisiones contaminantes» que no hace más que acrecentar la

polución y la injusticia ya existentes. Anteponiendo las personas y la naturaleza al comercio y a la rentabilidad, la ecología y la equidad al comercio, los ciudadanos a las grandes empresas, la democracia local al mercado global y las realidades vividas diariamente por las personas a las construcciones abstractas del capitalismo empresarial y de múltiples patriarcados, se conservan los recursos, se protegen los medios de vida y se pueden garantizar la justicia y la sostenibilidad.

La localización se basa en la interdependencia entre la naturaleza y la cultura, entre los seres humanos y otras especies, entre lo local y lo global, entre lo «micro» y lo «macro». La localización trata todos los lugares como si fueran el centro del mundo, sitúa a toda persona y a todo ser en el punto central de su respectivo círculo (siempre en aumento) de compasión y atención. Para el neoliberalismo, es Washington el que ocupa ese lugar central del mundo y todo lo que no encaja en esa perspectiva es prescindible. El consenso de Washington, nacido de la incapacidad de reconocer la diversidad de seres, culturas y economías, es igualmente incapaz de admitir los costes ecológicos y sociales de la implantación de la globalización empresarial. Eso explica por qué los promotores de la liberalización del comercio no pueden oír los gritos de quienes soportan los costes y las cargas derivadas o de quienes pasan automáticamente a ser prescindibles. La globalización no dispone de mecanismo autocorrector alguno. La localización responde constantemente a la reacción ecológica de la naturaleza y a la reacción política y cultural de las personas.

Las locales no son las únicas economías existentes, pero constituyen el fundamento de un comercio internacional justo y no explotador. La localización construye unas economías sostenibles y justas que crecen de abajo arriba, de dentro afuera y de lo local a lo global. En ellas se reconoce que los subsidios artificiales que destruyen la producción y los medios de vida locales no abaratan, ni mucho menos, la producción local. El mito de los alimentos baratos, que está sirviendo para destruir la tierra, matar a los agricultores y generar enfermedades, se basa en la subvención de los combustibles fósiles, lo cual permite un transporte a larga distancia más barato y una reducción de los precios de los productos de origen no local. Se basa también en la subvención de las exportaciones, lo cual abarata los precios internacionales y favorece el *dumping*. Y se basa, por último, en la creación de monopolios agroindustriales que hacen posible que las grandes compañías esclavicen y exploten a los agricultores. La comida barata acaba resultando muy cara, en la práctica, para el medio ambiente, los campesinos y la salud pública. Es barata simplemente

porque no refleja los costes reales. Es una economía falsa. La localización, sin embargo, crea economías honestas basadas en costes y precios reales.

Hoy existen ya nuevas iniciativas, como la de la Agricultura con Apoyo Comunitario, el comercio justo y las economías solidarias, dirigidas a construir una economía local, que se basan en el pago de precios íntegros a los productores y en el reconocimiento de la dignidad del trabajo. El aún reducido tamaño de estas economías justas y honestas se debe a la distorsión que ejerce la economía global, sostenida por políticas comerciales coercitivas y antidemocráticas. Son economías que, aunque pequeñas si se toman por separado, resultan significativas cuando se consideran en conjunto. El contexto ha de cambiar para permitir el despliegue de las economías locales y su evolución hasta alcanzar su pleno potencial. La Democracia de la Tierra se basa en la diversidad. Está fundada sobre las expresiones multidimensionales y multifuncionales de creatividad y de productividad que podemos hallar entre los seres humanos y en la naturaleza. Para que las economías locales crezcan, es preciso que los gobiernos cumplan con sus obligaciones —como hicieron los gobiernos del Tercer Mundo en Cancún deteniendo la aceleración y la expansión de la globalización empresarial—. Es también esencial que las personas se movilicen globalmente para protestar, como hicieron en Seattle y en Cancún. Pero, sobre todo, se necesita actuar tanto a nivel local como nacional para oponerse a la globalización empresarial y (mediante una acción constructiva) construir economías vivas. Estas últimas deben crecer como la semilla que se convierte en árbol: hacia arriba y hacia fuera. Las economías genocidas y suicidas pueden serles impuestas a las personas y a los países. Las economías vivas, por su parte, son creadas con la naturaleza y a través de la solidaridad entre las personas. Se construyen sobre relaciones de interdependencia, muy distintas de la dependencia creada por los mecanismos de la globalización empresarial que tanto empobrece actualmente al Tercer Mundo y que empuja a los agricultores a las deudas y al suicidio.

Las economías vivas son no violentas; son compasivas, a diferencia de las economías de mercado, basadas en la violencia y la codicia. Las economías vivas sólo pueden crecer a partir de la potenciación y el cultivo de las democracias vivas.

Se ha debatido profusamente acerca de las alternativas a la globalización empresarial, pero el debate ha tendido a embarrancarse en disyuntivas dicotómicas. El enroque en posturas fijas no genera movimientos. La

construcción de una democracia viva no es una cuestión de «o lo uno o lo otro». Las democracias vivas, simultáneamente, tienen que devolver a los ciudadanos y a las comunidades parte del poder que detentan actualmente los gobiernos y las instituciones, democratizar los gobiernos nacionales, las instituciones internacionales y las grandes empresas y someterlas a un mayor control social. De hecho, no sólo no son mutuamente excluyentes los niveles local, nacional y global a la hora de construir la democracia, sino que resultan inseparables. Sólo una ciudadanía vigilante y vibrante puede democratizar los gobiernos nacionales y las instituciones globales. Las democracias vivas reclaman de los gobiernos los derechos y las responsabilidades que pertenecen a la comunidad y a la sociedad, y reclaman del nivel global lo que corresponde a los niveles nacional y local. Sólo sobre los cimientos de una democracia local fuerte podrán erigirse unas democracias nacional y global igualmente fuertes.

Varios son los aspectos que contribuyen a construir una democracia viva:

Reinventar la ciudadanía y reclamar los ejidos para la comunidad: reivindicar la ciudadanía y los espacios comunales significa asumir el control de los recursos, los medios de vida y la toma de decisiones de manos del Estado y recuperar recursos que las grandes empresas ya han privatizado por medio de las normas de la OMC y de los programas de ajuste estructural del Banco Mundial y del FMI.

Reinventar el gobierno mediante la ampliación de la soberanía popular con el objeto de proteger los medios de vida, los recursos y los derechos de los ciudadanos y las ciudadanas, y de regular el capital. Al mismo tiempo, definir ámbitos de responsabilidad intergubernamental para la regulación de acciones que afecten a alguno de los espacios ecológicos comunales globales, como, por ejemplo, la atmósfera. El modelo de desarrollo dominante se basa en la existencia de unos gobiernos centralizados que usurpan los roles de las comunidades locales y de los ciudadanos. Necesitamos reinventar el gobierno para devolver a los individuos y a las comunidades lo que pertenece a la sociedad y para recuperar de las grandes empresas y de las instituciones globales aquellas cuyos canales óptimos son los procesos nacionales democráticos. El control estatal centralizado que impide a los agricultores reservar simiente o que se ejerce sobre cuestiones como el aborto es un ejemplo de usurpación gubernamental de los espacios democráticos y libres que deberían pertenecer al pueblo (es decir, a los individuos, a las familias y a las comunidades). La globalización

empresarial está deshabilitando el papel del Estado como regulador de las grandes sociedades anónimas empresariales, pero, al mismo tiempo, el integrismo religioso exige de ese mismo Estado un mayor papel policial de vigilancia de las personas. Estas invasiones y perversiones tienen que corregirse para hacer realidad la democracia.

Reinventar las instituciones y la gobernanza globales: las instituciones globales como el Banco Mundial, el FMI y la OMC no reflejan la voluntad del pueblo ni representan su expresión democrática. Estas instituciones de alcance global defienden cada vez menos a los ciudadanos y las ciudadanas del mundo. Se están convirtiendo en instrumentos de las empresas y las naciones más poderosas. Y, al mismo tiempo, no dejan de apropiarse de competencias que corresponden más adecuadamente a los niveles local y nacional. La OMC, por ejemplo, ha reivindicado su derecho a controlar la biodiversidad frente a los gobiernos nacionales y las comunidades locales. Esto ha impuesto a estas últimas la privatización y el cercamiento de sus recursos comunales en materia de semillas, biodiversidad y conocimientos. También ha impuesto sobre los gobiernos nacionales una serie de leyes que restringen su capacidad para elaborar una legislación en materia de patentes adecuada a su contexto socioeconómico particular. Quienes más eficazmente pueden dar forma a las normas sobre la administración de la biodiversidad son las comunidades locales. Donde más adecuadamente puede recaer la responsabilidad de la legislación sobre patentes es en el nivel nacional, puesto que es ahí donde la influencia de los ciudadanos en las políticas de su gobierno puede asegurar que éste defienda el derecho de aquéllos a tener acceso a las semillas, a los alimentos y a la medicina. Redefiniendo el papel, la función y el poder de las instituciones globales se rescriben simultáneamente los poderes de las grandes empresas globales, ya que el dominio de éstas se establece por medio de instituciones globales dotadas de un poder no democrático.

Dado que vivimos en un mundo interconectado, los cambios a nivel local tienen implicaciones globales y los cambios a nivel global tienen repercusión en las economías, las culturas y la democracia locales. La democracia viva conecta lo local, lo nacional y lo global en una sinergia creativa y coherente que puede producir sostenibilidad, justicia y paz. Al surgir de la autoorganización a lo largo y ancho de nuestras diversidades, esta sinergia puede crecer sin control ni dominio externo.

LA COMUNIDAD, EL ESTADO Y LA GRAN EMPRESA

La globalización ha hecho totalmente fluida la relación entre la comunidad, el Estado y la gran empresa o sociedad anónima comercial. El atractivo de la globalización estriba, por lo general, en la idea de que ahorra papeleo burocrático, centralización y controles administrativos. La globalización es incluso motivo de elogio porque socava el poder del Estado.

Pero la mayoría de las proyecciones ideológicas de la globalización se han centrado en la nueva relación que se establece entre el Estado y la empresa, entre el gobierno y el mercado. Invocando la ideología de la desregulación, el actual primer ministro indio (y antiguo ministro de Economía), Manmohan Singh, afirmó: «El poder debe trasladarse al consejo de administración».⁴ El paso del dominio del Estado-nación al de las grandes empresas no confiere más poder al pueblo, sino menos, dado que las empresas (especialmente, las transnacionales) son más poderosas y rinden menos cuentas que los gobiernos.

En los últimos años, el poder económico y político de las grandes empresas transnacionales no ha dejado de crecer a un ritmo espectacular. Las compañías transnacionales controlan la tercera parte de la riqueza mundial. De ahí que el comercio intraempresarial (por contraposición al interempresarial) represente un porcentaje creciente del comercio mundial.

La globalización empresarial significa una menor regulación estatal de las empresas y del comercio. Ahora bien, esa menor presencia gubernamental en el comercio y las compañías privadas viene acompañada de una mayor presencia del Estado en la vida de las personas en general. La transferencia creciente de recursos del ámbito público al empresarial que conlleva la globalización implica necesariamente el aumento del descontento y de la discrepancia. Puede que las únicas opciones de supervivencia estén fuera de la ley. Como pudimos ver en Bolivia, se condona el robo de recursos comunes a través de la privatización del agua, por ejemplo, pero se prohíbe la recogida de agua de lluvia. En una situación así, hasta un Estado minimalista limitado a una función eminentemente policial puede hacerse inmensamente grande y omnipresente, devorando gran parte de la riqueza de la sociedad e invadiendo todos los aspectos de la vida de sus ciudadanos.

4. Research Foundation for Science, Technology and Ecology (RFSTE), *Globalisation and Democracy Report of RFSTE*, Delhi, RFSTE, 1995.

La pérdida de competencias del Estado-nación concentra poder en manos de las grandes empresas. No devuelve poder al pueblo; no transfiere poder hacia abajo para dejarlo en manos de las comunidades. Lo que hace es suprimir poder del nivel local y transformar las instituciones del Estado para que, de protectoras de la salud y los derechos de las personas, pasen a ser protectoras de la propiedad y los beneficios de las grandes empresas. Esto da lugar a un Estado más comprometido con la vigilancia de las inversiones extranjeras que con la protección de su ciudadanía. Un buen ejemplo de esa inversión de papeles del Estado es una propuesta recientemente anunciada de formación de policías indios a cargo de expertos en seguridad procedentes de otros países destinada a proteger la «vida y la propiedad de los inversores extranjeros».⁵ Otro ejemplo es una reciente decisión del gobierno indio, que ha aprobado un aumento de los niveles permisibles de GMS (glutamato monosódico) en los alimentos —a pesar de que, según estudios recientes, puede causar graves problemas de salud, como el asma— con el único objeto de anteponer la expansión de las cadenas de comida rápida como KFC a la salud de las personas.⁶

La expansión de la globalización entra en conflicto con el espacio democrático necesario para que los ciudadanos decidan e influyan sobre las condiciones de su salud y de su bienestar. La expansión del control de signo empresarial suele disfrazarse de expansión democrática en forma de libertad de elección del consumidor. Sin embargo, el hecho de poder elegir entre un conjunto predeterminado de opciones no significa libertad. La democracia empresarial exige nuestra renuncia al derecho a determinar el contexto de vida y los valores que gobiernan la sociedad. Cuanto mayor es el rango de elección del consumidor individual de élite en materia de automóviles y de comida basura, menor es la capacidad de la que disponen las comunidades para controlar sus recursos naturales locales por medio de un proceso público democrático.

5. Citado en Vandana Shiva, «Democracy in the Age of Globalisation», discurso de presentación de la National Conference on Grassroot Democracy and Threat to Survival: Agenda for Voluntary Associations and Panchayati Raj Institutions, Nueva Delhi, 21-22 de diciembre de 1995, pág. 3.

6. <http://www.cnn.com/WORLD/9509/india_kfc/>.

DE LA POLÍTICA DE LA EXCLUSIÓN A LA POLÍTICA DE LA INCLUSIÓN

Control empresarial frente a control comunitario de los recursos naturales: ¿cuál de ellos apunta hacia un futuro sostenible, justo y democrático? El tema más importante que se le plantea actualmente a la India es el derecho a la supervivencia del gran número de personas pobres cuyo medio de vida depende del acceso comunal a recursos naturales como la tierra, el agua y la biodiversidad. En todos los sectores se está produciendo un conflicto importante entre el control empresarial y el comunitario.

Los movimientos populares piden que el poder no se concentre en las instituciones de los centralizados Estados-nación. El poder debería distribuirse por toda la sociedad y dispersarse a través de una multitud de instituciones, de manera que la mayor parte de ese poder se ejerciera a nivel local y a cargo de las comunidades locales. Sin embargo, el orden del día impulsado por las grandes compañías transnacionales impone que el poder pase del control centralizado de los Estados-nación al aún más centralizado de las grandes empresas y las instituciones de carácter global, como la OMC, y el Banco Mundial y el FMI.

Las personas que constituyen esas bases populares redefinen actualmente la democracia y la sitúan en el ámbito de las decisiones que toman en su vida cotidiana. Redefinen la nación entendiéndola como un conjunto de personas, y no como un Estado centralizado. Esta tendencia hacia la localización nació, en realidad, de forma paralela a la globalización. Si esta última es un programa impulsado por las grandes empresas para lograr el control empresarial, la localización es el programa u orden del día popular que trata de contrarrestar el de la globalización centrándose en la protección del medio ambiente, de la supervivencia y de los medios de vida. En ausencia de una regulación apropiada a cargo de los gobiernos nacionales, es el pueblo el que está creando su propia respuesta ecológica y democrática.

La democracia viva se basa en la diversidad viviente de culturas y de comunidades, pero también en la idea de que todos y todas compartimos una misma humanidad y comunión con todos los seres y todas las formas de vida. Es una democracia local y global al mismo tiempo y, por consiguiente, trasciende la lógica exclusivista de las disyuntivas («O esto o lo otro») y evoluciona a través de la no dualidad y la inseparabilidad de las relaciones. Las relaciones crean el espacio para que las personas se respondan unas a otras, lo cual genera responsabilidad y sienta las bases

para que compartan y sientan compasión. Las relaciones existen porque todos y todas pertenecemos a una familia de la tierra: compartir la misma biosfera y vivir en el mismo hogar planetario hacen que no seamos más que relaciones. Ésta es nuestra identidad más fundamental. Viene conformada tanto por el lugar concreto de la Tierra en el que vivimos a diario como por la conciencia planetaria de ser miembros de una única familia, de una sola humanidad.

LOCALIZACIÓN NO SIGNIFICA AUTARQUÍA

La localización no implica necesariamente autarquía o insularidad. Supone someter la lógica de la globalización a la prueba de la sostenibilidad, la democracia y la justicia para cada caso concreto de inversión exterior o a gran escala. Supone, también, reclamar del Estado su papel como protector de los intereses de la población y devolver a las personas corrientes el poder y la autoridad que el Estado les ha usurpado. En la democracia viva, el núcleo del gobierno es el autogobierno y la autonomía. Sólo aquellos ámbitos de la vida no susceptibles de autoorganización precisan de gobierno. El verdadero dilema de nuestro tiempo es el de cómo reinventar el Estado de forma que no sea centralizado, burocrático y controlador, sino que esté arraigado en la comunidad y sea responsable ante ella. También sería un error dejar las decisiones sobre la distribución de bienes y servicios y sobre el impacto medioambiental al albur de unas fuerzas del mercado no reguladas y desprovistas de responsabilidad alguna ante nadie. Para la regulación social del mercado son precisos unos derechos comunitarios y unas políticas sociales fuertes, y eso no tiene nada que ver con la libertad de elección del consumidor individual. De la confrontación entre las grandes empresas transnacionales (la fuerza impulsora de la globalización) y los ciudadanos y las comunidades locales (la fuerza impulsora de la localización) se deriva también una confrontación en torno a qué clase de Estado tiene que ser el que regule las grandes empresas reconociendo y potenciando, al mismo tiempo, la libertad de las personas. En esa libertad también se incluye la de liberarse de la escasez (es decir, del hambre, de la falta de vivienda o de la privación de la satisfacción de necesidades básicas), libertad esta última que es la más fundamental de todas, ya que sin ella no existirían todas las demás. Garantizarla por medio de la construcción de democracias vivas, del fortalecimiento de la sociedad civil y del apoderamiento de las personas es el proyecto de la democracia en nuestros días.

PROTECCIONISMO CON RESPECTO A LAS PERSONAS

Los movimientos pro localización están dando pie al nacimiento de un nuevo proteccionismo de las personas. El poder y la autoridad para tomar decisiones medioambientales y económicas están pasando de los Estados centralizados a las estructuras autogobernadas del nivel local. Los ciudadanos y las organizaciones comunitarias son ahora las que deciden qué papeles y funciones debe tener el Estado. Las iniciativas populares tratan de transformar las instituciones de la sociedad —la justicia, la policía, los ministerios—, tan distorsionadas actualmente a favor de la protección de los intereses de las grandes empresas transnacionales y del sacrificio de los de los ciudadanos, los pequeños productores y los pequeños comerciantes.

Desde 1991, las mayores compañías comerciales del mundo han recurrido a una combinación de tácticas de mano dura —como la cláusula «Super 301» de la US Trade Act (la Ley de Comercio estadounidense), las presiones liberalizadoras ejercidas por el FMI y el Banco Mundial y la Ronda Uruguay del GATT— con el fin de abrirse nuevas oportunidades de inversión en la India. Todo ese conjunto de inversiones y políticas sirvió para situar los intereses y los derechos de los inversores extranjeros por encima de los de los propios ciudadanos y ciudadanas del país. Actualmente, sin embargo, las mayores empresas multinacionales de toda clase de sectores se han visto obligadas a reconocer que no basta con la sola autorización del gobierno: para garantizar un funcionamiento democrático se necesita también la de los ciudadanos.

Así, hoy en día, son diversas las comunidades locales y los movimientos de base que están poniendo en entredicho las condiciones en las que se han introducido allí las grandes compañías transnacionales y que están haciéndoles frente, ya sea a Coca-Cola en Kerala, a Suez en Delhi, a Monsanto, Cargill y W. R. Grace en Karnataka, a DuPont en Goa o a KFC en Delhi y Bangalore. Las comunidades locales están alzando una única voz para decir: «Nosotros decidiremos el modelo de inversión y desarrollo. Nosotros determinaremos la propiedad y el uso de nuestros recursos naturales». A medida que el eco de este mensaje se deja oír en un pueblo tras otro, en un escenario de inversiones tras otro, se va poniendo en práctica una nueva filosofía medioambiental basada en la descentralización democrática y en la localización política y económica. La presión popular está forzando al gobierno a recordar su papel de protector del interés público y del patrimonio natural y cultural del país, y no de los intereses de los inversores extranjeros en exclusiva.

Está surgiendo un modelo de gobernanza medioambiental que va más allá del Estado centralizado y de los sistemas supraestatales (al servicio de los intereses de las grandes empresas). La localización se está mostrando como un antídoto frente a la globalización y a la codicia comercial sin freno.

DIVERSIDAD Y LIBERTAD

La Revolución verde fue un ejemplo de destrucción deliberada de la biodiversidad. Las nuevas biotecnologías están repitiendo y ahondando actualmente aún más esa tendencia. Peor aún: las nuevas tecnologías, combinadas con los monopolios de patentes impulsados por los regímenes de derechos de propiedad intelectual incluidos en el GATT, la convención sobre biodiversidad y otras tribunas sobre el comercio, amenazan con transformar la diversidad de formas de vida en simple materia prima para la producción y el negocio industriales. Al mismo tiempo, también ponen en peligro la libertad regenerativa de las diversas especies y la economía libre y sostenible de los pequeños agricultores y productores basada en la diversidad de la naturaleza.

Las semillas, por ejemplo, se reproducen y se multiplican. Los agricultores las utilizan tanto en forma de grano para el consumo como en forma de simiente para la cosecha del año siguiente. Las semillas son libres en el sentido ecológico de que se reproducen por sí solas y gratuitas en el sentido económico de que reproducen año tras año el medio de vida del agricultor.

Esta libertad de las semillas es uno de los principales obstáculos con los que topan las grandes compañías semilleras. Para crear un mercado para las semillas, éstas han de ser materialmente transformadas con objeto de bloquear su capacidad reproductiva. También debe cambiarse su estatus legal para que, en lugar de ser propiedad común de las comunidades agrícolas, se conviertan en propiedad privada patentada de las grandes empresas del ramo.

Las semillas están empezando a erigirse en centro y símbolo de libertad en nuestra era de manipulación y monopolización de la vida. Las semillas no son grandes y poderosas, pero ahora cobran vida como signo de resistencia y creatividad en las más humildes chozas y huertos y entre las familias más pobres. En su pequeñez estriba su poder. Las semillas también encarnan la diversidad. Representan la libertad de seguir vivos. La

libertad de las semillas va mucho más allá de la libertad del agricultor con respecto a las grandes compañías. Supone la libertad de unas culturas diversas frente al control centralizado. En las semillas, las cuestiones ecológicas se combinan con las de justicia social. Las semillas podrían desempeñar el papel de la rueda de Gandhi (símbolo de libertad durante el movimiento de independencia indio) en el actual período de recolonización a través del libre comercio.

En colaboración con los movimientos con los que he estado trabajando y venciendo bloqueos y presiones a lo largo de muchos años, fundé un programa nacional para salvar la diversidad de semillas en los propios campos de los agricultores. Le pusimos el nombre de Navdanya, que significa literalmente «nueve semillas» y constituye un bello símbolo de la riqueza de la diversidad. El nuestro no era el primer programa de conservación de semillas. En la década de 1970 ya habían aparecido los primeros bancos estatales de genes en respuesta a los riesgos de uniformidad asociados a la recopilación de recursos genéticos para la reproducción y el desarrollo de especies que se ha venido llevando a cabo desde siempre. Ahora bien, los bancos de genes reúnen la biodiversidad existente en los campos de labranza, pero no son los propios agricultores quienes se encargan de conservarla ni tampoco se cuenta con ellos en todo momento. La diversidad fluye, más bien, de los campos de los agricultores a los bancos de genes y de éstos a los criadores/cultivadores empresariales. Los agricultores pasan, así, a convertirse en meros consumidores de las semillas industriales. Esto excluye al agricultor de la crucial tarea de conservador de la diversidad genética e innovador en la utilización y el desarrollo de las semillas. Desposee a los granjeros de sus derechos sobre su propio patrimonio biológico e intelectual. Separa la conservación de la producción y a los científicos de los agricultores. Navdanya se propuso construir un programa en el que cultivadores e investigadores mantengan una relación horizontal y no vertical, en el que la conservación de la biodiversidad y la producción de alimentos vayan de la mano y en el que el conocimiento de los agricultores sea reforzado y no robado.

Aun cuando los cambios fundamentales por los que trabajamos sólo podrán conseguirse a largo plazo, Navdanya ha logrado ya tener una importante repercusión en los pueblos en los que opera. Conscientes de que nuestras reducidas iniciativas para la conservación de la diversidad de semillas autóctona no son suficientes, hemos unido nuestras fuerzas con las de los movimientos de campesinos y agricultores con el propósito de movilizar a la opinión pública frente a la amenaza emergente de las empre-

sas multinacionales que se están haciendo con el control monopolístico de la vida en su conjunto a través de las nuevas biotecnologías y de los derechos de propiedad intelectual.

En 1991, inicié contactos con las organizaciones de agricultores a fin de alertarlas de las nuevas tendencias y de colaborar con ellas en la protección de los derechos de los cultivadores a conservar, usar, intercambiar y modificar semillas libre y gratuitamente. En febrero de 1992, organizamos una conferencia nacional sobre el GATT y la agricultura en colaboración con el Karnataka Rajya Ryota Sangha (KRRS).^{*} En octubre de 1992, durante una concentración masiva de agricultores en Hospet organizada por el KRRS, se puso en marcha la *satyagraha* de la semilla, inspirada en la política de la *satyagraha* emprendida por Gandhi: una lucha por la verdad fundada sobre la no cooperación con los regímenes injustos. En marzo de 1993, celebramos una concentración nacional en Delhi, en el histórico Fuerte Rojo, liderada por la organización de agricultores nacional, la Bharariya Kisan Union (Unión Campesina India). En 1993, en el día de la Fiesta de la Independencia, el 15 de agosto, celebramos con los agricultores la afirmación de sus *samuhik gyan sanad* (derechos de propiedad intelectual colectiva). El 2 de octubre de 1993, se festejó en Bangalore el primer aniversario de la *satyagraha* de la semilla con una concentración de 500.000 agricultores. También contamos con la presencia de cultivadores procedentes de otros países del Tercer Mundo, así como de científicos que, en una muestra de solidaridad, trabajan por los derechos de los campesinos y por una agricultura sostenible. La internacionalización de la *satyagraha* de la semilla había logrado dar, en apenas un año, un nuevo significado a la palabra *globalización*. El término había dejado de representar una serie de mercados globales, como en la jerga de los defensores del libre comercio, y había pasado a significar la mundialización de la resistencia de la población en general al control centralizado de todos los aspectos de su vida. En 1994, pusimos en marcha la campaña contra el patentado del cinamomo a cargo de W. R. Grace. Nos movilizamos para impedir que el gobierno firmara el acuerdo del GATT en Marraquech en 1994, y cuando, pese a todo, se puso en marcha la OMC, nos volvimos a organizar para seguir rebatiéndola y haciéndole frente. En el plano internacional, nos organizamos como Foro Internacional sobre la Globalización en 1994 y, tras la cumbre de Seattle, como red «Nuestro Mundo No Está en Venta». En la India, doscientas cincuenta organiza-

* Sindicato de Agricultores del Estado de Karnataka. (N. del t.)

ciones se agruparon bajo la Campaña del Pueblo Indio contra la OMC, que había sido convocada por S. P. Shukla, ex embajador ante el GATT, quien, por su experiencia negociadora durante la Ronda Uruguay, conocía muy bien las trampas que se habían utilizado para imponer «acuerdos» antidemocráticos sobre el resto de la población. La Campaña incluía también a cuatro ex primeros ministros, a sindicatos, a movimientos de mujeres, a uniones de agricultores y a organizaciones ecologistas. En 2000, los movimientos que luchaban por la reivindicación de los derechos naturales de las personas sobre los recursos naturales se reunieron en el lugar en el que Mangal Pandey había iniciado el primer movimiento por la independencia de la India en 1857. Allí nos comprometimos a defender y reclamar nuestras libertades fundamentales relacionadas con la tierra, los bosques, la biodiversidad, los alimentos y el agua. Nacieron así los movimientos por el *bija swaraj* (la biodiversidad y la democracia de las semillas), el *anna swaraj* (la democracia de los alimentos) y el *jal swaraj* (la democracia del agua).⁷

Las semillas nativas se han convertido en un método de resistencia a los monocultivos y a los derechos de monopolio. Con la transición sostenible desde la uniformidad hacia la diversidad se respetan los derechos de todas las especies. La protección de las semillas nativas es algo más que la simple conservación de una materia prima para la industria de la biotecnología. Las semillas que hoy se ven abocadas a la extinción llevan consigo la simiente de otras formas de concebir la naturaleza y de satisfacer nuestras necesidades.

La conservación de la diversidad supone, por encima de todo, comprometerse con la posibilidad de que florezcan otras alternativas en la sociedad y la naturaleza, en los sistemas económicos y en los sistemas de conocimiento. ~~En nuestro tiempo, cultivar y conservar la diversidad no es ningún lujo. Es un imperativo de supervivencia. Es la precondition de la libertad para todos y todas. En la diversidad, hasta lo más pequeño tiene un sitio y un papel; dejar que lo pequeño florezca constituye la prueba más auténtica de libertad.~~

7. Para más detalles sobre estos movimientos, véase el capítulo 4 («La Democracia de la Tierra en acción»).

GUARDAR SEMILLAS: NUESTRO DEBER ÉTICO, NUESTRO DERECHO COMO SERES HUMANOS

Las semillas son el primer eslabón de la cadena alimentaria. En sánscrito, *bija*, la semilla, significa «fuente de la vida». Guardar semillas es nuestro deber; compartirlas es nuestra cultura.

Las patentes sobre semillas y recursos genéticos nos roban un derecho que nos corresponde por nacimiento y nos privan de nuestros medios de vida al convertir el hecho de reservar y de compartir la simiente en delitos contra la propiedad intelectual. Esto significa, en realidad, un ataque frontal contra nuestra cultura, nuestros derechos humanos y nuestra supervivencia misma.

Los campesinos pobres del Sur no pueden sobrevivir a los monopolios semilleros. Por eso, el caso de un agricultor canadiense, Percy Schmeiser, será decisivo no sólo con respecto a su destino personal, sino también con respecto al de miles de millones de otros campesinos y granjeros. El cultivo de canola de Schmeiser se contaminó con canola de Monsanto preparada para Round Up.* Pero, en lugar de compensar a Schmeiser por semejante polución de su cosecha, Monsanto lo demandó por «robo de la propiedad intelectual».⁸ El injusto e inmoral pleito interpuesto por Monsanto contra Schmeiser constituye un doble delito contra los agricultores. Por un lado, crea y obliga a respetar unos derechos de patente ilegítimos sobre las semillas, con lo cual nos roba nuestro derecho y nuestro deber humanos de guardar semillas. Por el otro, recompensa al contaminador con unos derechos de propiedad y unos beneficios económicos aumentados. El principio de «quien contamina paga» se ha transformado en el de «quien contamina es remunerado».

Esta perversa jurisprudencia debe corregirse por el bien de los agricultores y de todas las especies. Las libertades de los pequeños cultivadores deben anteponerse a las de los monopolios empresariales. Debe priorizarse la supervivencia de los agricultores sobre la codicia de las grandes empresas. El futuro de Schmeiser es nuestro futuro. Su libertad de

* El Round Up es una marca o variedad de pesticida de Monsanto que funciona exclusivamente con aquellas variedades de cultivos que han sido modificados genéticamente a tal fin. (N. del t.)

8. Vandana Shiva, *Biopiracy: The Plunder of Nature and Knowledge*, Boston, South End Press, 1997 (trad. cast.: *Biopiratería: el saqueo de la naturaleza y del conocimiento*, Barcelona, Icaria, 2001).

semillas es nuestra libertad. Sus derechos como agricultor simbolizan los derechos humanos de todos los agricultores.

El creativo proyecto de futuro ideado e impulsado en su momento por Gandhi, basado en la *swadeshi*,* el *swaraj*, la *satyagraha* y la *sarvodaya* (o inclusión), nos sirve hoy de inspiración para la construcción de economías y democracias vivas. Su legado nos infunde esperanza. En él hallamos libertad. En él descubrimos nuestra propia creatividad. La filosofía de Gandhi llena nuestras acciones de vida. Gracias a Gandhi, partimos de la acción constructiva para convertirla en nuestra mejor forma de resistencia. Ahora que los Estados empiezan a poner en práctica la legislación de los ADPIC (como es el caso del gobierno indio por medio de la introducción de tres enmiendas en la Ley de Patentes y la elaboración de una nueva legislación sobre variedad de plantas), nosotros recordamos las palabras de Gandhi («Mientras continúe existiendo la superstición de que las personas deben obedecer leyes injustas, continuará existiendo la esclavitud») y renovamos nuestro compromiso con la *bija satyagraha*. Mahatma Gandhi inició la *satyagraha* de la sal para protestar contra las Leyes de la Sal y la colonización de esa sustancia por parte del Imperio Británico. Siguiendo esa misma tradición, el movimiento popular en la India emprendió la *bija satyagraha* para resistirse a (y comprometerse a no cooperar con) unas leyes sobre la propiedad intelectual injustas e inmorales.

Frente a la amenaza que la contaminación genética representa para nuestra biodiversidad y que la globalización significa para nuestros agricultores, nosotros creamos economías y democracias vivas basadas en la *swadeshi* y el *swaraj*. Igual que la semilla tiene el potencial de germinar, evolucionar y renovarse perennemente, el legado de Gandhi tiene el potencial de hacer que germinen, evolucionen y se renueven nuestras acciones y estrategias en pos de la libertad para que resulten apropiadas a nuestro tiempo y contexto.

A partir de las semillas, nuestra particular campaña por la *swadeshi* se ha ampliado hasta incorporar también la *jaiw kheti* (agricultura orgánica) y el comercio justo. La *swadeshi*, en su variante de conservación de la biodiversidad, ha evolucionado en un sentido orgánico hasta convertirse en el *swaraj* de la *jaiw panchayat* (democracia viva), que descansa sobre la resistencia de la *satyagraha* (la no cooperación con leyes inmorales e injustas).

El legado de Gandhi sobrevive y nos da esperanzas para no dejar de idear nuevos instrumentos para preservar la libertad/gratuidad de la vida

en toda su diversidad. El legado de Gandhi lleva consigo las semillas de las libertades de los seres humanos y de todas las especies. El legado de Gandhi es la esperanza de la humanidad.

EL MOVIMIENTO DE LA DEMOCRACIA VIVA

El éxito de los movimientos en Seattle y Cancún y las extraordinarias movilizaciones conseguidas con motivo de los Foros Sociales Mundiales son ejemplos de una política emergente basada en la diversidad y la autoorganización, y no en la monoculturalidad y la manipulación. Han erigido un nuevo modelo de autoorganización democrática. Su éxito, tanto a nivel local como global, es sintomático del potencial de la autoorganización como base para la transformación de la política a todos los niveles.

La violencia de la globalización empresarial, por un lado, y de las guerras que se justifican desde una concepción superficial de las religiones y desde unas identidades nacionalistas estrechas, por otro, exige una respuesta que sea simultáneamente local y universal. Entre las respuestas locales, se incluye la reducción de nuestra huella ecológica y la creación de medios de vida y de oportunidades de empleo. Nuestras identidades diversas, fundadas sobre una diversidad biológica y cultural, y nuestra conciencia de lugar y de pertenencia también surgen de nuestra respuesta local. Las respuestas universales brotan del reconocimiento de que compartimos la vida con el resto de criaturas vivas, del mismo modo que compartimos nuestra humanidad con el resto de los seres humanos.

La forma empresarial predominante de globalización toma un interés limitado y netamente localizado y lo impone como universal. Esta imposición conlleva una profunda violencia estructural y desencadena violentos círculos viciosos adicionales, al tiempo que planean nuevas amenazas sobre las identidades, se van deteriorando las diferentes seguridades y surge una reacción violenta en forma de «terrorismo». Lo universal no puede ser un interés local que se impone a escala global, sino que sólo puede surgir del hecho de que todas las personas vivan con acuerdo a principios universales de no violencia, como son la sostenibilidad ecológica (que emana de la no violencia contra la vida no humana) y la justicia social y económica (basada en la no violencia contra la vida humana). Lo universal consiste en el despliegue del potencial de múltiples y diversos «locales» que actúan de forma autoorganizada, aunque guiados por los principios comunes del amor y el respeto a la vida. En su lecho de muerte, Tolstói escribió:

* Expresión que se puede traducir como «autosuficiencia». (N. del t.)

Los seres humanos sólo pueden hallar el bienestar en su unión mutua, pero ésta no puede conseguirse por medio de la violencia, sino que sólo puede alcanzarse cuando cada persona, sin pensar en dicha unión, se preocupa únicamente por cumplir con las leyes de la vida. Sólo esa suprema ley del amor, similar para todos los seres humanos, une a la humanidad.⁹

Uno de los efectos de la visión cartesiana y mecanicista del mundo es que posibilita la imposición violenta de la postura de una persona sobre la de las demás desde la convicción de que es por el bien de éstas. Se supone así, por ejemplo, que la guerra de Irak ha sido buena para los iraquíes. Pero, por otro lado, esta particular visión del universal mecanicista hace que las personas normales y corrientes rehúyan toda iniciativa de cambio porque, desde la unidad pregonada por el mecanicismo, o cambia todo o no cambia nada.

Como Gandhi señaló en su momento:

Es necesario que hagamos especial hincapié en el hecho de que nadie tiene que esperar a que otra persona siga el rumbo correcto para hacerlo él mismo. Los hombres generalmente dudan antes de empezar algo si tienen la sensación de que el objetivo no puede cumplirse íntegramente. Pero esa actitud mental constituye, en realidad, un obstáculo para el progreso.¹⁰

El movimiento de la democracia viva está basado en un reconocimiento previo: el de que podemos empezar desde donde nos hallamos e imbuir nuestros actos diarios de las más amplias perspectivas y de los más profundos valores. Los principios de la Democracia de la Tierra (que somos miembros de la familia de la Tierra, que la terrestre es la más profunda de nuestras identidades y que nuestro deber supremo es proteger toda la vida que hay sobre el planeta) nacieron del movimiento *jaiw panchayat*.

El 9 de agosto de 1999, cientos de comunidades rurales organizadas como *jaiw panchayats* entregaron un comunicado al director general de la OMC, Mike Moore, dentro de la campaña contra la biopiratería que estaban llevando a cabo. Parte de la carta rezaba así:

9. León Tolstoi, *The Law of Violence and the Law of Love*, Santa Bárbara, Concord Grove Press, 1983, pág. 84 (trad. cast.: *La ley de la violencia y la ley del amor*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 2000).

10. M. K. Gandhi, «Equal Distribution», *Harijan*, 25 de agosto de 1940.

Deseamos informarle de que no toleraremos que ustedes tomen decisiones sobre materias que son de nuestra exclusiva competencia a través de nuestro sistema democrático descentralizado. Basándonos en nuestros derechos inalienables, reconocidos por nuestra Constitución y por la CDB [la Convención sobre Diversidad Biológica, un acuerdo de la ONU firmado con ocasión de la Cumbre de la Tierra], no permitiremos que la OMC menoscabe nuestros derechos y proteja a quienes roban nuestros conocimientos y nuestra biodiversidad.

En respuesta a aquello, Mike Moore fue a la India. Y el gobierno indio tuvo que reconocer el problema que suponía su sometimiento a la OMC en cuanto a la imposición de los ADPIC sobre las comunidades locales. En fechas más recientes, ha habido también movilizaciones locales en respuesta a la imposición antidemocrática de los organismos modificados genéticamente (OMG) a través de la OMC. El desafío contra los OMG es una respuesta global de movimientos ciudadanos locales y nacionales ante la disputa iniciada por Estados Unidos contra Europa en el seno de la OMC.

El movimiento de la democracia viva se basa en una simbiosis entre lo local y lo global, y entre lo «micro» y lo «macro». Sin el conocimiento ni la fuente de inspiración proporcionados por la Conferencia sobre las Leyes de la Vida de 1987, no se habría podido poner en marcha Navdanya. Y los movimientos globales de oposición a los ADPIC y a los OMG no habrían podido surgir del modo en que surgieron sin las nuevas posibilidades y los nuevos potenciales que abrieron el camino para que los métodos de la agricultura ecológica se consolidaran como opciones alternativas superiores a las de la ingeniería genética, el arroz dorado y las patatas proteínicas. Nuestra labor de articulación y defensa de la biodiversidad y el conocimiento como recursos comunales vivos a través de los derechos intelectuales comunes y de los bancos de semillas comunitarios ha creado alternativas no sólo para las comunidades locales, sino también para todas las sociedades. En su momento, nos negamos a permitir el cercamiento de nuestras últimas libertades y nuestra resistencia ha abierto espacios para otros y otras en esferas y lugares diferentes.

DE LA BIODIVERSIDAD A LOS MONOCULTIVOS

La agricultura industrial, basada en elevados insumos externos de sustancias químicas y agua, genera un fuerte impulso hacia la uniformidad y el monocultivo y provoca la reducción de la biodiversidad. Cada

zona agroclimática ha desarrollado sistemas de cultivo basados en las especies adaptadas a ella. La agricultura industrial destruye la diversidad agrícola y de ecosistemas. También provoca la extinción de determinados cultivos. Los monocultivos del arroz y del trigo han sustituido a toda una diversidad de mijos, legumbres y oleaginosas, que se cultivaban habitualmente de forma combinada y rotatoria. Por último, la agricultura industrial destruye la variedad diversa de cultivos existente y la sustituye por una uniformidad de especies adaptadas a los productos químicos, que no a los ecosistemas ni al clima.

A lo largo de los siglos, los agricultores indios han seleccionado y cultivado miles de variedades de arroz a partir de la hierba acuática silvestre originaria. Ninguna otra especie cultivada ha llegado a ser desarrollada hasta tal extremo. Existen variedades de arroz adaptadas a los miles de nichos ecológicos que se pueden encontrar por todo el país, desde las templadas laderas elevadas del Himalaya hasta las llanuras tropicales de tierra caliente, pasando por las marismas costeras de aguas profundas y salinas. La diversidad de variedades de arroz cultivado de la India puede considerarse la más rica del mundo, ya que el número total de variedades se calcula en unas 200.000.

Los arroces indios poseen una amplia diversidad de características morfológicas y fisiológicas. El período del que requieren para alcanzar su madurez oscila entre los sesenta y los doscientos días según las variedades, que también se han adaptado a numerosas condiciones ecológicas distintas. Algunas son de color totalmente violeta. La longitud del grano oscila entre los 3,5 y los 14 milímetros, y su grosor, entre los 1,9 y los 3. El color y la calidad del grano también varían; desde el arroz rojo hasta el fino y alargado arroz blanco; desde el aromático hasta el no aromático, pasando por el apelmazado. El hecho de que sólo en los cultivos del distrito de Jaipur (en Orissa) se hayan detectado más de 1.500 variedades morfológicamente diferenciadas nos da una idea de la magnitud de la diversidad existente. Con los años, cada variedad autóctona de arroz se ha ajustado al ecosistema de su región particular, con sus fluctuaciones medioambientales y monzónicas. Gracias a ello, aun en condiciones poco favorables, siempre hay una mínima producción garantizada. Estas variedades tradicionales han sido seleccionadas a lo largo de miles de años por los agricultores locales según las características deseadas: sabor, cualidades culinarias, aroma y propiedades medicinales.

En el clásico *Wheats of India* sir Albert Howard y su esposa, G. C. C. Howard, con la colaboración de Habibue Rehman Khan, identificaron

miles de variedades de trigo correspondientes a un total de diez subespecies. Actualmente, sin embargo, en la mayoría de regiones se cultiva apenas un puñado de variedades desarrolladas para responder específicamente a determinados productos químicos.

¿Es necesariamente mala esta pérdida de diversidad? Desde el punto de vista de la agricultura moderna, la uniformidad genética es considerada una ventaja de cara a asegurar unos mayores rendimientos y a desarrollar los cultivadores morfoagronómicos específicamente deseados. Para desarrollar o adaptar una variedad determinada presionados por la necesidad de una rápida comercialización de un producto nuevo, los científicos suelen buscar un gen principal en el que centrarse a la hora de conferir resistencia a la planta o cultivo en cuestión. Aunque la resistencia tradicional no es tan simple, ya que puede ser producto de la intervención combinada de numerosos genes, producir una resistencia tan compleja supone un consumo excesivo de tiempo, además de resultar complicada y costosa para el «criador» moderno.

Recurriendo a la resistencia de un solo gen, el criador de plantas regala un blanco fácil a las plagas y a las enfermedades, ame el que monta una única línea de defensa. Ése es un riesgo de la uniformidad de cuyas consecuencias ya hemos sido testigos en varias ocasiones a lo largo de la historia: la hambruna irlandesa de la patata (durante la década de 1840); la erradicación del mijo perla por culpa del mildiú, culpable del hambre que padeció la India en 1971, y la reciente crisis en los arrozales del sur de Asia debida a la extensión del virus del raquitismo del arroz.

Las virtudes de la conservación de las variedades tradicionales quedaron de manifiesto en Zambia, donde el 90% del maíz cultivado en el interior del país correspondía a una réplica híbrida sumamente uniforme. En 1974, un nuevo moho atacó los cultivos. El 20% de los híbridos quedó infectado, pero su impacto sobre el maíz tradicional apenas fue apreciable.¹¹ Éste es un ejemplo concreto de la fuerza de la diversidad natural. Según estudios recientes llevados a cabo en Bengala Occidental, tras la introducción de variedades de alto rendimiento se ha observado un aumento espectacular en el número de plagas y enfermedades que afectan al arroz.

Por lo tanto, para muchas comunidades agrícolas, diversidad (ya sea social, cultural o genética) equivale a seguridad. La diversidad genética

11. David J. Rapport, Bill L. Lasley y Dennis E. Rolston, *Managing for Healthy Ecosystems*, Boca Raton (Florida), CRC Press, 2003, pág. 322: <<http://healthwrights.org/books/HHWL/HHWLchapt15.pdf>>.

proporciona al agricultor seguridad frente a las plagas, las enfermedades y las condiciones climáticas inesperadas. También ayuda a los cultivadores a pequeña escala a maximizar la producción en los entornos tradicionalmente muy variables en los que cultivan sus cosechas. Éstos obtienen mayores rendimientos no del empleo de una sola variedad «moderna» o de un muy reducido número de ellas, sino de la mezcla de especies cultivadas y de variedades de cada una de esas especies, adaptadas todas ellas a los microambientes respectivos en los que crecen. Las variedades uniformes sólo alcanzan su pleno potencial cuando el entorno en el que se desarrollan es igualmente uniforme. Eso supone un suelo de alta calidad, cuyas condiciones de fertilidad y agua han quedado compensadas mediante el uso de fertilizantes y riego, condiciones e insumos todos ellos con los que rara vez puede contar el pequeño agricultor. Pero incluso si se dan, el empleo de fertilizantes inorgánicos ha acabado por provocar una crisis creciente de erosión del terreno y de agotamiento de su calidad. El regadío permanente, por su parte, ha ocasionado un acusado descenso del nivel freático. Las grandes obras de regadío asociadas a la construcción de presas colosales en los cursos fluviales han causado más problemas ecológicos y sociales de los que han solucionado.

Adicionalmente, la diversidad genética proporciona a las comunidades agrícolas una amplia serie de productos de múltiples usos. Algunas variedades de una especie cultivada concreta pueden ser apropiadas para su consumo inmediato, mientras que otras pueden ser más adecuadas para su almacenamiento a largo plazo, otras resisten mejor las plagas, etc. Esta riqueza genética constituye, además, una importante reserva de diversidad para la agricultura mundial en general, ya que puede facilitar el desarrollo de características cruciales para potenciar factores como la resistencia a las plagas y las enfermedades, la calidad nutricional, etc.

Basándose en miles de años de experiencia y en un profundo conocimiento de sus propias necesidades y sistemas de producción agrícola, las comunidades han desarrollado múltiples estrategias para sus sistemas de cultivo y cría, como los cultivos alternos o intercalados y los agroforestales. Los sistemas agrícolas tradicionales utilizan al menos diversas variedades de cada especie cultivada. En el caso de cereales como el sorgo, el arroz, el trigo y la cebada, que se autopolinizan, y de cultivos que se propagan vegetativamente, como las patatas y los plátanos, el número de variedades utilizado puede llegar a ser muy elevado.

A escala global, son crecientes la conciencia ecológica de los consumidores y la demanda de alimentos sin productos químicos añadidos. Las

variedades de los agricultores locales, desarrolladas a lo largo de los siglos sin la intervención de dichas sustancias, son la mejor opción para la agricultura orgánica y para otras prácticas agrícolas alternativas.

CONTAMINACIÓN TÓXICA

La agricultura industrial se basa en el uso de sustancias químicas tóxicas como pesticidas y herbicidas. Algunas, como el Agente Naranja, fueron diseñadas originariamente como armas de destrucción masiva. La catástrofe de Bhopal es un trágico recordatorio de los riesgos de los productos agroquímicos tóxicos. Su producción actual se debe a que las nuevas variedades de cultivos son propensas a las plagas y a las enfermedades.

Todas las nuevas variedades de arroz introducidas en Asia por el Instituto Internacional de Investigación sobre el Arroz (el banco global de genes de dicha especie vegetal) han resultado ser vulnerables a enfermedades y plagas diversas. El IR-8 fue atacado en el sureste asiático por el tizón bacteriano en 1968 y 1969.¹² En 1970 y 1971, fue destruido por el virus del tungro. En 1975, unas 200.000 hectáreas de las nuevas variedades atroceras plantadas en Indonesia fueron asoladas por las plagas. En 1977, se desarrolló el IR-36, resistente a ocho destacadas enfermedades y plagas (incluidos el tizón bacteriano y el tungro). Sin embargo, acabó siendo pasto de dos nuevos virus: el del raquitismo andrajoso y el del raquitismo folioso.

En el Punjab, la experiencia con las nuevas variedades no fue mejor, ya que dieron lugar a nuevas formas de plagas y enfermedades. La variedad Taichung Native I (la primera de tipo enano), introducida en 1966, resultó ser vulnerable al tizón bacteriano y al saltamontes de lomo blanco. En 1968, fue sustituido por el IR-8, considerado resistente a la podredumbre del tallo y a la mancha marrón, pero que resultó ser vulnerable a ambas. Otras variedades posteriores como el IR-103, el IR-106, el IR-108 y el IR-109, lanzadas tras el fracaso de variedades enanas previas, habían sido específicamente desarrolladas para resistir a las enfermedades y a los insectos. En el momento de su introducción, en 1976, el IR-106, que, en la actualidad, supone el 80% del arroz cultivado en el Punjab, era considerado resistente al saltamontes de lomo blanco y a la enfermedad de la podredumbre del tallo del arroz. Desde entonces, se ha mos-

12. Vandana Shiva, *Violence of the Green Revolution*, Londres, Zed, 1988, pág. 109.

trarlo vulnerable a ambos, así como al cigarrero, a la palomilla del arroz, al barrenador del tallo y a unas cuantras plagas de insectos más. Las variedades milagrosas han reducido la diversidad de los cultivos tradicionales y se han convertido en un mecanismo para la introducción y la extensión de plagas.

Según el Indian Council for Agricultural Research (Consejo Indio de Investigación Agrícola), sólo el 1% de los pesticidas acierta realmente con la plaga deseada; el resto tiene incidencia en sectores sobre los que no se pretendía incidir originariamente. Se calcula también que, a pesar del elevado uso de pesticidas, las plagas ocasionan actualmente daños a un 35% de los cultivos, frente a la incidencia de entre el 5 y el 10% que se observaba antes de su invención y empleo. El número de insectos perjudiciales también crece. El número estimado de especies de insectos que afectan a los arrozales se ha incrementado desde las 40 de 1920 hasta las 299 de 1992. Esa misma magnitud ha crecido también en los casos de las legumbres (de 10 a 240) y del trigo (de 10 a 120).¹³ Y, sin embargo, continúa en aumento el desarrollo y uso de pesticidas.

El reciente informe de la comisión parlamentaria conjunta sobre la presencia de pesticidas en los envases de refrescos muestra lo omnipresentes que han llegado a ser estas toxinas, dado el elevado porcentaje de dichas sustancias hallado en todas las variedades de Coca-Cola y Pepsi. Lo que era un problema medioambiental se ha transformado también en una emergencia para la salud pública.

CONTAMINACIÓN Y AGOTAMIENTO DE LOS RECURSOS HÍDRICOS

La agricultura industrial derrocha, agota y contamina el agua. Los cultivos desarrollados para la agricultura química necesitan entre cinco y diez veces más agua que los de la agricultura ecológica. Además, la preferencia que se ha dado a cultivos intensivos en agua como los arrozales, los trigos y las cañas de azúcar de riego abundante ha provocado el desplazamiento de otros cultivos conservadores de agua y altamente nutritivos y valiosos, como los trigos de secano (el *kathia*, el *mandua*), y de otros cultivos que hacen un uso prudente del agua, como los mijos. La agricultura química aumenta la demanda hídrica reduciendo, al mismo tiempo, la capacidad de conservación de agua de los suelos, al dismi-

13. Vandana Shiva y otros, *Principles of Organic Farming*, Delhi, Navdanya, 2004.

nir el retorno de materia orgánica al terreno. El regadío intensivo también ha producido problemas graves como el anegamiento (la creación de un desierto encharcado) y la salinización (el afloramiento de sales a la superficie).

EROSIÓN DEL TERRENO Y DE SU FERTILIDAD

La agricultura industrial está provocando una grave erosión del suelo y de su fertilidad. En la India, durante siglos, la buena agricultura permitió mantener la fertilidad del terreno. Durante todo ese tiempo, se cultivaron los ricos suelos aluviales de las llanuras indogangéticas del norte del país sin agotar su fertilidad. Refiriéndose a esos suelos, el eminente científico agrícola Howard y su ayudante Wad escribieron:

Los registros sobre el terreno de diez siglos demuestran que la tierra produce buenas cosechas año tras año sin que decaiga su fertilidad. Se ha logrado alcanzar, pues, un equilibrio perfecto entre las necesidades de abono de los cultivos cosechados y los procesos naturales por los que se recupera la fertilidad.¹⁴

Y en su discurso inaugural como presidente de la sección agrícola del Congreso Científico Indio, G. Clarke dijo:

Cuando examinamos los datos, hemos de admitir que el cultivador del norte de la India es el agricultor más económico del mundo en cuanto a la utilización de ese potente elemento de fertilidad que es el nitrógeno. Consigue más con un poco de nitrógeno que ningún otro agricultor del que yo tenga conocimiento. En esas provincias no tenemos que preocuparnos por el deterioro del terreno. El nivel actual de fertilidad puede mantenerse indefinidamente.¹⁵

Desgraciadamente, siglos y siglos de conservación han quedado reducidos a nada tras cinco décadas de agricultura descuidada. Los monocultivos han aumentado la exposición de los suelos al viento y a la lluvia,

14. Howard y Wad, citados en M. K. Gandhi, *Food Shortage and Agriculture*, Ahmedabad (India), Navjivan Publishing House, 1949, pág. 185.

15. G. Clarke, discurso presidencial ante la Sección Agrícola del Congreso Científico Indio, citado en *ibid.*

agravando así la erosión. Los fertilizantes químicos han socavado la fauna y la flora que generan y mantienen la fertilidad de ese terreno.

LOS GASES INVERNADERO Y EL CAMBIO CLIMÁTICO

La agricultura industrial y, concretamente, sus necesidades intensivas de productos químicos y de combustibles fósiles son responsables de buena parte de las emisiones de gases invernadero. En concreto, es la culpable del 25% de las emisiones mundiales de CO₂, del 60% de las de gas metano y del 80% de las de óxido nítrico, ejemplos todos ellos de potentes gases invernadero.

El óxido nítrico es un gas invernadero doscientas veces más potente como tal que el CO₂. Lo produce el uso de fertilizantes nitrogenados. En la agricultura, se emplean unos 70 millones de toneladas de esa clase de fertilizantes, que producen unos 22 millones de toneladas de emisiones de óxido nítrico.

Las emisiones de carbono procedentes de la combustión de carburantes fósiles para fines agrícolas en Inglaterra y Alemania ascienden a 0,046 y 0,053 toneladas por hectárea, respectivamente. Esas emisiones son, aproximadamente, unas siete veces inferiores en la agricultura no industrial, lo que nos da a entender que la industrialización agrícola impulsará aún más el aumento de las emisiones mundiales de carbono.¹⁶

La contaminación atmosférica debida a las emisiones de gases de efecto invernadero se ve agravada, además, por las sequías y las inundaciones. Esta inestabilidad climática supone una amenaza para la agricultura y la seguridad alimentaria. El paso hacia una agricultura ecológica y orgánica constituye, pues, un imperativo ecológico, económico y de seguridad.

LOS CULTIVOS ORGÁNICOS: UN IMPERATIVO ECOLÓGICO Y ECONÓMICO

Hasta ahora se ha promovido, financiado y subvencionado la agricultura industrial a pesar de su elevado coste para el medio ambiente. El argumento empleado para justificarlo ha sido que dichos costes son un com-

16. Edward Goldsmith, *How to Feed People Under a Regime of Climate Change*, Londres, Ecologist, 2004, pág. 7.

ponente necesariamente asociado al incremento de la productividad. Sin embargo, la productividad de la agricultura industrial es, en realidad, negativa. Se usan más recursos en forma de insumos de los que salen en forma de producción final. Normalmente, se pretende aumentar la productividad reemplazando la mano de obra por maquinaria y productos químicos. Sin embargo, el factor de producción que realmente escasea no es la mano de obra, sino el terreno y el agua. Si, en lugar de centrarnos en los costes laborales, nos fijamos también en la energía, los recursos naturales y los insumos externos, la agricultura industrial deja de ser más productiva que sus variantes ecológicas alternativas. Durante los últimos cincuenta años, el cambio de una agricultura de insumos internos a otra de insumos externos elevados ha hecho que la productividad se haya dividido por 66.¹⁷ Necesitamos realizar una transición ecológica a fin de producir más alimentos utilizando menos recursos.

Este análisis de la productividad está basado en un estudio en el que se compararon los policultivos tradicionales con los monocultivos industriales y del que se extrajo la conclusión de que un sistema de policultivo puede producir cien unidades de alimento a partir de cinco unidades de insumos, mientras que un sistema industrial precisa de trescientas unidades de insumos para producir esas mismas cien unidades finales. Las 295 unidades de insumos despilfarradas podrían haber llegado a proporcionar 5.900 unidades de alimento. Estamos, pues, ante una fórmula que, lejos de servir para alimentar a la población, está destinada a hacer que pase hambre.

Uno de los argumentos que se utilizan habitualmente para promover la agricultura industrial es que sólo ella y la cría industrial pueden mantener la productividad alimentaria creciente que se necesita para una población en aumento. Sin embargo, y dado que el agente limitador en la producción de alimentos son los recursos y no la mano de obra, el indicador relevante no es el de la productividad laboral, sino el de la productividad de los recursos. Lo que se necesita es un uso más eficiente de los recursos para que con la misma cantidad se pueda alimentar a más personas. Dividiendo por 66 la capacidad de producción de alimentos (al tener también en cuenta el uso que se hace de los recursos) no se puede decir que estamos ante una estrategia eficiente de utilización de una tierra, un agua y una biodiversidad limitadas para alimentar al mundo.

17. Vandana Shiva, *Yoked to Death: Globalisation and Corporate Control of Agriculture*, Delhi, RFSSTE, 2001, pág. 6.

La medición de la productividad de la agricultura industrial es incompleta no sólo porque no se tengan en cuenta todos los insumos (incluyendo los recursos y la energía), sino porque tampoco se consideran todos los *outputs*.

La agricultura ecológica se basa en la implantación de cultivos mixtos y rotatorios, así como en la producción de una diversidad de variedades cultivadas.

Los sistemas agrícolas tradicionales han dado lugar a policultivos porque el rendimiento que se puede obtener de un área en la que se han sembrado cultivos diversos es superior al de esa misma área consistente en parcelas separadas de monocultivos. Por ejemplo, cuando se planta una mezcla de sorgo y de guandú, 1 hectárea produce el mismo rendimiento que 0,94 hectáreas de monocultivo de sorgo y 0,68 hectáreas de monocultivo de guandú. Por tanto, 1 hectárea de policultivo produce lo que 1,62 hectáreas de monocultivo. A esto se le llama la relación de área equivalente.

Las pequeñas explotaciones biodiversas aumentan tanto la producción como los ingresos de los pequeños agricultores. En Bengala Occidental, cuando se hizo el estudio, algunas pequeñas granjas en las que se cultivaban cincuenta y cinco variedades o especies distintas aportaban ingresos de 227.312 rupias por acre, una granja de catorce cultivos distintos aportaba 94.596 y una de monocultivo generaba una renta de sólo 32.098 rupias por acre.

Contrariamente al mito dominante según el cual los monocultivos y la agricultura industrial son necesarios para producir más alimentos (y que, por consiguiente, estipula que para solucionar el problema del hambre debe sacrificarse la biodiversidad), el valor y los ingresos de la producción agrícola aumentan significativamente cuanto mayor es la diversidad de cultivos.¹⁸

DE DEMOCRACIAS AGONIZANTES A DEMOCRACIAS VIVAS

Las economías y la política negativas se nutren de (y, al mismo tiempo, dan vida a) unas culturas y unas identidades también negativas. El territorio ha dado forma a las culturas; la diversidad cultural ha evolucionado conjuntamente con la diversidad biológica. Las culturas han conformado a su vez identidades positivas basadas en la toma de conciencia del es-

pacio ocupado en los ecosistemas y en las economías. Cuando se desplaza a la población y crecen las inseguridades, la identidad se transforma y se destruye. Entre las nuevas culturas e identidades negativas, cobran una fuerza inusitadamente virulenta el terrorismo, el extremismo y la xenofobia. La humanidad pasa a definirse a través de su inhumanidad. Predominan entonces círculos viciosos de violencia y exclusión (cultural, política y económica).

Nuestra supervivencia exige que realicemos una transición desde los círculos viciosos de la violencia hasta los círculos virtuosos de la no violencia, desde las economías negativas de la muerte y la destrucción hasta las economías vivas que sostienen nuestra vida y la vida sobre la Tierra en general, desde la política negativa de la corrupción y el fascismo hasta las democracias vivas en las que tiene cabida el interés por (y la participación de) toda la vida, y desde las culturas negativas que conducen a la aniquilación mutua hacia las culturas positivas y vivas basadas en el cuidado, la compasión y la conservación.

La Democracia de la Tierra hace posible el surgimiento de economías, democracias y culturas vivas.

La globalización pone en peligro la supervivencia misma, ya que despoja a millones de seres de su derecho a la vida y crea un clima político en el que prosperan las identidades negativas. Los derechos humanos deben centrarse en el derecho de la especie humana a sobrevivir en paz (conigo misma y con el resto de la familia de la Tierra). La globalización económica no crea mercados mundiales, sino una locura global a la que hay que poner freno. Nuestra voluntad colectiva y nuestras valerosas actuaciones no deben servir para curar los síntomas, sino las causas primarias.

Es imprescindible disipar la impresión de que la globalización es algo natural e inevitable. La globalización es un proyecto político y, como tal, precisa de una respuesta igualmente política. La nuestra necesita situar a los seres humanos, sin restar un ápice de su diversidad, en el lugar central del pensamiento económico. No debemos tolerar la aniquilación de los derechos humanos a cargo de todopoderosas sociedades anónimas empresariales globales. Debemos dejar de tratar a las grandes empresas, a los mercados y al capital como personas cuya protección justifique riesgos innecesarios para todos los seres humanos.

Y tenemos que desarrollar un programa de derechos humanos que incluya realmente a todas las personas y todos los derechos. La mayoría de movimientos de liberación de la historia reciente han sido parciales y exclusivistas. Operaban en nombre de una clase o de una raza. Y, con

18. Debal Deb, *Industrial vs. Ecological Agriculture*, Delhi, Navdanya, 2004, pág. 57.

frecuencia, partían de una base violenta. Excluían a otras especies, a otras culturas diversas y, a menudo, excluían la política (típicamente femenina) de los cambios realizados a través de la vida cotidiana. Hoy disponemos de la oportunidad de buscar la libertad siguiendo caminos inclusivos para los seres humanos, sin renunciar a nuestra diversidad, pero en colaboración con las demás especies y de forma no violenta. Esta libertad de la diversidad es la alternativa a la globalización.

La globalización ha puesto a la democracia representativa ante su prueba definitiva. La combinación de la globalización empresarial y de la democracia electoral está separando a los dirigentes y a los gobiernos de la sociedad y de la población general. Tanto si aplican el programa de la globalización a pesar de la resistencia popular como si imponen un programa militar contra la voluntad democrática del pueblo, o se decantan por los métodos del «divide y vencerás» propios del fundamentalismo religioso y la xenofobia, los gobiernos ya no nos gobiernan para conseguir la justicia económica, la paz o la armonía social. Ante la evidente fractura democrática entre el pueblo y sus dirigentes, son los miembros de aquél (y no sus supuestos líderes) los que están definiendo los pasos que han de ir encaminados a reclamar más democracia.

La democracia viva se ha convertido para nosotros y nosotras en un proceso de construcción de alternativas simultáneo a otro de recuperación del poder.

Capítulo 3

CULTURAS VIVAS

Son múltiples las formas de violencia, tanto de carácter económico como militar y cultural, que nos asedian en nuestros días. La violencia de la cultura dominante queda aún más recrudescida por las respuestas violentas de quienes ven invadidas sus tierras y sus culturas. Un sistema económico no sostenible basado en los principios del libre comercio, la codicia y el imperialismo está originando círculos viciosos de violencia de los que no parece haber salida posible.

Hace unos años, durante un diálogo público celebrado en Udipi, en el sur de la India, con el título de «Globalización y violencia», y en respuesta a la expresión «cultura de la violencia», Samdhong Rinpoche, primer ministro del gobierno tibetano en el exilio, declaró que la violencia no puede tener una cultura. En sánscrito, la palabra cultura —*sanskriti*— se refiere a aquellas actividades que mantienen unida a una sociedad o a una comunidad. La violencia disgrega las sociedades: desintegra en lugar de integrar. Así pues, la práctica de la violencia no puede denominarse «cultura». De hecho, tanto en sánscrito como en hindi tenemos una palabra para referirnos a los procesos destructivos: *vikriti*, «lo que se desintegra y se vulnera». En inglés, sin embargo, se utiliza con frecuencia la expresión *culture of violence* («cultura de la violencia»). Durante el dominio británico de la India, alguien le preguntó a Gandhi qué opinaba de la civilización occidental, a lo que él respondió: «Sería una buena idea». Un Occidente imperialista no puede ser, al mismo tiempo, un Occidente civilizado, ya que los pueblos civilizados no destruyen otras civilizaciones y culturas. Ser civilizado significa vivir y dejar vivir, tanto a nivel individual como a nivel de las sociedades en su conjunto.

El imperialismo ha operado siempre bajo el pretexto de civilizar otras culturas cuando, en realidad, las destruye y despoja a las personas de su humanidad, su diversidad y su identidad. Las culturas vivas se basan en la diversidad cultural y reconocen nuestra humanidad común y universal. Las culturas asesinas se basan en el universalismo imperialista, es decir, en la imposición violenta de las prioridades culturales de una potencia

imperio. El orden universal de la globalización y del imperialismo no está basado en la responsabilidad, la compasión y la solidaridad universales, sino en la conquista y la colonización de recursos, de la historia y del pasado y del futuro.

Los falsos universalismos provocan guerra y violencia; los universalismos auténticos, los que se fundamentan en nuestra humanidad común, nuestra unicidad y nuestra interrelación, proporcionan las condiciones idóneas para la paz, la cooperación y la convivencia. La diversidad y la autonomía son tratadas como problemas y patologías en el falso universalismo del imperialismo, la globalización empresarial, las cruzadas y las *yibads*, pero en el universalismo creador de paz constituyen expresiones de libertad.

A ojos de los imperialistas, cuando las culturas no occidentales son invadidas y conquistadas, sus diversidades y tradiciones desaparecen y el mundo se rehace a imagen del colonizador, de tal manera que los colonizados deben sentirse agradecidos por su «liberación». Esto era lo que antaño se dio en llamar la «carga del hombre blanco», carga que hoy en día vemos perpetuada en ocurrencias tales como llevar la «democracia» a un país mediante una guerra bautizándola como «Operación Libertad Iraquí».

Los imperialistas no reconocen que su incapacidad para respetar la autonomía, la autoorganización, la capacidad de acción y la integridad del otro genera diversas formas de violencia.

La globalización empresarial ha desatado una guerra contra los agricultores, contra las mujeres, contra otras especies y contra otras culturas. Pero, aunque el proyecto de la globalización empresarial está fundado sobre la imposición de una monocultura global —una monocultura alimentaria impulsada por McDonald's, Monsanto y Coca-Cola; una monocultura del vestir; una monocultura mediática; una monocultura del transporte—, lo cierto es que no estamos presenciando una desaparición de la diversidad, sino todo lo contrario, ya que ésta se está convirtiendo en una característica predominante. Ahora bien, dos, de signo muy distinto, son los giros hacia la diversidad cultural que se abren camino actualmente.

Uno es el de la «talibización» exclusivista y extremista de la cultura: una respuesta patriarcal y militarista al imperio que imita la violencia de éste. Al tiempo que, por una parte, opone resistencia a la ocupación imperial, declara, por la otra, guerras culturales dentro de sus propias fronteras: contra las mujeres, las minorías y otros colectivos. La violencia ejercida contra la mujer y la destrucción de los Budas gigantes de Bami-

yan en el Afganistán de los talibanes son ejemplos de devastación cultural realizada precisamente en nombre de la protección de la cultura. La reducción de las elecciones estadounidenses de 2004 a una confrontación entre los cinturones «rojo» y «azul» y a una serie de conflictos en torno a los llamados «valores culturales» supuso otro ejemplo de la destrucción de la diversidad y el pluralismo por medio de la construcción de una identidad exclusivista. Semejantes identificaciones son las que dan pie a las guerras culturales, las cruzadas y las *yibads* de nuestro tiempo.

El otro giro hacia la diversidad cultural es el que podemos encontrar en el movimiento de defensa de la paz, la sostenibilidad y la justicia, que se propone proteger la diversidad por medio del cuidado y la compasión, y no por la dominación y la conquista. Estas identidades positivas y diversas constituyen opciones alternativas a las de los modelos imperialistas patriarcales de relación con el otro diverso. Su Santidad el Dalai Lama ha explicado de qué modo pueden la compasión y el respeto por los derechos humanos de las personas de todas las culturas constituir una base para la vida pública y las relaciones internacionales:

A mi entender, está claro que sólo podremos generar un auténtico sentido de responsabilidad si antes desarrollamos la compasión. Sólo un sentimiento espontáneo de empatía con los demás puede movernos realmente a actuar en su nombre.

La democracia es el sistema más cercano a la naturaleza esencial de la humanidad. Por lo tanto, quienes ya lo disfrutamos debemos continuar luchando por el derecho de todas las personas a vivir en él. [...] Debemos respetar el derecho de todos los pueblos y de todas las naciones a mantener sus propios caracteres y valores distintivos.¹

La filosofía de la diversidad unida a la responsabilidad universal constituyen la base desde la que cultivar unas culturas vivas inmersas en otras que son asesinas.

DE LAS CULTURAS DE LA MUERTE A LAS CULTURAS DE LA VIDA

¿Por qué está destruyendo nuestra especie la base misma de su supervivencia y de su existencia? ¿Por qué todos los intentos de construir se-

1. Su Santidad el Dalai Lama, *The Global Community and the Need for Universal Responsibility*, Boston, Wisdom Publications, 1992.



guridad han dado como resultado una mayor inseguridad? ¿Cómo podemos los miembros de la comunidad de la Tierra reinventar la seguridad para que garantice la supervivencia de todas las especies y la pervivencia y el futuro de culturas diversas? ¿Cómo podemos pasar de unas tendencias aniquiladoras de la vida a unos procesos preservadores de la misma? ¿Cómo podemos, desde las ruinas de la cultura de muerte y destrucción dominante, construir culturas que sustenten y celebren la vida?

Cuando la realidad es sustituida por construcciones abstractas creadas por los poderes dominantes de la sociedad, es mucho más fácil manipular la naturaleza y la propia sociedad en busca de beneficios y de poder. El bienestar de las personas y las sociedades reales es así reemplazado por el de las grandes compañías. El capital, como construcción abstracta, pasa a ocupar el lugar de la producción real de las economías de la naturaleza y de la sociedad. Lo real, lo concreto, lo que da vida es sustituido por construcciones artificiales generalmente aceptadas.

Estrechamente ligados al dominio y la cosificación de la abstracción están el monocultivo de la mente y la ley de la exclusión del punto medio, fenómenos ambos que amenazan la diversidad, la autoorganización y la autorrenovación de la vida.

El monocultivo de la mente es la perspectiva reduccionista desde la que el mundo es visto e interpretado en términos de monocultivos/monoculturas. La mente que resulta de ello se muestra ciega a la diversidad y a su riqueza, y aparta de sí (hasta condenarla al olvido y a la extinción) la diversidad biológica y cultural, que es la condición previa central de la seguridad ecológica y cultural.

La ley de la exclusión del punto medio, erigida sobre una lógica de la disyuntiva excluyente («O esto o lo otro»), se convierte, por su parte, en la base de legitimación de la exclusión, del ecocidio y del genocidio. Interpreta y clasifica el mundo en categorías mutuamente exclusivas en las que no tienen cabida la multiplicidad ni el pluralismo, ni tampoco las relaciones ni las interconexiones. Cierra los espacios entre naturaleza y cultura. Niega la existencia de la biodiversidad en las explotaciones alimentarias agrícolas y forestales. Niega también la diversidad cultural en nuestro conocimiento, nuestra comida y nuestra forma de vestir.

Pero pese a que es la economía de mercado la que deteriora la economía de la naturaleza y la que crea nuevas formas de pobreza y desposeimiento, es precisamente el mercado el que se propone como solución al problema de la pobreza inducida ecológicamente. Algo así sucede porque se asume mecánicamente que la expansión del mercado produce de-

sarrollo y disminuye la pobreza. En esa ideología del mercado, las personas son definidas como pobres si no participan de lleno en la economía de mercado y no consumen artículos producidos y distribuidos por y para dicho mercado. Las personas que recurren a mecanismos de autoabastecimiento para satisfacer sus necesidades son, por tanto, consideradas pobres y atrasadas.

Las percepciones culturales que predisponen en un determinado sentido a la economía de mercado también inciden en esa situación. Como Rudolf Bahro señaló en su momento, se confunde con la miseria y la pobreza reales otra supuesta pobreza de los modos no occidentales de consumo que no es tal, sino que sólo se concibe culturalmente como tal.² Se tiene así la impresión de que alguien es pobre si se alimenta a base de mijo o de maíz, alimentos básicos habituales fuera de Occidente que resultan muy superiores nutricionalmente a los alimentos procesados (y que están volviendo a adquirir popularidad en Occidente en forma de alimentos saludables). Las chozas que se construyen con los materiales locales, lejos de indicar pobreza, representan (bajo múltiples condiciones) un método ecológicamente más evolucionado de dar cobijo que las viviendas de hormigón. Del mismo modo, las fibras naturales y las vestimentas locales satisfacen de manera mucho más efectiva las necesidades específicas de cada región (sobre todo, las de climas tropicales) que los tejidos de nailon confeccionados a máquina. Occidente aplica su propia definición equivocada de pobreza y de atraso para legitimar formas no sostenibles de desarrollo, las cuales han creado, a su vez, nuevas condiciones favorecedoras de la pobreza o la miseria material al desviar recursos esenciales hacia unos procesos de producción que hacen un uso intensivo de los mismos.

En cuanto nos liberamos de la prisión mental de separación y exclusión en la que vivimos y nos damos cuenta de hasta qué punto está interconectado el mundo, nos surgen nuevas alternativas. La desesperación se torna esperanza. La violencia deja paso a la no violencia. La escasez se transforma en abundancia y la inseguridad en seguridad. La diversidad se convierte en solución a la violencia, no en su causa.

El contexto concreto de la cultura (los alimentos que consumimos, la ropa que vestimos, los idiomas que hablamos, los credos que profesamos) es la fuente de nuestra identidad humana. Sin embargo, la globalización económica ha secuestrado la cultura y la ha reducido a una mono-

2. Rudolf Bahro, *From Red to Green*, Londres, Verso, 1984, pág. 211.

cultura de McDonald's y Coca-Cola, por una parte, y a una serie de identidades negativas de odio, por la otra.

La idea cartesiana de la libertad se basa en la separación y la independencia. Esta concepción de independencia tiene sus orígenes en el patriarcado capitalista y atribuye una autosuficiencia ficticia a aquellos hombres poderosos que son dueños de capital y de propiedades —aun siendo, de hecho, dependientes de las mujeres, de los agricultores, de los trabajadores y de otras culturas y especies—. Más aún: estos hombres pueden llegar a vivir el espejismo de que aquellos y aquellas a quienes explotan y sobre quienes se sustentan dependen de ellos en realidad. No es de extrañar. El patriarcado nos presenta a las mujeres como seres dependientes. El imperialismo se proyecta a sí mismo como liberador: los colonizados dependen del imperio para conseguir su libertad y su liberación. La incapacidad de apreciar el papel de los otros y las otras acaba dando como resultado un poder, una dominación y una violencia arrogantes. Esta ceguera y esta inconsciencia altaneras son las que dan pie a que desde iniciativas tales como el Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense (PNAC, según sus siglas en inglés) se llegue a afirmar que «el liderazgo estadounidense es bueno tanto para Estados Unidos como para el mundo y requiere fortaleza militar, energía diplomática y compromiso con unos principios morales».³

Este paradigma de globalización imperialista impone violentamente a todas las sociedades la monocultura de la codicia y el consumismo y le da el nombre de «reforma económica». Luego externaliza la seguridad y el auge de identidades exclusivistas estrechas resultantes y las llama «residuos tóxicos de la cultura de la globalización».

La identidad del consumidor en el mercado global y la identidad negativa de las culturas del odio y del miedo no tienen nada que ofrecernos con respecto a las aspiraciones, los significados y la realización que nos hace verdaderamente humanos. Se llega incluso a valorar muy positivamente las identidades negativas como elementos de unión social. «No existe lazo más estrecho que el que genera la masacre provocada por un enemigo común», proclamaba un artículo de *Business Week* tras el atentado terrorista de 2004 en Madrid. En realidad, ésta es una identidad negativa, fraguada a partir del odio, que, como tal, está totalmente distorsionada.⁴

3. <<http://www.newamericancentury.org/>>.

4. Citado en Vandana Shiva, discurso de presentación de la Women and Religion Conference, Centre for Health and Social Policy, Chiang Mai (Tailandia), 29 de febrero-3 de marzo de 2004.

Las culturas agonizantes se matan a sí mismas, pero con ello no tienen suficiente: sus identidades negativas proyectan más violencia sobre otras culturas. El terrorista suicida se ha convertido en el símbolo de dichas culturas agonizantes, en testimonio de la desesperanza que provoca una identidad que se experimenta de forma negativa.

Pero también generan identidades la compasión y la conciencia de pertenecer a una misma familia de la Tierra. Estas profundas identidades positivas reconocen que compartimos una historia evolutiva y un futuro comunes. Son más fuertes que las generadas por el odio. Todos nosotros y todas nosotras (especialmente, en los pueblos indígenas) tenemos una honda identidad de lugar. Tenemos lazos de familia, comunidad y país. Tenemos una identidad como miembros de la familia de la Tierra. Tenemos una identidad humana común, que es universal, aun cuando esté arraigada en una cultura local. Somos seres locales y universales al mismo tiempo. Las culturas vivas son vibrantes, autogeneradoras y pacíficas, y están en evolución. Las culturas vivas tienen sus raíces en la vida: la vida de la Tierra, la vida de la comunidad.

Las crisis económicas, ecológicas y sociales provocadas por la globalización empresarial precisan de un nuevo modo de pensar y vivir en este planeta. Reclaman una nueva cosmovisión en la que lo que se globalice sea la compasión y no la codicia; una nueva conciencia en la que no se reduzca a consumidores de artículos comercializados globalmente (si estamos entre los privilegiados) ni a unas identidades unidimensionales estrechas y fragmentadas, basadas en el color, la religión o la etnia (si estamos entre los excluidos). Podemos experimentar (y, de hecho, muchos y muchas ya experimentamos) nuestra vida como seres planetarios dorados de una conciencia igualmente planetaria, plenamente conscientes de que nuestros actos, nuestro consumo, tienen un coste para otros seres humanos, para otras especies y para futuras generaciones.

No sólo estamos conectados con toda la vida del planeta (pasada y futura); las diversas y múltiples dimensiones de nuestras vidas también están conectadas entre sí. La economía conforma la cultura y la cultura conforma la economía.

La Democracia de la Tierra reconecta la cultura con lo que producimos y consumimos y con cómo lo hacemos, así como con cómo nos gobernamos a nosotros mismos.

Partiendo de las acciones cotidianas de las personas, la Democracia de la Tierra ofrece la posibilidad de cambiar el modo de funcionamiento de los gobiernos, las agencias intergubernamentales, las ONG y las grandes

empresas. Crea un paradigma para la gobernanza global al tiempo que apodera a las comunidades locales. Crea la posibilidad de reforzar la seguridad ecológica mejorando la económica. Y, sobre la base de esos cimientos, inmuniza a las sociedades frente al virus del odio y del miedo comunales.

La Democracia de la Tierra proporciona una nueva forma de ver en la que no todo está en guerra con todo lo demás, ni mucho menos, y a través de la que podemos cooperar para crear paz, sostenibilidad y justicia en nuestra violenta y volátil era.

La Democracia de la Tierra aporta un contexto para las culturas vivas, ya que ambas se inspiran en la eterna sabiduría de las antiguas cosmovisiones y en las solidaridades emergentes de los nuevos movimientos globales de ciudadanos contra la globalización, la guerra y la intolerancia. La humanidad ya ha estado interconectada por medio de una conciencia planetaria en el pasado. Nuestras crisis contemporáneas —que responden a las múltiples secuelas de la globalización— interrelacionan aún más estrechamente nuestra futura humanidad. A través de nuestra experiencia, estamos descubriendo nuestro carácter simultáneamente local, nacional y global. Esta diversidad y multiplicidad, así como la no violencia y la inclusividad que implica, está dando origen a una nueva cultura viva: la de nuestra humanidad común y la de nuestras ricas diversidades.

Como dijo Gandhi, la no violencia no es simplemente la ausencia de violencia. Es un ejercicio activo de compasión. La *ahimsa* (o no violencia) es la base de numerosos credos surgidos en suelo indio. Traducida al terreno económico, la no violencia supone que nuestros sistemas de producción, comercio y consumo no agoten el espacio ecológico de otras especies y de otras personas. La violencia es la consecuencia lógica que se produce cuando nuestra organización y nuestras estructuras económicas dominantes usurpan y cercan el espacio ecológico de otras especies y personas.

Según un antiguo texto indio, el *Isbo Upanishad*:

El universo es una creación del Poder Supremo en beneficio de [total] la creación. Cada forma de vida individual debe, pues, aprender a disfrutar de sus propios beneficios formando parte del sistema en una relación estrecha con las demás especies. Que ninguna especie cercene los derechos de otra.⁵

5. Citado en Vandana Shiva, *Tomorrow's Biodiversity*, Londres, Thames & Hudson, 2000, pág. 131.

Siempre que nos damos a unas pautas de consumo o de producción que nos hacen tomar más de lo que necesitamos, ejercemos violencia. El consumo y la producción no sostenibles constituyen un orden económico violento.

En el *Isbo Upanishad* también se dice:

El hombre egoísta que sobreutiliza los recursos de la naturaleza para satisfacer sus propias necesidades en aumento no es más que un ladrón, porque el uso de recursos más allá de las propias necesidades lleva a la utilización de algunos a los que otros tienen derecho.⁶

Según el concepto eurocéntrico de «propiedad», el capital es la única forma posible de inversión y, por consiguiente, los rendimientos de las inversiones de capital son los únicos que exigen protección. Las comunidades y las culturas indígenas no occidentales son conscientes, por su parte, de que también puede haber inversiones de mano de obra y de atención y cuidados. En esos sistemas culturales, se protegen inversiones que van más allá de las de capital. Protegen la cultura de la conservación y la del cuidado y el uso común.

La *ahimsa* conjuga justicia y sostenibilidad a un nivel muy profundo. El «no tomar más de lo necesario» garantiza que queden recursos suficientes en el ecosistema para otras especies y para el mantenimiento de procesos ecológicos esenciales para asegurar la sostenibilidad. También garantiza que queden suficientes recursos para los modos de vida de diversos grupos de personas.

No tomar más de lo necesario constituye también la más elevada expresión del principio de prevención; nos garantiza que no inflijamos daño si no tenemos pleno conocimiento de las repercusiones de nuestros actos.

La diversidad y el pluralismo son características necesarias dentro de un orden económico *ahimsico* (no violento). Si no invadimos los derechos de otros, sobrevivirán especies diversas y florecerán diversos oficios y ocupaciones. La diversidad constituye, pues, un barómetro de la no violencia y refleja la sostenibilidad y la justicia que esa no violencia encarna.

La diversidad está estrechamente vinculada a la posibilidad de autoorganización. Es, por consiguiente, la base de la *swadeshi* y del *swaraj*, de la libertad económica y política. La descentralización y el control demo-

6. Citado en Vandana Shiva, *Globalization, Gandhi, and Swadeshi: What Is Economic Freedom? Whose Economic Freedom?*, Delhi, RFSTE, 1998.

crático local son corolarios políticos de la cultivación de la diversidad. Las condiciones en las que especies y comunidades diversas tienen la libertad de autoorganizarse y de evolucionar conforme a sus propias necesidades, estructuras y prioridades son también condiciones para la paz.

Las sociedades vivas, los ecosistemas vivos, los organismos vivos y las culturas vivas se caracterizan por tres principios:

1. El principio de diversidad.
2. El principio de autoorganización, autorregulación y autorrenovación.
3. El principio de reciprocidad entre sistemas, al que también se conoce como la ley del retorno o del toma y daca.

Nuestra diversidad hace posible la mutualidad y la cultura de la concesión mutua. La mutualidad hace posible la autoorganización. Unos seres humanos profundamente autónomos y autoorganizados y, a la vez, profundamente interconectados (con la Tierra, con todas las especies y entre ellos mismos) están creando las condiciones para su supervivencia futura. Está, así, renaciendo una Democracia de la Tierra, aun inmersos como estamos en la violencia y la guerra que nos rodean.

LA GLOBALIZACIÓN Y LAS GUERRAS CULTURALES

La globalización económica no es sólo responsable de las guerras económicas y de la división de clase. También está contribuyendo a una serie de guerras culturales y de conflictos religiosos y étnicos. Cuando la monocultura de la globalización económica se impone sobre sociedades ética y religiosamente diversas, no se elimina la diversidad, sino que ésta muta en otras formas virulentas como son las del fundamentalismo religioso, la limpieza étnica y otros síntomas de las guerras culturales. Tales mutaciones culturales son inducidas por múltiples factores.

Tal y como Amy Chua explica en su libro *El mundo en llamas*, la polarización económica de la globalización se superpone a las desigualdades de clase existentes. Éstas suelen ajustarse también a pautas de diferenciación étnica. De ese modo, los conflictos de clase, afirma esta autora, quedan camuflados bajo la apariencia de conflictos étnicos.

Cuando la globalización amenaza los valores, las normas y las prácticas de las culturas diversas, se produce una reacción de signo igualmente

cultural. Si esa respuesta cultural no defiende simultáneamente la democracia económica y la creación de economías vivas, acaba adoptando la forma de unas identidades y unas culturas negativas.

La cultura y la economía son inseparables. La ideología neoliberal del desarrollo y de la globalización pretende la desaparición de la cultura, pero ésta continúa siendo predominante y en ella se subrogan las preocupaciones por la seguridad de la economía y de los medios de vida de las personas. La religión integrista pasa así a ser, como bien apuntó Marx en su momento, «el opio de las masas».

Los políticos y los partidos que tan incondicionalmente apoyaron el programa de la globalización neoliberal también están invocando cada vez más una religión de signo exclusivista para obtener poder político, hasta el punto de afirmar que su poder deriva directamente de Dios, y no de ninguna empresa ni del capital. El «derecho divino a gobernar» parece ser la epidemia de nuestros días. Un concepto que murió con la desaparición del feudalismo está haciendo de nuevo aparición entre nosotros gracias a la democracia representativa y al especial contexto que le brinda la globalización.

Maureen Dowd, columnista ganadora de un premio Pulitzer, explica que los cristianos evangélicos fundamentalistas que llevaron al presidente Bush al poder para un segundo mandato consecutivo no creen en máximas cristianas como «Ama a tu prójimo», «Buena voluntad a los hombres», «Bienaventurados los que trabajan por la paz» o «No juzgues si no quieres ser juzgado». Dowd cita concretamente al predicador Bob Jones, quien escribió una carta al presidente en la que le decía que «Cristo ha tenido a bien convertirte en su siervo» para que «pueda dejar una impronta de recitud». En dicho escrito, Jones definía también cómo tenía que ser el mandato de Bush: «Con su reelección, Dios ha concedido a Estados Unidos —aun cuando no la merezcan— la gracia de un aplazamiento de los planes del paganismo. [...] Ponga sus propios planes por delante y no ceje en ellos. Usted no debe nada a los progresistas. Ellos le desprecian porque desprecian a su Cristo». ⁷ Igualmente, en el libro *The Faith of George W. Bush*, escrito por el autor cristiano Stephen Mansfield, se citan las siguientes palabras del propio presidente norteamericano: «Siento que Dios quiere que me presente para la presidencia. No puedo explicarlo, pero tengo la sensación de que mi país me va a necesi-

7. Maureen Dowd, «Slapping the Other Cheek», *New York Times*, 14 de noviembre de 2004.

tar. Algo va a suceder. [...] Sé que no será fácil para mí ni para mi familia, pero Dios quiere que lo haga».⁸

Asimismo, en la India, el presidente del BJP, L. K. Advent, declaró: «El BJP es ciertamente el instrumento elegido por la divinidad para sacar a nuestro país de sus problemas actuales y llevarlo hasta las cimas de los grandes logros».⁹

El imperialismo es un proceso económico a la par que cultural. El surgimiento de un renovado celo religioso, ciego y arrogante, que rescata el lenguaje de lo «caído en desgracia», lo «maldito» o lo «bárbaro», no es accidental. Hoy en día se aplica la etiqueta de «bárbaros» a países como Afganistán, Irak, Irán y Siria. Dos siglos atrás, cuando la India era el objetivo de la conquista imperialista, se la consideraba igualmente necesitada de salvación imperial. Mientras el subcontinente indio era sometido a un proceso de destrucción total de su industria y su agricultura, en la Cámara de los Comunes británica se producía un enconado debate en torno a la necesidad de civilizarlo y cristianizarlo. William Wilberforce, quien describió a la India como «hundida en las profundidades más abismales de desdicha y degradación morales y sociales», pasó por alto el papel del imperialismo en el empobrecimiento de la India y en la generación de la riqueza de Inglaterra.¹⁰ Wilberforce atribuyó el éxito de los británicos a su «superioridad religiosa y moral» y recomendó que se eliminaran los obstáculos al «acceso a las bendiciones de la luz cristiana a fin de que la “tierra iluminada” y los “desolados corazones” [de la India] pudieran relucir con la verdad, el amor y el consuelo celestiales».¹¹

El auge de un imperio va siempre acompañado de un imperialismo paralelo de la religión y la cultura. Tanto uno como otro comparten la intolerancia hacia la diversidad y una falsa impresión de liberación a través de la destrucción. En otras épocas imperiales también existieron actores y grupos equivalentes a los fundamentalistas evangélicos del Estados Unidos actual. El imperialismo de la religión y de la cultura desempeña dos funciones simultáneas: oculta los orígenes de la injusticia económica y el desposeimiento y propugna para ellos el remedio de la colonización cultural.

8. <<http://observer.guardian.co.uk/international/story/0,6903,1075950,00.html>>.

9. «From Hindutva, Advani Takes One Little Leap, Says God Chose BJP», *Indian Express*, 27 de noviembre de 2004.

10. Dharampal, *Despoliation and Defaming of India*, Goa, Other India Press, 1999, pp. 103.

11. *Ibid.*

LA GLOBALIZACIÓN COMO GENOCIDIO

Las guerras del imperio y las guerras económicas de la globalización se han fusionado en una sola. Símbolo de tal convergencia ha sido el nombramiento de Paul Wolfowitz —arquitecto clave de la guerra de Irak y del Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense— como presidente del Banco Mundial.

La globalización imperialista se está erigiendo en la peor forma de genocidio de nuestros días. Está convirtiendo a una inmensa mayoría de la raza humana en una sucesión de especies amenazadas. Los pequeños agricultores y campesinos —dos tercios de la humanidad— son una especie en peligro desde el punto de vista del programa de actuación de la agricultura globalizada de signo empresarial. Las mujeres —la mitad de la humanidad— también se están convirtiendo en una especie amenazada: los cambios sutiles que experimenta el orden social introducen desequilibrios perjudiciales para ellas y la convergencia actual del sesgo patriarcal de las culturas tradicionales con el del capitalismo global las vuelve prescindibles.

LA OMC MATA A LOS AGRICULTORES

Lee Kyung Hae sacrificó su vida mientras portaba una pancarta con la leyenda «La OMC mata a los agricultores» en la cumbre interministerial de la OMC en Cancún. Buscaba atraer la atención mundial hacia uno de los peores genocidios de nuestro tiempo: el de los pequeños agricultores a manos de las reglas de la globalización. Pero su caso no fue más que el más público de los de las decenas de miles de otros pequeños agricultores que se han visto empujados a quitarse igualmente la vida. Treinta mil granjeros y campesinos han muerto por culpa de las políticas globalizadoras en la India a lo largo de una década. Según la Oficina Nacional de Delincuencia de la India, durante 2004, 16.000 agricultores y agricultoras se suicidaron en el país. Sólo en el Estado de Andhra Pradesh y en el transcurso de seis meses, se registraron 1.860 suicidios de habitantes rurales.¹²

El suicidio de agricultores emergió como fenómeno en la India en 1997. Las políticas de la agricultura industrializada y globalizada de ins-

12. «Late Rains to Boost Bumper Foodgrain Production», *Economic Times*, 26 de noviembre de 2004, pág. 3.

piración empresarial destruyen deliberadamente las pequeñas explotaciones, desposeen a los pequeños agricultores y los convierten en personas prescindibles.

El campesinado indio, el mayor conjunto perviviente de pequeños agricultores del mundo, se enfrenta hoy en día a la crisis de una posible extinción. Dos tercios de la India se ganan la vida con la tierra. En este país de 1.000 millones de habitantes, cuyo suelo se labra y se cultiva desde hace más de 5.000 años, la tierra es el empleador más generoso. Sin embargo, cuando la actividad agrícola se desvincula de la tierra, del suelo, del clima y de la diversidad, y pasa a relacionarse directamente con las grandes empresas y los mercados globales, y cuando la generosidad de la tierra es sustituida por la codicia de las grandes compañías, se destruye la viabilidad de los pequeños agricultores y de sus explotaciones. Sus suicidios son el síntoma más trágico y dramático de la crisis de supervivencia a la que se enfrenta el campesinado indio.

El veloz crecimiento del endeudamiento es la causa central de que los agricultores se quiten la vida. La deuda es reflejo de una economía negativa. Dos factores han transformado la agricultura de una economía positiva en otra negativa para los campesinos: el aumento de los costes de producción y la caída de los precios de los productos finales agrícolas. Ambos factores se remontan a las políticas de liberalización comercial y de globalización empresarial.

En 1998, las políticas de ajuste estructural del Banco Mundial forzaron a la India a abrir su sector semillero a grandes compañías globales como Cargill, Monsanto y Syngenta. Éstas cambiaron la economía de los insumos agrícolas de la noche a la mañana. Las semillas que hasta entonces se reservaban de una cosecha para otra en la propia granja o pequeña explotación fueron sustituidas por las de las grandes empresas; estas últimas precisan de fertilizantes y pesticidas y no pueden ser guardadas ni reservadas.

Las grandes empresas impiden la reserva de semillas por medio de las patentes y de la venta de semillas propias que están modificadas genéticamente para que no sean renovables. Como consecuencia, los campesinos pobres se ven obligados a comprar semillas nuevas cada temporada de siembra y lo que era un recurso tradicionalmente gratuito del que se podía disponer simplemente reservando una pequeña porción de la cosecha se ha convertido en una mercancía, en un artículo comercial. Este nuevo gasto eleva el nivel de pobreza y se traduce en endeudamiento.

El paso de la reserva de semiente al monopolio empresarial del suministro de semillas representa igualmente una transición desde la biodiver-

sidad hasta el monocultivo. En el distrito de Warangal, en Andhra Pradesh, solían cultivarse diversidad de legumbres, mijos y oleaginosas. Actualmente, la imposición de los monocultivos de algodón ha provocado una pérdida de riqueza tanto de los productos cultivados y criados por el agricultor como de los atribuibles a la propia evolución de la naturaleza.

Los monocultivos y la uniformidad incrementan el riesgo de pérdida de cosechas, dado que se sustituyen semillas diversas y adaptadas a ecosistemas igualmente diversos por otras semillas uniformes y, a menudo, no probadas, que son introducidas apresuradamente en el mercado. Cuando Monsanto introdujo el algodón Bt en la India, en 2002, los agricultores perdieron 1.000 millones de rupias en cosechas fallidas. En vez de los 1.500 kilos por acre prometidos por la compañía, sólo se recogieron 200. En lugar de las 10.000 rupias por acre prometidas, los agricultores soportaron pérdidas de 6.400 rupias por acre. En el Estado de Bihar, la sustitución del maíz reservado a modo de semiente por el maíz híbrido de Monsanto fue seguida del quebranto total de la cosecha, que comportó 4.000 millones de rupias en pérdidas económicas y el agravamiento de la pobreza de unos agricultores que ya vivían en una extrema miseria.¹³ Los agricultores pobres del Sur no pueden sobrevivir a los monopolios de las semillas. La crisis de los suicidios demuestra hasta qué punto es incompatible la supervivencia de los pequeños agricultores con la de los mencionados monopolios controlados por las grandes empresas globales.

El segundo elemento de presión al que se enfrentan los agricultores indios es la espectacular caída de los precios de la producción agrícola como resultado de las políticas de libertad de comercio de la OMC. Las normas de la OMC para el comercio agrícola son, en esencia, normas favorecedoras del *dumping*. Así, del mismo modo que han permitido que los países ricos incrementaran sus subvenciones a la agroindustria, han impedido que otros Estados protegieran a sus agricultores frente a las importaciones de productos artificialmente abaratados. La combinación de 400.000 millones de dólares en subsidios y de la eliminación obligada de restricciones a las importaciones condena al agricultor al suicidio. Los precios mundiales del trigo han caído desde los 216 dólares por tonelada de 1995 hasta los 133 de 2001; los del algodón, de 98,2 dólares por tonelada en 1995 a 49,1 en 2001; los de la soja, de 273 dólares por tonelada en 1995 a 178. Se trata de una reducción que no es atribuible a una variación

13. Vandana Shiva y otros, *Corporate Hijack of Biodiversity*, Delhi, RFSITE, 2003, pág. 15.

de los niveles de productividad, sino al aumento de las subvenciones y al incremento de los monopolios mercantiles controlados por apenas un puñado de compañías agroindustriales.

El gobierno estadounidense paga a los cultivadores de soja de su país una media de 193 dólares por tonelada, lo cual provoca una reducción artificial del precio de ese cultivo en el mercado mundial. En la India, la supresión de las cuotas de importación y la reducción de los aranceles se han unido a una soja barata para destruir los medios de vida no sólo de los cultivadores nacionales de soja, sino también de otros agricultores que cultivan especies oleaginosas, incluidas la mostaza, el coco, el sésamo y el cacahuete.

De manera similar, los productores de algodón en Estados Unidos reciben 4.000 millones de dólares anuales en subsidios. Esto ha rebajado artificialmente los precios del algodón, lo cual, a su vez, ha hecho posible que Estados Unidos conquiste mercados mundiales que anteriormente sólo resultaban accesibles a países africanos pobres como Burkina Faso, Benin y Malí. Esta subvención, de 230 dólares por acre en Estados Unidos, es insostenible para los agricultores africanos. Los cultivadores de algodón de este continente pierden 250 millones de dólares al año. Eso explica por qué los países africanos se retiraron de las negociaciones de Cancún y provocaron, así, el fracaso de aquella cumbre interministerial de la OMC.

Los precios «amañados» de los productos agrícolas comercializados a escala global suponen un robo para los campesinos pobres del Sur. Según un estudio realizado por la Research Foundation for Science, Technology and Ecology (RFSTE), el campesinado indio está perdiendo 26.000 millones de dólares anuales por culpa del descenso de los precios agrícolas. Se trata de una carga que su pobreza no les permite soportar. A medida que sus deudas crecen y se les hace imposible cubrirlas sólo con los ingresos de sus cultivos, los agricultores se ven obligados a vender un riñón o, incluso, a suicidarse. A los agricultores y a las agricultoras guardar semillas les da la vida, pero que otros las monopolicen se la roba.

El empleo mismo del término «suicidio» enmascara la causa social de semejante acto. Cuando se contemplan simplemente como acciones de agricultores individuales, estamos ante suicidios. Pero cuando los 16.000 suicidios de agricultores indios registrados en 2004 son vistos como el resultado de una determinada política económica, ya no estamos ante tales suicidios, sino ante un genocidio.

Un informe de la OMS sobre la violencia define el genocidio como «una forma particularmente abominable de violencia colectiva, en espe-

cial porque sus perpetradores escogen de manera intencional a un grupo de población con el propósito de destruirlo». En ese mismo informe, se define la violencia colectiva como

el uso de la violencia como instrumento por parte de personas que se identifican a sí mismas como miembros de un grupo —ya sea transitorio o con una identidad más permanente— contra otro grupo o conjunto de individuos para lograr objetivos políticos, económicos o sociales.¹⁴

Según la Convención de las Naciones Unidas para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio,

se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso [...]

c) Sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial.¹⁵

Las normas sobre agricultura de la OMC constituyen una política destinada deliberadamente a destruir a los pequeños agricultores y a traspasar la agricultura a las manos de la agroindustria. Las normas comerciales imponen unas condiciones de vida a nuestros pequeños agricultores calculadas para provocar la destrucción física de éstos como productores soberanos. Las políticas de la OMC suponen, pues, un genocidio de los pequeños agricultores.

Las políticas, los tratados comerciales y las tecnologías diseñadas para allanar el camino al control empresarial de la agricultura representan un uso instrumental de la violencia contra los agricultores y las agricultoras. Estas políticas genocidas están pensadas para abocar a los pequeños agricultores y a las granjas familiares a la extinción. Entre los grupos perpetradores de semejante violencia encontramos a la OMC, al Banco Mundial y al FMI, pero también a las grandes compañías agroindustriales globales y a los gobiernos de los Estados. El Acuerdo sobre la Agricultura de la OMC recomienda, en realidad, la «jubilación de pro-

14. Organización Mundial de la Salud, *World Report on Violence and Health*, Ginebra, 2002, pág. 215 (trad. cast.: Organización Panamericana de la Salud, *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, Washington, D.C., 2003, pág. 235).

15. Convención de las Naciones Unidas para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio (<http://www.unhcr.ch/spanish/html/menu3/b/p_genoci_sp.htm>).

ductores», una forma suave de referirse a la destrucción de los medios de vida de los agricultores. El Banco Mundial, aun reconociendo la productividad de los pequeños agricultores, de los que afirma que «son unos excelentes administradores de sus propios recursos (su tierra, su capital, su fertilizante y su agua)», menciona la necesidad de apartar a los campesinos de la que dicha institución llama agricultura «de subsistencia» (es decir, la producción agrícola independiente y soberana). Las recetas del Banco Mundial para el desarrollo, que tienen la finalidad de proporcionar mano de obra barata para la agroindustria y para la producción de mercancías artificialmente baratas para la exportación, roban intencionalmente la libertad y la vida de millones de agricultores.

La globalización nos está llevando a un crecimiento sin empleo y, al desplazar de sus tierras a agricultores dotados de habilidades y conocimientos específicos sobre su medio, está creando una bolsa de trabajadores de «baja cualificación». El desarraigo deliberado de campesinos equivale a una negación absoluta del derecho a un medio de vida (y a la vida misma). Constituye un acto de violencia deliberada en aras de un objetivo político y económico: el control empresarial de la economía alimentaria.

La India fue uno de los países que puso en cuestión en su momento (por injustas) las normas de la OMC en materia de agricultura y que, junto a Brasil y a China, lideró la alianza del G-22. Esta coalición de Estados se había formado para abordar la necesidad de salvaguardar los medios de vida de los pequeños agricultores frente a las injusticias del libre comercio basado en los subsidios elevados y en el *dumping*. Aun así, a nivel nacional interno, los organismos oficiales indios siguen negándose a reconocer la existencia de vínculos entre el libre comercio y la supervivencia de los agricultores.

El gobierno se ha esforzado por todos los medios en desligar los suicidios en el sector agrícola de los procesos económicos de la globalización y ha tratado de silenciar cualquier debate sobre el tema. Un comité de expertos convocado por el gobierno de Karnataka ha llegado a recomendar lo siguiente: «El gobierno debería querellarse contra las personas responsables de llamar a engaño a la población y al gobierno con falsas informaciones sobre el suicidio de agricultores atribuyéndolo a la pérdida de las cosechas o al endeudamiento».¹⁶

16. Veeresh Committee (Comité Veeresh), *Farmer Suicides in Karnataka: A Scientific Analysis*, Bangalore, Gobierno de Karnataka, 2004, pág. 113.

Pero por mucho que nos lo propongamos, es imposible desvincular los suicidios de agricultores del endeudamiento y del sufrimiento económico que éstos están padeciendo. El endeudamiento no es algo nuevo. Los agricultores siempre se han organizado para liberarse de sus deudas. En el siglo XIX, en los llamados Disturbios del Deccan, los agricultores protestaron contra la trampa de deudas a la que habían sido impelidos para que suministraran algodón barato para la industria textil de Gran Bretaña. En la década de 1980, los agricultores se organizaron para luchar por el relajamiento de las condiciones de la deuda acumulada debido a la adquisición de los insumos necesarios para la llamada Revolución verde. Hoy, en plena globalización, los agricultores están perdiendo su identidad social, cultural y económica como productores. Sufren un asedio no sólo a su medio de vida, sino también a su identidad. Si tradicionalmente se les había visto como productores, ahora se les ve como consumidores (de costosas semillas y productos químicos). El granjero, como víctima individual, se siente impotente ante esta confluencia inhumana, brutal y explotadora del capitalismo empresarial global con el feudalismo local. Los sistemas burocrático y tecnocrático del Estado acuden, además, al rescate de los intereses económicos dominantes echándole la culpa a la víctima.

Es necesario poner fin a esta guerra contra los pequeños agricultores. Es necesario reescribir las reglas del comercio en materia de agricultura. Es necesario que cambiemos nuestros paradigmas de producción de alimentos. Dar de comer a la humanidad no debería depender de la extinción de los agricultores y de las especies vivas. Otra agricultura es posible y necesaria: una agricultura que proteja los medios de vida de los agricultores, la tierra, la biodiversidad de ésta y nuestra salud pública.

Los suicidios de agricultores son consecuencia del endeudamiento y la deuda es el resultado del incremento de los costes de los insumos agrícolas y de la caída de los precios de los productos finales. Tanto el aumento de costes como el descenso de precios son consecuencias intencionadas de la liberalización comercial y de las políticas de reforma económica impulsadas por las grandes compañías agroindustriales. Los suicidios de agricultores son, por lo tanto, el inevitable producto de una política agrícola que favorece el bienestar de las empresas e ignora el de los granjeros y campesinos. La agricultura por contrato —la solución que ofrece el gobierno a la crisis agrícola inducida por la globalización empresarial— no deja de suponer la cesión de un mayor control a las empresas sobre la producción. El informe del Comité Veeresh sobre los suicidios de agri-

cultores y agricultoras en Karnataka recomienda la posibilidad de «darles a conocer la existencia de Zonas Económicas Especiales de cultivos seleccionados. La promoción de la agricultura por contrato debería servir para concentrar las parcelas de terreno pequeñas o marginales y hacerlas así económicamente viables». ¹⁷ Esta receta, sin embargo, no hace más que proponer la propia enfermedad como remedio.

Para empezar, las pequeñas propiedades no son inviables económicamente. Son, en realidad, más productivas y eficientes que las de gran extensión. La supuesta limitación de las explotaciones agrícolas de pequeño tamaño no tiene que ver con sus dimensiones, sino con la injusticia de la agricultura globalizada y controlada por las grandes empresas.

Asimismo, la productividad de los pequeños agricultores es igualmente superior cuando se mide en el contexto de la diversidad. Los indicadores de productividad basados en la biodiversidad muestran que los pequeños cultivadores pueden alimentar al mundo. Sus rendimientos representan un nivel de productividad realmente elevado al estar compuestos de los múltiples rendimientos de especies diversas utilizadas para finalidades también diversas. La productividad no es menor en las parcelas más pequeñas, sino todo lo contrario: es más alta. En Brasil, la productividad de una explotación de terreno agrícola de hasta 10 hectáreas de superficie era de 85 dólares por hectárea, mientras que la productividad de una de 500 hectáreas era de sólo 2 dólares por hectárea. En la India, una granja de hasta 5 acres tenía una productividad de 735 rupias por acre, mientras que la productividad de una de 35 acres era de 346 rupias por acre. ¹⁸

La destrucción deliberada de las pequeñas explotaciones agrícolas es una política destinada, pues, a destruir *tanto* los medios de vida rurales como la seguridad alimentaria, dado que las grandes explotaciones industriales son menos productivas en términos de recursos, energía o nutrición.

Recomendar la inscripción de cultivos seleccionados en zonas económicas especiales y promocionar la agricultura por contrato ahondarán la crisis en la que ya están inmersos actualmente la agricultura y los campesinos indios. Cultivar un único tipo de cosecha en una zona reservada para la exportación o en una zona económica especial supone depender de un monocultivo arriesgado y quedarse al albur de los comerciantes y

17. *Ibid.*

18. Vandana Shiva, *Towards People's Food Security*, Delhi, RFSTE, 1995, pág. 16.

las grandes empresas en cuanto a precios. Esos cultivadores se ven así totalmente atrapados en una relación de dependencia con los comerciantes, ya que no disponen del cojín que les facilitaba la diversidad. Para sobrevivir deben vender lo que han cultivado y deben venderlo al precio que les dicte el comprador. La agricultura por contrato constituye una forma de servidumbre que hace que el productor adquiera niveles aún mayores de endeudamiento y dependencia.

Las Zonas para la AgroExportación (ZAE) fueron creadas con el objeto de facilitar la exportación de los productos agrícolas y de proporcionar a los agricultores unos precios más elevados por su producción. El objetivo de las ZAE es hacer de la India un actor de peso en el mercado agrícola mundial. A tal fin, la Agriculture and Processed Food Product Export Development Authority (APEDA [Autoridad para el Desarrollo de la Exportación de los Productos Alimentarios]) ha puesto también en marcha un plan conocido como Virtual Trade Fair (VTF [Feria del Comercio Virtual]). Actualmente es posible comprar y vender frutas, hortalizas y otros productos agrícolas en línea por todo el globo. La expectativa es que los agricultores de la India aprovecharán la oportunidad que les proporcionará el desarrollo de las ZAE para dejar su sello en la agricultura internacional con un característico método de abastecimiento «de la granja al puerto». Se prevé, así, que estas zonas transformen las regiones rurales seleccionadas. Pero toda la India es una gran economía agrícola; todas las regiones necesitan inversión y apoyo. Las ZAE producirán el subdesarrollo de la agricultura en las zonas que no sean ZAE. Además, las ZAE no son la solución a los problemas que están provocando actualmente los suicidios de los agricultores.

Las tasas de suicidio más elevadas se producen en Andhra Pradesh y el Punjab, los dos Estados donde la dependencia de los cultivos comerciales, la penetración de las semillas de Monsanto y los niveles de «empresarialización» de la agricultura son mayores. Los Estados en los que los agricultores continúan usando sus propias semillas y siembran y cosechan cultivos para su propio sustento y para los mercados locales son los que mejor están eludiendo la trampa de deudas que lleva a otros agricultores a la desesperación y a la desesperanza.

La crisis a la que se enfrentan los cultivadores de patatas muestra claramente que la obsesión del gobierno por las zonas especiales para la exportación y por la agricultura por contrato es una parte más del problema, y no la solución. En Uttar Pradesh, los suicidios de agricultores empezaron inmediatamente después de la creación de zonas para la ex-

portación de patatas. Los recolectores de ese tubérculo gastan actualmente 255 rupias por quintal de producción, pero venden sus patatas a sólo 40 rupias el quintal, lo cual les reporta pérdidas de 215 rupias por quintal producido. Los costes de producción oscilan entre las 55.000 y las 65.000 rupias por hectárea, de las que 40.000 corresponden por sí solas al coste de las semillas. Así, las grandes compañías como Pepsi y McDonald's consiguen patatas más baratas para sus *chips* y sus «patatas de la libertad», pero sus beneficios financieros exprimen la vida de los pequeños agricultores hasta la última gota.

La crisis de los cultivadores de patatas, como la de los productores de tomates, algodón, oleaginosas y otros cultivos, está directamente relacionada con las políticas de liberalización comercial impulsadas por el Banco Mundial y la OMC. Concretamente, las políticas globalizadoras y liberalizadoras del comercio han provocado la crisis agrícola, en general, y de la patata, en particular, a tres niveles distintos:

1. Desplazando las políticas de «los alimentos y el agricultor son lo primero» por las de «el comercio y la gran empresa son lo primero».
2. Desplazando la diversidad de la agricultura por los monocultivos y la homogeneización, por un uso más intensivo de los productos químicos y del capital en la producción y por la desregulación del sector de los insumos (sobre todo, de las semillas), con el resultado de un aumento de los costes de producción.
3. Desregulando los mercados y haciendo que el Estado abandone la función de regulación efectiva de los precios, lo que se ha traducido en un desplome de los precios de venta de los productos finales agrícolas.

Las nuevas políticas agrícolas están basadas en la retirada del apoyo a los agricultores y en la creación de nuevos subsidios para el sector del agroprocesado y para la agroindustria. En un debate sobre la crisis de la patata, el ministro de Agricultura de Uttar Pradesh recalcó las subvenciones otorgadas para el almacenaje en frío y el transporte como respuesta a la crisis. Pero estos subsidios no van a parar a los bolsillos de los agricultores, sino a los de los comerciantes y a los de las grandes empresas. La entrada de Pepsi en el Punjab es un buen ejemplo de esta política de «el comercio, primero». Cuando el precio de mercado de los tomates era de 2 rupias por kilo, Pepsi estaba pagando a los cultivadores sólo entre 0,50 y 0,80, al tiempo que cobraba del gobierno esa cantidad multiplicada por 10 en concepto de subsidio al transporte. Los propietarios de instalacio-

nes para el almacenaje en frío de Uttar Pradesh han recibido 500 millones de rupias en subvenciones que no benefician a los agricultores. Cada uno de estos últimos *paga* al propietario de esas instalaciones (de media) 120 rupias por saco de almacenaje. Los dueños de las naves de almacenaje están, además, subiendo sus tarifas para sacar partido de la crisis. Dada la gran escala de la producción de patatas en UP, estamos ante un ingente desvío de recursos financieros de los bolsillos de los agricultores endeudados a los de los comerciantes, y de los productores a las empresas y la industria.

Mientras el gobierno continúa haciendo alardes publicitarios de su política de precios y de instalación de centros de adquisición de la producción agrícola de los pequeños cultivadores, su intervención en la regulación de esos campos ha quedado reducida a la nada debido a la globalización. Así, el gobierno anunció que fijaría el precio de adquisición de las patatas en 195 rupias por quintal y que inauguraría ocho centros de compra de la cosecha de ese cultivo. La realidad, sin embargo, es que no se está llevando a cabo compra pública alguna para ayudar a los agricultores y garantizarles un precio justo. De ahí que los precios hayan caído hasta las 40-100 rupias por quintal, un filón para la industria agroprocesadora, que obtiene así beneficios aún mayores por la venta de las patatas *chips*, pero un desastre para el cultivador, que, desesperado, se ve empujado al suicidio. La industria agroprocesadora paga a los agricultores 0,08 rupias por las patatas necesarias para llenar una bolsa de 200 gramos de *chips* que luego vende a 10 rupias. Sobre un total de 13 millones de toneladas métricas de patatas, eso equivale a una transferencia de 20.000 millones de rupias de manos de los empobrecidos campesinos de Uttar Pradesh a las arcas de las grandes empresas globales.

La receta del Banco Mundial para la India consiste en cultivar verduras y hortalizas para la exportación. Las ZAE forman parte de esa política. No obstante, la India gasta casi el triple en la compra de verduras y hortalizas en los mercados mundiales de lo que obtiene por la exportación de las suyas propias. La India vendió verduras y hortalizas por un valor total de 248 millones de dólares en 2002 como resultado directo de las políticas centradas en la exportación de esos productos, pero importó otros equivalentes por un valor de 678 millones de dólares.

Supuestamente, todo este cambio de prioridades (de «el agricultor, primero» a «la gran empresa, primero», y de «los alimentos, primero» a «el comercio, primero») debería servir para incrementar las exportaciones procedentes del Tercer Mundo, para aumentar los ingresos de los agricultores y para reducir la pobreza de esos países. Sin embargo, lo que está

ocurriendo es justamente lo contrario. La exportación de té descendió desde las algo más de 211.000 toneladas métricas de 1997-1998 hasta las 128.000 de 2002-2003. Entre esos dos períodos, el valor de las exportaciones de té cayó desde los 20.000 millones de rupias hasta los 11.000 millones.¹⁹ La obsesión por las exportaciones está haciendo que se reduzcan en la práctica y está empujando también los ingresos a la baja; en lugar de poner fin a la pobreza, está acabando con las vidas de los agricultores.

La globalización de la agricultura está siendo un fracaso en todos los frentes tanto desde el punto de vista del planeta como desde el de su población. Pero la agroindustria global se beneficia de esta guerra contra los agricultores y contra la tierra.

La agricultura no violenta —toda una cultura basada en la cocreación y en la coproducción con la Tierra— debe ocupar un lugar central en nuestra búsqueda de la paz. La renovación de las tradiciones agrícolas con el fin de sostener la Tierra y todos sus seres debe ser un elemento igualmente central en la creación de culturas vivas. La agricultura absorbe el 70% del uso del terreno y el 70% del uso de agua y sirve de medio de vida para el 70% de la población humana del planeta. Por todas partes se siembran continuamente las semillas de esas culturas vivas. En medio de la devastación causada por la agricultura industrializada y globalizada, no dejan de surgir nuevas culturas alimentarias. Dondequiera que tales iniciativas crecen, por pequeñas que sean, asistimos a un cambio de cultura.

Las culturas vivas de los alimentos y la agricultura aúnan a movimientos ecologistas, de defensa de los derechos de los animales, de agricultores y de consumidores en un nuevo movimiento basado en la protección de la diversidad biológica y cultural. Los monocultivos y los monopolios ceden su lugar a la diversidad y a la coproducción. La escasez deja paso a la abundancia. La inseguridad se torna seguridad. La agricultura entendida como una guerra está siendo sustituida por la agricultura entendida como paz: la paz del suelo, de los planetas, de los animales y de las personas.

LA GLOBALIZACIÓN Y LOS CRÍMENES CONTRA LA MUJER

La globalización, en cuanto proyecto del patriarcado capitalista, ha acelerado y profundizado la violencia contra la mujer. La globalización

roba a las mujeres su productividad y su creatividad. El alimento y el agua, suministrados tradicionalmente gracias al trabajo y el saber femeninos, se están convirtiendo actualmente en mercancías empresariales. Y cuando las mujeres se ven desplazadas de los papeles productivos de la sociedad, se convierten en prescindibles.

La explosión del tráfico de mujeres supone una dimensión más del impacto de la globalización. La industria del sexo es, en muchos casos, la única opción que les queda a aquellas mujeres convertidas en refugiadas económicas de la economía globalizada. En un mundo mercantilizado, las propias mujeres se convierten en simples mercancías que se compran y se venden, que se comercian y se consumen. El tráfico de mujeres ha crecido más allí donde la globalización más ha destruido el trabajo femenino, es decir, sobre todo en Asia y en la Europa del Este.

LAS MUJERES: SUMINISTRADORAS DE ALIMENTO Y AGUA

Las mujeres han sido siempre las productoras primarias de la economía del sustento. Son las suministradoras de alimento y agua, de salud y seguridad social.

El «crecimiento» de la economía global ha provocado la destrucción de la economía de la naturaleza (aquella a través de la que se produce la regeneración medioambiental). También ha destruido la economía del sustento de las personas, aquella en la que las mujeres trabajan para el sostenimiento de la sociedad. Irónicamente, a ese trabajo duro y no remunerado se le niega muy frecuentemente la condición de «trabajo».

Cuando la economía de mercado tiene problemas, corresponde a la economía informal (compuesta predominantemente por el trabajo de las mujeres) ocupar los vacíos y pagar para restablecer la salud de aquélla. En muchos casos, las iniciativas de los gobiernos encaminadas a reducir el nivel de déficit fiscal de los países se llevan a la práctica en forma de recortes sustanciales del gasto en materia social y de desarrollo económico, lo que comporta, como resultado, un descenso considerable de los salarios reales. En momentos de ajuste estructural y programas de austeridad, los recortes del gasto público recaen genéticamente de manera más contundente sobre las personas pobres y las mujeres.

19. Vandana Shiva y Kunwar Jalees, *The Mirage of Market Access: How Globalization Is Destroying Farmers' Lives and Livelihoods*, Delhi, RFSTE, 2003, pág. 47.

LA METÁFORA DEL COMERCIO FRENTE A LA ECONOMÍA DE LA NATURALEZA

A medida que la metáfora del comercio ha ido reemplazando a la del hogar, el significado mismo del concepto de *valor* ha experimentado también una transformación.

El valor ha sido redefinido en términos de intercambio y comercio. Si algo no es comerciable, entonces no tiene valor económico alguno. Este supuesto de que algo sólo tiene valor si puede ser cambiado por dinero también ha desproveydo la economía de la naturaleza de todo valor cuando, en realidad, tiene uno inestimable. La marginación tanto del trabajo de las mujeres como del de la naturaleza está estrechamente ligada a la percepción de que el hogar es un lugar en el que no se produce nada de valor económico.

La finalización de la Ronda Uruguay del GATT y la fundación de la OMC el 1 de enero de 1995 ha arrastrado todos los asuntos domésticos a la arena de la economía global. También se han trasladado allí todas las cuestiones relacionadas con la vida (la ética, los valores, la ecología, los alimentos, la cultura, el conocimiento y la democracia), al ser entendidas como materias de comercio internacional.

Ni que decir tiene que esto también ha provocado que las perspectivas y las situaciones de las mujeres de las localidades rurales más recónditas de los países del Sur entren en colisión directa con las perspectivas y el poder de los hombres que dirigen las instituciones patriarcales de control global.

AFRONTAR UN NUEVO ANÁLISIS

En este período de globalización, el análisis de género tiene que experimentar dos grandes transformaciones. En primer lugar, y dado que la globalización se manifiesta ante todo como un proceso de supresión de las barreras nacionales al comercio y a la inversión, el análisis de género debe ir más allá de los modelos exclusivamente domésticos de estudio (limitados al hogar familiar o al país) para dar cuenta también de las relaciones de género entre los actores del nivel global.

En segundo lugar, el análisis de género tiene que dejar de centrarse en el producto final, porque atendiendo exclusivamente a las repercusiones que padecen las mujeres no se hace más que victimizarlas. Si queremos impulsar cambios, necesitamos adoptar un análisis estructural y trans-

formador que aborde las fuerzas subyacentes que forman la sociedad. Las instituciones financieras comerciales y empresariales de carácter global son instituciones que inciden desigualmente según el género: sus repercusiones son distintas en los hombres y en las mujeres, en los ricos y en los pobres, y en pueblos diferentes.

Todas esas instituciones y estructuras han sido creadas y están dominadas y controladas por hombres. Al haber estado configuradas por personas de un género, de una clase y de una raza de seres humanos determinados (fundamentalmente, hombres de los ricos países del G-7), esas instituciones son expresiones y vehículos de los objetivos, las aspiraciones y los supuestos de ese grupo en particular.

El análisis de género de la globalización, pues, no puede limitarse al impacto de ésta sobre las mujeres. También necesita tomar en consideración la base patriarcal de los paradigmas, los modelos, los procesos, las políticas y los proyectos promovidos por esas instituciones globales. Debe tener en cuenta de qué modo se excluyen las preocupaciones, las prioridades y las percepciones femeninas a la hora de definir la economía y a la hora de definir los problemas económicos y de proponer soluciones y ponerlas en práctica.

LA CONVERGENCIA DE LOS PATRIARCAOS CON LOS FUNDAMENTALISMOS

La religión y el capitalismo tienen raíces comunes en el patriarcado. Convencionalmente, han sido consideradas fuerzas opuestas al entenderse que el patriarcado religioso defiende las tradiciones mientras que el patriarcado capitalista presiona a favor del progreso y la modernidad. De ahí que el surgimiento de un orden mundial —la globalización— impulsado por el capital global haya sido visto a menudo como una forma de socavación del patriarcado religioso y, por lo tanto, como un fenómeno liberador para las mujeres. Lo cierto, sin embargo, es que en el momento actual no estamos asistiendo a contienda alguna entre el patriarcado religioso y el capitalista, sino, más bien, a una confluencia entre ambos materializada en forma de un fundamentalismo religioso y de un fundamentalismo del mercado.

La religión suele oponerse al mercado. No obstante, cuando el propio mercado se convierte en la religión dominante y adopta la forma de un fundamentalismo, puede llegar a converger en la realidad con el integrismo religioso. Tal convergencia se produce en múltiples niveles.

Tanto el fundamentalismo del mercado como el religioso hacen que las mujeres desaparezcan como seres humanos y queden reducidas a meros objetos sexuales o máquinas reproductoras bajo el control de los hombres, tanto en virtud del mercado como a través de la invocación de unos determinados textos religiosos.

A medida que el fundamentalismo del mercado genera una mayor inseguridad económica, las personas acuden al integrismo religioso en busca de una fuente de seguridad y de reinención de la identidad para afrontar mejor esa otra cultura de la inseguridad. Las ideologías derechistas crecen así en relación directamente proporcional a las inseguridades generadas por los mercados desregulados.

La globalización erosiona el control democrático sobre los procesos económicos. La democracia representativa se vacía entonces de contenido democrático y ese vacío pasa a ser ocupado por ideologías xenóforas y exclusivistas que, aunque están divorciadas de las necesidades reales de las personas, les ofrecen una falsa ilusión de seguridad.

La religión —que, en su forma más integrada, inclusiva y relacional, podría constituir un sistema de valores que contrarrestase los excesos del mercado— ha pasado a formar parte en su variante fundamentalista de un círculo vicioso de violencia y exclusión.

La globalización ha dado pie a una confrontación entre dos tipos de cosmovisiones: las centradas en las mujeres, los sistemas de conocimiento y los sistemas productivos que garantizan el sustento y el uso común, por una parte, y los sistemas patriarcales de conocimiento y la economía basada en la guerra y la violencia, por la otra. Dado que la división del trabajo ha dejado la economía del sustento en manos, fundamentalmente, de las mujeres, éstas generan, sostienen y regeneran la vida. Las instituciones patriarcales globales, sin embargo, funcionan como desencadenantes de muerte y destrucción en su empeño por apropiarse de la vida y mercantiliarla. Los temas son viejos; los instrumentos, sin embargo, son nuevos. Los paradigmas son viejos; los proyectos, nuevos. El ansia patriarcal por controlarlo y poseerlo todo es vieja; sus expresiones son nuevas. La lucha ecologista y feminista por proteger la vida es ya antigua; el contexto de la economía globalizada es novedoso. Lo que está en juego en esta contienda épica de nuestro tiempo es la posibilidad de seguir vivos.

Cuando las grandes compañías secuestran los alimentos y el agua para hacer negocio con ellos, destruyen las economías de las mujeres y los sistemas de conocimiento, y a medida que aumenta la marginación de las mujeres, lo hace paralelamente la violencia de la que son objeto.

El patriarcado capitalista y el religioso comparten los aspectos siguientes: la dominación de unos hombres dotados de poder religioso o económico sobre los demás seres humanos y sobre la Tierra; la devaluación de las mujeres, de los trabajadores y de otros seres, y la desconexión con la Tierra y con las culturas y las economías vivas.

EL FETICIDIO FEMENINO: MUJERES QUE DESAPARECEN

Hoy en día continúa prevaleciendo la opinión de que la globalización económica modernizará las sociedades y mejorará el estatus de la mujer. Pero, en realidad, parece producirse lo contrario. La combinación de los valores patriarcales del mercado con los valores antifemeninos del patriarcado religioso no sólo están provocando la marginación de las mujeres, sino que también las están convirtiendo en prescindibles. El fenómeno en aumento del feticidio femenino en la India ilustra hasta qué punto están convergiendo el patriarcado capitalista y las tradiciones del patriarcado religioso en el desencadenamiento de nuevos niveles de violencia contra las mujeres. Esta regresión no es casualidad.

La región del Punjab, escenario destacado de la Revolución verde, fue donde se registraron los primeros episodios de feticidio femenino.²⁰ También fue la primera región en la que la amniocentesis se convirtió en un instrumento de dicho feticidio. La introducción de técnicas como la ecografía y la propia amniocentesis han permitido que las familias conozcan de antemano el sexo del bebé antes de que nazca y provoquen selectivamente el aborto de fetos femeninos. Entre 1978 y 1983, 78.000 fetos femeninos fueron abortados tras pruebas de identificación de su sexo. La disminución de la proporción entre sexos observada en la población infantil revela hasta qué punto se ha extendido la crisis. Dicha proporción se mide en el número de niñas por cada 1.000 niños entre 0 y 6 años. En los últimos años, se ha producido un descenso sistemático de esa ratio, que ha caído desde las 976 niñas por cada 1.000 niños de 1961 hasta las 927 de 2001. La bajada ha sido más acusada a partir de 1981, coincidiendo con la progresiva extensión de las tecnologías para la determinación del sexo del bebé previa al parto.

20. Vandana Shiva, *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, Londres, Zed Books, 1989, pág. 118 (trad. cast.: *Abrazar la vida: mujeres, ecología y desarrollo*, Madrid, Horas y Horas, 1995).

PROPORCIÓN ENTRE SEXOS DE LA POBLACIÓN INFANTIL,
1961-2001

Año	Proporción entre sexos (entre los 0 y los 6 años en niñas por cada 1.000 niños)	Variación
1961	976	—
1971	964	-12
1981	962	-2
1991	945	-17
2001	927	-18

La discriminación se ha transformado —bajo la presión de la globalización— en «prescindibilidad». La mujer se ha visto aún más devaluada si cabe cuando a la inclinación tradicional favorable a los niños varones se le ha sumado la mercantilización de la vida misma. La convergencia entre patriarcados se está convirtiendo en una amenaza para la supervivencia de las mujeres.

La población de la India creció un 21% entre 1991 y 2001 hasta alcanzar los 1.030 millones de habitantes. Pero, a pesar de ese aumento poblacional, no han dejado de desaparecer niñas. La variación de la proporción entre sexos unida al crecimiento demográfico total nos indica que actualmente hay en la población 36 millones de mujeres menos de las que sería de esperar. Eso equivale a la mitad de los 60 millones de mujeres «desaparecidas» en el mundo (es decir, de niñas a las que no se dejó nacer por culpa de un aborto selectivo en función de su sexo).²¹

La globalización destruye puestos de trabajo y medios de vida, pero crea consumismo. Una de las fuentes de satisfacción de los deseos consumistas es la exacción coercitiva de una dote. Las prácticas de fijación de un precio para la novia características de muchas comunidades —en las que la familia del novio paga a la familia de la joven— y de concesión de un *stree-dhan* —un patrimonio que las mujeres conservan siempre en su poder— están siendo sustituidas por una nueva «dote» destinada al consumo de lujo. Cuando se pagaba un precio por la novia, se reconocía que la familia de la joven perdía a una contribuidora productiva a la economía

21. Associated Press, «Over 60 Million Women Have Fallen Victims to Sex Discrimination», *The Indian Express*, 24 de julio de 1997.

del sustento familiar. Sin embargo, la figura de la dote es distinta, pues se extrae directamente de la familia de la joven, con lo que devalúa a las mujeres en general, ya que las convierte en una carga. La propagación de la dote —que se emplea fundamentalmente en la adquisición de bienes de consumo como coches, televisores y frigoríficos— es un fenómeno contemporáneo y coincidente con la extensión de la cultura del consumismo.

La carga de la dote está costando la vida a muchas mujeres. El fenómeno de las «muertes por la dote», surgido a lo largo de las últimas décadas, hace referencia al asesinato de esposas a manos de su familia política ante el impago reiterado de la «dote» reclamada por ésta a la familia natural de la mujer en cuestión. Más de 5.000 mujeres mueren anualmente víctimas de la dote en la India.²² El feticidio femenino es resultado, pues, de la combinación del menoscabo de los medios de vida de las mujeres con las exigencias de una dote que pesan sobre éstas.

Cuanto más se extiende la amenaza de la dote por todo el país y por todas las clases sociales, más dispensables se hacen las niñas en general. Un 84% de los ginecólogos y ginecólogas de Bombay realizan actualmente amniocentesis considerando que dicha técnica constituye un «servicio humano a mujeres que no quieren tener más hijas».²³ Según un estudio realizado entre los ginecólogos de Bombay, un 64% de ellos llevan a cabo «pruebas de amniocentesis sólo para identificar el sexo del bebé».²⁴ Los costes económicos de una prueba de determinación del sexo y de un aborto son menores que los miles de rupias que se necesitan para cubrir la dote de una joven. En un mundo cada vez más dominado por un patriarcado capitalista, el dinero es la única medida del valor (tanto del de las mujeres como del de todo lo demás).

A pesar de la aprobación de la Ley (de Regulación y Prevención de la Mala Utilización) de las Técnicas de Diagnóstico Prenatal en 1994, que prohíbe tal práctica, cada vez se emplean más frecuentemente las nuevas tecnologías reproductivas con intención feticida.

El aborto se ha convertido en un método suicida sustitutivo para librarse de los embarazos no deseados. La reiteración con la que las muje-

22. Sarala Gopalan y Mira Shiva (comps.), *National Profile on Women, Health and Development*, Nueva Delhi, WHAI y WHO (OMC), abril de 2000, pág. 226.

23. R. F. Ravindra, *The Scarcer Half*, Bombay, CEO, 1986.

24. Lakshmi Lingam, «Sex Determination Tests and Female Foeticide: Discrimination Before Birth», en Lakshmi Lingam (comp.), *Understanding Women's Health: A Reader*, Delhi, Kali for Women, 1998, págs. 209-218.

res recurren a él no sólo supone la destrucción de innumerables fetos femeninos, sino que también pone de manifiesto el escaso control que tienen sobre su propio cuerpo y la imposibilidad de que ejerzan su derecho al sexo seguro. El panorama resulta aún más sombrío si tenemos en cuenta que los abortos selectivos en función del sexo están creciendo de forma desenfrenada en la India, sobre todo en su región noroccidental, relativamente más próspera pero caracterizada por una mayor discriminación de género y una marcada preferencia por los hijos varones.²⁵

Vibhuti Patel, profesora de la Universidad SNTD para mujeres de Bombay, realiza la siguiente reflexión sobre un anuncio en el que se anima a la amniocentesis como método para los abortos selectivos en función del sexo:

«Mejor 5.000 rupias ahora que 5 lajs de rupias más tarde», o sea, mejor gastar 5.000 rupias en un feticidio femenino ahora que [500.000 rupias] en forma de dote por una hija adulta. Siguiendo esta misma lógica, es mejor asesinar a las personas pobres o a las masas del Tercer Mundo que dejar que padezcan pobreza y privaciones. Esa misma lógica asume también que los males sociales, como la dote, nos caen del Cielo y no podemos hacer nada por paliarlos. Con ello, se victimiza aún más a la víctima. Invertir en la educación, la salud y la dignidad de la vida de la hija para que pueda depender de sí misma son métodos mucho más humanos y realistas que el de embrutecer a la madre embarazada y a su futura pequeña.²⁶

La introducción de la agricultura industrial y química en el Punjab desplazó a las mujeres de sus medios de vida rurales. Aunque allí donde los cultivos industriales no han despojado a las mujeres de sus medios de vida, el trabajo de éstas representa una parte muy importante de la producción agrícola, en los campos del Punjab es a los hombres a los que se ve conduciendo tractores y fumigando con productos químicos. Las mujeres desaparecieron, en primer lugar, de las funciones productivas en la agricultura. Ahora están desapareciendo también de la sociedad por culpa del feticidio femenino. La devaluación de la mujer y la aparición de

25. Mira Shiva y Ashish Bose, *Missing: Mapping the Adverse Child Sex Ratio in India*, United Nations Population Fund (Fondo de Población de las Naciones Unidas), octubre de 2003, pág. 3.

26. Vibhuti Patel, «Sex Selective Abortions: Pre-Birth Elimination of Girls», en el número especial de *Health for the Millions* sobre «Population and Development», Delhi, Voluntary Health Association of India, agosto-noviembre de 2004.

nuevas tecnologías se confabulan para dictar una auténtica sentencia de muerte sobre las niñas aún no nacidas.

Si el feticidio femenino fuese producto exclusivamente del sesgo tradicional contra las mujeres, lo veríamos circunscrito a aquellas zonas donde dicha inclinación contraria a las niñas ya hubiera sido extrema en el pasado y descendería a medida que los cambios socioeconómicos socavarán las estructuras tradicionales. Pero el feticidio femenino se está extendiendo como una plaga por toda la sociedad india. Las regiones con un mayor crecimiento económico y una «modernización» y una integración en la economía global más rápidas presentan tasas más elevadas de feticidio femenino y proporciones entre sexos para la población infantil más bajas. En palabras de Kamallesh, una mujer activista de la región de Haryana, la situación nunca había sido tan mala: «Antes, sobre quien hacía algo así caía todo el oprobio. Ahora se considera una cuestión de elección personal».²⁷ Cuanto mayor es el crecimiento económico y la prosperidad, más elevado es el número de niñas desaparecidas. En el Punjab, en Haryana, en Delhi y en Gujarat (el noroeste próspero), la proporción entre sexos ha caído por debajo de las 900 niñas por cada 1.000 niños. Y, de hecho, ha descendido hasta 770 en Kurukshetra, 814 en Ahmedabad y 845 en el suroeste de Delhi.²⁸ En los Estados con un crecimiento económico más bajo y una menor integración económica global, como Kerala, Goa, Sikkim, Mizoram y Tripura, no se han registrado descensos en la proporción entre sexos de la población en edad infantil.

El informe «Missing Girls: A Case Study of Delhi», del Ministerio de Sanidad y Bienestar Familiar, afirma lo siguiente:

En 1991, el Censo registraba más de 71.000 bebés de sexo femenino y niñas de menos de 6 años desaparecidas. El Censo de 2001 revela la cruda realidad de que Delhi está diezmando a su población de niñas (nacidas y no nacidas). Actualmente, hay 139.173 niñas menos dentro del grupo de edad de la población comprendida entre los 0 y los 6 años. La ciudad continúa exterminando a las niñas en el momento del parto, en el seno materno y antes de la concepción. Las señales de alarma se habían disparado en

27. Pamela Philipose, «Where Is the Girl Child?», *Indian Express*, 15 de abril de 2001.

28. Ministry of Health and Family Welfare, «Missing Girls: A Case Study of Delhi», en *Missing Census of India*, Nueva Delhi, Ministry of Health and Family Welfare y UNFPA (Fondo de Población de las Naciones Unidas), 2003, págs. 2-11.

1991; el Censo de 2001 toca ya a difuntos por la mitad femenina de nuestra población.²⁹

Delhi, la región de la capital de la India, goza de las tasas de alfabetismo y de la renta per cápita más elevadas, pero también evidencia el mayor nivel de violencia contra las mujeres. Entre 1991 y 2000, el nivel general de alfabetismo creció del 75 al 82%. Sin embargo, y aun cuando las oportunidades de mercado han aumentado, también se han disparado los riesgos para las mujeres, que, cuanto más globalizada está una región, más violencia padecen. Delhi acumula por sí sola el 32,9% de las violaciones, el 23,3% de las vejaciones y el 17,4% de las muertes por la dote de la India (los porcentajes más elevados de las veintitrés megaurbes del país).³⁰

La coincidencia de múltiples fuerzas está negando a las mujeres su derecho a la vida. El desplazamiento del trabajo productivo al que han sido sometidas, la destrucción de las economías del sustento y el crecimiento de la cultura del consumismo y la mercantilización han contribuido conjuntamente a devaluar a las mujeres dentro de la sociedad. La introducción de las técnicas de detección prenatal del sexo y el crecimiento de los ingresos con los que se pueden sufragar han reforzado aún más los sesgos patriarcales preexistentes, en lugar de debilitarlos. La selección del sexo de los bebés por medio del aborto provocado de los fetos femeninos se está convirtiendo en la herramienta definitiva de transformación de las mujeres en seres prescindibles.³¹

LAS MUJERES COMO GUARDIANAS Y PROMOTORAS DE CULTURAS CENTRADAS EN LA VIDA

A pesar de la convergencia entre el patriarcado capitalista y el religioso, por un lado, y entre el fundamentalismo del mercado y el de la propia religión, por otro (una coincidencia que pone en peligro la vida sobre la Tierra), las mujeres están respondiendo con la no violencia y la compasión en un intento de defender la vida en este planeta y de resistirse a la violencia dirigida a ellas en general.

29. *Ibid.*, pág. 1.

30. T. K. Rajalakshmi, «Crime Capitals», *Frontline*, vol. 19, n° 25, 7-20 de diciembre de 2002.

31. Mira Shiva y Ashish Bose, *Darkness at Noon*, Nueva Delhi, VJAI, 2003.

La globalización está redefiniendo el estatus mismo de la creación y nuestra forma de entenderla. Las grandes empresas como Monsanto piratean y patentan las cualidades de antiguas variedades indias de trigo y se erigen así en «creadoras» e «inventoras» de plantas. Otras compañías, como Suez, Vivendi y Coca-Cola, definen el agua de los ríos y de las corrientes subterráneas como materia prima «sin tratar», pero, una vez la envasan y la venden, la consideran un producto propio. Así pues, el patriarcado capitalista clasifica la creación y la naturaleza como materia prima, pero considera creaciones propias los actos de dominación, destrucción y explotación que comete. En el terreno de la ciencia y la tecnología, este mito patriarcal de creación ha conducido al establecimiento de patentes sobre la vida y de leyes como el acuerdo sobre los ADPIC de la OMC. En la esfera económica, los valores patriarcales han llevado a la destrucción de las economías domésticas y locales, así como a la de ecosistemas enteros. Tal destrucción se cuenta, sin embargo, como «crecimiento». Convertir a una persona en prescindible se interpreta como una forma de liberación.

Lo que sucedió en la guerra de Irak fue destrucción. Aun así, se hace referencia a ello como si fuera una reconstrucción. Se mató a personas inocentes; miles de años de la historia de la civilización quedaron destruidos y borrados para siempre y, a pesar de ello, Jay Garner (el general estadounidense retirado nombrado unilateralmente como jefe de la Oficina de Reconstrucción y Asistencia Humanitaria) siguió hablando del nacimiento de un nuevo sistema en aquel país.

Las bombas no provocan el «nacimiento» de una sociedad. Aniquilan la vida. De la destrucción del legado histórico y cultural de antiguas civilizaciones no «nacen» sociedades nuevas. Puede que esa destrucción del patrimonio histórico iraquí fuese únicamente necesaria, en realidad, para mantener la «ilusión» de nacimiento de una nueva sociedad.

Quizá los dirigentes estadounidenses no perciben semejantes violaciones porque su propia sociedad se construyó sobre el genocidio de los nativos americanos. La aniquilación del otro parece ser considerada algo natural por quienes controlan el poder en la única superpotencia mundial. Quizá percibir la destrucción deliberada de una civilización y de miles de vidas inocentes como un proceso de nacimiento se corresponda con la «ilusión» de creación típica del patriarcado occidental. Esa ilusión confunde destrucción con creación y aniquilación con nacimiento. Esa misma ilusión caracteriza al capital y a las máquinas (incluidas las de guerra) como fuentes de creación, y a la naturaleza y a las sociedades huma-

nas (especialmente, las no occidentales) como entes muertos, inertes y pasivos, o incluso peligrosos y caníbales. Semejante cosmovisión es la que crea la «carga del hombre blanco» (es decir, el deber que éste se atribuye para sí de liberación de la naturaleza y de nuestras sociedades) y la que concibe tal «liberación» como el nacimiento de la libertad.

Las religiones que reconocen la integridad de la creación y el carácter sagrado de la vida constituyen un foco de resistencia frente a esa destrucción. Y mientras que los hombres en el poder redefinen la religión en términos integristas y en apoyo del fundamentalismo del mercado, las mujeres de culturas diversas movilizan su fe, su espiritualidad y su poder para proteger la Tierra y la vida que hay en ella. Pese a estar sometidas a la doble carga del patriarcado religioso y del capitalista, las mujeres se están destacando como líderes y guardianas de las culturas, las economías y las políticas centradas en la vida. Las mujeres encabezan los movimientos de defensa del agua. Las mujeres encabezan los movimientos de defensa de la biodiversidad. Las mujeres encabezan los movimientos de reivindicación de los derechos alimentarios. Superando su marginación, se están erigiendo en guardianas de la vida y del futuro.

Las agricultoras, por ejemplo, han guardado y criado semillas durante milenios. El basmati es una de las 100.000 variedades de arroz desarrolladas por los agricultores y las agricultoras indias. La diversidad y la permanencia son principios fundamentales de nuestra cultura de la semilla. En la India central, al iniciarse la temporada agrícola, los campesinos y las campesinas se reúnen ante la deidad de la localidad, se hacen ofrendas de sus variedades de arroz y, luego, comparten la simiente. Esta festividad anual del Akti renueva el deber de guardar y compartir semillas entre las comunidades agrícolas. Sirve así para fundar un pacto de colaboración entre los cultivadores, y entre éstos y la tierra.

La desigualdad de género y la exclusión de la mujer y su conversión en algo prescindible tienen su origen en unos sistemas de patriarcado organizados a través de la religión o de unos entramados económicos y políticos. La separación con respecto a la vida y a los procesos vivos permiten el predominio de los sistemas «antivida». Para que exista igualdad de género, es necesario ver a las mujeres en su plena humanidad: como productoras y creadoras, como custodias de la cultura, como decisoras políticas, como seres espirituales. La plena humanidad de la mujer se convierte entonces en la fuerza curadora que puede romper los círculos viciosos de violencia que surgen de tratar la inhumanidad del hombre como si fuera el baremo con el que se mide quién es humano y quién no

lo es, de tratar la codicia como el principio organizador de la economía, de tratar el genocidio y el suicidio como expresiones del fervor religioso. Tras las filosofías exclusivistas de la ideología fundamentalista del mercado y de las ideologías religiosas se oculta la polarización de la identidad. En la filosofía india, pensamos en términos de *so-bum*: «Tú eres, luego yo soy». Los integristas, sin embargo, funcionan sobre la base de la creencia contraria: «Si tú eres, yo no soy» o «Mi existencia depende de tu aniquilación». *El choque de civilizaciones* de Samuel Huntington está fundado sobre ese paradigma de exclusión mutua, que es también, por consiguiente, de exterminio mutuo: «Para los pueblos que buscan su identidad y reinventan la etnicidad, los enemigos son esenciales».³²

Las mujeres se están negando a formar parte de esta cultura de odio y violencia. Ellas muestran con sus vidas que el amor y la compasión, compartir y dar, no sólo son cualidades humanas posibles, sino que constituyen cualidades necesarias para que seamos humanos.

Los patriarcados han creado un modelo de lo que significa «ser humanos» caracterizado, en realidad, por unos rasgos inhumanos, violentos, codiciosos, explotadores y destructivos. Las mujeres lo están redefiniendo y están fundando el hecho de ser humanos sobre unas características bien distintas, como son la capacidad de preocuparse por los demás y de compartir, de amar y de proteger, de ser guardianes y no dueños de los dones de la naturaleza, y de buscar la fuerza y la seguridad en la diversidad, y no en las monoculturas opresivas. Las que el patriarcado ha definido siempre como fuentes de debilidad son, en realidad, las fuentes de la fortaleza. Y los elementos de pseudofuerza proclamados por el patriarcado, basados en la violencia y la dominación, tienen en realidad sus raíces en la debilidad provocada por la separación y los alineamientos, por el miedo a los otros y a las libertades y la soberanía de esos otros. Hoy en día, somos testigos de la peor de las violencias, pero también estamos reinventando la no violencia y estamos hallando en nosotros y en nosotras una nueva valentía para defender la vida, incluida la nuestra.

En 1997, Jean Grosshrlz (del Mt. Holyoke College), Christine von Weisacker (de Alemania), Beth Burrows (del Instituto Edmonds) y yo decidimos unirnos para formar Diverse Women for Diversity, y para reivindicar el futuro de todos los seres declaramos lo siguiente:

32. Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Londres, Simon & Schuster, 1997, pág. 20 (trad. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 2005, pág. 20).

Las mujeres, desde nuestra vibrante y fabulosa diversidad, hemos sido testigos de la creciente agresión cometida contra el espíritu, la mente y el cuerpo humanos, y de la invasión y el asalto continuados contra la Tierra y sus especies diversas.

Exigimos a los gobiernos, a los organismos internacionales, a las empresas transnacionales y a los hombres que, a título individual, comparten nuestra indignación que solucionen la crisis causada por la creación de monocultivos/monoculturas y por la reducción, el cercamiento y la extinción de la diversidad biológica y cultural.

Debemos insistir en que quienes afronten la crisis deben escuchar y aceptar la iniciativa y el liderazgo de las mujeres, los pueblos indígenas, los agricultores y todas y todos los que han planteado estas cuestiones a nivel local. Les pedimos que oigan a aquellas y a aquellos cuya sabiduría, administración, saber y compromiso han quedado ya demostrados por ser responsables de la preservación de la diversidad de la que aún gozamos en la actualidad.

El término «globalización» tiene dos significados distintos. Puede referirse a nuestra humanidad universal, a una serie de culturas de compasión y solidaridad, a nuestra identidad común como ciudadanos y ciudadanas de la Tierra. Yo llamo a esa globalización Democracia de la Tierra. El significado y la forma de globalización que todavía predominan actualmente, sin embargo, son los de la globalización económica o empresarial. Se trata, en este caso, de la globalización del patriarcado capitalista, en la que todo es mercancía, todo está en venta y el único valor de cualquier cosa es el precio que puede alcanzar en el mercado global. Todos los demás valores quedan simplemente reducidos a barreras «arancelarias y no arancelarias» al comercio. Los valores no comerciales (y las vidas y las culturas que se sustentan sobre ellos) quedan excluidos.

Tal y como Walt Martin y Magda Ott escriben en *Albert Schweitzer: Reverence for Life*:

La unidad en la diversidad y la diversidad en la unidad son el estado natural de la vida. Somos todos interdependientes —plantas, animales, personas— y para mantenernos saludables necesitamos la delicada interrelación entre estas diversas expresiones de la vida. Esta interdependencia natural de la especie humana no es la de la «globalización» artificial impuesta por los pocos sobre los muchos, sino que procede del pueblo, es orgánica y básica en nuestras vidas, y se origina cuando constatamos en lo más hondo que la vida es universal. Queremos vivir; concretamente, que-

remos «vivir en medio de la demás vida que también quiere vivir», por utilizar la sucinta expresión de Schweitzer.³³

La irreprimible ansia de vivir y de gozar de la diversidad de la vida constituye la base para la creación de culturas vivas. Éstas nutren la vida; no difunden la muerte, ni la destrucción, ni el miedo, ni la inseguridad. Las culturas vivas se desarrollan a partir de nuestra conexión con el conjunto de la vida. Las culturas, en general, se basan en la identidad. La globalización empresarial y el fundamentalismo, sin embargo, reducen y manipulan nuestras identidades. Como parte del universo que somos, tenemos una identidad universal. Como parte de la familia de la Tierra que formamos, somos ciudadanos y ciudadanas de este planeta y tenemos identidades terrestres que son tanto la identidad particular de un lugar determinado como la identidad planetaria global. Como parte constitutiva que somos de nuestros países respectivos, tenemos una ciudadanía. Como miembros de comunidades, tenemos múltiples identidades comunitarias (según lo que hacemos, lo que comemos, lo que vestimos, lo que hablamos). Todas estas identidades múltiples y diversas configuran nuestro sentido del yo y de quiénes somos. Y todas estas diversidades no son incompatibles con nuestra humanidad común. Al contrario, sin diversidad, carecemos de humanidad. *

Las culturas vivas son culturas de vida, que se basan en la veneración y el respeto por toda vida: la de mujeres y hombres, la de ricos y pobres, la de blancos y negros, la de cristianos y musulmanes, la de seres humanos y no humanos.

La veneración por la vida se basa en la compasión y la preocupación por el otro, en el reconocimiento y la autonomía del otro como sujeto y en la conciencia de que dependemos mutuamente de los demás para nuestro sustento, para la paz, para la alegría.

El 15 de febrero de 2003, millones de personas de todo el mundo se manifestaron a favor de la paz, pero lo hicieron también a favor de la solidaridad (y contra la dominación) como elemento básico de la seguridad y la libertad humanas.

La libertad de la que se goza en las culturas vivas se basa en la interconexión y la interdependencia. La Declaración de Interdependencia patrocinada por la Democracy Collaborative (la «Colaboradora Democrática») es una expresión de ese movimiento emergente por la paz fundamentado

33. Walt Martin y Magda Ott, *Albert Schweitzer: Reverence for Life*, manuscrito sin publicar, pág. 3.

sobre la protección de nuestras diversidades y de nuestra comunidad humana.

DECLARACIÓN DE INTERDEPENDENCIA

Nosotras, las personas del mundo, declaramos por la presente nuestra interdependencia en cuanto individuos y miembros de comunidades y naciones distintas. Nos declaramos ciudadanos y ciudadanas de un solo Civ-World, cívico, civil y civilizado. Sin menoscabo de los bienes y los intereses propios de nuestras identidades nacionales y regionales, reconocemos nuestra responsabilidad para con los bienes y las libertades comunes de la humanidad en su conjunto.

Por consiguiente, nos comprometemos a trabajar, tanto directamente como a través de las naciones y las comunidades de las que también somos ciudadanos y ciudadanas:

- para garantizar la justicia y la igualdad para todos y todas estableciendo y afirmando los derechos humanos de todas las personas del planeta, asegurándonos de que aquellos de nosotros que tienen menos disfruten de las mismas libertades que los más destacados y poderosos;

- para forjar un medio ambiente global seguro y sostenible para todos y todas —condición imprescindible para la supervivencia humana— cosreado por los diversos pueblos según su peso proporcional actual en la riqueza mundial;

- para dispensar a los niños y las niñas, nuestro futuro humano común, una atención y una protección especiales a la hora de distribuir nuestros bienes comunes, sobre todo aquellos de los que más dependen la salud y la educación;

- para establecer formas democráticas de gobernanza civil y legal global que garanticen nuestros derechos comunes y materialicen nuestros fines compartidos;

- para promover políticas e instituciones democráticas que expresen y protejan nuestros elementos comunes como humanos y, al mismo tiempo,

- para potenciar espacios libres en los que puedan florecer nuestras identidades religiosas, étnicas y culturales diferenciadas, y en los que podamos vivir nuestras vidas (valoradas todas y cada una de ellas por igual) con dignidad y protegidas de toda clase de hegemonía política, económica y cultural.³⁴

34. <<http://www.civworld.org/declaration.cfm>>.

LA DEMOCRACIA DE LA TIERRA EN ACCIÓN

Durante las últimas tres décadas, desde la defensa de esa familia extendida mía que es la familia de la Tierra, he trabajado como ciudadana de este planeta por la formación de una Democracia de la Tierra. He procurado combinar el conocimiento con la acción; me he esforzado por conectar lo local con lo global. Trascendiendo las divisiones, estamos creando colectivamente nuevas posibilidades y generando un mundo de la postglobalización. Yo he optado por dedicar mis energías a la materialización de la Democracia de la Tierra en ámbitos vitales para la supervivencia. De ahí que me centre especialmente en las semillas, los alimentos y el agua. A través de esta Democracia de la Tierra en acción, reivindicamos las libertades y los derechos de todas las personas y de todos los seres. Con nuestras acciones diarias en aspectos cotidianos, estamos creando economías vivas, democracias vivas y culturas vivas. La diversidad, las alianzas, la cooperación y la persistencia son nuestros puntos fuertes. El servicio, el apoyo y la solidaridad son nuestros medios. La justicia, la libertad humana, la dignidad y la supervivencia ecológica son nuestros fines. Reclamamos la recuperación de un mundo que se halla al borde del precipicio. Emprendemos la acción no desde la arrogancia y la certeza, sino con humildad e incertidumbre. Lo que importa es lo que damos y no nuestro éxito personal. Pero en ese ejercicio altruista de dar, también vamos obteniendo victorias. Y gracias a esas acciones cotidianas, vamos retejiendo la red de la vida.

EL BIJA SWARAJ: LA REIVINDICACIÓN DE LA DEMOCRACIA DEL CONJUNTO DE LA VIDA

El 8 de marzo de 2005, Día Internacional de la Mujer, y tras diez años de batalla legal ante la Oficina Europea de Patentes, obtuvimos una importante victoria en un caso de biopiratería. El Departamento de Agricultura de Estados Unidos y W. R. Grace alegaron conjuntamente haber

«inventado» el empleo del árbol del cinamomo o acederaque (*Azadirachta indica*) en el control de plagas y enfermedades en la agricultura. Basándose en tal alegación, la Oficina Europea de Patentes les concedió inicialmente la patente número 436257.

El cinamomo o *azad darakht* (acederaque), según su nombre persa, que podríamos traducir como «árbol libre», se utiliza como pesticida y medicamento natural en la India desde hace más de dos mil años. En respuesta a la catástrofe de la fábrica de pesticidas de Union Carbide en Bhopal, en 1984, yo misma había puesto en marcha una campaña con el lema: «No más Bhopales, plantemos un cinamomo». Una década más tarde nos hallábamos ante el contrasentido de que, puesto que W. R. Grace reclamaba haber inventado ese uso para el acederaque, el «árbol libre» ya no nos iba a poder resultar libre y gratuitamente accesible, así que nos propusimos hacer frente a aquella biopiratería del cinamomo y conseguimos que unas 100.000 personas se unieran a nuestra campaña. El éxito llegaría una década más tarde: la Oficina Europea de Patentes revocó la patente en cuestión.

Nuestro éxito a la hora de derrotar las pretensiones del gobierno y las grandes empresas estadounidenses sobre los conocimientos y la biodiversidad tradicionales se produjo gracias a la combinación de la investigación con la acción y con nuestra movilización y construcción de movimientos a nivel local. Tres mujeres colaborando por medio de la solidaridad global —Magda Aelvoet, ex presidenta del grupo de los Verdes en el Parlamento Europeo; Linda Bullard, presidenta de la Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Orgánica (IFOAM), y yo misma— estuvimos pendientes del caso durante más de una década sin perder la esperanza. Nuestro abogado, el doctor Dolder, profesor de propiedad intelectual en la Universidad de Basilea, se esforzó al máximo sin esperar los suculentos honorarios típicos de los abogados de patentes.

La victoria del cinamomo pone de manifiesto la importancia de uno de los elementos más perniciosos de las actuales reglas de la globalización: el acuerdo de la OMC sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio. Los ADPIC permiten a las grandes compañías globales patentar cualquier cosa: formas de vida, semillas, plantas, medicinas y hasta el saber tradicional. Las patentes han de satisfacer supuestamente los tres criterios siguientes: que sean una novedad, que no sean obvias y que sean de utilidad. La «novedad» obliga a que el invento no forme parte de un «arte previo» o de un conocimiento existente, y la «no obviedad» significa que nadie familiarizado con el arte en

cuestión daría el mismo paso. Pues bien, la mayoría de patentes obtenidas a partir de la apropiación de conocimientos indígenas vulneran esos criterios, ya que van desde la piratería directa hasta los retoques menores de pasos o medidas evidentes para cualquiera con formación o entrenamiento en las técnicas y las disciplinas implicadas. Como toda patente supone un derecho exclusivo concedido en virtud de una invención, las patentes sobre la vida y el saber tradicional resultan doblemente dañinas y empeoran aún más las cosas. Se trata de patentes que no se basan en invento alguno, sino que simplemente sirven como instrumentos para impedir que las personas pobres satisfagan por sí mismas sus propias necesidades y para utilizar la propia biodiversidad y los propios conocimientos de éstas.

Las patentes de semillas no sólo hacen posible la formación de monopolios de semillas modificadas genéticamente, sino que permiten el patentado de variedades y propiedades tradicionales usadas por los agricultores desde hace milenios. Los casos del arroz y del trigo ilustran bien a las claras esta biopiratería.

LA BIOPIRATERÍA DEL BASMATI

El subcontinente indio es el mayor productor y exportador de arroz aromático superfino: el basmati. La India cultiva anualmente 650.000 toneladas de basmati, que cubre entre el 10 y el 15% de la superficie de terreno cultivada con arroz en el país. El arroz basmati y el de las demás variedades se exporta a más de ochenta países de todo el mundo. Las exportaciones de basmati sumaron 488.700 toneladas y ascendieron a un montante total de 280 millones de dólares. Las exportaciones de otras variedades de arroz en 1996-1997 alcanzaron los 1,9 millones de toneladas por un valor total de 450 millones de dólares. Los principales importadores del basmati indio son Oriente Medio (65%), Europa (20%) y Estados Unidos (entre un 10 y 15%). Dado el precio de 850 dólares por tonelada al que se paga en la Unión Europea, frente a los 700 del basmati paquistaní y los 500 del arroz fragante tailandés, el basmati indio es el arroz más caro de los que importa la Unión Europea.¹

Que el basmati se cultiva desde hace siglos en el subcontinente indio está corroborado en multitud de textos antiguos, en el folclore y en la

1. Research Foundation for Science, Technology and Ecology, *Basmati Biopiracy*, Delhi, RFSTE, 1999. pág. 1.

poesía. Una de las referencias más tempranas del basmati se encuentra en la famosa epopeya *Heer Ranjha*, escrita por el poeta Varis Shah en 1766.² Esta variedad de arroz, dotada de un perfume natural, ha sido muy apreciada y celosamente guardada por los nobles, además de ávidamente codiciada por los extranjeros. Ha evolucionado a lo largo de siglos de observación, experimentación y selección por parte de los agricultores, que han desarrollado numerosas variedades de ese arroz para adaptarlo a diversas condiciones ecológicas, necesidades culinarias y gustos. Existen veintisiete variedades documentadas de basmati que se cultivan hoy en la India. Si a alguien cabe atribuir las cualidades superiores del basmati, debe ser a los agricultores y las agricultoras del subcontinente.

Pero el 2 de septiembre de 1997, RiceTec, una compañía originaria de Texas, obtuvo la concesión de la patente número 5663484 sobre las líneas y los granos del arroz basmati. La patente de ese «invento» era excepcionalmente amplia, ya que contenía la atribución de veinte derechos de propiedad intelectual distintos. Concretamente, abarcaba las líneas genéticas del basmati e incluía genes de variedades desarrolladas por los propios agricultores, que quedaban así cubiertas automáticamente por la misma patente, por lo que permitía a RiceTec cobrar regalías a los cultivadores tradicionales de arroces desarrollados por ellos mismos y por sus antepasados.

La variedad específica de RiceTec, que esta empresa comercializa con marcas como Kasmati, Texmati y Jasmati, posee las mismas cualidades —grano largo, aroma característico, elevado rendimiento y planta semienana— que nuestras variedades indias tradicionales. El arroz de RiceTec, pues, ha sido básicamente derivado del basmati; no puede ser presentado como «novedoso» y, por consiguiente, no debería ser patentable. Por eso, tras una campaña de cuatro años de duración, conseguimos que se anularan la mayoría de derechos de patente de RiceTec sobre el basmati.

MONSANTO Y LA BIOPIRATERÍA DEL TRIGO INDIO

El trigo forma parte integral de la vida de la mayoría de indios e indias. Desde hace miles de años, constituye el principal cultivo de varias regiones del país. La India es el segundo productor mundial de trigo (73,5

2. Universidad Agrícola Chaudhary Charan Singh, Hissar (Haryana).

millones de toneladas) después de China. En ella se cultivan 25 millones de hectáreas de este cereal. Además de constituir el alimento básico de la mayoría de indios, el trigo está estrechamente vinculado a numerosas ceremonias y festividades religiosas. Cada variedad tradicional tiene su significación religiosa o cultural particular. Son diversas las variedades de trigo, las formas de preparar el cereal en los rituales y las propiedades medicinales y terapéuticas que aparecen documentadas en los antiguos textos y escritos indios.

En la patente que registró en su momento en la Oficina Europea de Patentes Monsanto alegaba haber «inventado» plantas de trigo derivadas de una variedad tradicional india y haber obtenido de ellas una serie de productos novedosos gracias a la blandura de ese trigo, típica también del trigo indio tradicional. La patente afirmaba concretamente que Monsanto derivó sus plantas de una serie de variedades de trigo indio tradicional conocidas como Nap Hal. Lo cierto es que no existe ningún trigo indio tradicional que se llame así. En hindi, esa palabra significaría «do que no da fruto», lo cual sería un nombre muy apropiado para las semillas *terminator* de la propia Monsanto. Parece obvio que «Nap Hal» es una forma distorsionada de escribir «Nepal», dado que fue de las inmediaciones con la frontera nepalí de donde se recogieron aquellas variedades iniciales de trigo.

En febrero de 2004, la RFSTE y Greenpeace presentaron una apelación legal contra Monsanto por biopiratería. En septiembre de ese mismo año, la patente fue revocada. Estas victorias no significan que podamos dar ya por concluido nuestro trabajo. Las grandes empresas continúan patentando formas de vida y pirateando pedazos del saber tradicional. Tampoco cesan de imponer a numerosos países una legislación injusta e inmoral en materia de semillas y patentes.

Las nuevas leyes sobre el derecho de propiedad intelectual (DPI) están creando monopolios sobre las semillas y los recursos genéticos de las plantas. Se están redefiniendo, por ejemplo, libertades tan básicas de los agricultores como las de guardar e intercambiar semillas. Son numerosos los ejemplos de cómo las leyes sobre semillas aprobadas en diversos países y la introducción de diversos y variados DPI están impidiendo a los agricultores llevar a cabo su propia producción de semillas. Uno de ellos es el de Josef Albrecht, un agricultor orgánico alemán. Albrecht no estaba satisfecho con la semilla disponible en el mercado, así que estudió y desarrolló sus propias variedades ecológicas de trigo. Pero cuando, posteriormente, diez agricultores orgánicos de localidades pró-

ximas utilizaron algunas de sus semillas, Albrecht fue multado por el gobierno alemán por haber comerciado con simiente no certificada. De momento, ha recurrido tanto la penalización impuesta como la ley alemana sobre semillas por considerar que restringe el libre ejercicio de su ocupación como agricultor orgánico.

En Escocia, existe un gran número de agricultores y agricultoras que cultivan patata de siembra y la venden como simiente a otros colegas de profesión. Hasta principios de la década de los 1990, podían vender libremente el material reproductivo a otros cultivadores de patatas de siembra, a los comerciantes o a los agricultores en general. Pero a principios de la pasada década, los dueños de los derechos de cría de esa planta ilegalizaron la venta de patatas de siembra de unos agricultores a otros. La industria de la simiente empezó entonces a especificar de qué variedades quería la cosecha y a qué precio la recompraría, y prohibió a los cultivadores su venta a terceras personas o instituciones. Éstos no tardaron en ver reducidos tanto la superficie cultivada como los precios. En 1994, la patata de siembra que se compraba a los cultivadores escoceses era vendida por el doble de precio a los agricultores ingleses, pero unos y otros no podían tener trato directo alguno entre sí. Los plantadores de patata de siembra firmaron una petición contra el oligopsonio del que eran objeto por parte de unas pocas compañías y decidieron vender por su cuenta simiente no certificada directamente a los agricultores ingleses. La industria semillera alegó que aquel comercio directo de simiente de patata no certificada entre agricultores le estaba suponiendo unas pérdidas de 4 millones de libras en ventas. En febrero de 1995, la British Society for Plant Breeders (Sociedad Británica de Fitomejoradores) decidió promover una demanda judicial rodeada de una gran publicidad contra un agricultor que se había dedicado a esa venta de simiente. En la sentencia, éste fue obligado a pagar 30.000 libras como compensación por el importe de las regalías perdidas. Por lo tanto, la legislación vigente tanto en el Reino Unido como en la Unión Europea impide a los agricultores el intercambio de simiente no certificada y el de otras variedades protegidas.

El intercambio de semillas entre agricultores también ha sido ilegalizado en Estados Unidos. Durante muchos años, buena parte de los ingresos obtenidos por Dennis y Becky Winterboer de su explotación agrícola de 500 acres de superficie procedió de la venta al por menor de sus cosechas a otros agricultores para que éstos las utilizaran como simiente. Asgrow (una compañía comercial que disfruta de una protección especial para sus semillas de soja por ser consideradas de una variedad específica)

demandó a los Winterboer alegando que estaban vulnerando sus derechos de propiedad. Los Winterboer argumentaron que ellos habían actuado dentro de la ley, ya que, según la Ley de Variedad Vegetal, los granjeros tenían derecho a vender simiente siempre que el comprador y el vendedor fueran agricultores. Aquello motivó que, posteriormente, en 1994, se introdujeran enmiendas en dicha ley para eliminar el derecho de los agricultores a guardar e intercambiar semillas y con objeto de facilitar a la industria semillera un monopolio absoluto sobre la simiente vegetal.

La Orden Iraquí 81, promulgada y firmada el 26 de abril de 2004 por Paul Bremmer, impone las patentes sobre plantas y semillas a los agricultores de aquel país.³ En 2002, la FAO calculaba que el 97% de ellos usaba simiente guardada de anteriores cosechas. Con la nueva legislación, la reserva de semillas será ilegal.

Leyes parecidas se han introducido en la India. El país entero está siendo objeto de engaño cuando se le induce a creer que la Ley de Semillas de 2004 era necesaria para garantizar la calidad de la simiente. Lo cierto es que el testado y la certificación de las semillas eran requisitos ya contemplados en la ley de 1966. Lo que sucedió, simplemente, fue que el Banco Mundial presionó a la India para que instaurara una nueva política en materia de semillas con la que se procediera a dismantelar nuestro sólido sistema público de suministro de simiente, que proveía el 20% de las semillas utilizadas por los agricultores del país. Pese a las protestas que esto levantó, el gobierno introdujo cláusulas de enmienda referentes a las patentes sobre la vida y sobre las semillas en nuestra ley de patentes, y, simultáneamente, impulsó la ya mencionada Ley de Semillas de 2004, que, en la práctica, impide a los agricultores emplear las variedades tradicionales. Todas estas leyes podrían acabar instaurando una auténtica dictadura de la semilla, destruyendo para siempre la biodiversidad de nuestra simiente y de nuestros cultivos y despojando a los agricultores de todas sus libertades.

El 80% de toda la simiente que se usa en la India sigue siendo de la reservada por los propios agricultores. Las variedades autóctonas de éstos constituyen la base de nuestra seguridad ecológica y alimentaria. Los cultivadores costeros han desarrollado variedades resistentes a la sal. Los agricultores de Bihar y Bengala han desarrollado otras que resisten bien

3. <http://www.iraqcoalition.org/regulations/20040426_CPAORD_81_Patents_Law.pdf>.

las inundaciones; las desarrolladas por los del Rajastán y el Deccan son resistentes a la sequía y las de los campesinos del Himalaya lo son a las heladas. Legumbres, mijos, oleaginosas, arroces, trigos y hortalizas proporcionan la diversificada base de nuestra salud y de nuestra seguridad nutricional. La Ley de Semillas se ceba en las variedades diversas de cultivos de los agricultores autóctonos. De hecho, está diseñada para «cercar» la economía libre de las mismas. En cuanto el registro obligatorio de variedades sembradas ilegalice la plantación de aquellas para las que no se disponga de licencia y destruya, así, el suministro de semillas del que se nutren los agricultores, éstos se verán abocados a depender de las semillas patentadas que son monopolio de las grandes empresas. La Ley de Semillas está, pues, al servicio de las mencionadas enmiendas a la Ley de Patentes, que han servido, a su vez, para introducir las patentes sobre semillas en el país.

Cuando entre las empresas y los gobiernos se establece un nexo íntimo de unión, la no cooperación y la desobediencia civil son el único medio de defensa de nuestra libertad. Desde 1994, habíamos advertido que si se introducían las patentes en materia de semillas, nos veríamos forzados a desobedecer. Así que, del mismo modo que Gandhi emprendió su marcha hacia Dandi para incumplir las Leyes de la Sal de los británicos, nosotros hemos iniciado una *bija satyagraha* (una campaña de desobediencia civil contra las patentes de semillas). Un gran número de agricultores y de agricultoras se ofrecieron a entregar notas de aviso en delegaciones de todos los distritos del país y son ya más de 5 millones de cultivadores y campesinos los que han prometido continuar guardando e intercambiando semillas y desobedecer cualquier ley que les prohíba hacerlo.

EL ANNA SWARAJ (LA DEMOCRACIA DE LOS ALIMENTOS)

El sistema alimentario globalizado, controlado e impulsado por las grandes compañías agroindustriales, está generando una crisis cuádruple. Para empezar, se está produciendo una crisis de no sostenibilidad, debida a la sobreexplotación del suelo y del agua, a la destrucción de la biodiversidad y a la extensión de la polución tóxica provocada por los pesticidas y los fertilizantes químicos. La segunda es la crisis de los pequeños agricultores y productores. La tercera es la crisis del hambre, ya que a 1.000 millones de personas se les niega la parte que les corresponde de

la producción de alimentos de la Tierra. La cuarta es la crisis de la obesidad, de la que otros 1.000 millones de personas son víctimas y por la que 400.000 mueren anualmente de enfermedades relacionadas. Estas cuatro dimensiones de nuestra actual crisis alimentaria son ocasionadas, en realidad, por la industrialización de la producción de alimentos y por la globalización de su distribución. Se trata de una crisis que es simultáneamente ecológica, económica, cultural y política.

La humanidad lleva 10.000 años influyendo en la ecología de nuestro planeta. En el último medio siglo se ha experimentado con una agricultura industrial no sostenible, química, intensiva en agua y en capital. La globalización empresarial está llevándonos a un fascismo alimentario que amenaza la libertad de los agricultores y de los consumidores, y que destruye los cimientos ecológicos, económicos y culturales de la alimentación y de la agricultura.

Pero la ofensiva de las grandes empresas, ávidas por extraer superbeneficios de cada eslabón de la cadena alimentaria —desde las semillas hasta la producción, pasando por el procesado y la distribución—, está topando con la resistencia de una serie de nuevos movimientos de defensa de la democracia y la soberanía alimentarias. El *bija swaraj* (la democracia de las semillas) es el primer eslabón de ese movimiento por la libertad en la cadena alimentaria. El *anna swaraj* (la democracia de los alimentos) se está formando actualmente tanto en el plano de la producción como en el del consumo. La democracia alimentaria está evolucionando desde el nivel local hacia el global. Las nuevas formas de solidaridad y de confluencia de intereses están reabriendo espacios para la libertad alimentaria, están resquebrajando los muros de la dictadura que las grandes empresas han creado utilizando a la OMC, al Banco Mundial y a los gobiernos nacionales.

La democracia y la soberanía alimentarias abordan todas las dimensiones de la crisis. Si recuperamos el control sobre nuestros sistemas alimentarios, podremos producir más comida utilizando menos recursos, podremos mejorar los ingresos de los agricultores y fortalecer sus medios de vida y, al mismo tiempo, podremos solucionar el problema del hambre y de la obesidad. El futuro no está del todo claro, pero hay algo de lo que sí estamos seguros: es posible una agricultura mejor que la que nos ofrecen las grandes compañías privadas.

LA LEGISLACIÓN DEL FASCISMO ALIMENTARIO

Con la industrialización y la globalización de los alimentos, la seguridad alimentaria se está convirtiendo en un tema de preocupación creciente. A escala global, a medida que la globalización extiende la cría intensiva y la agricultura industrial, surgen nuevas enfermedades y variedades más virulentas de viejas patologías. Las enfermedades, las epidemias y los riesgos alimentarios son consecuencia de procesos de producción basados en insumos y procedimientos peligrosos.

Las tecnologías de la producción alimentaria han experimentado dos generaciones de cambio durante las últimas décadas. La primera transición fue la que resultó de la introducción de los productos químicos en agricultura bajo el estandarte de la Revolución verde. Las mismas sustancias químicas tóxicas empleadas con fines bélicos pasaron a ser entonces usadas en agricultura en tiempo de paz en forma de fertilizantes y pesticidas sintéticos. La agricultura y la producción de alimentos se volvieron así dependientes de unas auténticas «armas de destrucción masiva». La catástrofe de Bhopal, en la que miles de personas murieron a consecuencia de una fuga en una planta de producción de pesticidas en 1984 (y que ha matado a casi 30.000 personas desde entonces), es el más trágico recordatorio de lo supeditada que ha pasado a estar la agricultura a unas tecnologías de guerra diseñadas para matar.

La ingeniería genética introducirá nuevos riesgos alimentarios. En el Reino Unido, se descubrió que más de 2 millones de vacas estaban infectadas con encefalopatía espongiforme bovina (EEB), la llamada «enfermedad de las vacas locas». Pues bien, en agosto de 2002, el número de fallecimientos debidos a la variante de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob (vECJ) —equivalente humana de la EEB— había llegado ya a los 133. La fiebre porcina descubierta en Asia provocó el sacrificio de millones de cerdos. Una cepa de nueva aparición del virus Nipah acabó con la vida de 100 trabajadores de granjas porcinas, infectó a otros 150 con una encefalitis no mortal y obligó a matar a un millón de cerdos para controlar la enfermedad. La gripe aviar ha provocado ya muertes humanas y el sacrificio de millones de patos y pollos. La epidemia se ha extendido a diez países. La enfermedad ha dado incluso el salto de pollos a humanos y ha acabado con la vida de ocho personas en Vietnam y Tailandia. Aun así, la legislación que se ha venido implantando en respuesta a los nuevos peligros alimentarios se ha ajustado fundamentalmente al objetivo de promover la producción globalizada a gran escala y de actuar contra los ali-

mentos locales. Esas mismas metas son las que forman la base del Acuerdo Sanitario y Fitosanitario amparado por la OMC.

En la India, en agosto de 1998, alegando motivos de seguridad alimentaria, se introdujo una nueva regulación para el envasado de los aceites comestibles por la que se prohibía tanto el aceite de mostaza como la venta de todo aceite para la alimentación humana sin envasar. Esta ley, unida a la eliminación de restricciones a las importaciones impuesta por la OMC, hizo que los mercados indios se inundaran de aceite producido con soja modificada genéticamente. La India ha usado a lo largo de su historia el coco, el cacahuete, la linaza, la mostaza, el girasol y el sésamo como fuentes de aceites comestibles. La principal consecuencia de la eliminación de las restricciones a las importaciones fue la destrucción de la biodiversidad de nuestras oleaginosas y de la diversidad de nuestros aceites comestibles y de nuestras culturas alimentarias. También ha supuesto la destrucción de la democracia económica y la libertad (también económica) de producir aceites localmente, conforme a los recursos localmente disponibles y a la cultura alimentaria localmente apropiada. El elevado contenido oleoso de las oleaginosas autóctonas permite que puedan ser procesadas a escala doméstica o comunitaria por medio de tecnologías ecológicamente respetuosas, descentralizadas y democráticas.

Pero el proceso de fabricación del aceite a partir de la soja está íntegramente controlado por las grandes compañías. Monsanto controla la simiente gracias a sus patentes y a su participación mayoritaria en el accionariado de las compañías semilleras. Cargill, Continental y otros gigantes comerciales controlan el comercio y el prensado de esta legumbre a nivel internacional. Dado el escaso contenido en aceite de la soja, su extracción obliga a realizar un difícil procesado que resulta insalubre y dañino para el medio ambiente.

El aceite de mostaza y de nuestras oleaginosas autóctonas en general simboliza la libertad de la naturaleza, de nuestros agricultores y agricultoras, y de nuestras diversas culturas alimentarias, así como los derechos de los consumidores pobres. El aceite de soja, por el contrario, simboliza la concentración de poder y la colonización de la naturaleza, de las culturas, de los agricultores y de los consumidores. La manipulación de los precios del aceite y las restricciones impuestas al procesado y a la venta de oleaginosas autóctonas obligan a los indios y a las indias a consumir aceite de soja, lo que refuerza aún más ese sistema de monocultivo y monopolio. En el futuro, y debido a las leyes sobre patentes, los pequeños agricultores se verán forzados a pagar regalías por la simiente y se hundirán aún más en la pobreza.

Siempre se nos ha presentado el libre comercio y la globalización económica como soluciones de libertad económica para todas las personas. Sin embargo, como bien muestra el caso de la crisis del aceite de mostaza y de las importaciones de soja, el llamado «libre comercio» está basado en la destrucción de la libertad económica de los pequeños productores y procesadores y de los consumidores pobres. Por otra parte, aunque la retórica del libre comercio aboga por la no intervención del Estado en la economía, la decisión de permitir la libre importación de soja y de aprobar la regulación sobre envasado revela claramente la importancia que el gobierno tiene como actor en la transferencia de la producción desde unos sistemas descentralizados a pequeña escala hasta otros sistemas centralizados a gran escala y bajo control monopolístico.

El Estado constituye, en realidad, la espina dorsal del orden del libre comercio. En lugar de regular las grandes empresas, les concede libertad y declara legales los pequeños productores y las culturas diversas. El tratamiento asimétrico que hace de los pequeños y de los grandes se hace también evidente en la regulación de la seguridad alimentaria. Mientras que el gobierno reaccionó de inmediato cuando prohibió el aceite de mostaza, aún no ha hecho nada por impedir el *dumping* de esta soja tóxica modificada por ingeniería genética. Los gobiernos de la India, de Estados Unidos y de todo el mundo se dedican a proteger (más que a castigar) las diversas adulteraciones cometidas por los actores globales.

Dada la situación, cuando realizamos un acto tan simple como adquirir unos aceites comestibles o cocinar nuestros propios alimentos, revivimos los más elevados conflictos políticos y económicos: libertad frente a esclavitud, democracia frente a dictadura o diversidad frente a monocultivo. ¿Se basará el futuro de la cultura india de los aceites comestibles en la mostaza y otras oleaginosas nutritivas o más bien se integrará sin más en el monocultivo globalizado de la soja con sus riesgos ocultos y ocultos?

La moratoria de la UE sobre los cultivos y alimentos modificados genéticamente (MG) representa la voluntad de su población de no ser aliada de la fuerza y constituye un indicador de lo que la Democracia de la Tierra puede conseguir. Europa suspendió por demanda popular en los procesos de aprobación de los cultivos MG que tenía en marcha. También logró las siguientes victorias:

— Se tuvieron en cuenta los efectos indirectos de la siembra de cultivos transgénicos resistentes a los herbicidas (TH) sobre la vida salvaje de los terre-

nos agrícolas. Así se impidió el cultivo comercial de remolacha azucarera/forrajera y colza oleaginosa MG TH, cuyas repercusiones dañinas para la vida salvaje de los campos agrícolas son ahora bien conocidas.

— Se introdujo la obligación de vigilar los efectos ocasionados en el medio ambiente y en los seres humanos, lo cual rebatía la «inexistencia de pruebas de daño alguno» que siempre ha mantenido la agroindustria.

— Se permitió a los consumidores optar por no consumir productos derivados de cultivos MG gracias a las nuevas leyes sobre etiquetado.

— Se exigió la «trazabilidad» de los alimentos MG. De ese modo, si se aprecia alguna consecuencia adversa de su uso o consumo, se podrá retirar rápida y fácilmente el producto del mercado. Desde la crisis de la EEB, la trazabilidad se ha convertido en una piedra angular de los sistemas europeos de seguridad alimentaria.

El 13 de mayo de 2003, Estados Unidos (junto a Canadá y a Argentina) recurrió la moratoria europea sobre cultivos y alimentos MG, y el dictamen final todavía está pendiente. Su queja se basaba en que la aplicación del principio de prevención en la decisión sobre los cultivos MG suponía una discriminación injusta contra los propios productos MG de Estados Unidos y de esos otros países. El planteamiento de ese mismo recurso ante la OMC ha servido de excusa para atacar nuevamente el mencionado principio de prevención que supuestamente incorpora la decisión europea.

Lo cierto es que las regulaciones de la UE tienen en cuenta los compromisos comerciales internacionales de la propia Unión y los requisitos recogidos en el Protocolo de Carragenia sobre Bioseguridad con respecto a las obligaciones de los importadores. El sistema regulador de la UE en cuanto a la autorización de los OMG está en perfecta concordancia con las normas de la OMC: es claro, transparente y no discriminatorio. No existe, pues, cuestión alguna que la OMC tenga que examinar al respecto.

De hecho, muchos países están estudiando la política de la UE como modelo sobre el que desarrollar las suyas. Estados Unidos teme que otras naciones adopten métodos de regulación de los OMG y de los alimentos y los piensos MG similares a los de la UE. Buen ejemplo de esto último es la legislación suiza sobre MG que entró en vigor el 1 de enero de 2004, que es más estricta que la de la propia UE en materia de responsabilidades y coexistencia. Se trata de una legislación que, basándose tanto en el principio de prevención como en el de que «quien contamina paga», pretende proteger la salud y la seguridad de los seres humanos, de los animales y del medio ambiente. También intenta mantener la diversidad

biológica y la fertilidad del terreno, además de permitir una auténtica libertad de elección para los consumidores.

Pero aun en plena vigencia de la moratoria de la UE sobre los OMG, se han producido ataques contra la soberanía alimentaria europea e intentos de instaurar leyes sobre seguridad alimentaria que ponen en peligro a los pequeños productores de alimentos tradicionales. Así, fue necesaria, por ejemplo, una campaña del movimiento Slow Food para forzar al gobierno italiano a enmendar una ley que habría obligado hasta al más pequeño fabricante de comida a conformarse a los estándares pseudohigiénicos que más convienen a las macrocompañías como Kraft Foods.

LEGISLACIÓN Y SEGURIDAD ALIMENTARIAS PARA LA DIVERSA ECONOMÍA ALIMENTARIA LOCAL DE LA INDIA

Los alimentos locales, naturales y cultivados y procesados orgánicamente no son como los alimentos procesados químicamente (que tampoco hay que confundir con los modificados genéticamente). Cada alimento tiene sus propios riesgos en materia de seguridad y precisa de leyes sobre seguridad y sistemas de gestión diferentes, de ahí que en Europa existan estándares distintos para los alimentos orgánicos, para los industriales y para los modificados genéticamente. Los estándares orgánicos son fijados por los movimientos orgánicos, mientras que los estándares de la ingeniería genética son establecidos a nivel de las instituciones comunitarias por medio de unas novedosas leyes alimentarias. Existe, además, un movimiento que aboga por la protección de la diversidad cultural de la comida a través de criterios alimentarios «únicos» y «típicos» que se está viendo anulado por la aplicación de estándares industriales de procesamiento de alimentos a una serie de productos alimentarios cultivados de forma local y no industrial. Los estándares aplicados a esta clase de alimentos deberían fundamentarse en la ciencia y el control comunitario autóctonos, y no en una «ciencia» industrial controlada por los gobiernos centrales y manipulada por gigantes de la alimentación como Cargill, ConAgra, Lever, Nestlé y Philip Morris, y por gigantes de la genética como Monsanto.

La India, como Europa, necesita leyes diferentes gobernadas desde niveles distintos para sus variados sistemas alimentarios, como serían:

— Una ley del procesamiento orgánico para el procesamiento de alimentos local, natural y a pequeña escala, gobernada por las *gramsabhas*, los *pan-*

chayats y las comunidades locales. (La *gramsabha* es la comunidad del pueblo reunida en pleno para tomar decisiones; *gram* significa «pueblo» y *sabha*, «congregación».) En las ciudades, esto mismo podría realizarse a través de licencias concedidas por asociaciones de bienestar vecinal, *panchayats* urbanos y gobiernos municipales. El control comunitario a través de la participación ciudadana constituye la auténtica garantía de seguridad.

— Una ley del procesamiento industrial. Existe ya una —la Ley de Prevención de la Adulteración de los Alimentos— que podría ser actualizada para dar cuenta de los nuevos riesgos alimentarios.

— Una ley específica para los alimentos MG que controle las importaciones, el etiquetado, la segregación y la «trazabilidad» (entre otras cosas) de los mismos. Ésta es la nueva ley que los consumidores necesitan y que debería ser redactada por el gobierno central, aun cuando los Estados y las comunidades locales deberían disponer también de amplio margen para introducir sus propios estándares más estrictos. Si una región quiere estar libre de OMG, debe tener derecho a hacerlo acogiéndose a los principios de la democracia descentralizada.

No podemos permitir que una legislación integrada en materia de seguridad alimentaria criminalice a todos los *dhabawalas* y vendedores de los puestos callejeros. Una legislación así no hará más que otorgar un poder desmedido a los otorgadores de licencias y a los inspectores, y establecerá un fascismo alimentario regido por una mafia al servicio de las grandes compañías globales. Destruirá nuestra libertad, nuestra seguridad y nuestra diversidad alimentarias, así como nuestros medios de vida. El 99% de los alimentos de la India se procesan localmente para su venta y su consumo también locales. Nuestra ciencia de los alimentos se basa en el Ayurveda, no en la ciencia reduccionista que ha pretendido dar marchamo de seguros a unos alimentos malsanos. El gobierno central no debería intentar otorgar las licencias de todos y cada uno de los *dhabas* de la India.* Estos locales no son focos por los que se introduzcan la obesidad, la diabetes, el cáncer ni las enfermedades cardíacas en nuestra sociedad, sino todo lo contrario: aportan *dal* y *roti* saludables y asequibles a millones de trabajadores y trabajadoras.

Cada sistema alimentario necesita su nivel de gestión de seguridad. Es del todo inadecuado agrupar todas las clases de alimentos —orgáni-

* Un *dhaba* es un pequeño puesto o restaurante de carretera, típico del norte de la India, en el que se sirven platos de la cocina local. (N. del t.)

cos, industriales, OMG— en una única categoría. El modo en el que el alimento es procesado determina su calidad, su nutrición y su seguridad. El pan procesado a nivel doméstico no es igual que el pan industrial. No son «productos similares», por emplear la terminología de la OMC, sino diferentes en cuanto a su contenido ecológico y a su impacto sobre la salud pública. Un pollo de cría intensiva no es igual que un pollo criado en semilibertad: ni en cuanto al bienestar del animal ni en lo que se refiere a la calidad y a la seguridad del alimento. El maíz MG no es como el maíz orgánico. El primero contiene marcadores de resistencia a los antibióticos, virus utilizados como promotores y genes para la producción de toxinas. La regulación del maíz Bt en materia de seguridad requiere de sistemas distintos a los de la regulación del maíz orgánico, del mismo modo que la cría intensiva precisa de procesos regulatorios diferentes a los de los pollos en semilibertad.

Los diversos procesos de producción y sus productos necesitan una legislación y una ciencia apropiadas a cada uno de ellos. El procesado químico requiere de laboratorios y de técnicos en química; los OMG necesitan leyes sobre identificación genética; los procesos orgánicos precisan de una ciencia y un control comunitario autóctonos. La respuesta del gobierno a la contaminación del aceite de mostaza descubierta en 1998 consistió en exigir que hasta la última *ghani* (prensa de aceite) contara con un laboratorio y un químico y pudiera envasar su propio producto. Aquella fue una medida inapropiada para la escala y el método de producción en cuestión. De ahí que, como consecuencia, tuvieran que clausurarse un millón de *ghanis* y que 20.000 pequeños procesadores de aceite acabaran convertidos en delincuentes por una ley inadecuada que abrió las compuertas para la posterior inundación de aceite de soja importado. No podemos consentir que la destrucción provocada por una legislación dictada en aras de una «pseudoseguridad» se reproduzca en otros sectores de nuestra economía y de nuestra cultura alimentarias autóctonas.

No podemos reemplazar unos sistemas seguros por otros que no lo son mediante unas leyes y unas normas manipuladas al servicio de la agroindustria, y dejar que propaguen libremente riesgos alimentarios y enfermedades, ni permitir que destruyan nuestra diversidad de alimentos y los sustituyan por otros de tipo industrial poco saludables y portadores de riesgos. No tenemos por qué desregular el comercio global y regular en exceso la producción doméstica. Lo que sí necesitamos es regular los productos químicos y los OMG por medio de unas estructuras centralizadas, y, al mismo tiempo, regular los sistemas alimentarios locales y do-

mésticos a través de procesos participativos locales, democráticos y descentralizados.

La legislación sobre regulación alimentaria unificada propuesta por el gobierno indio estipula que la Autoridad Alimentaria que se cree tendrá en cuenta los estándares internacionales. Sin embargo, en el caso de los organismos modificados genéticamente, no existen tales estándares, sino solamente las leyes europeas en materia de alimentos novedosos y la desregulación absoluta que impera en Estados Unidos. La India debe confeccionar sus leyes conforme a sus condiciones y deben resultar apropiadas para el nivel y el contenido al que vayan destinadas. Una ley para todos los sistemas alimentarios a la vez será una ley que prime las organizaciones industriales y comerciales a gran escala y que discrimine y criminalice lo pequeño, lo local y lo diverso.

Nuestras cocinas y nuestros *dhabas*, nuestras industrias artesanales y domésticas, están siendo incluidas en la misma categoría que Nestlé, Car-gill, ConAgra y otros ingentes procesadores superindustriales. También se mezcla en la misma categoría el consumo local y doméstico (incluido el abastecimiento de comida «sin ánimo de lucro») y las importaciones de OMG peligrosos. No estamos, pues, ante un sistema actualizado y de base científica, sino ante uno ya obsoleto, basado en la coacción más cruda, que, propuesto por un Estado empresarial, se propone destruir el 99% de nuestro procesado autóctono de alimentos (y, con él, millones de fuentes de medios de vida y milenios de tradiciones gastronómicas diversas) con el único fin de que la agroindustria global pueda controlar toda nuestra economía alimentaria.

EL DERECHO A LA INFORMACIÓN

Coca-Cola y Pepsi se escudan actualmente tras la legislación sobre secretos comerciales para bloquear la revelación de los ingredientes de sus refrescos ante el Tribunal Superior del Rajastán. Union Carbide se escudó en su momento tras esa misma legislación cuando se negó a revelar la naturaleza de la fuga de gas en Bhopal y condenó a muerte, de ese modo, a miles de personas y provocó lesiones permanentes en millones más. La alimentación y la salud son demasiado importantes como para que se puedan sacrificar en nombre de la confidencialidad empresarial. El derecho a la información debe constituir la base de toda legislación sobre seguridad alimentaria.

Tenemos que aprender de los errores cometidos en materia de alimentación por los sistemas alimentarios industrializados (los mismos que crearon la enfermedad de las vacas locas y que han provocado una auténtica epidemia de obesidad y diabetes). Pero pese al peligro para la salud que comportan, estos sistemas no aparecen designados como «riesgos alimentarios» en las actuales leyes sobre seguridad de la alimentación. Además, cualquier ley alimentaria verdaderamente moderna reconocería que nuestra descentralizada economía de los alimentos potencia la nutrición, la seguridad, la cultura y los medios de vida. Necesitamos leyes que protejan nuestras culturas alimentarias locales diversas de la cultura alimentaria industrial de Occidente (homogénea, centralizada y generadora de enfermedades). La diversidad biológica y cultural de nuestra comida pasa por unas sólidas economías alimentarias localizadas; nuestros hábiles e inteligentes procesos alimentarios son el futuro de la comida. No podemos permitir que una ley manipulada por los gigantes mundiales de la alimentación y promovida por burócratas sedientos de poder nos arrebatte nuestra libertad y nuestra soberanía alimentarias. No necesitamos unos estándares de pseudoseguridad que estén al servicio de las empresas globales y destruyan nuestra rica cultura de los alimentos. Lo que sí necesitamos son sistemas participativos y democráticos, impulsados por la propia sociedad, que enriquezcan nuestros sistemas alimentarios, promuevan la salud y la nutrición y garanticen la seguridad en materia de alimentación. Delhi riene que controlar a los Monsanto y a las Cargills, y no nuestros *dhabas* y nuestras cocinas. Que el Estado regule la agroindustria. Nosotros nos regularemos a nosotros mismos como comunidad y como sociedad civil que somos. No nos dominarán por medio de una legislación de fascismo alimentario. Nosotros y nosotras elaboraremos las leyes de nuestra libertad en materia de alimentación. Ésa es nuestra soberanía alimentaria. Ése es nuestro *anna swaraj*.

TERRA MADRE: CELEBRACIÓN DE LAS ECONOMÍAS VIVAS

En un mundo dominado por el miedo y la fragmentación, por la desesperanza y la tendencia a convertirnos en prescindibles, tuvo lugar en octubre de 2004 una mágica reunión de comunidades alimentarias diversas: Terra Madre. El escenario escogido fue Turín (Italia). Slow Food, el movimiento que ha convertido la cultura del cultivo y el consumo de una comida diversa, sana y de buena calidad en elemento central de transfor-

mación social, política y económica, congregó a 5.000 miembros de 1.200 comunidades alimentarias de 130 países distintos. A pesar de la diversidad y de las diferencias, todos y todas lograron conectar entre sí gracias a la Tierra (nuestra madre: Terra Madre), a la comida (el tejido fundamental de la vida) y a nuestra humanidad común (que iguala a un campesino con un príncipe).

Terra Madre fue un encuentro de pequeños productores que se niegan a desaparecer en un mundo cuya diversidad de especies y culturas, pequeños productores, economías locales y conocimientos autóctonos ha sido declarada inservible por la globalización. Los pequeños agricultores y las comunidades alimentarias locales no sólo se niegan a dejar de existir, sino que están decididos a configurar un futuro más allá de la globalización. Tal y como Giovanni Alemanno, ministro italiano de Agricultura y Silvicultura, declaró en su discurso de presentación de Terra Madre:

Lo verdaderamente original y revolucionario de Terra Madre es que, al seleccionar a las comunidades alimentarias que menos se prestan al procesado industrial —es decir, las que más destacan por la autenticidad y la calidad de sus productos—, trata de situar en un primer plano a los productores de alimentos a pequeña escala.

Durante las últimas décadas, la producción, el procesado y la distribución de alimentos han dejado de ser patrimonio de las mujeres y de los pequeños agricultores y productores, y están siendo monopolizados por gigantes empresariales globales como Cargill, Monsanto, Phillip Morris y Nestlé. En muchas partes, los pequeños agricultores están siendo desplazados y desarraigados por culpa de la competencia desleal de agroindustrias fuertemente subvencionadas. El movimiento antiglobalización se ha centrado en esa injusticia de las normas del comercio global, que están impulsando a numerosos agricultores y agricultoras al endeudamiento y al suicidio. En Terra Madre, los pequeños agricultores se congregaron con el fin no sólo de maldecir la oscuridad en que los deja la globalización empresarial, sino también de encender (y mantener encendidas) las luces de la pequeña producción descentralizada y biodiversa.

La vibrante energía de Terra Madre provenía de la resistencia y la adaptabilidad mostradas por los productores, que habían continuado guardando y compartiendo sus semillas diversas, viviendo sus culturas diversas, hablando sus lenguas diversas y gozando de sus tradiciones alimentarias diversas. Estaban allí presentes, entre otros, una comunidad

de productores de mangos secos, mujeres entomófagas de Ouagadougou (Burkina Faso) —es decir, mujeres que crían, procesan y venden insectos comestibles—, la comunidad Baobab de Atacora (Benin), cultivadores de albahaca, fabricantes de Liguria, pastores nómadas de la India y de Kirgbity, criadores de ovejas del Asia central y productores de arroz jazmín de Tailandia y de arroz basmati de la India (víctimas, tanto tailandeses como indios, de la biopiratería de RiceTec). El mundo de Terra Madre reflejaba el mundo de las personas reales, de una diversidad tan deslumbrante que la vista y el oído de los allí asistentes se daban un festín al tiempo que sus comunidades se hacían mutuamente partícipes (con orgullo, alegría y dignidad) de sus tradiciones en materia de agricultura y alimentación. Aquél no era el mundo de la OMC, donde sólo existe la agroindustria; donde «agrícola» significa eminentemente soja, maíz, arroz, trigo y canola; donde una única compañía (Monsanto) representa el 94% de los OMG mundiales, y donde la mayor parte de los alimentos cultivados no son consumidos por los humanos, sino por miles de millones de animales cautivos en granjas industriales de cría intensiva. En el mundo de Terra Madre, las pequeñas explotaciones producen más que las grandes granjas usando menos recursos; la biodiversidad protege la salud del suelo y la de las personas, y la calidad, el gusto y la nutrición (no el volumen de tóxicos ni los superbeneficios de las empresas agroindustriales) son los criterios en los que se basa la producción y el procesado.

La diversidad nos proporciona la base para dar la vuelta por completo a nuestros sistemas alimentarios: diversidad de cultivos, de productos alimenticios y de culturas. La diversidad supone tanto resistirse a los monocultivos como hallar una alternativa creativa a los mismos. Nuestra singularidad y nuestra variedad son nuestra fuerza, y ésta sólo puede debilitarse si nosotros mismos renunciamos a ellas.

UN PARADIGMA DE LA ALIMENTACIÓN DIFERENTE

Terra Madre supuso una oportunidad y una plataforma de expresión de un paradigma de la alimentación distinto. Durante la ceremonia inaugural, Carlo Petrini, fundador de Slow Food, llamó a todos y a todas a defender los derechos, el saber y la creatividad de los pequeños productores de todo el mundo. También nos instó a superar la distancia entre consumidor y productor. «Seamos todos coproductores», dijo. Consumir signifi-

ca destruir. De ahí que antaño se le llamara «consunción» a la tuberculosis. Con el acto de comer, sin embargo, participamos en la producción. Comiendo comida orgánica, hemos dicho «no» a las sustancias tóxicas y hemos dado nuestro apoyo al agricultor que cultiva ese tipo de alimentos. Rechazando los OMG, damos nuestro voto favorable a los derechos de los pequeños agricultores y al derecho de las personas en general a la información y a la salud. Comiendo productos locales, hemos restado poder y beneficios financieros a la agroindustria global y hemos fortalecido nuestra comunidad alimentaria local. Cuando comemos, somos, pues, coproductores, tanto porque nuestra relación con los pequeños productores es un eslabón crucial en la cadena de creación de un sistema alimentario sostenible, justo y saludable, como porque somos lo que comemos y, al elegir nuestros alimentos, elegimos también parte de lo que somos.

La industrialización y la globalización de nuestros sistemas alimentarios nos están dividiendo: entre Norte y Sur, entre productores y consumidores, entre ricos y pobres. El origen principal de nuestra separación y de nuestra división cabe hallarlo en el mito de la comida «barata»: el mito según el cual los sistemas alimentarios industriales producen más alimentos y, por consiguiente, resultan necesarios para poner fin a la pobreza. Sin embargo, las granjas y explotaciones agrícolas pequeñas arrojan un rendimiento más elevado que los grandes monocultivos industriales.

Tal y como el príncipe Carlos de Gran Bretaña recordó a los allí congregados durante la ceremonia de clausura:

Uno de los argumentos empleados por los «industriales agropecuarios» es que sólo la intensificación nos permitirá alimentar a una población mundial en expansión. Pero sin ni siquiera una inversión significativa (y, a menudo, frente a la desaprobación oficial), las prácticas orgánicas mejoradas han aumentado espectacularmente los rendimientos y la producción. Según un reciente estudio de la FAO, el rendimiento de los cultivos de patata en Bolivia pasó de 4 a 15 toneladas por hectárea. En Cuba, los rendimientos de los huertos urbanos orgánicos casi se han duplicado. En Etiopía, que veinte años atrás padeció una atroz hambruna, los rendimientos de los cultivos de batata pasaron de 6 a 30 toneladas por hectárea. En Kenia, los rendimientos de los maizales se incrementaron desde las 2,25 toneladas por hectárea hasta las 9 actuales. Y en Pakistán, los rendimientos de las plantaciones de mango han pasado de 7,5 a 22 toneladas por hectárea.

Durante la ceremonia inaugural, yo misma llamé la atención sobre el hecho de que los alimentos globalizados e industrializados no resultan baratos, sino que son demasiado costosos para la Tierra, para los agricultores y para nuestra salud. La Tierra ya no puede soportar más las cargas de la extracción de agua subterránea, la contaminación por pesticidas, la desaparición de especies y la desestabilización del clima. Los agricultores ya no pueden soportar más la carga de endeudamiento que es consecuencia inevitable de la cría y el cultivo intensivos de tipo industrial.

Los 30.000 suicidios de agricultores producidos en la India en el transcurso de un decenio son un síntoma de la honda crisis existente en el modelo dominante de explotación agropecuaria y de producción de alimentos. Este sistema niega actualmente el derecho a la comida y a la salud tanto a los 1.000 millones de personas que pasan hambre como a los otros 1.000 millones que padecen obesidad. Es incapaz de producir alimentos seguros, culturalmente apropiados, sabrosos y de calidad. Y es incapaz de producir comida suficiente para todos y todas porque malgasta terreno, agua y energía. La agricultura empresarial emplea diez veces más energía de la que produce y diez veces más agua que la agricultura ecológica. Resulta, pues, diez veces menos eficiente. Pero también es un mito su supuesta eficiencia medida en función de la mano de obra: todos los investigadores, productores de pesticidas, ingenieros genéticos, camioneros y soldados comprometidos en las guerras por el petróleo forman parte del sistema de producción industrial. Si se contara a todas las personas implicadas en esa producción alimentaria no sostenible, la eficiencia laboral de los alimentos industriales también sería inferior a la de los alimentos ecológicos. Cuando la agricultura se vuelve como la guerra y las armas de destrucción masiva ocupan el lugar de los insumos agrícolas endógenos, los alimentos se convierten en «no alimentos». El comercio basado en precios falsos y en un intercambio injusto no es comercio: es explotación.

La comida industrial es barata no porque sea eficiente —ni en términos de recursos ni en términos de eficiencia energética—, sino porque está sostenida por medio de subsidios y porque externaliza todos los costes (las guerras, las enfermedades, la destrucción medioambiental, la degeneración cultural, la desintegración social).

Terra Madre fue un homenaje a una agricultura honesta en la que los precios no engañan y en la que no se explota a la Tierra ni a quienes cuidan de ella. Terra Madre fue una celebración de nuestra práctica con unas economías vivas en las que coproducimos con la lombriz de tierra y con

la araña, con las micorrizas y los hongos. Estamos todos conectados en la red de la vida y son los alimentos los que tejen esa red. Como bien nos dice el antiguo *Taitreya Upanishad*, «todas las criaturas son producto de la comida. [...] Los seres nacen de la comida, viven de la comida cuando ya han nacido y, al morir, vuelven a fundirse con la comida».

En la India, estamos creando la democracia alimentaria a través de granjas en libertad, pueblos en libertad y zonas en libertad. Las granjas orgánicas, libres de productos químicos y tóxicos, y las zonas libres de semillas empresariales —libre, pues, de OMG— y patentadas están creando una democracia de la comida desde abajo contrapuesta a la dictadura alimentaria que opera desde arriba.

DEMOCRACIA ALIMENTARIA

Los principios de la democracia y la libertad alimentarias están siendo configurados por personas de culturas muy diversas, como queda patente en el «Manifiesto» de la Commission on the Future of Food (Comisión sobre el Futuro de la Alimentación) que yo misma copresido junto al presidente del gobierno regional de la Toscana (Italia). Tal y como reza el prólogo de dicho documento:

Este manifiesto pretende ser una síntesis del trabajo y las ideas propugnadas por centenares de organizaciones de todo el mundo y por millares de individuos que tratan activamente de invertir la alarmante tendencia actual hacia la industrialización y la globalización de la producción de alimentos.

Aunque el manifiesto incluye una crítica de la dirección presente hacia la que parecen encaminarse las cosas, su aspecto más importante es el de exponer una visión práctica y una serie de ideas y programas destinados a garantizar que los alimentos y la agricultura sean más sostenibles social y ecológicamente, y más accesibles, así como a situar la calidad y la seguridad de los alimentos, y la salud pública, por encima de los beneficios empresariales.

Esperamos que este manifiesto sirva de catalizador para unir y fortalecer al movimiento de defensa de la agricultura sostenible, la soberanía alimentaria, la biodiversidad y la diversidad agrícola, y que ayude con ello a aliviar el hambre y la pobreza a escala global.⁴

4. International Coalition on the Future of Food and Agriculture, *Manifesto on the Future of Food and Principles of Earth Democracy*, Cambridge (Massachusetts), South End Press, 2005, págs. 7-8.

En el manifiesto se detallan los retos y los objetivos de la que debería ser nuestra sociedad alimentaria futura y se subrayan ciertas «alternativas vivas a la agricultura industrial»:

En todos los continentes, las comunidades se están concienciando de los efectos devastadores de los sistemas alimentario y agrícola impulsados por las grandes empresas, sistemas que han convertido la agricultura en una industria extractiva y que han transformado la comida en un grave riesgo para la salud. Están surgiendo movimientos —muchos de ellos paralelos y vinculados a otros de allende sus fronteras nacionales— que están volviendo a tejer la red histórica de relaciones entre alimentos, agricultura y valores comunitarios. Estos movimientos están restaurando el lugar que les corresponde a la comida y a la producción de alimentos en la cultura y en la naturaleza, tras un periodo de devastador distanciamiento entre todas estas esferas, que no ha dejado de ser una aberración en la experiencia humana.

Aquí disponemos de espacio solamente para insinuar los avances logrados por estos movimientos durante las últimas décadas. El que muy pocos de estos cambios pudiesen haber sido previstos con antelación debería inducir a reflexión a quienes hoy sostienen que la agricultura industrial es el único modo posible de avanzar. El cambio —y muy rápido, por cierto— es posible. De hecho, está ya en marcha. Los siguientes son sólo algunos de los ámbitos donde las circunstancias están siendo rápidamente modificadas:

Democratización del acceso a la tierra

Aunque es sobradamente reconocido desde hace mucho tiempo que el acceso de la población pobre del mundo rural a terrenos de cultivo es un elemento clave para acabar con el hambre y la pobreza, muchos creían que esa clase de reforma era políticamente imposible. Ése era el caso, por ejemplo, de Brasil, donde menos del 2% de los terratenientes rurales poseían la mitad de los terrenos de cultivo (baldíos en su mayor parte) y donde incluso las pequeñas asambleas y concentraciones estaban prohibidas y las iniciativas de cambio obtenían la violencia como única respuesta. Hoy, sin embargo, ese país lidera el camino hacia la democratización del acceso a la tierra. Durante los últimos veinte años, el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) ha logrado establecer a un cuarto de millón de familias sin tierras en una superficie total de 15 millones de acres de terreno en casi todos los Estados brasileños. Aprovechando la inclusión de una cláusula en la nueva constitución federal que exige al gobierno la redistribución de la tierra no utilizada, el MST ha ejercido una

desobediencia civil disciplinada para lograr que se cumpliera ese mandato constitucional.

Las casi 3.000 nuevas comunidades locales del MST están creando miles de nuevos negocios y escuelas. Los beneficios de la reforma agraria se miden en la renta anual de los nuevos «colonos» del MST, que es casi cuatro veces superior al salario mínimo, mientras que el resto de trabajadores del campo que todavía carecen de tierras reciben, de media, sólo un 70% de ese salario mínimo. La mortalidad infantil entre las familias acogidas a la reforma ha caído hasta sólo la mitad de la media nacional. El coste estimado de crear un nuevo empleo en el sector comercial brasileño es entre dos y veinte veces superior al de establecer a una familia desempleada en una finca designada a través de la reforma agraria. La democratización del acceso a la tierra funciona.

Democratización del acceso al crédito

Los banqueros han considerado desde siempre que las personas pobres constituyen riesgos inaceptables para cualquier operación de crédito. Hoy en día, sin embargo, ese obstáculo se está desvaneciendo. En Bangladesh, dos décadas atrás, el Banco Grameen creó un sistema de crédito rural basado no en garantías hipotecarias, sino en la responsabilidad mutua entre miembros de pequeños grupos. El programa de préstamo de microcréditos de Grameen, concedidos a 2,5 millones de habitantes rurales pobres (la mayoría, mujeres), ya ha sido adoptado en cincuenta y ocho países. Con una tasa de reembolso muy superior a la de los bancos tradicionales, la democratización del acceso a recursos para la inversión se está demostrando perfectamente viable.

Reenlazar el campo con la ciudad y al consumidor con el cultivador

En todos los continentes, existen medidas prácticas en marcha destinadas a hacer viable la producción local para el consumo local. En Europa, Estados Unidos y otros países se llama a los consumidores a través de campañas diversas a «comprar lo local». Una de las innovaciones surgidas es la del movimiento de Agricultura con Apoyo Comunitario (AAC), por el que agricultores y consumidores vinculan y comparten riesgos gracias a que los segundos compran una «participación» al inicio de la temporada que les da derechos sobre el fruto del trabajo de los primeros. Los movimientos de AAC surgieron a mediados de la década de 1960 en Alemania, Suiza y Japón. Diecisiete años atrás, no existía ninguno en Estados Unidos; hoy hay más de 3.000 al servicio de decenas de miles de familias. El ejemplo estadounidense ha servido de inspiración para un movimiento de

AAC en el Reino Unido que ha conseguido apoyo de los gobiernos locales. Otros movimientos similares se han desarrollado simultáneamente en Japón y en otros países.

Otras iniciativas pujantes son los mercados (tanto urbanos como rurales) de agricultores, que, sólo en Estados Unidos, han experimentado un crecimiento del 79% en los últimos ocho años. Estos mercados han hecho posible que los agricultores locales vendan directamente a su clientela sin la participación de caros intermediarios. También se están extendiendo los pequeños huertos (desde los pequeños huertos familiares de cocina característicos de Kenia hasta los huertos escolares que permiten que los alumnos y las alumnas de numerosos centros educativos californianos cultiven los ingredientes de sus propias comidas).⁵

EL JAL SWARAJ (LA DEMOCRACIA DEL AGUA)

El agua es vida. Sin una democracia del agua, no puede haber una democracia viva.

La biosfera es biosfera precisamente porque es también una hidrosfera. El ciclo hidrológico del planeta es una democracia del agua —un sistema de distribución de agua para todas las especies, como las de las selvas ecuatoriales del Amazonas o las que viven en el desierto del Sahara—. La naturaleza no reparte el agua de manera *uniforme*, sino *equitativa*. La uniformidad significaría que cada rincón del planeta tendría el mismo patrón de precipitaciones de igual volumen y cantidad. Significaría que en todo el planeta crecerían las mismas plantas y encontraríamos las mismas especies. Pero el planeta genera y mantiene una diversidad, y ésta evoluciona debido a la variedad de regímenes hídricos existente. Aun así, dentro de cada ecosistema y de cada zona agroclimática, el agua está distribuida equitativamente: todas las especies reciben su parte. La naturaleza no discrimina entre las necesidades de un microbio y las de un mamífero, ni entre las de las plantas y las de los seres humanos. Y todas las personas de la especie humana tenemos las mismas necesidades de agua para nuestro sustento.

La globalización está socavando la democracia hídrica del planeta debido a la sobreexplotación de las aguas subterráneas, a la reconducción y la desviación de los ríos y a la privatización del abastecimiento público. Desde que escribí *Las guerras del agua*, los proyectos, las polí-

5. *Ibid.*, págs. 24-27.

ticas y los procesos de privatización y mercantilización del agua se han vuelto mucho más evidentes y los movimientos de defensa de la democracia del agua están mucho más extendidos. Yo escribí entonces sobre Coca-Cola, Pepsi y su saqueo de los recursos hídricos. Desde aquello, han surgido por toda la India movimientos de resistencia a ese robo del agua y a la venta de productos de esas compañías con sustancias tóxicas. Yo escribí entonces también sobre los embalses y las presas. Hoy hay nuevos planes de desviación de los ríos de la India dentro de un macroproyecto de conexiones fluviales al que la población está respondiendo con la creación y el desarrollo de nuevos movimientos de oposición. Yo escribí sobre las privatizaciones impulsadas por el Banco Mundial. En la actualidad, nos hallamos en pleno proceso de resistencia a la privatización de la red de abastecimiento público de agua de Delhi. Y las historias de lucha por la democracia del agua en la India se repiten en otras muchas partes del mundo. Tanto en los casos de extracción de agua subterránea a cargo de los gigantes de los refrescos de cola como en los de proyectos de desviación de ríos o de privatizaciones de servicios públicos urbanos, el secuestro empresarial del agua se ve facilitado por la aparición de unos Estados de corte igualmente empresarial, puesto que centralizan el poder, destruyen las estructuras federales y el tejido constitucional y usurpan y socavan derechos fundamentales de las comunidades.

Las luchas de la democracia del agua contra los gigantes empresariales se han convertido también, de ese modo, en luchas contra los Estados centralizadores. Sin ese control estatal centralizado, no es posible la privatización. El mercado ejerce su dominio a través de unos Estados coercitivos, antipopulares y poco democráticos. De ahí que tanto la Democracia de la Tierra como una de sus facetas, la democracia del agua, supongan al mismo tiempo una profundización de la democracia y una defensa de unas estructuras auténticamente democráticas, y supongan también simultáneamente una reclamación de los espacios y recursos comunales y de los derechos de la comunidad, y una defensa de los bienes y los servicios públicos.

MUJERES CONTRA COCA-COLA

Las mujeres de una pequeña aldea de Kerala consiguieron cerrar una fábrica de Coca-Cola. «Cuando bebes Coca-Cola, te estás bebiendo la

sangre de las personas», decía Mylamma, la mujer que inició el movimiento contra Coca-Cola en Plachimada.⁶

La planta embotelladora de Coca-Cola en Plachimada entró en servicio en marzo de 2000 con la misión de producir 1.224.000 botellas diarias de productos de esa compañía y con una licencia condicional del *panchayat* local para la instalación de una bomba de agua a motor. La empresa empezó, no obstante, a extraer ilegalmente millones de litros de agua limpia. Según la propia población local, Coca-Cola estaba extrayendo 1,5 millones de litros al día. El nivel freático empezó a descender y acabó cayendo desde los 45 hasta los 150 metros por debajo de la superficie del terreno. Los representantes tribales y agrícolas se quejaban de que el almacenaje y el abastecimiento de agua se estaban viendo seriamente afectados por culpa de la instalación indiscriminada de pozos de barrena para el aprovechamiento del agua subterránea, con las graves repercusiones que eso suponía para los cultivos y las cosechas. Los pozos también amenazaban las fuentes tradicionales de agua potable, los estanques y los depósitos, así como los canales y las vías navegables. Cuando la compañía se negó a acceder a entregar los datos solicitados por el *panchayat*, se le hizo entrega de una orden de exposición de motivos y se le canceló la licencia. Coca-Cola trató infructuosamente de sobornar al presidente del *panchayat*, A. Krishnan, con 300 millones de rupias.

Pero Coca-Cola no sólo robaba el agua de la comunidad local, sino que también contaminaba la que no se llevaba. La empresa depositó material de desecho en el exterior de la planta y éste, durante la estación lluviosa, se filtró a los arrozales, los canales y los pozos, con lo que provocó graves riesgos para la salud. Como consecuencia de ese vertido, se secaron 260 pozos de barrena que habían sido acondicionados por las autoridades públicas para el abastecimiento de agua potable y para uso de las instalaciones agrícolas. Coca-Cola también bombeó aguas residuales hacia los pozos de perforación ya secos situados dentro del recinto de la factoría. En 2003, la máxima autoridad médica del distrito informó a la población de Plachimada de que su agua no era apta para el consumo. Las mujeres, que ya sabían que su agua era tóxica, se vieron obligadas a recorrer varios kilómetros a pie para conseguir agua. Coca-Cola había creado una situación de escasez de agua en una región de gran abundancia hídrica.

6. Women and Water Conference, celebrada en el Valle del Doon (Himalaya) en febrero de 2004.

Pero las mujeres de Plachimada no estaban dispuestas a permitir semejante hidropiratería. En 2002, empezaron una *dharna* (una sentada) ante las puertas de la fábrica de Coca-Cola. Yo misma me uní a ellas el Día de la Tierra de 2003, coincidiendo con el primer aniversario de su revuelta. El 21 de septiembre de ese mismo año, una enorme manifestación hizo entrega de un ultimátum a Coca-Cola. Y en enero de 2004, con motivo de la celebración de una Conferencia Mundial del Agua, activistas globales como José Bové y Maude Barlow coincidieron en Plachimada para mostrar su apoyo a las activistas locales. Un movimiento iniciado por mujeres adivasis* del lugar había logrado desatar una ola nacional y global de energía popular en su apoyo.

El *panchayat* local hizo uso de sus derechos constitucionales para querrellarse contra Coca-Cola. El de Perumatty también presentó una demanda por atentado contra el interés público ante el Tribunal Superior de Kerala, que falló a favor de las reivindicaciones de las mujeres. En una orden emitida el 16 de diciembre de 2003, el juez Balakrishnana Nair obligó a Coca-Cola a poner fin al pirateo del agua. En el texto del juez Nair se podía leer lo siguiente:

La doctrina del fideicomiso público descansa fundamentalmente sobre el principio de que ciertos recursos, como el aire, el mar, las aguas y los bosques, tienen tal importancia para el conjunto de las personas que resultaría del todo injustificado hacerlos susceptibles de convertirse en propiedad privada. Siendo los mencionados recursos un don de la naturaleza, deberían hallarse a libre disposición de todo el mundo con independencia de su estatus en la vida. Esa doctrina impone al gobierno la obligación de proteger los recursos para el disfrute del público en general frente a su uso como propiedad privada o para fines comerciales.

Nuestro sistema legal —basado en el derecho consuetudinario inglés— incluye esa doctrina del fideicomiso público como parte de su jurisprudencia. El Estado es el fideicomisario de todos los recursos naturales, que son, por naturaleza, para el uso y el disfrute públicos. El público general es el beneficiario de las costas, de las corrientes de agua, del aire, de los bosques y de los terrenos ecológicamente frágiles. El Estado,

* Los adivasis (a los que, en otras partes de este libro, se hace referencia con el término de pueblos tribales) son descendientes de una parte de los habitantes indígenas de la India sometidos por las invasiones arias del segundo milenio antes de Cristo. Por ese motivo, han constituido siempre una casta inferior, si bien actualmente están reconocidos en la propia Constitución del país como destinatarios potenciales de ciertas políticas de discriminación positiva. (N. del T.)

como fideicomisario, tiene el deber legal de proteger los recursos naturales. Estos recursos, destinados al uso público, no pueden ser convertidos en propiedad privada.⁷

El 17 de febrero de 2004, el Primer ministro de Kerala, presionado por el creciente movimiento y por una crisis de agua agravada por la sequía reinante, ordenó el cierre de la planta de Coca-Cola. La victoria del movimiento en Plachimada fue el resultado de la creación de amplias alianzas y del uso de múltiples estrategias. El movimiento local de mujeres de Plachimada activó el reconocimiento jurídico de los derechos comunitarios de las personas sobre el agua, además de incitar la creación de nuevos movimientos contra las ochenta y siete fábricas de Coca-Cola y de Pepsi restantes en las que se continúan diezmado y contaminando las reservas de agua.

LA DECLARACIÓN DE PLACHIMADA

El agua es la base de la vida; es el don de la naturaleza; pertenece a todos los seres vivos de la Tierra.

El agua no es propiedad privada. Es un recurso común para el sustento de todos y todas.

El del agua es el derecho humano fundamental. Como tal, ha de ser conservado, protegido y administrado. Es deber fundamental nuestro, también, evitar la escasez y la contaminación del agua, y preservarla así durante generaciones.

El agua no es una mercancía. Debemos oponernos a todo intento criminal de mercantilizar, privatizar y «empresarializar» el agua. Sólo así podremos garantizar el derecho fundamental e inalienable al agua de las personas de todo el mundo.

La política hídrica debería formularse partiendo de este análisis de la situación.

El derecho a conservar, usar y administrar el agua recae plenamente en la comunidad local y constituye la base central de la democracia del agua. Todo intento de reducir o negar ese derecho supone un delito.

La producción y la comercialización de los productos venenosos de las compañías Pepsi y Coca-Cola provocan una destrucción y una contaminación completas y ponen en peligro la existencia de las comunidades locales.

7. Fallo del magistrado del Tribunal Superior de Justicia de Kerala, Su Señoría Bala-Krishnan Nair, martes, 16 de diciembre de 2003, WP(C) n° 34292 de 2003 (G), pág. 23.

La resistencia que se ha movilizado en Plachimada, Puduchery y en otros lugares del mundo es el símbolo de nuestra valiente lucha contra las diabólicas mafias empresariales que piratean nuestra agua.

Nosotros y nosotras, que en este momento nos hallamos en pleno campo de batalla, solidarizándonos con las activas que han expresado en Plachimada su oposición a las torturas de las horribles fuerzas comerciales, exhortamos a todo el mundo a boicotear los productos de Coca-Cola y Pepsi Cola.

Coca-Cola-Pepsi Cola, «Quit India» («¡Fuera de la India!»)

Plachimada sirvió para infundir nuevos bríos a la resistencia local en todo el mundo. En mayo de 2004, grupos procedentes de diversos rincones de la India y unidos en su lucha contra las extracciones abusivas de agua se reunieron en Delhi para coordinar sus acciones dentro de la campaña Coca-Cola-Pepsi Quit India («Coca-Cola-Pepsi, ¡fuera de la India!»).

Cada fábrica de esas dos compañías es una Plachimada en ciernes. Coca-Cola instaló una factoría en Kaladere, Jaipur (la capital del Rajastán), en 1999. El nivel freático del agua ha descendido desde entonces y ha pasado de estar a 12 metros de profundidad a estar a 37,5, secando pozos y bombas manuales de extracción en el proceso. Las protestas contra Coca-Cola no han dejado de crecer en la zona. Incluso un eminente gandhiano como Siddharaj Dodda fue detenido por participar en una marcha pacífica que reivindicaba el cierre de la planta. En una sentencia en respuesta a una demanda por vulneración del interés público, el Tribunal Superior del Rajastán ordenó a los gigantes de las bebidas de cola la interrupción de sus ventas por negarse a revelar los ingredientes de sus productos. Coca-Cola y Pepsi recurrieron el fallo emitido por dicha instancia judicial ante el Tribunal Supremo de la India. Éste volvió a fallar en contra de ambos gigantes de la industria de los refrescos y ordenó que revelaran la información solicitada en la sentencia del tribunal del Rajastán. Recientemente, además, el Center for Public Interest Litigation (Centro sobre Litigación en Materias de Interés Público), a través de su abogado Prashant Bhushan, ha presentado una petición ante los tribunales para que éstos insten a las empresas a revelar toda la información sobre los ingredientes de sus productos alegando los riesgos de toxicidad que presentan.

El 2 de diciembre de 2004, vigésimo aniversario de la tragedia de Bhopal, se celebró una importante conferencia titulada «Destoxificación» en la que se pusieron claramente al descubierto las conexiones entre la fuga tóxica acaecida en la fábrica de pesticidas de Union Carbide en

1984, la propagación continuada de toxinas en la agricultura a través de los pesticidas, los herbicidas y los OMG, y la presencia de esas mismas toxinas en los refrescos que venden Coca-Cola y Pepsi, cuya eficacia como pesticidas ha sido ya demostrada por los propios agricultores.

En Mehdiganj, una localidad rural a 20 kilómetros de la ciudad santa de Benarés, los lugareños también protestan contra su planta local de Coca-Cola. Allí, el nivel freático ha caído unos 12 metros y los campos que rodean la fábrica están contaminados. El 10 de mayo de 2003, tuvo lugar una manifestación de unas cien personas; Jagrupa Devi, una mujer anciana, tuvo que ir al hospital con lesiones en la cabeza que le habían producido una abundante hemorragia. El 10 de septiembre de 2003, fueron quinientas las personas que asistieron a la protesta; catorce de ellas resultaron heridas de diversa consideración aquel día y setenta y seis fueron detenidas. En octubre de 2003, se presentó una demanda contra Coca-Cola por robo del agua del pueblo. El 20 de enero de 2005, miles de personas bloquearon los accesos a plantas productoras de Coca-Cola y Pepsi de toda la India y entregaron peticiones a sus responsables administrativos instándoles a detener el robo del agua. Centenares de colegios y universidades se han declarado «zonas libres de Coca-Cola y Pepsi» a lo largo de estos meses.

A la hora de construir la Democracia de la Tierra, el primer paso consiste en emprender acciones por la propia libertad. Los derechos emanan precisamente de esa toma de responsabilidades. La libertad crece cuando se vive libre.

CREACIÓN DE UNA DEMOCRACIA DEL AGUA EN DELHI

Delhi, capital de la India, ha vivido sostenida durante siglos por el río Yamuna. Sant Vallabhacharya, poeta del siglo XVI, escribió una loa al Yamuna, el *Yamunastakam*:

Ante ti me inclino gozoso, Yamuna, fuente de todas las capacidades espirituales.

Profusamente bendecida has sido con innumerables arenas relucientes al contacto con los pies de loto de Krishna.

Tus aguas tienen el delicioso aroma de las fragancias de las flores frescas de los bosques frescos que florecen en tus riberas.

Eres portadora de la belleza de Krishna, padre de Cupido, que es alabado por dioses y demonios.

Corres ladera abajo desde la montaña de Kalinda, tus aguas brillantes de espuma blanca.

Ansiosa de amor prosigues alborotada tu camino, alzándote y dejándote caer de nuevo entre las rocas.

Tus agitados y ondulantes movimientos crean cantos melodiosos; tal parece que te transporte un balanceante palanquín de amor.

Gloria a Yamuna, hija del Sol, que hace crecer el amor por Krishna.

Tú has descendido para purificar la tierra.

Loros, pavos reales, cisnes y otras aves te sirven con sus variados cánticos, como si fueran tus queridas amigas.

Tus ondas parecen brazos repletos de hermosas pulseras y tus riberas, bellas caderas decoradas con arena a modo de adornos tachonados de perlas.

Ante ti me inclino, cuarta amada de Krishna.

Te adornan incontables cualidades elogiadas por Siva, Brahma y otros dioses.⁸

Dos décadas de industrialización han convertido el Yamuna en una cloaca tóxica. En vez de poner freno a la polución, el Banco Mundial, aprovechándose de la escasez creada por ésta, forzó al gobierno de Delhi a privatizar su red de abastecimiento de agua y a obtener ese preciado bien del embalse de Tehri, en el Ganges, a cientos de kilómetros de distancia. Una planta de tratamiento privatizada, cuya construcción le hubiera costado en principio 1.000 millones de rupias al erario público, ha acabado costando 7.000 millones.

La privatización de la red de aguas de Delhi ha estado centrada en torno a la entrada en funcionamiento de la planta de tratamiento de Sonia Vihar. La planta, inaugurada el 21 de junio de 2002, y cuyo coste y capacidad previstos son 1.800 millones de rupias y 635 millones de litros diarios, respectivamente, se construyó a partir de un contrato de construcción-operación-transferencia (BOT) con una validez de diez años. El contrato entre la junta de aguas de Delhi (la Delhi Jal Board) y la compañía francesa Ondeo Degremont (filial de Suez Lyonnaise des Eaux Water Division, la gigante mundial del sector hídrico) está supuestamente destinado a proporcionar agua de boca segura para toda la ciudad.

8. Sureshwar D. Sinha, *Quenching Delhi's Thirst Locally: Rejuvenating the Yamuna and Reviving Local Water Sources*, Delhi, RSTF, agosto de 2003, pág. 37.

El agua de la planta de Suez-Degremont en Delhi procederá del embalse de Tehri, desde donde se canalizará a través del Canal del Alto Ganges hasta Muradnagar, en el Uttar Pradesh occidental, y desde ahí a través de una conducción gigante hasta Delhi. El Canal del Alto Ganges, cuyo punto de inicio está en Haridwar y que transporta la sagrada agua de ese río hasta Kanpur a través de Muradnagar, es la principal fuente de regadío de toda la región.

De hecho, Suez no está aportando inversión privada del exterior, sino que se está apropiando de inversiones públicas. Los acuerdos público-privados de colaboración constituyen, en realidad, una apropiación privada de fondos estatales. Pero, con todo, los costes más elevados no son los financieros, sino los sociales y los ecológicos.

El Ganges está siendo transformado de río de vida en río de muerte por culpa de las consecuencias ecológicas de las presas, los embalses y las desviaciones. Está previsto que la presa del embalse de Tehri, en el Himalaya exterior (en el distrito de Tehri-Garhwal, en Uttaranchal), se convierta en la quinta más alta del mundo. Si se finaliza la obra, tendrá una altura de 260.5 metros y generará un embalse que se extenderá por un área de 45 kilómetros cuadrados en lo que actualmente son terrenos de los valles de Bhagirathi y Bhilangana. Bajo el embalse quedarán sumergidas 4.200 hectáreas de tierra llana extraordinariamente fértil de los mencionados valles sin que la región se beneficie de ello en lo más mínimo.

Por otra parte, se trata de un área proclive a los terremotos; de hecho, la enorme presa de Tehri se halla enclavada en las inmediaciones de una falla sísmica. Entre 1816 y 1991, la región de Garhwal sufrió diecisiete terremotos. Además, ha habido otros seísmos recientes como los de Uttarkashi en 1991 y Chamoli en 1998. La Comisión Internacional de Grandes Presas ha declarado «sumamente arriesgado» el emplazamiento del embalse.

Si la presa cede por culpa de un seísmo —o por cualquier otro accidente, como un corrimiento de tierras—, la devastación que provocará será inimaginable. Toda esa enorme reserva de agua se vaciará en 22 minutos. En apenas una hora, Rishikesh estará sumergida bajo 260 metros de agua. En 23 minutos más, Haridwar será la que esté cubierta por 232 metros de agua. Bijnor, Meerut, Hapur y Bulandshahar estarán bajo el agua en otras 12 horas.⁹ La presa es potencialmente peligrosa para amplias

⁹ Shekhar Singh y Pramit Banerjee, *Large Dams in India: Environment, Social and Economic Impacts*, Nueva Delhi, Indian Institute of Public Administration, 2002, pág. 18.

zonas del noroeste de la India; una gran área de la llanura del Ganges podría quedar totalmente devastada de ese modo.¹⁰

Actualmente, ya se observa que las islas de limo ascienden a un ritmo más rápido que el del agua retenida. Se calcula que la vida del embalse no superaría los treinta años debido a la elevada sedimentación. El embalse de Tehri retendrá limo, no agua, y generará inundaciones en lugar de impedir las.

Las desviaciones también auguran efectos catastróficos. La desaparición del Ganges en el momento álgido del verano de 2003 fue un experimento —una auténtica vivisección de nuestros ríos vivos, de nuestras culturas vivas— llevado a cabo con la supuesta intención de limpiar los *ghats** de Haridwar, pero pensado en realidad para probar cuánta violencia es capaz de tolerar nuestra sociedad mientras presencia en silencio su propia destrucción. Los habitantes de Uttaranchal, Uttar Pradesh y Delhi pueden dar la vuelta a este experimento violento y abusivo, y revertir la actual conversión del alma de nuestros ríos en una mercancía empresarial más para convertirla en una experiencia destinada a garantizar la justicia y la sostenibilidad del agua.

La población de Tehri ya no podrá ser nunca compensada por el desarraigo de sus vidas. Las mujeres continúan allí sentadas, en una *dharna*, negándose a moverse de allí; no lo hicieron ni siquiera cuando contratistas pagados por el gobierno derribaron sus casas para forzar a los habitantes a irse. Todos los proyectos de construcción de infraestructuras hídricas locales en la zona de captación de la presa han sido finalmente cancelados con la excusa de que el gobierno no tiene dinero y porque hay que aprovechar hasta la última gota del Ganges para ese embalse. Se dice que ya se han suicidado un centenar de mujeres en el área de Pratap Nagar por falta de agua, pese a que el Ganges fluye por debajo mismo de sus pueblos. Como declaró una mujer, «el Ganges, que era nuestra madre, se ha convertido en nuestra tumba». La privatización del agua niega a las comunidades locales sus derechos hídricos y su acceso al agua.

El 1 de diciembre de 2004, se incrementaron las tarifas del agua en Delhi. Aunque el gobierno afirmó que el aumento era necesario para recuperar costes operativos y de mantenimiento, se trataba de una subida diez veces superior a la estrictamente obligada para el funcionamiento

10. Vandana Shiva y K. Jalees, *Ganga: Common Heritage or Private Commodity*, Delhi, RFSSTE, 2004.

* Un *ghat* es un término indio con el que se hace referencia a un pasaje o escalera que desciende hasta un río. (N. del t.)

del sistema de abastecimiento hídrico de la ciudad. El motivo real del incremento debe buscarse en la necesidad de preparar el camino para la privatización de la red de aguas de Delhi y de garantizar superbeneficios para los operadores privados. El aumento de tarifas *previo* a la privatización forma parte del juego de herramientas característico del Banco Mundial. En preparación de una privatización total, la «sociedad público-privada» de turno incrementa las tarifas de los servicios públicos para apoyar así una «operación comercial» (es decir, para garantizar unos márgenes de beneficio). Mientras el gobierno aumenta las tarifas se pueden ir introduciendo ya unos contratos de gestión y servicio. Pero ese aumento no es una decisión democrática ni basada en necesidades reales. Es simplemente una imposición del Banco Mundial: la Delhi Jal Board (la junta de aguas municipal) cita un estudio sobre la privatización realizado por Price Waterhouse Cooper bajo el auspicio del propio Banco Mundial, además de un documento técnico de este último sobre la política de precios del agua, como justificación del mencionado incremento de tarifas.¹¹

El presupuesto operativo y de mantenimiento de la red de aguas de Delhi es de 3.440 millones de rupias. La empresa de servicio público ha recuperado sólo 2.700 millones debido a pérdidas no financieras como escapes y robos. Según los datos expuestos en una conferencia sobre «sociedades público-privadas», con la participación pública y comunitaria para impedir los escapes y los robos se podrían recuperar 5.000 millones de rupias adicionales, además de aumentar el suministro de agua disponible. Los 7.000-8.000 millones de rupias así recuperados suponen el doble de la cantidad de dinero necesaria para operar y mantener la red de aguas.

Pues bien, el actual aumento de tarifas permitirá incrementar la cantidad recuperada hasta los 30.000 millones de rupias, diez veces más de lo necesario, con lo que las grandes empresas que aguardan a hacerse con la red de aguas de Delhi se asegurarán una ganancia de más de 26.660 millones. La reestructuración de las tarifas incorpora un aumento adicional del 10%, que permitirá doblar las ganancias de los nuevos corsarios del agua en el plazo de siete años. Todos estos beneficios no se generan a partir de la provisión de mejores servicios, sino simplemente doblando la carga financiera que soportan los ciudadanos, especialmente los más pobres.

11. *World Bank Paper No. 386*, Banco Mundial, 1997.

También se producen cambios de categorías que ocultan significativos incrementos tarifarios. Los centros educativos y la agricultura han pasado a ser definidos como industria. Los *piaos*, puestos públicos y gratuitos de abastecimiento de agua que constituyen un elemento central de la cultura india del don del agua, también deben pagar ahora por esa agua. ¿Cómo se la podrán dar entonces sin más a las personas sedientas? Los crematorios, los templos, las residencias para personas discapacitadas y los orfanatos, que anteriormente pagaban 30 rupias, tendrán que pagar ahora miles. Estas instituciones sociales, siempre escasas de dinero, no pueden hacer frente a tales pagos. Las políticas impulsadas por el Banco Mundial afirman de forma explícita la necesidad de abandonar el valor social por el comercial. En esta cosmovisión radica el núcleo del conflicto entre la privatización y la democracia del agua.

Son múltiples los mitos de la privatización a los que se ha recurrido para justificar los incrementos de tarifas. El primero de tales mitos es el de la recuperación del coste total. La lógica de los corsarios es que hay que aumentar las tarifas del agua porque debe recuperarse el coste total del suministro. Ahora bien, si hablamos de los costes operativos, el aumento propuesto significa una «recuperación diez veces superior» al importe de los costes totales. Además, como ya hemos señalado, las compañías privadas no realizan inversiones, sino que éstas corren a cargo del público general (tanto las que el erario público realizó en su momento para tener la red de aguas de la que se dispone actualmente como el reembolso de los préstamos del Banco Mundial cuya aceptación conllevó la imposición de la privatización). Los operadores privados no han hecho inversión alguna, pero cosecharán 1 billón de rupias de las inversiones públicas. Así pues, cuando se tienen en cuenta los costes totales, ha sido el erario público el que ha sufragado las inversiones y es en manos públicas en las que tienen que quedarse las redes de aguas como bien común que son.

El segundo mito de la privatización del agua es el de que mejorará los servicios que reciben las personas pobres. El nuevo abastecimiento de Delhi desde Sonia Vihar irá a parar a las áreas ricas del sur de Delhi, no a los suburbios deprimidos. La afirmación de que los pobres recibirán 40 litros diarios gratuitos en concepto de «mínimo vital» también es falsa, ya que el nuevo esquema de tarifas recaudará una tasa mínima fija de 40 rupias incluso en las barriadas pobres en las que muchos domicilios no disponen de toma de agua.

Un tercer mito es que el aumento de tarifas redundará en un uso más reducido. Este mito es un corolario de otro que afirma que el derroche de

agua es consecuencia directa del hecho de que esa agua no tenga un precio de mercado. Las mujeres que recorren 15 kilómetros a pie en busca de agua no derrochan ni una gota, aun cuando no hayan obtenido su agua por medio de una transacción de mercado. Y la población rica puede malgastar agua pese al aumento de tarifas porque, comparado con sus ingresos, el incremento es insignificante. La privatización, pues; premia ese despilfarro. El proyecto de suministro de agua a urbanizaciones ricas durante las veinticuatro horas del día, todos los días de la semana, es una incitación al derroche. Un derroche que desvía el agua no sólo de los pobres de Delhi, sino también de otras regiones.

El continuo aumento de la demanda de agua de Delhi ya ha provocado importantes desvíos de agua proveniente de otras zonas. Delhi recibe actualmente 455 millones de litros procedentes del Ganges. Si a esta cifra le sumamos la demanda de 635 millones de litros adicionales que supone la nueva planta de Sonia Vihar, son 1.090 millones de litros diarios los que en este momento se desvían del Ganges. El enlace fluvial entre los ríos Sharda y Yamuna prevé desvíos adicionales de 3.000 millones de metros cúbicos del Ganges. Delhi también pide que se desvíen hacia ella 180 millones de litros diarios procedentes del embalse de Dhakra, en el Punjab. Y hacia la ciudad también se desviará agua del embalse de Renuka, en el río Giri (1.250 millones de litros diarios), y del de Keshau, en el río Tons (610 millones de litros diarios).

Todas estas desviaciones tendrán enormes costes ecológicos y sociales. El 13 de junio de 2005, cinco agricultores que protestaban contra el desvío de agua desde el embalse de Bisalpur hasta la ciudad de Jaipur (un proyecto del Banco Asiático de Desarrollo) recibieron disparos de bala. La megadesviación de agua para los ricos de Delhi podría desencadenar graves guerras del agua.

Construir una democracia del agua supone construir alianzas. Cuando apareció en la prensa el anuncio de la inauguración de la planta de Sonia Vihar, de Suez, el 2 de junio de 2002, yo empecé a ponerme en contacto con asociaciones de ciudadanos de Delhi y con movimientos populares de la cuenca del Ganges. Cada uno de esos grupos ayudó a dar forma a la lucha contra la privatización y el problema común de todos se convirtió en la clave de la resistencia. Se unieron los problemas de las 100.000 personas desplazadas por la construcción de la presa de Tehri, con los de los millones de fieles que consideran sagrado el río Ganges, con los de los agricultores que verán expropiadas sus tierras y su agua. Millones de ciudadanos y ciudadanas firmaron peticiones en las que se podía leer:

«Nuestra madre Ganges no está en venta». Organizamos un *jal swaraj yatra* (un viaje en defensa de la democracia del agua) entre el 15 y el 22 de marzo (Día Mundial del Agua). Realizamos esos *yatras* por el Ganges para renovar la cultura viva de ese río sagrado. Logramos llegar a un millón de personas; 150.000 estamparon su firma en un «río» de tela de 100 metros de longitud en señal de protesta contra la privatización. Los gobiernos de Uttaranchal (donde está ubicada la presa del Tehri) y Uttar Pradesh (desde donde estaba previsto desviar el agua) se negaron finalmente a suministrar agua a la planta de Suez en Delhi.

No necesitamos privatizaciones ni desviaciones fluviales para solucionar los problemas de agua de Delhi. Hemos mostrado cómo, con una distribución equitativa y combinando la conservación, el reciclaje y la disminución del uso, se pueden satisfacer localmente las necesidades hídricas de la ciudad. Lo que necesitamos es democracia y conservación. Las semillas del movimiento por la democracia del agua en Delhi están plantadas. Ahora nos toca nutrirlas bien para que sirvan para reivindicar el agua como un bien común y público.

DECLARACIÓN CIUDADANA SOBRE EL AUMENTO DE LAS TARIFAS DEL AGUA

Los ciudadanos de Delhi nos comprometemos a la conservación y al uso equitativo de nuestros escasos, aunque preciosos, recursos hídricos.

También nos comprometemos a la defensa de nuestro derecho fundamental al agua, que sólo puede ser protegido mediante un sistema público que trate el agua como bien igualmente público y como un servicio esencial. Nuestro derecho al agua impulsa nuestro compromiso con el mantenimiento de la red de aguas de Delhi dentro del dominio público.

Condenamos la subida injustificada y antidemocrática de tarifas anunciada por el gobierno de Delhi el 30 de noviembre de 2004, que supone la preparación de una inminente privatización del agua.

Los ciudadanos hemos propuesto diversos modelos de acuerdo de colaboración público-privada para reducir el despilfarro y los costes y para garantizar el suministro de agua segura, limpia y asequible para todos.

El aumento de tarifas llevado a cabo por la Delhi Jal Board siguiendo el dictado del Banco Mundial promoverá el derroche de los ricos al tiempo que supondrá una carga adicional para los pobres. Puede que esta clase de «racionalización» se ajuste a la racionalidad del Banco Mundial, que aboga por la privatización de hasta la última gota de agua, pero va en contra de nuestra cultura y de nuestros derechos constitucionales.

El gobierno y el Banco Mundial están allanando el camino para que las compañías multinacionales (CMN), como Suez, se hagan con el control de nuestra agua. El contrato de la planta de Sonia Vihar ha sido ya concedido a Suez-Degremont. Con este aumento tarifario, se está creando un rentable «mercado del agua» para las CMN.

Nuestra recién creada alianza de vecinos, organizaciones ecologistas, grupos religiosos, asociaciones de defensa de la salud y trabajadores del agua continuará trabajando creativa y constructivamente en defensa del principio del «agua para la vida, no como negocio». No permitiremos que secuestren nuestra agua. No toleraremos que se soslayen nuestros derechos democráticos. No dejaremos que se menoscabe nuestro derecho fundamental al agua.

A tal fin, el 1 de diciembre de 2004, creamos el Citizens Front for Water Democracy [Frente Ciudadano por la Democracia del Agua] como respuesta al anuncio de la subida de las tarifas.

LA RECANALIZACIÓN DE LOS RÍOS: EL PROYECTO SOÑADO POR LOS CORSARIOS DEL AGUA

Los ríos que fluyen libremente son precisamente libres y gratuitos en el sentido de que no necesitan inversiones de capital, de que no están cercados y de que sus aguas son accesibles a todo el mundo. Las aguas encerradas en presas y canales son aguas cautivas. Pueden ser privatizadas, comercializadas, compradas, vendidas y controladas por los poderosos. El ingente Proyecto de Conexión Fluvial de 200.000 millones de dólares, apoyado en parte por el Banco Mundial, es clave para la privatización del agua y para el cercamiento de los «ejidos» hídricos de la India.

El Proyecto de Conexión Fluvial se divide en dos amplios componentes principales: el del Himalaya y el peninsular. La parte del Himalaya consiste en catorce trasvases entre ríos que ascienden a un coste estimado total de 3,75 billones de rupias, mientras que la parte peninsular consiste en dieciséis trasvases con un coste estimado total de 1.85 billones de rupias.

EL COMPONENTE DEL HIMALAYA INCLUYE EL:

Trasvase Kosi-Mechi
Trasvase Kosi-Ghaghra
Trasvase Gandak-Ganges
Trasvase Ghaghra-Yamuna

Trasvase Sarda-Yamuna
Trasvase Yamuna-Rajastán
Trasvase Rajastán-Sabarnuti
Trasvase Chunar-presa del Sone
Trasvase presa del Sone-afluentes meridionales del Ganges
Trasvase Brahmaputra-Ganges (Manas-Sankosh Tista-Ganges)
Trasvase Brahmaputra-Ganges (Jogighopa Tista-Farakka)
Trasvase Farakka-Sunderbans
Trasvase Ganges-Damodar-Subernarekha
Trasvase Subernarekha-Mahanadi

EL COMPONENTE PENINSULAR INCLUYE EL:

Trasvase Mahanadi (Manibbadra)-Godavari (Dowlaiswaram)
Trasvase Godavari (Polavaram)-Krishna (Vijayawada)
Trasvase Godavari (Inchamaplli)-Krishna (Nagarjunasagar)
Trasvase Godavari (presa baja de Inchampalli)-Krishna (embalse de Nagarjunasagar)
Trasvase Krishna (Nagarjunasagar)-Pennar (Somasila)
Trasvase Krishna (Srisaïlam)-Pennar
Trasvase Krishna (Almati)-Pennar
Trasvase Pennar (Somasila)-Cauvery (Gran Anicut)
Trasvase Cauvery (Kattalai)-Vaigai (Gundar)
Trasvase Parbati-Kalishindh-Chambal
Trasvase Damanganga-Pinjal
Trasvase Par-Tapi-Narmada
Trasvase Ken-Betwa
Trasvase Pamba-Achankovil-Vaippar
Trasvase Netrreavati-Hemavati
Trasvase Bedti-Varda

La estimación más conservadora del coste total del proyecto (unos 5,6 billones de rupias) equivaldría a una cuarta parte de nuestro producto interior bruto (PIB), a dos veces y medio nuestra recaudación anual nacional de impuestos y al doble de nuestras actuales reservas de divisas. El coste de este proyecto, según el estudio económico realizado por el gobierno para el período 2001-2002, es más elevado que el ahorro interior bruto de la India y supera en 12.000 millones de dólares la deuda externa total del país.¹² ¿De dónde puede salir tal magnitud de capital?

12. Vandana Shiva y K. Jalees, *River Linking Project*, Delhi, RFSTE, 2004, pág. 1.

La única posibilidad es la de los fondos procedentes de fuentes internacionales. Pero esa financiación cargaría sobre cada habitante de la India una deuda de unos 112 dólares (el 20% de su renta media anual). Sólo los intereses que habría que abonar anualmente ascenderían a entre 200.000 y 300.000 millones de rupias, por no mencionar las dudas que toda esta operación plantea sobre cómo se reembolsaría este préstamo y qué avales o garantías harían falta para respaldarlo.¹³

Los préstamos externos de este calibre aumentarían también la vulnerabilidad de futuros gobiernos a las presiones financieras exteriores. La amenaza real estriba en que, una vez anunciado a bombo y platillo el inicio del proyecto y tras haber sido invertidos en él decenas de miles de millones, un gobierno futuro tenga sencillamente que abandonarlo ante la evidencia de sus repercusiones financieras, dejando una estela de miles de millones de metros cúbicos de tierra excavados y una cicatriz visible durante siglos sobre la faz del país. En un escenario así, no quedaría más alternativa que traspasar el proyecto a las grandes compañías multinacionales, con lo que también cambiaría de manos el conjunto de los recursos hídricos nacionales.

La Research Foundation ha estudiado la primera de esas conexiones fluviales, el trasvase Ken-Betwa, que está siendo financiado por el Banco Mundial. El proyecto de conexión entre los ríos Ken y Betwa incluye la construcción en el primero de ellos de una presa de 73 metros de altura en Bundelkhand, en la línea fronteriza entre los distritos de Chhattarpur y Panna, y la de un canal de 231 kilómetros de longitud que conectará ambos ríos. El 75% de los 20.000 millones de rupias de coste estimado del proyecto será extraído de los campesinos locales a través de las diversas tasas con las que gravarán su agua durante los próximos veinticinco años. Ése es el motivo por el que el gobierno está proponiendo que planten cultivos intensivos en agua: para incrementar la recaudación fiscal.¹⁴

Quedarán sumergidos 50 kilómetros cuadrados del Parque Nacional del Tigre de Panna por esta obra de interconexión. Dicho parque nacional, por el que cruza el curso del Ken, es el hábitat natural de diez especies en peligro de extinción recogidas en la Lista nº 1 de la Ley de 1972 de Protección de la Vida Salvaje. La conexión y el trasvase de agua afec-

13. *Ibid.*, pág. 2.

14. Vandana Shiva y Gunjan Mishra, *Ken-Betwa Link: A Social and Ecological Assessment*, Delhi, RFSTE, informe sin publicar, 2004, págs. 1-6.

tarán no sólo a estas especies animales, sino también a la vegetación, ya que habrá que talar cientos de miles de árboles.

En el proyecto se propone la construcción de un total de cinco presas, una en el curso del Ken y cuatro en el del Betwa, que comportarían el desalojo de dieciocho localidades. El proyecto estipula también que las cinco se construyan en áreas forestales protegidas. De hecho, las cuatro presas del Betwa acabarían sumergiendo 800 hectáreas de bosque.

El gobierno indio quiere trasvasar 1.000 millones de metros cúbicos de agua hacia el Betwa, pero los departamentos de regadíos de Uttar Pradesh y de Madhya Pradesh opinan que el Ken no lleva tanta agua. El propósito del gobierno es transferir agua de las zonas consideradas «excedentarias» a las deficitarias en agua, pero es irrealizable. Más aún, dado que el Ken no tiene excedente hídrico alguno y que el Betwa ya transporta suficiente agua, una y otra cuencas fluviales se verían afectadas respectivamente por sequías e inundaciones.

Puede que desde el punto de vista aritmético, el plan parezca pensado: se retira agua para su almacenamiento y luego se devuelve. Pero, en realidad, lo que este plan hace es retirar agua durante una sequía para devolverla durante una inundación, con lo que agrava ambas. El estudio realizado por la RFSTE muestra que, pese a que el empeño por llenar el canal del trasvase intensifica la sequía de cuarenta pueblos y aldeas (afectando a 75.000 hectáreas de terreno en el distrito de Banda) y las inundaciones de otros doscientos (causando la devastación de 400.000 hectáreas de tierra en el distrito de Hamirpur), será inevitable que ese mismo canal se seque durante los cuatro meses del estío. Con ello, se perderán para siempre especies únicas de peces, conocidas cada una de ellas en la India por el nombre del estanque o del lago en el que viven. Cinco mil pescadores de Chhattarpur y otros 15.000 de Tikamgarh, cuyo medio de vida depende de esas pesquerías, tendrán que hacer frente a severas hambrunas.

Gracias al movimiento por la democracia del agua en la región de Bundelkhand, el gobierno de Uttar Pradesh se ha negado a trasvasar el agua del Ken. La población de la cuenca de este río está decidida, además, a oponerse al proyecto de interconexión fluvial. Todos los pueblos y localidades de la cuenca han aprobado una resolución que declara el agua patrimonio comunal y que establece que los derechos de las comunidades tienen que constituir la base de cualquier plan o proyecto hídrico. El canal del trasvase Ken-Betwa atravesaría, además, zonas en las que el regadío tradicional existe desde hace quinientos años. Tikamgarh, por ejem-

plo, sería uno de los distritos que recibiría un nuevo canal de regadío, pero, gracias al sistema de estanques construido por los monarcas de las dinastías Chandel y Bundel, Tikamgarh ya es actualmente una de las áreas agrícolas mejor regadas de todo Bundelkhand.

El 23 de julio de 2003, organizamos un parlamento del agua en Orchha con el objetivo de poner en marcha una campaña de no cooperación contra el Proyecto de Conexión Fluvial. Toda la región se ha imbuido del espíritu de la democracia del agua. Como uno de los organizadores locales me dijo: «Destruyeron Irak con bombas, pero las patentes de semillas y la desviación de ríos son también bombas que acabarán destruyéndonos a nosotros. Por eso, debemos oponernos a ellas». Lejos de los focos de los medios de comunicación globales, muchas personas normales y corrientes están haciendo historia, no organizándose en una lucha armada contra un imperio brutal, sino simplemente autoorganizando sus vidas —sus recursos, sus culturas, sus economías— para derrotar al imperio dándole la espalda, rechazando sus instrumentos y su lógica, negándose a sus cadenas y a su dictadura.

La libertad renace en nuestros pueblos desde lo más hondo de la propia comunidad. Son las personas las que están llevando la antorcha de esa libertad en paz, en colaboración unas con otras. La fuerza militar no nos puede traer libertad. Nunca la ha traído.

CONCLUSIÓN

Durante un reciente debate, David Pearce, un economista del Banco Mundial que ha defendido la mercantilización de nuestra evanescente riqueza natural como modo de conservar recursos, admitió que la crisis ecológica es profunda y que cada vez lo es más. Pero no por ello dejó de promover la privatización del agua, la mercantilización de la vida y la globalización de la agricultura. «Los problemas a gran escala —dijo— precisan de soluciones a gran escala.»¹⁵

Sin embargo, como bien mostró Gandhi a lo largo de su vida y como hemos vivido de primera mano en la Democracia de la Tierra, las respuestas a pequeña escala resultan especialmente necesarias en momentos de dictadura y de dominio totalitario porque las estructuras y los proce-

dos a gran escala están bajo el control del poder dominante. Lo pequeño resulta poderoso cuando se trata de reconstruir las culturas y las democracias vivas porque son millones de personas las que pueden cantar victoria de ese modo. Lo grande es pequeño si se mide por la gama de alternativas realmente disponibles para las personas a esa escala. Lo pequeño es grande en lo que a la liberación de energías populares se refiere.

Gandhi no derrotó al Imperio Británico con cañones ni ejércitos equiparables a los de las fuerzas imperiales, sino con un pellizco de sal y una rueca. Cuando los británicos introdujeron las Leyes de la Sal para gravar ese condimento, los indios emprendimos la llamada Marcha Dandi, cogimos sal y dijimos: «La naturaleza nos la da gratis. La necesitamos para sobrevivir. Continuaremos fabricando nuestra propia sal. Desobedeceremos las leyes de la sal». Cuando la industria textil india estaba siendo destruida por los británicos, Gandhi no llamó a la industrialización del textil del país, sino que sacó una rueca y dijo: «Cualquier cosa que millones de personas puedan hacer juntas está cargada de poder». La rueca se convirtió en símbolo de ese poder.

Para nosotros, nuestras semillas, nuestros ríos y nuestros alimentos diarios son terrenos en los que reclamar nuestras libertades económicas, políticas y culturales porque son precisamente los ámbitos en los que el imperio empresarial está expandiéndose a costa de la vida. Somos plenamente conscientes de que crear economías vivas basadas en la autoorganización y democracias vivas basadas en el autogobierno exige el compromiso y el valor necesarios para desobedecer y oponerse a unas leyes injustas que ilegalizan el autogobierno, el autoabastecimiento y el sustento propio. La ilegalización de la reserva de semillas condena a los agricultores a una nueva esclavitud. Los contratos de privatización condenan a la población pobre a abastecerse de agua en el mercado. La legislación que destruye la producción y el procesado local de alimentos nos condena a todos al fascismo alimentario.

Si aceptamos estas leyes, estas estructuras y estas normas ilegales e ilegítimas, perderemos nuestra libertad: nuestras culturas y democracias vivas. Como Gandhi nos enseñó, sólo negándose a cooperar con leyes injustas e inmorales es posible recuperar la libertad. Luchar por la verdad —abrazando los principios de la desobediencia civil, la no violencia y la no cooperación— no es sólo un derecho que nos corresponde como ciudadanos y ciudadanas libres de unas sociedades igualmente libres, sino que es nuestro deber como ciudadanos de la Tierra.

15. David Pearce, «The Future of the Earth», European Academy of Otzenhausen, Alemania, marzo de 2005.

La globalización empresarial y el militarismo van de la mano. Y tanto la una como el otro se nos ofrecen (envueltos en abundante propaganda y en una guerra declarada contra la verdad) como fórmulas para nuestra seguridad. (Monsanto) también debe declararle la guerra a la verdad para vendernos semillas innecesarias y poco fiables que son producto de la ingeniería genética. Coca-Cola debe declararle la guerra a la verdad para robarnos el agua. El gobierno estadounidense debe declararle la guerra a la verdad para despojarnos de nuestras libertades civiles en nombre de su «seguridad nacional». El Banco Mundial debe declararle la guerra a la verdad para conducir a los países y a las personas pobres hacia el endeudamiento. El reciente nombramiento de Paul Wolfowitz como nuevo presidente del Banco Mundial sólo hace que poner más de manifiesto, si cabe, la agenda común que guía tanto la maquinaria de guerra económica como la imperial.

Mantenerse libres en un período en el que la esclavitud se nos vende con toda la parafernalia de las relaciones públicas y la propaganda supone extender también la *satyagraha* (la lucha por la verdad) a los instrumentos que colonizan nuestras mentes y nuestros pensamientos.

La Democracia de la Tierra ofrece nuevas libertades para actuar, pero también nuevas libertades para pensar, es decir, para concebir como «seguridad nacional» la de nuestro auténtico hogar natal, que es la Tierra. La libertad de pensamiento alcanza también a que recapitemos y nos demos cuenta de cuál es nuestra auténtica «seguridad»: la seguridad ecológica que nos proporciona la Tierra y la seguridad social que nosotros mismos creamos a través de la comunidad, a través de los sistemas públicos y a través de la riqueza compartida.

La Democracia de la Tierra cambia nuestra visión del mundo: de una dominada por los mercados, por lo militar, por las monoculturas y por el reduccionismo mecanicista, a otra de cocreación y coevolución pacíficas de seres diversos conectados a través de los lazos comunes de la vida.

Tanto la mercantilización de la vida a través de la economía de la escasez como el reino del terror que se impone a través de la política de la inseguridad, la separación y la desvinculación son utilizados con afán de dominación. La Democracia de la Tierra nos permite superar la escasez artificial y las inseguridades fabricadas y manipuladas porque nos hace apreciar y experimentar las conexiones, los vínculos. Empezamos así a ver de qué modo están interconectados las grandes empresas y los Estados empresariales, las guerras económicas y las militares, los beneficios de las compañías privadas y la pobreza de la población, la globalización

económica y el fundamentalismo religioso. También empezamos a descubrir los vínculos que nos unen a la Tierra y entre nosotros. Dejando al descubierto las conexiones de los poderes dominantes podemos desarrollar estrategias apropiadas para transformar democracias muertas en democracias vivas. Nuestra vinculación ecológica y social nos permite crear economías y culturas vivas al tiempo que construimos solidaridades que resquebrajan las alianzas de los poderosos. Cuando estamos atomizados, atrapados, divididos y ciegos a nuestros múltiples potenciales como ciudadanos y ciudadanas de la Tierra, somos pobres e inseguros y estamos lejos de ser libres. Pero disponemos del potencial para participar creativamente en la construcción de alternativas a estos sistemas diseñados para el control total y las ganancias ilimitadas.

La Democracia de la Tierra nos permite despojarnos de nuestras anteojeras, imaginar y crear otras posibilidades. El proyectado reinado de las empresas multinacionales no sólo anula nuestras libertades fundamentales, sino que también amenaza con aniquilar las condiciones mínimas necesarias para la vida de un gran número de seres humanos y de otras especies. En estos tiempos genocidas que nos ha tocado vivir, liberación significa, por encima de todo, conquistar la libertad de seguir vivos. En esta contienda épica de las fuerzas de la vida contra las de la «antivida», los movimientos de defensa de la justicia social y económica, de la sostenibilidad ecológica, de la paz, de la democracia y de las libertades culturales están aportando cada uno su diverso (aunque significativo) grano de arena. La dictadura ha dejado de ser parcial. Envuelve vidas económicas, políticas y culturales enteras en todas las sociedades y en todos los países. La libertad, pues, no puede ser tampoco defendida de manera parcial. La Democracia de la Tierra nos capacita para crear y defender nuestras libertades, indivisibles y diversas, al tiempo que luchamos por aquello que más particularmente nos apasiona. El imperialismo ha tenido siempre un alcance global. Los movimientos de hoy en día también alcanzan y abrazan a todo el planeta. Sólo acabamos de empezar a aprovechar nuestro potencial para la transformación y la liberación. Esto no es el fin de la historia, sino otro comienzo.

ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES

- Acuerdo sobre la Agricultura, *véase* OMC
- ADPIC (Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio), *véase* OMC
- Advent, L. K., 144
- Aelvoet, Magda, 174
- Afganistán, 135, 144
- África, agricultura y, 51, 69, 99, 148
- Agricultores, 45-49, 97, 102, 151-154
 globalización empresarial y, 133-134, 145-156, 194, 196
 Navdanya y los, 85-87, 114
 semillas y, 114-119, 178
 suicidios de, 145-147, 148, 150-151, 153, 194
- Agricultura con Apoyo Comunitario (AAC), 105, 197
- Agricultura y alimentos orgánicos, 50, 118, 177-178
 estándares de la/los, 186, 188
 frente a los industriales, 43, 127, 128-131, 188, 193
 Véase también Alimentos/alimentaria
- Agricultura, Departamento de (EE.UU.), 173
- Agricultura, Departamento de (India), 52
- Agua:
 cercamientos en los ríos, 33, 41, 53, 212-216
 Coca-Cola y el, 167, 199, 199-204
 democracia del, 116, 199-200, 202, 211, 215
 privatización del, 11, 12, 16, 30, 41-42, 56-59, 66, 108, 198-200, 204-212
 uso agrícola del, 43, 44
- Abimsa*, 140
- Albert Schweitzer: Reverence for Life* (Martin y Ott), 170
- Albrecht, Josef, 177-178
- Alemania, 128, 177-178, 197
- Alemanno, Giovanni, 191
- Algodón, 98-99
 Gran Bretaña, India y el, 38-40, 147-148
- MG (modificado genéticamente), 46, 51, 146-147
- Alimentos/alimentaria:
 democracia, 180-181, 195-199
 eficiencia de la producción, 43-44, 49, 152, 192-195
 hambre y, 46-47
 obesidad y, 50, 181, 194
 regulaciones, 108-109, 182-191
 Terra Madre y, 190-192
 Véanse también Agricultores; Alimentos orgánicos; Organismos modificados genéticamente
- Alvares, Claude, 68
- Amstutz, Dan, 47
- Argentina, OMG y, 185
- Arroz, 97, 121-126
 basmati, 168, 175-176, 192
- Asgrow, 178-179
- Asociación de Repartidores de *Tiffin* de Bombay, 89
- Australia, 32, 58
- Autoridad Alimentaria (India), 189
- Baden-Powell, Baden H., 31
- Bahro, Rudolf, 137
- Banco:
 Asiático de Desarrollo, 210
 Grameen, 197

- Mundial, 22, 58, 85-86, 90
 agricultura y, 149-150, 153, 155, 181
 democracia y, 14, 93, 95, 101, 106
 la India y el, 102, 112, 155
 el Proyecto de Conexión Fluvial y,
 212, 214
 la política de semillas y, 146-147, 179
 la privatización del agua y, 199, 205,
 208-210, 211-212
 los gobiernos y el, 110
 Pearce y el, 216
 Wolfowitz y el, 145, 218
Véanse también FMI; OMC
- Bangladesh, microcréditos en, 197
 Barlow, Maude, 201
 Bechtel, 30, 57, 59
 Bengala Occidental, 123, 130
 Benin, 148, 192
 Betwa (río), 213, 215
 Bharatiya Janata Party (BJP) (India), 94,
 95, 144
 Bharatiya Kisan Union (Unión Campesina
 India), 115
 Bhopal, catástrofe de, 125, 174, 182, 189,
 203
 Bhushan, Prashant, 203
 Biodiversidad:
 arroz y, 121-125
 bancos de semillas y, 114
 cercamientos y, 12, 30, 33, 53, 54-55, 66
 OMC y, 107, 120
 Biopiratería (Shiva), 33
 Biopiratería, *véase* Patentes y propiedad
 intelectual
 BJP (Bharatiya Janata Party) (India), 94,
 95, 144
 Bolivia, 57, 108, 193
 Bosques:
 cercamientos de, 33-37, 41
 el movimiento *chipko* y los, 85
 selvas ecuatoriales y tropicales, 69
 Bové, José, 201
 Brasil, 150, 152, 196-197
 Bremmer, Paul, 179
 British Society for Plant Breeders (Sociedad
 Británica de Fitomejoradores), 178
- Budas de Bamiyan, 134-135
 Bullard, Linda, 174
 Burkina Faso, 148
 Burrows, Beth, 169
 Bush, George H. W., 74
 Bush, George W., 65, 143
Business Week, 138
- Campaña del Pueblo Indio contra la
 OMC, 115-116
 Canadá, 57
 Cancún, *véase* OMC
 Cargill, 112, 191
 estándares alimentarios y, 186-189
 OMC y, 47, 98
 semillas y, 146, 183
 Carlos, Príncipe de Gales, 193
Celestial Seasonings, 51
 Center for Public Interest Litigation (Centro
 sobre Litigación en Materias de Interés
 Público), 203
 Cercamientos, *véase* Ejidos y bienes y espacios
 comunales
 Chakravarty-Kaul, 31
 Chatrapathi Shivaji, gran *maharaj*, 89
 Cheney, Dick, 74
 China, 39, 50, 177
Chipko, movimiento, 85
Choque de civilizaciones, *El* (Huntington),
 169
 Chua, Amy, 101-102, 142
 Cinamomo, árbol del, 12, 115, 174
 Citizens Front for Water Democracy
 (Frente Ciudadano por la Democracia
 del Agua), 212
 Clarke, G., 127
 Clive, Robert, 39
 Coca-Cola:
 agua y, 33, 167, 199, 218
 monocultivo/monocultura y, 134, 137-138
Odwalla y, 51
 oposición india a, 12, 112, 199-204
 pesticidas hallados en la, 50, 126
 secretos comerciales y, 189, 203
- Colonialismo:
 comercio internacional y, 41
 expropiaciones y, 61
 India y, 35-40, 85
terra nullis y, 32, 53
- Comisión Internacional de Grandes Presas,
 206
 Comisión sobre el Futuro de la Alimentación,
 manifiesto de la, 195-198
 Compañía de las Indias Orientales, 38-39
 Compasión, 20, 135, 139
 economías y, 42, 105
 ConAgra, 97, 186, 189
 Conferencia Mundial del Agua, 201
 Conferencia sobre las Leyes de la Vida, 121
 Congreso Científico Indio, 127
 Contaminación, 77, 83, 104, 128
 Continental, 183
 Corea, agricultores en, 97
 Cornwallis, Charles, 37
 Cuestiones de demografía, 73-78
 Culturas vivas, 15, 19, 67, 131, 140
 agricultura y, 156
 diversidad y, 134-136, 171
 tres principios de las, 142
- Cumbre de la Tierra, *véase* ONU
- Dabbawalas*, 89-90
 «Declaración de Interdependencia», 172
 Dalai Lama, 135
 Deccan, Disturbios del, 151
 Delhi:
 Jal Board (Junta de Aguas de Delhi),
 205, 308, 211
 red de aguas de, 199, 204-205, 207-212
- Democracia:
 alimentaria, 115-116, 181, 195
 del agua/hídrica, 116, 198-199, 202,
 210-211, 215
 económica, 14, 19, 93-95, 100-104
 FMI, Banco Mundial, OMC y, 14, 93,
 95, 101, 107, 181
 globalización y, 14, 93-95
 Irak y la, 93, 134
 mercados y, 14, 102-103
 representativa, 14, 16, 94, 95
 viva, 15, 19, 80-81, 94, 106, 110-111,
 119-121, 130-132
- Véase también* Democracia de la Tierra
 Democracia de la Tierra, 9-10, 12-17, 94,
 120, 131, 140, 173, 217-219
 la contaminación y la, 84
 la democracia del agua y la, 199-200
 la diversidad y la, 105
 la libertad y la, 204-205
 las economías y la, 21, 23, 65, 79-81
 las identidades y la, 13, 14
 principios de la, 17-20, 140
Véase también Democracia
- Democracias vivas, 106, 110-111, 119-121,
 131, 132
 Democracia de la Tierra y, 14, 18
 Gandhi y las, 94, 118-119
- Democracy Collaborative («Colaboradora
 Democrática»), 171
- Derecho de expropiación, 62
- Derechos de Propiedad Intelectual (DPI),
 53, 177
- Devi, Jagrupa, 204
- Dharampal, 37
- Diverse Women for Diversity («Mujeres
 diversas por la diversidad»), 169
- Dodda, Siddharaj, 203
- Dolan vs. City of Tigard* («Dolan contra el
 municipio de Tigard»), 61
- Dolder, Fritz, 174
- Dotes, 163
- Dowd, Maureen, 143
- Ecología, preocupaciones y movimientos,
 16-17, 23-25
 capacidad de carga, 75-76
 contaminación, 77, 83-85, 104-104, 128
 economía de la naturaleza, 23-25, 29, 44,
 62, 69, 81, 82
 mujeres y, 85, 156-158
 economía de mercado y, 40, 42-44, 54,
 65-66, 69, 136-137
terra nullis y, 32-33, 59-60
 el Tercer Mundo y las, 65
 estabilidad y, 67-70
 huella ecológica, 76
 población y, 74-78
Véanse también Agua; Biodiversidad

- Economías:
 definición de, 21-24
 de la naturaleza, 23-25, 29, 44, 62, 69, 81, 82
 mujeres y, 85, 156-158
 del sustento, 21-29 *passim*, 45, 68, 79, 157
 vivas, 13, 19, 79-80, 105-106, 118
Véanse también Democracia, económica; Ejidotes y bienes y espacios comunales; Globalización; Mercados
- Ejidotes y bienes y espacios comunales (*commons*), 10-13
 cercamientos de, 18, 27-31, 40, 53-54, 59-62
 desplazamientos y, 67-68, 69-70
 en América, 60-61
 en Inglaterra, 28, 33-35, 78
 en la India, 35-37
 definición de, 30-31
 el mar/los océanos como, 73
 en la India, 31-32, 35-37, 72, 110
 los servicios públicos entendidos como, 53
 medios de vida y, 84-85
terra nullius y, 32-33
 tragedia de los, 71
 usos positivos de los, 70-73
- Encefalopatía espongiforme bovina (EEB), 182
- Enfermedad de las vacas locas, 182, 190
- Enmiendas a la Ley de Patentes (India), 180
- Enron, 59
- Epstein, Richard, 60-62
- Escocia, patatas de siembra y, 178
- Estados Unidos:
 agricultura en:
 agricultores y, 47-51, 102, 178-179
 producción local de alimentos y, 197
 subsidios, subvenciones y, 98, 100, 148
 capitalismo compasivo en, 42
 colonización de, 32-33, 156
 contaminación y, 77
 control demográfico y, 73-75
 elecciones de 2004 en, 16, 102, 135
 externalización y, 63-65
 los *commons* y, 60-61
 los OMC y, 50-51, 121, 185, 189
 obesidad en, 50
 objetivo del PNAC para, 138
 propiedad intelectual y, 173-175
 Seattle, cumbre de la OMC en, 10, 12, 96, 99, 101, 105, 115, 119. *Véase también* Irak
 seguridad nacional y, 218
 uso de recursos en, 76
- Eucalipto, 58
- Expropiaciones, 60-63
- Exxon-Mobil, 51
- Faith of George W. Bush, The* (Mansfield), 143
- Farrukhsiyar, 38
- Federación Coreana de Pequeños Agricultores, 97
- Feticidio, 162-167
- Fideicomiso público, doctrina del, 60, 62, 201-202
- Fife, Daniel, 71
- Filipinas, 58
- FMI (Fondo Monetario Internacional), 22, 43, 90, 110, 149
 democracia y, 14, 93, 95, 101, 106
 la India y el, 102, 112
Véanse también Banco, Mundial; OMC
- Foto Internacional sobre la Globalización, 53, 115
- Foro Social Mundial, 13, 119
- Frost, Robert, 21
- Fundamentalismo (integrismo) religioso:
 elecciones y, 16, 95, 102-103
 globalización y, 12, 14, 102, 134-135, 142-144
 patriarcado y, 160, 169
- Gales, 78
- Gandhi, Mahatma, 21, 120, 216
 economía y, 80-81, 90-91
 las Leyes de la Sal y, 180, 217
 legado político de, 119
 no violencia y, 140, 180, 217
satyagraha y, 115, 118, 180
 sobre la civilización, 67-68, 133
swaraj y, 94, 118
 y su ruca, 114, 217

- Ganges (río), 205-208, 210-212, 213
- Garner, Jay, 167
- GATT (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio), 113, 158
 oposición india al, 115, 116
 Ronda Uruguay del, 47, 96, 112, 116
- General Electric, 59
- Globalización empresarial, 11, 14, 16-17, 40-44, 93-95, 103-105, 131, 170
 agricultores y, 134, 145-156, 194, 196
 alternativas a la, 104-108, 110, 119, 169-170
 como forma de violencia, 119
 democracia y, 14-15, 93-95
 economía del sustento y, 26
 fundamentalismo religioso y, 11, 15, 101-102, 134, 142-144
 gobiernos y, 107-109, 112, 199
 mercados abiertos y, 93
 mujeres y, 145, 156-161
 terrorismo y, 11, 101, 119, 131
Véanse también Banco, Mundial; FMI; OMC
- Gramsabbá, 187
- Gran Bretaña, Imperio Británico:
 alimentación y agricultura en, 178, 182, 197-198
 colonización india y/e, 35-40, 78, 118, 144, 217
 industria textil y/e, 39-40
 partidos políticos en, 94
Véanse también Escocia; Gales; Inglaterra
- Grandes empresas:
 alimentos orgánicos y, 50-51
 conexiones ideológicas de las, 219
 conocimiento y, 52, 186, 218
 estatus legal de las, 23, 50-51
 globalización y, 11, 14, 17, 40-43, 93-95, 103-105, 170-171
 agricultores y, 134, 145-156, 194, 195-196
 alternativas a la, 106-107, 110
 como binomio generador de violencia, 119
 gobiernos y, 108-109, 112, 199, 218-219
 inicios de las, 38-39
 privatización y, 58
 trabajo y, 64
 transparencia y, 189-190
- Greenpeace, 177
- Grossholtz, Jean, 169
- Guerras del agua, Las* (Shiva), 66, 198
- Hain Celestial Group, 51
- Halliburton, 57
- Hardin, Garrett, 70-71, 74, 77
- Heer Ramba* (Shah), 176
- Hobbes, Thomas, 70
- Holanda, 76
- Howard, 127
- Howard, Albert, 122
- Howard, G. C. C., 122
- Huntington, Samuel, 169
- Identidades, 19, 139, 151, 169
 deterioro y creación de negativas, 11-12, 94-95, 102, 119, 131, 135, 138, 149
 ecológicas y vinculadas a la Tierra, 12, 13, 15-16, 102, 111, 120, 138, 171
 multiplicidad y diversidad de, 16, 19-20, 119, 142
- Imperialismo, 133-135, 138, 144, 146-149.
Véase también Colonialismo
- India:
 agricultura en la, 46, 48-49, 84, 151, 152-156
 arroz y, 122, 125-126, 176, 192
 erosión del suelo y, 127
 trigo y, 177
 semillas y, 10, 46, 56, 113-116, 146-147, 168, 179-180
 autonomía local en la, 120-121
 batallas del agua en la, 198-216
 cambios demográficos en la, 77-78
 campesinos/agricultores en la, 84, 146-147
 catástrofe del Bhopal, 125, 174, 182, 189, 203
 Compañía de las Indias Orientales en la, 38
dubbawalas y la, 89-90
 dotes en la, 163
 «ejidos» y cercamientos en la, 31, 35-37, 53-54, 71-71, 110

- elecciones en la, 16, 95, 102-103
 externalización de empleos estadounidenses y la, 64
 feticidio femenino en la, 161-166
 inversión extranjera en la, 109, 112
 Lijjat Papad y la, 83, 86-89
 los OMG y la, 46, 50, 52, 187
 los textiles y la, 39, 217
 movimiento *chipko*, 85
 Navdanya, 86, 114, 121-122
 obesidad en la, 50
 presas y embalses en la, 205-208, 210-211, 215
 privatización en la, 56-59, 198-199, 205-212
 Proyecto de Conexión Fluvial, 32, 198-199, 212-213
 regulaciones alimentarias en la, 182-185, 186-189
 salvación imperial y la, 144
 sistema *bhatacharya* y la, 31
 sistema de los *zamindares* en la, 36-37, 55-56. Véase también Gandhi, Mahatma
 suicidios en la, 46, 145-151, 153, 154, 194, 207
 Zona de Regulación Costera, 63
 Indian Council for Agricultural Research (Consejo Indio de Investigación Agrícola), 126
 Indian People's Campaign (Campaña del Pueblo Indio), 100
 Indonesia, 125
 Industria:
 del sexo, 157
 textil, 28, 39-40, 217
 Inglaterra:
 contaminación e, 128
 ejidos y cercamientos en, 11, 27-31, 32-35, 39-40, 59, 78
 industria textil en, 38-40
 semillas e, 178
 sistema gremial e, 37, 63
 Véase también Gran Bretaña
 Innovación, 54-55
 Instituto Internacional de Investigación sobre el Arroz, 125
 Irak, invasión y ocupación de, 57, 81-82, 93, 120, 145, 167
 como forma de colonialismo, 134, 144
 elecciones estadounidenses e, 102
 patentes e, 179
 Irán, 144
Isbo Upanishad, 141
 Italia, leyes alimentarias en, 186
 Japón, movimientos de AAC en, 197
 Jones, Bob, 143
 Kamalesh, 165
 Karnataka Rajya Ryota Sangha (KRRS), 115
 Ken (rfo), 213, 214-215
 Kenia, 193, 198
 KFC, 109, 112
 Khan, Habibue Rehman, 122
 Kneifel, George, 64
Korea Agrofood, 96
 Kraft Foods, 186
 Krishnan, A., 200
 Kropotkin, Peter, 71
 Lamy, Pascal, 97, 100
 Lee Kyung Hae, 96-97, 99, 145
 Lever, 186
 Ley de Especies en Peligro de Extinción (EE.UU.), 61
 Ley de 1994 (de Regulación y Prevención de la Mala Utilización) de las Técnicas de Diagnóstico Prenatal (India), 163
 Ley de Patentes (India), 118
 Ley de Prevención de la Adulteración de los Alimentos (India), 187
 Ley de Protección de la Vida Salvaje (India), 214-215
 Ley de Semillas de 1966 (India), 179
 Ley de Semillas de 2004 (India), 179-180
 Ley de Variedad Vegetal (EE.UU.), 179
 Ley del Agua Limpia (EE.UU.), 60-61
 Ley Forestal India (período colonial), 35
 Leyes de la Sal (India), 118, 180, 217
 Lijjat Papad, 82-83, 87-89
 Localización, 18-19, 82, 104, 110-113
 Locke, John, 60, 61

- patrarcado y, 134-135, 159-160, 166-169
 política del agua y, 12, 199-203, 206-208
 trabajo y, 26, 157, 164
 visión cartesiana del mundo y, 138
 Mukherjee, Radha Kamal (Radhakamal), 38, 78
Mundo en llamas, El (Chua), 101-102, 142
 Mylamma, 200
 Nair, Balakrishnana, 201-202
 Nap Hal, 177
 Nativos americanos, 9, 32, 43, 61, 167. Véase también Pueblos indígenas; Seattle, jefe Navdanya, 85-86, 114, 121
 Nestlé, 186, 189, 191
 New Deal (EE.UU.), 60
 Niños/as, 46-47, 50, 78
 aborto y, 161-166
 No violencia, 119, 140-141. Véase también Violencia
Nollan vs. California Coastal Commission («Nollan contra la Comisión Costera de California»), 1987, 62
 «Nuestro Mundo No Está en Venta», red, 115
 Obesidad, 50, 181, 194
Odwalla, 51
 Oleaginosas, 182-185
 OMC (Organización Mundial del Comercio):
 ADPIC, 10, 53, 118, 121, 167, 174
 agricultura y, 85-86, 96-100, 145, 147-148, 149-150, 154, 188, 192
 Acuerdo Sanitario y Fitosanitario, 183
 Acuerdo sobre la Agricultura, 47, 97-98, 149-150
 democracia alimentaria y, 181
 OMG y, 50-51, 121, 185-186
 aranceles, prohibiciones y, 39, 56-57
 cumbre de Cancún de la, 10, 12, 95-102, 105, 119, 145, 148
 cumbre de Seattle de la, 10, 12, 96, 99, 101, 105, 115, 119
 democracia y, 14, 93, 95, 101, 107 (asuntos domésticos y, 158)
 la división Norte-Sur y la, 22
 Lovins, Amory, 76
Lucas vs. South Carolina Coastal Council («Lucas contra el Consejo Costero de Carolina del Sur»), 61
 Maíz MG (modificado genéticamente), 50, 147, 188
 Malí, 148
 Mamdani, Mahmood, 78
 Mansfield, Stephen, 143
 Martín, Walt, 170
 Marx, Karl, 143
 McDonald's, 50, 134, 138, 154
 Medios de vida, 84
 Megde, Raghunath, 89
 Mēhiganj, 204
 Mercados, 26-27
 apertura de los, 47-48, 97, 147, 183
 definición de los, 26-27
 democracia y, 14, 102
 desregulación y, 154, 160
 economías de las localidades rurales y, 73
 economías del sustento y, 25-26
 globalización frente a - - abiertos, 93
 naturaleza, sociedad y, 43-44
 México, 75
 la OMC en Cancún, 95-101, 105, 119, 145
 Microcréditos, 197
 Monsanto, 51, 112, 134
 datos manipulados y, 52, 186, 217
 patentes sobre el trigo y, 167, 177
 semillas MG y patentes, 30, 46, 117, 146-147, 153, 183, 191
 Moore, Mike, 120
 Moro, Tomás, 28
 Movimientos de los (trabajadores) Sin Tierra (MST), 196-197
 Mujeres:
 alfabetismo y violencia contra las, 165
 biodiversidad y, 167-170
 dotes y, 163
 el movimiento *chipko* y las, 85
 feticidio y, 161-166
 globalización y, 145, 157-161
 Lijjat Papad y, 82-83, 86-89
 niños/as y, 78

- los gobiernos y la, 110
patriarcado y, 167
resistencia en la India a la, 115-116, 120
Véase también Banco, Mundial; FMI
Ondeo Degremont, 205, 212
ONU:
Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, 149
Convención sobre Diversidad Biológica, 121
Cumbre de la Tierra (Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo, 1992), 74, 83, 121
Declaración de los Derechos Humanos, 103
estudio de los cultivos, 193
Operación Libertad Iraquí, 93, 134
Orden Iraquí 81 (del Irak ocupado), 179
Organismos modificados genéticamente (OMG), 45-46, 50-51, 80, 185, 188, 204
la OMC y los, 51, 121, 185
Ott, Magda, 170
Ovejas, cercamientos y, 28-29, 78

Pandey, Mangal, 116
Paratas, 153-156, 178, 193
Patel, Vibhuti, 164
Patentes y propiedad intelectual, 11, 17, 52-53, 113, 118, 146, 175-180
árboles del cinamomo y, 113, 173-174
DPI, 53, 177
Monsanto y, 30, 117, 166-167, 184
OMC y, 55, 106, 167
Pearce, David, 216
Pensamiento cartesiano, 120, 138
Pepsi:
agua y, 33, 199, 202-205
pesticidas hallados en, 50, 126
productos agrícolas y, 154, 155
secretos comerciales y, 189-190, 203
Pesticidas, 125-131, 182, 203-204
el árbol del cinamomo y los, 174
en refrescos, 50, 126
Petrini, Carlo, 192
Phillip Morris, 51, 186, 191
Plachimada, 12, 200-203
Declaración de, 202-203

Pobreza, relativismo cultural y, 45-46, 136-137
Presas/embalses, 206-208, 210-211, 214
Price Waterhouse Cooper, 208
Propiedad intelectual, *véase* Parentes y propiedad intelectual
Protocolo de Cartagena sobre Bioseguridad, 185
Protocolo de Kyoto, 83
Protocolo sobre Bioseguridad, 50
Proyecto de Conexión Fluvial, 33, 198-199, 212-216
Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense (PNAC), 12, 138, 145
Pueblos indígenas, 9, 60, 67, 139, 141, 170
conocimiento y, 54-55, 174, 190
Véase también Nativos americanos

Qaim, Martin, 52

Rand, Ayn, 62
Rees, 76
Reino Unido, *véase* Gran Bretaña
Research Foundation for Science, Technology and Ecology (Fundación para la Investigación en Ciencia, Tecnología y Ecología), o RFSTE, 52, 148, 177, 214, 215
Revolución verde, 113, 151, 161, 182
Rexam Inc., 64
RiceTec, 176, 192
Rifkin, Jeremy, 64
Ronda Uruguay, *véase* GATT
Rutas comerciales históricas, 38-40, 41
RWE Group, 57

Samdong Lobsang Tenzin Rinpoche, 133
Satyagraha, 115, 118, 180
Scalia, Antonin, 61
Schmeiser, Percy, U7-U8
Schweitzer, Albert, 170-171
Science, 52
Seattle, *véase* OMC
Seattle, jefe, 9, 16
Seguridad de los trabajadores, 64-65
Seguridad Social (EE.UU.), 43, 65

- Semillas/simiente:
conservación y, 113-119
guardadas por los agricultores, 147
MG y cultivos indios, 45-46
mujeres y, 168-169
patentes y, 177-181
propiedad intelectual y, 10, 32-33, 55-56, 113, 177-181

Shah, Varis, 176
Sida, 56
Singh, Charan, 48
Singh, Manmohan, 108
Siria, 144
Sistema:
bhatachara, 31
gremial, 37, 63
Slow Food, 186, 190, 192
Smith, Sidney, 40
Soja, 148, 183-185
Sonia Vihar, planta de, 205, 209-211
Sudáfrica, privatización del agua y, 58
Suez, 30, 57, 58, 112, 167, 206, 211
Suiza, 185, 197
Sunbelt, 57
Swadeshi, 118, 141
Swaraj, 94, 116-118, 141, 181
Syngenta, 146

Taitreya Upanishad, 195
Takings: Private Property and the Power of Eminent Domain (Epstein), 60
Talibanes, 134-135
Té, 51, 156
Tehri, presa de, 205-208, 210
Terra Madre, 60, 190-195
Terra nullius, 32-33, 60
Terrorismo, globalización y, 12, 102, 119, 131
Thames Water, 57
Thatcher, Margaret, 62
Thomas, Clarence, 60
Tierras baldías, 32, 35-36
Tigre de Panna, Parque Nacional del, 214
TLCAN (Tratado de Libre Comercio de América del Norte), 57, 75
Tolstoi, León, 119-120
Trigo, 123, 147, 176-178

Union Carbide, 174, 189, 204. *Véase también* Bhopal, catástrofe de
Unión Europea, 97, 175, 178
los OMG y la, 51, 185
OMC y, 99, 100, 185
Upanishads, los, 140, 195
US Trade Act (Ley de Comercio, EE.UU.), 112

Vallabacharya, Sam, 204-205
Valor, trabajo y, 158
Variante de la Enfermedad de Creutzfeldt-Jakob (vECJ), 182
Violencia, 119, 13-135, 149, 166. *Véase también* No violencia
Vivendi, 30, 57, 167
Von Weisacker, Christine, 169

W. R. Grace, 112, 115, 173-174
Wackernagal, 76
Wad, 127
Wall Street Journal, 64
Wallström, Margot, 51
Wheats of India (Howard, Howard y Khan), 122
Who Will Pay? Coping with Aging Societies, Climate Change, and Other Long-Term Fiscal Challenges (Heller), 43
Wilberfree, William, 144
Wilson, H. H., 39
Winterboer, Becky, 178
Winterboer, Dennis, 178
Winthrop, John, 32
Wolfowitz, Paul, 145, 218

Yamuna (río), 205, 210, 212
Yamunastakam (Vallabacharya), 204

Zambia, 50, 123
Zamindares, sistema de los, 36-37, 53-56
Zapatistas, 75
Zilberman, David, 52
Zoellick, Robert, 100
Zona de Regulación Costera (India), 63
Zona para la Agricultura (ZAF), 153, 155

Vandana Shiva es una pensadora y activista ecologista de fama mundial. Líder del Foro Internacional sobre la Globalización, junto a Ralph Nader y Jeremy Rifkin, Shiva recibió el Premio Nobel de la Paz alternativo (el premio Right Livelihood) en 1993. Directora de la Research Foundation for Science, Technology, and Natural Resource Policy, es autora de numerosos libros, entre ellos *Las guerras del agua: privatización, contaminación y negocio*, *¿Proteger o expropiar? Los derechos de propiedad intelectual*, *Cosecha robada: el secuestro del suministro mundial de alimentos* (también publicado por Paidós), *Biopiratería: el saqueo de la naturaleza y del conocimiento* o *Abrazar la vida: mujeres, ecología y desarrollo*. Antes de convertirse en activista, Vandana Shiva era una de las más destacadas físicas de la India.